CARLOS BASSO

CÓDIGO NUEVA YORK



Índice

Capítulo 1

EL SEÑOR DE LA GUERRA

21 de enero de 1822

Lebu

Teresita Ferrer miró con terror a su marido. Juntos habían sobrevivido a decenas de aventuras y peligros. Él había arrasado con múltiples vidas humanas por rescatarla de las manos de sus captores, allá en Concepción, e incluso había desertado del ejército patriota cuando un oficial intentó violarla, iniciando una guerra a muerte contra sus antiguos camaradas. Todo por ella.

No había posibilidad alguna de decirle que no a ese hombre que tanto la amaba, a ese montonero que se había convertido en el enemigo más implacable del dictador O'Higgins, a ese modesto hombre de Quirihue que había llegado a pensar en convertirse en Director Supremo, que había sido pirata en los mares del sur de Chile, que había hecho acuñar monedas con su nombre, que se había autoproclamado rey de los mapuche, que había escapado dos veces de la muerte, que había engañado a José de San Martín, que decía ser capaz de dar órdenes a las ballenas y que en la ciudad de Concepción había encontrado un tesoro sin par, el que ahora yacía escondido en un cofre metálico.

No, no podía decirle que no a Vicente Benavides.

Sin embargo, esa mañana pensó que debía hacerlo, pues parecía que lo que el otrora poderoso amo del sur de Chile le estaba proponiendo era una locura. Habían partido muy temprano esa mañana, a eso de las cuatro, desde el sector de Pilmaiquén, a unos siete u ocho kilómetros de la costa.

Se habían guarecido durante los últimos días en un lugar muy bien oculto en esa zona, pero ya era tiempo de echar a andar el plan que

tan cuidadosamente —creía— había trazado, en pos de recuperar su antigua gloria.

Casi a un kilómetro de la desembocadura del río, Vicente le anunció orgulloso lo que había prometido mostrarle esa mañana, apuntando hacia un punto café que flotaba apenas sobre el agua:

—Mirad, amor mío: esa es la nave que nos llevará hasta El Callao. Allá me reuniré con el virrey y regresaremos a derrotar al huacho O'Higgins —anunció ceremoniosamente, con la misma mirada vacía que tanto la espantaba desde hacía algunos días, cuando la había descubierto.

Teresa Ferrer, una mujer perteneciente a la antigua aristocracia penquista, tuvo que entornar los ojos para ver bien. Ya era casi mediodía, estaba agotada, con sus antaño finas vestimentas hechas pedazos y, más encima, le estaban mostrando algo que apenas alcanzaba a distinguir. Haciendo muchos esfuerzos, se dio cuenta de que el punto que su marido señalaba sobre el mar no era una «nave» ni mucho menos. Era apenas una chalupa, de unos nueve metros de eslora, con una vela un poco más grande que una sábana. Incluso tenía remos.

Miró hacia atrás y contó el listado de la comitiva. Meses antes, ella y Vicente encabezaban un ejército de tres mil mercenarios, muchos más que los que tenía el propio Ejército chileno (cuyo grueso estaba por ese entonces invadiendo el Perú) y solo la guardia personal de su marido era de cien hombres. A ella la cuidaban día y noche unos cincuenta escoltas, los más osados y preparados de todos, quienes la trataban de «su señoría».

Ahora, la comitiva era menor al grupo de guardaespaldas que su marido le había asignado. En total, el que fuera el poderoso ejército del montonero Vicente Benavides se reducía a un oficial (José María Jaramillo) y siete soldados. Además, sobrevivía al lado de ellos Nicolás Artigas, el secretario del matrimonio, y el piloto genovés Mateo Maineri, que andaba para todos lados con su hijo Bartolomé, un rapazuelo de unos nueve años. Ambos se habían adelantado y según le había dicho Vicente estarían esperándolos.

—¿Y, qué os parece? —le preguntó, como si estuviera mirando una de las carabelas de Colón.

—Excelente —le mintió ella, tal como lo hacía desde hace varios meses, cuando llegó a la conclusión de que su marido, ese sujeto que era capaz de aplastar cráneos humanos con sus propias manos, pero que con ella era solo amor, había perdido gran parte del juicio de la realidad. Hacía ya varias semanas que lo sabía, pero no lo quería aceptar. Sin embargo, como lo descubrió en ese momento, el paso desde la cordura a la locura no es un salto al vacío, sino que es como una vieja escalera de madera podrida, a la cual se le van quebrando los peldaños a medida que alguien va subiendo por ella. Algunos peldaños, irremisiblemente, pensaba ella, se convierten en polvo apenas un pie se posa sobre ellos, pero curiosamente otros permanecen incólumes.

Gracias a eso, a la progresividad de la demencia y a los momentos de claridad que aún le quedaban es que todavía estaban vivos. Luego de la brutal derrota que el coronel patriota José Joaquín Prieto había infligido cuatro meses antes a Benavides y su ejército en el combate de Vegas de Saldías, en Chillán, huían por todas partes, perseguidos no solo por los patriotas, sino también por sus antiguos comandantes, los realistas Juan Manuel Picó, Antonio Carrero y Miguel de Senociaín, que ya se habían dado cuenta de la enajenación del coronel Benavides y querían convertirse (cada uno de ellos) en el jefe de las tropas leales al rey de España que aún combatían en Chile.

Pese a la pérdida de apreciación de la situación en general, como la idea absurda de ir a Lima a hablar con el virrey (que había sido derrocado varios meses antes, algo que Benavides sabía), algunos de los peldaños que aún seguían en pie en esa escalera dañada que era el cerebro del montonero le habían permitido guiar un escape por las selvas de Arauco, aprovechando los escasos contactos que le quedaban con personas que lo habían ayudado en el pasado y su conocimiento de aquellas tierras.

Y siempre, siempre, iban cargando ese maldito baúl que había encontrado en el convento de las monjas trinitarias de Concepción. Aunque al principio Benavides no entendió muy bien de qué se trataba cuando se lo mostraron fue Juan Antonio Ferrebú, sacerdote que junto a sus hermanos eran oficiales del ejército realista, quien le explicó el valor de ese tesoro.

Apenas lo comprendió y sabiendo que las tropas patriotas que se encontraban en Talcahuano aún no recibían refuerzos, Benavides aprovechó el momento y envió un grupo de soldados a caballo con una carta lacrada, llena de sellos, en una misión arriesgada: debían cabalgar hacia el norte y llegar a Perú. Desde allí, por medio de la vías de comunicación del virreinato, debían enviar ese sobre a Joel Poinsett, el excónsul de Estados Unidos en Chile, el verdadero autor de la primera Constitución chilena, el mejor amigo de José Miguel Carrera y quien lo había acogido en Estados Unidos a fines de 1815, donde lo había invitado a unirse a la masonería, poniéndole en contacto con el presidente Madison y con otros de los padres fundadores de ese país.

Benavides había intentado en varias ocasiones establecer contacto con Carrera, que luego de volver de Estados Unidos y participar en varias batallas en Argentina, había debido exiliarse en Montevideo. Ambos tenían dos enemigos en común: los libertadores Bernardo O'Higgins y José de San Martín. Ante ello, la oferta de Benavides era muy simple: sumar fuerzas a fin de derrotarlos y quedarse con el gobierno de Chile.

Carrera fue muy cauto. Respondió algunas de las cartas, pero finalmente le mandó a decir con un emisario que sus comunicaciones estaban siendo interceptadas en Uruguay. Por ende, la única forma de tener un contacto con él era, por largo y absurdo que le pareciera, escribiendo a Poinsett, en Estados Unidos, el que a su vez le retransmitía mensajes por medio de personas de su confianza con él, que viajaban hacia Uruguay y Argentina. Para ello, el mensajero le dio una dirección en Nueva York, que Benavides había memorizado. Fue a esa dirección a la cual envió una carta breve y sencilla, en la cual decía a Carrera que contaba con un tesoro enorme que permitiría financiar completa la campaña contra O'Higgins y San Martín e incluso liberar otros países del yugo de ellos, pero no hubo respuesta.

Benavides nunca supo si la carta siquiera llegó a destino. Tampoco se enteró a tiempo de que José Miguel Carrera había sido ejecutado en Mendoza, en septiembre de 1821, y pese a que sabía que su antiguo jefe, el virrey de Perú, Joaquín de la Pezuela, había sido derrocado, aún creía que viajar a ese país era una buena idea.

Solo un par de años atrás Benavides había tenido una flota naval a su disposición, una flota de verdad, compuesta por barcos de gran calado, incluyendo buques británicos y estadounidenses que había robado a sus tripulantes, al más puro estilo de Francis Drake.

Ahora, sin embargo, lo único que le quedaba era ese patético botecito, pero él parecía no darse cuenta. Ya era pasado mediodía cuando llegaron a la orilla. A pocos metros de ella flotaba la chalupa. Maineri los esperaba a bordo, con su hijo y una evidente cara de preocupación.

No obstante, Benavides estaba entusiasmado.

—Es una gran nave, justo lo que necesitamos para llegar a Lima. Es ligera y veloz. ¡Va a ser un gran viaje, os lo prometo! —gritó al aproximarse a ella.

Vaya que lo será, pensó Teresa, resignándose.

—La llamaré Teresita, como vos, mi señora. Sí: Teresita primera, como mi amor, como la única mujer de mi vida —dijo, besando la mano derecha de su esposa.

Mientras caminaban por en medio de la selva ella había tocado, sin querer, una mata de ortigas. Su mano derecha estaba hinchada y enrojecida. Le dolía mucho, igual que la pantorrilla, y aunque sintió un profundo dolor cuando su esposo se la besó, le contestó con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, como le habían enseñado en su casa, agradeciendo la deferencia de que esa patética embarcación fuera bautizada con su nombre.

Por supuesto, su marido pidió que la madrina del buque, como dijo, fuera la primera en subir. El agua de mar contra sus piernas fue un alivio para el ardor. Entre Maineri y Benavides la alzaron y luego estaban todos a bordo, apretujados y con un mísero equipaje. Había cuatro damajuanas con agua, un canasto con algo de pan, nalcas, charqui y nada más. Y si la falta de comida y de agua dulce era alarmante, lo peor era que la chalupa no soportaba tanto peso y quedó a escasos veinte o treinta centímetros por sobre la línea de flotación, una vez que subieron los bultos que llevaban.

Estaban ya alejándose de la boca del río Lebu, pasando frente al complejo de enormes cavernas que coronan la bahía, cuando Teresita Ferrer se dio cuenta de que algo faltaba. El baúl. El dichoso baúl o caja

que su marido cuidaba tanto como a ella, sobre el cual nunca decía nada y ella tampoco preguntaba, pues en su casa le habían enseñado que una buena esposa nunca es curiosa. Sin embargo, calculó que no había muchas posibilidades de salir de allí con vida y por ende daba lo mismo si él se enojaba o no, así es que le preguntó a su marido al respecto.

Benavides la miró con la misma cara de odio que ella había visto tantas veces cuando atravesaba de lado a lado a sus enemigos con una bayoneta, pero fue solo un segundo, quizá menos.

Recomponiéndose, como si se tratara de una niña mimada, solo le respondió que había quedado escondido, a muy buen recaudo. Fue en ese momento que ella recordó cuando semanas atrás había salido con esa enorme caja metálica desde el primer refugio en que se escondían, allá, río arriba, en el sector de Pilmaiquén y que luego partieron al segundo escondite, donde ella estaba segura que lo había ocultado.

—Ya volveremos por él, cariño, os lo juro por nuestro padre celestial, y seremos los próximos gobernantes de este país de mierda. Ya vais a ver —respondió con toda seguridad, al mismo tiempo que una pequeña ola los empapaba por completo e inclinaba en casi treinta grados la frágil embarcación en que emprendían ese viaje demencial.

Capítulo 2

EL DEPARTAMENTO-MUSEO DE BULNES

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Ladislao Bulnes Echavaurría-Gómez se encontraba sentado en su amplio escritorio Luis XV cuando escuchó el primer paso dentro del departamento, lo que obviamente era anómalo, pues estaba solo. Aunque contaba con un escolta nocturno, Donald, un exmarine que cumplía esa función durante la semana, le había enviado un mensaje por WhatsApp indicándole que su madre estaba muy enferma y que no podría asistir.

Pensó en comunicarse con Jason, su jefe de seguridad en Estados Unidos, para que mandara un reemplazo, pero decidió que no era necesario. Envió un mail que tenía pendiente y luego caviló un par de segundos, hasta que cambió de opinión. Tomó su celular y lo llamó, para comentarle el mensaje de Donald. Jason lanzó un par de garabatos en inglés, pidió disculpas y le dijo que lo solucionaría a la brevedad.

En ese momento se encontraba impedido de ir, señaló, pero lo llamaría de regreso en dos o tres minutos y así lo hizo, señalando que en una hora y media más estaría allá Gastón, un suboficial mayor del Ejército chileno en retiro, que había trabajado posteriormente en tareas de seguridad privada para Blackwater y otras empresas del mismo tipo en Afganistán, Irak, Yemen y otros países.

El problema es que Gastón vivía lejos, muy lejos, en las afueras de Stamford. La hora y media de conducción hasta Manhattan era una estimación optimista. Si hubiera sido más temprano habría tomado el Acela Express, el tren rápido de Amtrak, que demoraba menos de

cincuenta minutos en dejarlo en Penn Station y desde allí hasta el departamento de Bulnes, en metro, no eran más de diez minutos, pues había una estación justo en la esquina del famoso Dakota Building, donde residía el billonario chileno, en la esquina de la calle 72 West con Central Park West.

Sin embargo, el último tren desde Stamford hacia Manhattan salía a las 18.55 y el reloj marcaba las 21.23 cuando Gastón subió a su Subaru y partió rumbo al oeste, por la autopista 95.

Bulnes básicamente llamó a Jason porque sabía que su hijo, Nepomuceno (bautizado así en honor al fundador de la dinastía familiar), averiguaría en algún momento lo sucedido y le representaría la falta. Nunca había sido alguien temeroso o paranoico y que esa noche no hubiera guardaespaldas al interior de su residencia le daba lo mismo, pues además de los guardias del acceso y los conserjes del lobby del edificio, este contaba con un complejo sistema de televigilancia. Salvo un asalto del que había sido objeto en su casa de La Dehesa, unos veinte años atrás, nunca más había sido blanco de un hecho delictivo.

Era Nepomuceno quien estaba convencido de que algún día él, su padre o cualquier otro miembro de la familia sería secuestrado y por tanto había conformado un enorme equipo de seguridad a cargo de un antiguo boina negra, en Santiago, y era él también quien había escogido en persona a quienes se preocupaban de la seguridad de su padre en Estados Unidos, donde cada vez pasaba más tiempo.

Tras recibir el llamado de Jason, en el cual le confirmaba que Gastón iba en camino hacia Manhattan, Bulnes se aproximó a su escritorio, pero apenas se sentó sintió un segundo sonido, un «crack» bastante evidente que, sin dudas, venía del pasillo.

Incluso sabía de qué parte provenía ese ruido: de una de las tablas del parqué que estaba suelta desde hacía un par de semanas, en el acceso a la cocina, a unos treinta metros de donde él se encontraba. Había pedido en varias ocasiones al administrador del edificio que lo repararan, pero al final eso no había ocurrido y ahora pensó que esa negligencia servía como aviso de que algo raro estaba sucediendo.

Ante ello, tomó el valioso montoncito de hojas que tenía en medio de la mesa, todas roídas en las esquinas y con numerosos y simétricos

hoyitos de mordidas de ratones en la parte superior. Estaban envueltas en una especie de sobre transparente, de un material parecido al celofán que, en realidad, era un polímero especialmente fabricado para ese efecto, desprovisto de acidez, con el fin de evitar el deterioro de esos antiquísimos papeles.

Del tamaño de un libro pequeño, las hojas estaban llenas de anotaciones efectuadas con tintas ya oxidadas y dos tipos de letra, pequeñísimas ambas y una de ellas inclinada a la derecha, escrita con una pluma de ganso o algo semejante. Por todos lados había tachaduras, anotaciones en los márgenes, dibujos y fórmulas matemáticas.

Eran unas cuarenta hojas, no más, pero poseían un valor incalculable, no solo por el autor principal de las anotaciones, sino por lo que decían. Debajo de ellas descansaba un manojo de unas veinte hojas de tamaño carta, muy blancas mecanografiadas con una máquina de escribir y corcheteadas en la esquina superior izquierda.

Con sumo cuidado, tomó las hojas revestidas con el polímero especial y las sacó de su envoltorio. Acto seguido, abrió la tapa de una peculiar caja metálica que tenía sobre su escritorio. Del tamaño de una caja de zapatos grande, poseía paredes muy gruesas, de casi dos centímetros de ancho, y al costado derecho exhibía un intrincado pero antiguo mecanismo de seguridad. Introdujo allí las hojas antiguas y luego las más nuevas. Cerró la tapa y marcó un código de tres dígitos en el teclado mecánico del costado. Oyó un nuevo «clic» y pensó que, ojalá, solo fuera paranoia.

La caja que tenía en sus manos la había comprado años atrás en una tienda de antigüedades perdida en medio de una serie de locales coreanos de la Novena Avenida, a pocas cuadras de Times Square. Según el sujeto que se las vendió, formaba parte de una serie de dispositivos fabricados por la NSA (la National Security Agency, Agencia de Seguridad Nacional) a fines de los años setenta, para esconder documentos altamente secretos. Si se la intentaba romper o se introducía dos veces un código equivocado en el sistema de encriptación mecánico que poseía, automáticamente se inundaba con cargas de tinta china que salían desde todas las paredes internas, inutilizando lo que fuera que estuviera adentro, pues en un par de

segundos el interior de la caja se copaba con el líquido, que se escondía en medio de sus paredes y la gruesa tapa.

Por supuesto, la tinta debía ser repuesta periódicamente y el vendedor aquel le explicó cómo hacerlo, tras lo cual recibió dos mil dólares a cambio de ella. Luego de la transacción, el millonario chileno le inquirió más detalles acerca de la procedencia exacta de su compra, ante lo cual el coreano le preguntó si ubicaba el rascacielos llamado Long Lines Building, ubicado en la zona del *downtown* de Manhattan.

Por supuesto que Bulnes lo conocía. La primera oficina que había comprado en la Gran Manzana, a inicios de los noventa, estaba a muy pocas cuadras del Long Lines, un edificio que llamaba la atención de cualquier modo, pues aunque tenía cerca de treinta pisos poseía poquísimas ventanas, unas cuantas al medio de la estructura y otras en el último piso. Era como un megabloque diseñado para no-humanos y sobre el cual, durante años, fue aceptada la explicación oficial acerca de su uso: que era un *hub* de comunicaciones de la compañía telefónica AT&T.

Por aquella época, Bulnes estaba comenzando a reponerse del duro golpe que le significó el hallazgo de dos uvas contaminadas con cianuro en un contenedor que su empresa de frutas había despachado al puerto de Filadelfia, en 1989.

Luego de todo el descalabro que aquello implicó, sus amigos le dijeron que mejor ni volviera a Estados Unidos, que quizá le pasaría lo mismo que a Carlos Cardoen (el productor de armas chileno que era requerido por la justicia de EE. UU.), pero no cejó.

Al contrario, como una muestra del carácter polémico que le había hecho tan conocido en Chile y que muchas veces llevó a que su nombre apareciera como posible candidato a la presidencia, regresó a Estados Unidos apenas unos meses después de los hechos y en 1991 se compró la oficina del *downtown*, cerca del Long Lines, en la cual instaló la filial norteamericana de Frutas Guindo Fecundo (FGF), la empresa familiar de los Bulnes, que él había convertido en una de las mayores exportadoras mundiales de fruta.

Casi en forma simultánea, vendió el departamento que su padre había adquirido en la década del cincuenta en Park Avenue. Se acababa de separar y ese sitio le traía muy malos recuerdos, por lo

cual se compró otro en el Dakota, el famoso edificio ubicado frente al Central Park con forma de castillo de estilo gótico donde vivió (y en cuyo acceso fue asesinado) John Lennon, además de otros famosos como Jack Palance, Judy Garland, Lauren Bacall, Boris Karloff, Leonard Bernstein y Rudolf Nuréyev. Por supuesto, sus amistades no sabían, pues él siempre se había cuidado mucho de no contarlo, que a él no podría jamás sucederle lo de Cardoen, dado que gozaba de inmunidad diplomática.

En efecto, fue por aquellos años también cuando comenzó a financiar activamente algunas campañas políticas chilenas, a cambio de lo cual solo pidió una cosa: un pasaporte diplomático, el cual conservaba desde entonces. Aunque algunos gobiernos de la Concertación le habían puesto pequeñas trabas para renovarlo, todos indefectiblemente habían terminado por hacerlo, pero siempre bajo una misma condición: confidencialidad absoluta, lo que él había cumplido.

Para muchos, Bulnes era un sujeto duro, un empresario despiadado con intereses en las AFP, las Isapres, las empresas pesqueras, forestales y el mercado de capitales, pero él gustaba decir que, en el fondo, era un sentimental, y ponía como ejemplo de aquello su amado departamento en el sexto piso del Dakota, el cual había adquirido no solo porque era una residencia de lujo y por su historia, sino porque era un fanático declarado de The Beatles y sobre todo de Lennon. De hecho, cada vez que podía, atravesaba la calle del frente y se iba unos minutos a observar Strawberry Fields, el memorial en homenaje al músico que su viuda, Yoko Ono, había erigido en dicho lugar.

Justamente su carrera como coleccionista había comenzado gracias al famoso conjunto de Liverpool. Durante un viaje a Londres se topó con un remate en el cual la joya de la corona era una guitarra de Paul McCartney, la cual compró en casi medio millón de dólares. Luego, también de modo casi casual, tuvo la posibilidad de adquirir algunos negativos de las famosas fotos que Annie Leibovitz había tomado de John Lennon y Yoko Ono, que le costaron un poco más que la guitarra. A partir de ese momento no se detuvo nunca más y se convirtió en un fanático de las subastas en las grandes casas de remates de Nueva York, París y Londres, lo que fue ampliando su rango de intereses. De

hecho, había pocas cosas que no le interesaban.

En el verdadero museo que fue armando en su departamento norteamericano había medallas de la Primera Guerra Mundial, primeras copias de las ediciones originales de *Frankenstein* y *Drácula*, una capa de Freddie Mercury, un moai, una carta escrita por Cristóbal Colón, que conservaba en un contenedor lleno de nitrógeno con el fin de preservarla, y muchas cosas más, pero desde hacía tres años que ya nada lo entusiasmaba del modo en que lo hacía ese manuscrito que acababa de ocultar en una caja cuyo único objetivo era evitar que alguien más pudiera tenerlo. Presintiendo lo que sucedería a continuación, lanzó un par de garabatos mentales por no haberlo hecho escanear, como le habían sugerido varias veces, a lo que siempre se negaba, pues con eso esfumaba el valor del mismo, aunque tenía muy claro que lo más importante de ese manuscrito no eran los doscientos o trescientos millones de dólares que seguramente valdría en una subasta de Sotheby's.

Para nada. Ese manuscrito que acababa de introducir en aquella caja, y que había sido escrito por Isaac Newton, tenía un valor histórico y religioso sin par. Lo guardó en un cajón con llave y fijó su mirada en la pantalla del computador Apple que tenía a la izquierda del escritorio. En una ventana de este aparecían todas las cámaras de seguridad del departamento y también las del enorme patio interior del complejo residencial, así como las que apuntaban a la entrada principal, ubicada en la calle 72 y siempre custodiada por dos guardias.

A primera vista, todo estaba impecable y no se veía nada en el pasillo central, el lobby, la cocina, el comedor de diario, el comedor de invitados, el salón de recepción, los dormitorios, los baños o la biblioteca. Lo mismo pasaba en el patio y en el acceso, donde los dos guardias privados, uniformados de negro, estaban parados mirando hacia la calle, impertérritos, como siempre.

Al observarse allí, sin embargo, se dio cuenta de algo que lo horrorizó: su imagen estaba congelada. Levantó el brazo izquierdo y la efigie de él en pantalla siguió igual, sentada en forma muy rígida, con la mano derecha extendida sobre el *trackpad* de uno de los computadores, como estaba unos treinta minutos antes, cuando se

encontraba mandando un correo electrónico a uno de sus gerentes.

Movió la mano derecha y nada sucedió en el cuadro que le mostraba el computador. Le costó al menos un segundo (lo que es mucho tiempo cuando el instinto dice que lo que nos queda de vida es eso: segundos) comprender que lo que él veía era una captura de pantalla puesta allí, a fin de que no se diera cuenta de que alguien había intervenido en forma remota las cámaras, las cuales evidentemente no estaban grabando.

Claro.

No es que los guardias de la calle fueran muy estrictos en cuanto a la forma en que hacían sus turnos, sino que lo que estaba viendo era un *loop* infinito: la misma imagen una y otra vez.

Capítulo 3

UNA CARA FAMILIAR

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Pensó que debía llegar al living, a fin de llamar por medio del citófono a la conserjería y avisar, pero eso implicaba salir al pasillo donde, en ese momento, ya no le cabía duda alguna de que había alguien. Peor aún, supuso que si los guardias ya no estaban, seguramente algo semejante debía de haber ocurrido con los conserjes.

Se le pasó por la mente la idea de buscar la pistola que tenía en su dormitorio, pero era lo mismo. Para llegar allá había que salir al pasillo. El celular. El celular le había funcionado hasta unos minutos, cuando llamó a Jason. Marcó, pero no escuchó nada. Miró la pantalla de su iPhone 5 y no había señal de ningún tipo.

No tenía cómo saberlo, pero la que fue su última llamada, que hizo ocupando el altavoz de su antiguo modelo de iPhone, el cual descansaba sobre la mesa, fue no solo oída, sino también vista, pues desde hacía casi dos años que el aparato (que él se negaba tenazmente a cambiar por uno más moderno) estaba infectado con Pegasus, el exitoso software de espionaje israelí de NSO Group, que supuestamente se vendía solo a organismos gubernamentales, y que permitía controlar completo un aparato, como lo hicieron los saudíes —por ejemplo— con el hombre más rico del mundo, JeffBezos, a quien el propio heredero del trono de Arabia Saudita le había enviado un video que infectó su equipo, con lo cual los servicios de inteligencia de ese país lo espiaron durante un buen rato, molestos por los comentarios del *Washington Post* (periódico de propiedad de Bezos) respecto del asesinato del corresponsal de ese medio, Jamal Khashoggi.

En el caso de Bulnes, quienes habían contratado el servicio compraron el pack completo, gracias al cual habían infectado no solo el WhatsApp y el correo del teléfono, sino también la cámara y el micrófono. Desde una clásica casa de estilo victoriano situada en White Plains, al norte de Manhattan, lo observaban, lo escuchaban y leían sus conversaciones día a día. De hecho, debido a toda la información que manejaban acerca de él es que en ese momento uno o más desconocidos estaban al interior de su casa.

Sintió un nuevo paso, más fuerte, y le invadió una extraña sensación de resignación. Cerró la puerta, sabiendo que eso era algo que no tenía sentido alguno. Pensó en Nepomuceno, allá en la casa de La Dehesa, donde este vivía con su esposa y sus nueve hijos, nietos a los cuales no veía en persona hacía ya más de un año.

Hacía un buen tiempo que estaban distanciados. En la práctica, su hijo era ya el gerente general de todas las compañías, pero cada vez que conversaban, lo único que este hacía era reprocharle sus gastos personales, como si fuera un adolescente y el dinero no fuera suyo, al tiempo que formulaba predicciones catastróficas acerca del futuro de la compañía y de cómo cualquier gasto, aunque fuera una bicoca de treinta mil dólares invertidos en un cuadro comprado en una subasta, afectaba al conjunto:

—Papapo, las cosas están muy mal. Tendremos un EBITDA negativo de nuevo este año. Desde que comenzó el estallido comunista de 2019 que nuestras exportaciones se han ido a pique, a lo que hay que sumar el efecto de ese verdadero castigo de Dios que fue la pandemia. Debes gastar menos —le decía y él solo se reía, no solo por aquello del «estallido comunista», sino también porque le parecía hasta chistoso que su hijo quisiera imponerle restricciones. Sí, es verdad que el patrimonio familiar había bajado en un par de billones de dólares en los últimos años, pero eso era un dato menor frente a todos los activos que poseían.

A veces se preocupaba por lo rígido y conservador que se estaba poniendo su único hijo, que ya estaba comenzando a ir a misa diaria y calificaba a todos quienes tenían ideas distintas de las suyas de «comunistas», pero luego se reía y recordaba que él también había sido así y que, a diferencia de la mayoría de la gente, se fue poniendo más

liberal a medida que envejecía.

Estaba convencido de que con Nepomuceno pasaría algo semejante y que este sabría además mantener el negocio funcionando y adaptándose a los tiempos, tal como él lo había hecho también en su momento. Sin embargo, había algo que a él le inquietaba profundamente: salvo una vez, su hijo nunca le había dicho que debía cuidarse del Covid-19, algo que —suponía— debería de haberle preocupado mucho, dada su edad. Por supuesto, no necesitaba que se lo dijeran, pues se había cuidado mucho y hasta que no tuvo constancia de que todo su personal doméstico y de seguridad se había vacunado, todo el mundo estaba obligado a usar mascarillas y guantes al interior del departamento, el cual se sanitizaba cada tres días, además.

Pensaba en todo eso y en la cara de sus nietos cuando sintió cómo se reventaba la puerta. Con el susto llegó a saltar hacia atrás, al tiempo que una figura que no esperaba irrumpía en la bien iluminada biblioteca, haciendo que el alma le volviera al cuerpo.

—¡Jason! —gritó con alivio, al ver a su jefe de seguridad, que enfundaba una pistola Glock muy apretada, en ambas manos, al tiempo que sudaba copiosamente, pese al frío que hacía afuera.

—¿Tú estar bien? —le preguntó el recién llegado, en su español champurreado, aprendido en sus años como oficial de un grupo Delta que ejecutó una serie de operaciones negras en México y Colombia.

—Claro —respondió el billonario, que recién en ese momento comprendió que no, no estaba bien, tras lo cual recibió un fuerte golpe en la carótida, que le dejó inconsciente.

Capítulo 4

SECUESTRO

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Los cuerpos de los guardias y los conserjes del edificio fueron descubiertos poco antes de las once de la noche. Curiosamente, en todo ese lapso, ningún residente se dio cuenta de ello. Fue Gastón, quien llegó al lugar unos cincuenta minutos después de los hechos, quien llamó a la policía. El primer escuadrón de detectives al principio no entendía bien lo ocurrido. Tenían claro que los dos guardias que siempre estaban en la calle habían sido atacados con algún elemento químico, talio o sarín quizá, y que los dos conserjes de turno habían recibido sendos disparos en el cráneo, ejecutados a muy corta distancia y evidentemente con silenciador, pero no podían entender por qué en la centralita de seguridad del Dakota no había imagen alguna de quienes habían entrado al edificio.

Recién después de un rato se dieron cuenta de que era un *loop*, igual al que Bulnes había visto en su computador, e idéntico a los *loops* que había en las cámaras de los edificios del otro lado de la calle, en el acceso al metro, por la calle 72 West, y en las cinco cámaras del Parque Central que podían haber captado algo.

El jefe del escuadrón de homicidios del Uptown Manhattan se rascaba la cabeza. Ya tenía cuatro cadáveres, dos de ellos muertos quién sabe con qué, y un hombre secuestrado. Como si las cosas no fueran ya suficientemente raras el secuestrado era un chileno, explicó al alcalde, cuando llegó al lugar, con el rostro desencajado. Sabía muy bien, como ya empezaban a decirlo en todos los canales de televisión, que el desaparecido era el décimo hombre más rico del planeta y que durante el gobierno de Bush había sido un silencioso y constante

donante del Partido Republicano, lo que coincidió con la instalación de una planta de producción de celulosa al noroeste del estado. Luego, durante el gobierno de Obama, se convirtió en donante del Partido Demócrata y aunque no emprendió negocios nuevos en Estados Unidos, prácticamente se quedó viviendo allá.

El alcalde llamó al director del FBI. Bulnes estaba desaparecido, así es que oficialmente era un caso de secuestro y, como se trataba de un diplomático (o, al menos, de alguien con pasaporte diplomático) era, por ende, de jurisdicción federal, aunque los homicidios serían aún investigados por la Policía de Nueva York.

Rusos o chinos, pensó el jefe del FBI, en su oficina de Washington DC, aunque no dijo nada de ello al alcalde. Posteriormente, al hablar con el SAC (sigla en inglés de «Agente Especial a Cargo») de Nueva York, Mike Dunnugan, le comentó sus temores.

Dunnugan conocía en detalle todo lo que estaba sucediendo. De hecho, ya tenía algunos de sus hombres en el terreno y coincidió. Era una operación extremadamente sofisticada y había muy pocos grupos en el mundo capaces de hacer algo semejante: los servicios secretos chinos, la inteligencia militar rusa, el Mossad de Israel, el BND alemán, así como los grupos de mercenarios al servicio de empresas estadounidenses, que habían participado en distintos conflictos a lo largo del mundo, y algunas agencias de inteligencia de ese mismo país...

Además de músculo y expertos en *black ops*, comentó, se necesitaba también a lo menos un *hacker* de la puta madre, un cerebrito capaz de meterse en redes públicas y privadas, incluyendo las del edificio, para robar imágenes de sus servidores, reinstalarlas allí (a esa hora aún nadie había visto la pantalla del computador del secuestrado) y bloquear simultáneamente todas las cámaras del sector. Además, se requería de un químico o bioquímico que no solo fabricase lo que haya sido que hubiesen administrado a los guardias, sino que además debería haber capacitado a quienes lo administraron.

—El sujeto que encontró los cuerpos es un exmilitar chileno, que trabajó con Blackwater y otras compañías en Irak, Yemen, etc. Sin embargo, la gente de homicidios dice que su coartada es perfecta, pues se encontraba en Stamford a la hora de los homicidios —le explicó

Dunnugan.

Su jefe le dijo que no lo perdieran de vista. El agente a cargo de la oficina de Nueva York le dijo que así sería. Luego discutieron por varios minutos acerca de los motivos del secuestro. Concluyeron que no era un simple plagio con fines económicos. Había formas más simples de secuestrarlo, sobre todo porque andaba con un solo escolta. Un equipo de seis u ocho mercenarios perfectamente podría haberlo interceptado en cualquier calle y no solo eso. Desde hacía un par de años que Bulnes había comprado una mansión en la exclusiva zona de East Hampton, que solía visitar bastante. Era una antigua casona que usaba cada vez más y solía ir hasta allá solo con su guardia. Si lo hubieran querido raptar, ese era el lugar perfecto.

No, en esto había muchas horas hombre invertidas y mucho dinero de por medio. Concluyeron que quizá era algo político, pero no estaban completamente seguros.

—Le recuerdo, director, que acá tenemos un consultor externo, que ha trabajado varias veces con nosotros y que fue especialmente útil en el caso de la secta NXIVM. El detalle es que es chileno —dijo Dunnugan.

—Claro, lo recuerdo perfectamente. Vayan a despertarlo y póngalo a trabajar. Ahora le corto, que me está llamando el embajador de Chile —respondió el director del FBI.

Veinte minutos después, el agente especial Luis Salcedo, un esforzado chico nacido en San Juan, que se había graduado con honores en historia en la Universidad de Nueva York antes de entrar al FBI, tocaba el timbre en un edificio de la calle 113 West, en la zona del Upper Manhattan, Nueva York.

La respuesta fue casi instantánea.

—¿Alberto? —preguntó Salcedo, con su fuerte acento portorriqueño.

—Hola Luis. Imaginaba que me llamarías, pero pasa, pasa —respondió desde el otro lado del auricular el exsacerdote jesuita Alberto Prat.

El agente empujó la puerta eléctrica, saludó con un leve movimiento de cabeza al conserje, que miraba un partido de básquetbol en su celular, y subió a zancadas hasta el tercer piso, donde el chileno lo estaba esperando con la puerta abierta.

Cercano a la cincuentena, el exreligioso chileno parecía estar en excelente forma, muy delgado y atlético, pero cualquiera que lo conociera sabía que en realidad su delgadez no obedecía al deporte, sino al coronavirus que lo había atacado más de un año antes y que lo tuvo durante tres semanas conectado a un respirador mecánico en el Roosevelt Memorial. Por eso aún se movía lento.

Podía respirar sin mayores dificultades, pero se cansaba con mucha rapidez. Sus pulmones se recuperaban, le había dicho el médico broncopulmonar durante su último chequeo, pero aún faltaba un buen tiempo para que volvieran a estar plenamente funcionales.

Prat llevaba ya casi tres años viviendo allí, en los inicios del antiguo Harlem. Era un lugar que le encantaba, no solo porque quedaba a una cuadra del campus de la prestigiosa Universidad de Columbia, sino porque a pocos metros de allí estaba la Avenida Riverside, donde antes de la enfermedad solía ir a caminar en las mañanas de primavera mirando el enorme caudal del río Hudson, y porque a otro par de cuadras se encontraba el que quizá fuera uno de los mayores resumideros de símbolos extraños del mundo: la enorme mole de Saint John the Divine, la catedral episcopaliana de la diócesis de Nueva York, en la cual el exsacerdote se pasaba horas enteras admirando los tallados de sus muros exteriores, las esculturas de sus jardines y sus enigmáticos mosaicos, así como los curiosos motivos casi paganos que había en su suelo.

—Me imagino que vienes a verme por lo que sucedió con Bulnes —le dijo al recién llegado, apenas este cruzó el umbral de la puerta.

En forma un poco torpe, el oficial del FBI le preguntó cómo sabía aquello.

—La Policía de Nueva York ya confirmó en su cuenta de Twitter que lo han secuestrado. Hay varios canales de TV que están transmitiendo en directo desde el Central Park y las redes revientan de teorías conspirativas. Acabo de leer un tuit de alguien en Chile, que dice que Bulnes estaba metido con Jeffrey Epstein y que por eso lo hicieron desaparecer, entre otras burradas —explicó.

—Fue una pregunta estúpida, Alberto, *sorry bro* —replicó el agente, con mucha familiaridad.

Capítulo 5

EN LA GRAN MANZANA

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Prat había llegado a Estados Unidos casi cuatro años antes, luego del desastre ocurrido en el lago Constancia (en la zona de Puyehue), cuando él y otros turistas, según la versión oficial, estuvieron implicados en la explosión accidental de una gran cantidad de cargas de explosivos instaladas allí por los militares chilenos en los años setenta, cuando era inminente un conflicto armado con Argentina.

Hubo una cantidad indeterminada de fallecidos, investigaciones parlamentarias y judiciales al respecto, e incluso un best seller que aseguraba que Prat y sus acompañantes habían descubierto la mítica Ciudad de los Césares, idea que despertaba carcajadas al exjesuita cada vez que alguien se la mencionaba.

En medio de todo ello, Prat, que había sido minutante (es decir, agente) del Servicio Secreto del Vaticano, recibió una de aquellas ofertas que no se pueden rechazar: James Brower, un alto cargo de la CIA con quien se había relacionado varias veces, le ofreció trasladarse por un año a Estados Unidos. En la Universidad de Georgetown, en Washington DC, se había formado un grupo de estudio de sectas que contaba con un generoso financiamiento estatal y, dada la experiencia que el exjesuita había tenido investigando grupos nazis y esotéricos en Chile y Argentina, era perfecto para el trabajo, el que además implicaba un sueldo bastante generoso.

Tras todo lo ocurrido, Prat quería quedarse en Santiago y dedicarse a su profesión (la arquitectura), pero su nombre estaba en todas partes, especialmente en las redes sociales. Grupos neonazis inundaron Twitter con supuestos tuits suyos, en los cuales «confesaba» ser un

pedófilo. Uno de aquellos mensajes falsos tuvo más de cien mil retuits. Aparecieron más de diez cuentas de Twitter supuestamente suyas (aunque nunca había abierto alguna) y en ellas todos los días se emitían mensajes ofensivos de todo tipo: hubo comentarios atribuidos a Prat en contra de la comunidad LGBTIQ+, de la inmigración, de las mujeres y de los veganos (entre otros), hasta que pasó lo inevitable: comenzaron las amenazas de muerte, primero por redes sociales y luego directas a su celular.

Cambió tres veces de número, pero no había caso: siempre alguien se lo conseguía, lo publicaba en redes sociales y se reanudaban las amenazas, las que pronto se convirtieron en algo concreto. En cierta ocasión, Prat se dio cuenta de que lo seguían en plena Avenida Providencia. Se trataba de una pareja joven que venía caminando detrás suyo desde hacía rato.

Luego de meterse por varias calles laterales y comprobar que la pareja siempre seguía allí, decidió plantarles cara, olvidando todo el rigor con que actuaba antes, cuando trabajaba para El Vaticano.

Se dio cuenta del error apenas los comenzó a increpar, momento en que la joven rompía a llorar y su acompañante grababa todo aquello, convirtiendo en ese momento a Prat en un sujeto violento que —como dijeron después en un matinal de televisión— los había atacado, mostrando de lleno el perfil agresivo que supuestamente tenía en las redes sociales. Sí, reconocieron que lo estaban siguiendo, pero según ellos, había sido solo de curiosos y además... ¿no estaban en la vía pública?, se quejaban.

Luego de eso, llegó el llamado que tanto temía: el dueño del estudio de arquitectura especializado en restauraciones de edificaciones antiguas, donde lo habían contratado, le dijo apesadumbrado que «debían dejarlo ir», pues en realidad su presencia les complicaba.

A esas alturas, Prat tenía claro que seguir en Chile era una mala idea. Brower lo había llamado varias semanas antes, pero la primera vez que el exreligioso le planteó la idea de moverse a EE. UU. a su pareja de aquel entonces, la periodista Sandra Guzmán, la respuesta que recibió no fue la que él esperaba.

Tras todo lo vivido, ella había recuperado su trabajo en el diario electrónico *La Vitrina*, pero ahora era la editora nacional, por lo que

tenía un sueldo bastante respetable y además no tenía que reportear en la calle, como cuando había conocido a Prat. Al mismo tiempo, Penguin Random House le acababa de ofrecer un contrato bastante atractivo por un libro acerca de su historia de amor con Prat (la que se había iniciado cuando este aún pertenecía al sacerdocio).

Las únicas sombras que la rondaban tenían que ver con el mal momento que pasaba su pareja, pero ella estaba segura de que solo era algo pasajero y que en cualquier momento los *trolls* de las redes encontrarían una nueva presa a la cual acechar.

Finalmente no hubo acuerdo. Concordaron en que intentarían seguir la relación a distancia, teniendo en cuenta que la oferta de Brower tenía fecha de vencimiento: un año. Si no resistían ese tiempo separados, razonaban ambos, la relación entonces no tenía razón de ser.

Sin embargo, el año no fue un año. Apenas llevaba un par de meses trabajando en Washington DC cuando Prat fue requerido por el FBI para una asesoría relativa a los grupos neonazis que resurgían en EE.UU. en medio del éxtasis que les producía la figura de Donald Trump, y esa consultoría pronto se extendió a otras entidades, como el Departamento de Policía de Nueva York. Debido a ello y al trabajo que posteriormente le pidió el FBI, en el contexto de la investigación de la secta NXIVM (en New Jersey), terminó mudándose a Manhattan.

Para él fue un gran momento. No había metrópolis del mundo que le atrajera tanto como Nueva York, la gran manzana. Podía pasarse horas y horas caminando por sus calles, especialmente en el Midtown. Gozaba de escuchar los cientos de acentos e idiomas distintos, de entrar a las tiendas de viejo que se ubicaban más allá de Times Square y de sentarse en Central Park a leer algún libro. Como arquitecto, además, vivía en una especie de sueño, mirando hacia arriba en forma permanente, observando las impresionantes cumbres de cemento que se elevaban por todos lados, llenas de detalles, de guiños, de gárgolas, de formas imposibles y de elegancia.

Finalmente, sucedió lo que siempre sucede con las relaciones a distancia.

Esa noche, cuando Salcedo lo fue a buscar, ya habían pasado al menos seis meses sin saber el uno del otro.

Capítulo 6

LA CIFRA MASÓNICA

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

—Mira, Alberto, el problema es bastante grave. Me han pedido que te integre al caso, dado que como eres chileno, igual que la víctima del secuestro, mis jefes piensan que es probable que nos puedas orientar en cosas que quizá nosotros no estemos viendo... —le dijo el agente del FBI.

Prat lo quedó mirando con cierta extrañeza.

—Creo que no es posible que los asesore, Luis, pues conocí bien a Ladislao Bulnes. De hecho, lo estaba ayudando en un proyecto histórico que él tenía y para serte franco, pensé que venías en función de ello —le respondió.

Ahora fue el portorriqueño quien puso cara de extrañeza.

—No veo cuál puede ser el inconveniente.

Prat se rascó la cabeza y partió al refrigerador. Sacó una lata de Dr. Pepper Diet y ofreció otra al agente, que la rechazó con una sonrisa.

—El problema —dijo el chileno— es que tengo la impresión de que sé por qué lo secuestraron y eso, seguramente, me convertirá en un testigo federal —respondió, sin agregar más detalles y concentrándose en luchar contra la lata de gaseosa, que no podía abrir.

Salcedo lo miró con toda calma y asintió con la cabeza. Habían trabajado juntos durante todo el caso NXIVM y conocía lo suficiente a su interlocutor como para saber que cuando se quedaba callado no era porque no quisiera contar algo, sino porque estaba buscando la forma de decirlo.

—Luis, estos años en Estados Unidos han sido muy buenos para mí.

He gozado de mucha tranquilidad y tú, tus colegas y las otras personas con que he trabajado me han tratado con mucha consideración y respeto. Los años previos a esto fueron muy complejos y convulsos. Mi imagen, en Chile, está hecha mierda, como bien lo sabes, y me vi involucrado en más problemas de los que quisiera. Lo que está pasando es grave y no quiero tener que andar esquivando balazos de nuevo, así es que te voy a contar todo lo que sé —le respondió, dejando sobre una mesa lateral la lata de gaseosa.

Sobre la mesa de centro del living había un MacBook Air cerrado. Con un gesto, invitó al agente a sentarse en el sofá. Prat abrió el computador, que mostró de inmediato la app de Twitter. La cerró y abrió el cliente de correo.

—Ahí —le dijo a Salcedo, mostrando el último mail que había ingresado, a las 21.47. El «asunto» del correo estaba en blanco y el remitente era Bulnes.

—Eso debe haber sido minutos antes de que lo secuestraran, quizá segundos antes —comentó Salcedo.

—Así es.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—A primera vista no vas a entender ni jota —se rio el exsacerdote, abriendo el correo electrónico, tras lo cual se desplegó en pantalla una serie de extraños caracteres:



—¿Qué mierda es eso?

—Uf. Evidentemente es un mensaje cifrado. Tengo la impresión de que se trata de una especie de codificación que ha generado siempre mucho folclore. ¿Conoces la iglesia de la Trinidad, en el sector de Wall Street? —preguntó.

—Me parece. ¿Es esa iglesia que está casi en el inicio de la calle Broadway?

—Esa misma, es una iglesia de tipo neogótico que está metida entre medio de los rascacielos. Presumo que te habrás fijado en que, al igual que la capilla de San Pablo, que está a un par de cuadras de allí, tiene un cementerio al costado.

—Por supuesto, como todas las iglesias antiguas.

—Las iglesias episcopalianas y de otras confesiones protestantes tienen esa práctica —acotó Prat—. Las iglesias católicas, como las que hay en mi país, suelen tener nichos en su subsuelo, donde se sepulta a obispos y arzobispos, o también a héroes nacionales, pero no cementerios como estos, en medio de ciudades.

—Vaya. ¿Y qué tiene eso que ver con esos caracteres? —replicó el agente del FBI, que había llegado muy joven a Estados Unidos, desde su natal Puerto Rico.

Prat le explicó que presumía que podían ser los mismos símbolos que figuraban en la lápida de la tumba de un niño, ubicada en dicha iglesia.

—Alguna vez, hace algunos años, estuve admirando esta iglesia y su vecina de San Pablo y, como lo hago siempre con los edificios que me interesan como arquitecto, tomé una serie de fotos, incluyendo varias tomas de la famosa tumba aquella. Si me das un segundo te la muestro —explicó, abriendo la aplicación de fotos del laptop.

Escribió «Wall Street» en el buscador de la misma y aparecieron unas cuatrocientas imágenes. El exsacerdote las empezó a hacer correr hacia la derecha a toda velocidad, hasta que la imagen de la iglesia apareció frente a ellos.

Era un edificio majestuoso, construido en ladrillo café, con una gran torre que apuntaba al cielo y con grandes jardines al costado derecho, en medio de los cuales se observaban varias lápidas. Otra foto era un acercamiento a una placa metálica, que explicaba que la primera iglesia de la Trinidad se había edificado en 1696, pero se había quemado en 1776. La construcción actual databa de 1846.

—Lo que ha sobrevivido todos estos años, sin embargo, es el cementerio, que es muy antiguo —explicó Prat, mostrando una imagen general de las lápidas. En varias de ellas estaba la efigie del compás y la escuadra, símbolo de la masonería.

Prat pasó varias imágenes más, hasta que llegó a la que buscaba. Era una lápida de color oscuro, casi verdoso, que tenía algunas imágenes borrosas en el medio, aunque una de ellas inequívocamente eran las alas de un ángel, señal de que allí descansaba el cuerpo de un niño de nombre James Leeton, por lo que se alcanzaba a leer. Al costado del

nombre aparecía el año de la sepultura: 1791.

La parte mejor conservada de la lápida era la superior. De forma curva, debajo del borde habían grabado bajo relieve trece caracteres del mismo tipo de los que estaban viendo en la pantalla.

—Son muy parecidos. No entiendo por qué el padre del niño fallecido habría querido poner eso ahí, una especie de mensaje oculto —opinó el oficial del FBI.

—Ni idea. Lo que es claro, como viste en las fotos, es que dicho cementerio estaba lleno de símbolos masónicos y por eso mucha gente llama a ese alfabeto «la cifra masónica».

—¿Habrá sido algún tipo de escritura masónica secreta?

—Todos piensan eso. Hay algunos criptólogos que se han dedicado a traducir este mensaje cifrado. Según la opinión dominante, allí dice «*Tempus fugit* »; es decir, «el tiempo vuela». Quizá es una frase de contrición del padre del niño Leeton ante el poco tiempo que pasó con él, vaya uno a saber. Sin embargo, hay varias críticas al sistema de desencriptado que se usó para llegar a esa conclusión. Incluso, existen varios alfabetos creados a partir de este, pero ninguno es aceptado como concluyente —dijo Prat.

Salcedo acercó el zoom de la foto, para tratar de ver más detalles, pero era poco lo que se distinguía, no por la calidad de la imagen, que era muy buena, sino por la oscuridad de la lápida y la falta de algunas partes de su superficie.

Se incorporó, limpió sus lentes con la parte interior de su abrigo, y quedó pensativo.

—¿Y por qué habrá sido que Bulnes te envió esto? ¿Hablaron alguna vez acerca de esa lápida o ese sistema de ciframiento?

Prat se encogió de hombros.

—Solo pudo hacer presunciones. Sé que le gustaban los desafíos de ingenio, así como todo lo que tuviera que ver con seguridad, con encriptación... pero nunca hablamos de ese lenguaje, esa lápida o algo parecido, jamás. Mi contacto con él fue, en realidad, bastante extraño.

—O sea, te lo mandó pensando que lo podrías descifrar.

—Eso mismo debe haber sido. De todos modos, si te fijas, los caracteres que aparecen en su mail parecen fuentes de las que usa cualquier computador. Seguramente en el suyo deben estar y... no me

digas. ¿Se llevaron el computador, cierto? —preguntó Prat.

—Así es, y no fue lo único. Descerrajaron un cajón de su escritorio y algo sacaron de allí —comentó el agente del FBI, quien creyó leer en los ojos de Prat una leve turbación al escuchar aquello.

Sin embargo, no alcanzó a preguntarle, pues en ese mismo momento sonó su celular y respondió. Al otro lado de la línea escuchó la voz de Brian Miller, el delgado agente especial que dirigía el grupo antisecuestros. Miller era un tipo muy agradable, de voz pausada y el mejor basquetbolista que Salcedo había visto alguna vez, además de destacar por su inteligencia. Era un verdadero agrado trabajar con él. Al igual que Prat, sus estudios de pregrado los había realizado en arquitectura.

Lo escuchó atentamente durante unos segundos y luego asintió un par de veces, hasta que se le escapó una interjección que no necesita traducción: *shit*.

Salcedo cortó y giró hacia el chileno.

—Ponte un abrigo o algo así, Alberto. Necesito que me acompañes a Rockefeller Center. Vamos a ver un cadáver allí —indicó, refiriéndose al vasto complejo de diecinueve edificios ubicado en el Midtown, el centro de Manhattan, construido a partir de los años treinta por quien en su momento fuera el mayor millonario del planeta, John D. Rockefeller.

El complejo consta de varios hitos muy turísticos, partiendo por el edificio principal, un rascacielos de más de setenta pisos conocido como «30 Rock», de un llamativo color rosado cuando es iluminado de noche y de una forma muy delgada cuando se le observa desde su acceso principal, al frente del cual se sitúa la famosa pista de patinaje en hielo en cuya cabeza, cada diciembre, se enciende el famoso árbol de Navidad que enloquece a los turistas. En su piso 62 se encuentra un observatorio que, a gusto de muchos, es el mejor de la ciudad.

No obstante, como bien lo sabía Prat, todo el Rockefeller Center, que va desde las calles 48 a la 51, entre las avenidas Quinta y Sexta, en realidad es un inmenso contenedor de mensajes esotéricos. Los compradores compulsivos que abarrotan las exclusivas tiendas ubicadas en los primeros pisos de los edificios, así como los patinadores o los neoyorquinos en general no reparan en ello, pero

todas sus construcciones están repletas de mensajes cifrados de distintos caracteres, tallados en sus paredes más visibles, incluso en los frontispicios, sin que a nadie le llamen mayormente la atención.

Ah, y un detalle no menor. Dentro del 30 Rock funcionan los estudios principales de la NBC. Un par de cuadras hacia el este están los de la ABC y cerca de estos los de Fox y otros canales de televisión. Es por eso que cuando el automóvil en que viajaban se detuvo en la calle 50, lo primero que Salcedo y Prat vieron fue un enjambre de luz que se movía por todos lados. Era, en realidad, una nube de camarógrafos y periodistas.

—Por la remierda —musitó Prat para sí mismo.

Capítulo 7

LA NAVAJA DE OCKHAM

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Cuando el agente Miller llamó a Salcedo era para comunicarle que minutos antes una van negra había entrado calmadamente por la calle 49 West, deteniéndose en la esquina del callejón que conduce a la puerta principal del 30 Rock.

Del vehículo descendieron con toda tranquilidad cuatro sujetos vestidos con trajes azules de trabajo, parkas cerradas hasta el inicio de la cara, cascos de construcción y antiparras, los típicos *blue collar*, como llaman en EE.UU. a los trabajadores de ese tipo. Cada uno de ellos llevaba al cinto, además, el clásico cinturón con herramientas, ya saben: pinzas, llaves de distintos tipos, ganzúas, destornilladores, taladros manuales, ese tipo de cosas. Por supuesto, todos cubrían sus manos con gruesos guantes de los que se usan en cualquier trabajo pesado.

Algunas de las personas que a esa hora pasaban por allí los vieron sin que les llamaran la atención. Uno de los guardias del 30 Rock, de hecho, declararía después que parecían los típicos empleados de alguna compañía de telecomunicaciones o de una eléctrica que era habitual ver en toda esa zona en las noches, reparando o cambiando aparatos de aire acondicionado, calefactores, cajas de switch, sistemas computacionales o cualquier cosa semejante.

Los cuatro llevaban una gran caja alargada, como las de los transformadores. Caminaron pesadamente con ella hacia la puerta y se detuvieron a unos diez metros de ella, justo en frente al acceso principal, bajo la mirada del guardia externo, que esperaba que se acercaran a explicarle hacia dónde se dirigían.

Sin embargo, dejaron la caja en el suelo, con mucho cuidado, y uno de ellos pareció increpar a los demás, mientras les mostraba un papel y luego la caja, que habían depositado en el suelo. Durante espacio de un minuto o algo así discutieron entre ellos, recriminándose con cierta severidad.

Al guardia le pareció que la discusión (en inglés, aunque luego diría que había un acento europeo en esas voces) giraba en torno a si eran uno o dos transformadores, hasta que finalmente pareció imponerse la segunda opción. En ese momento, el primero de los trabajadores miró al guardia y le hizo tres gestos sucesivos y muy rápidos: las manos juntas en posición de plegaria, luego la mano derecha vertical y la izquierda perpendicular a ella, imitando la posición que se usa en básquetbol para pedir tiempo. El tercer gesto consistió en mostrarle la caja con la mano izquierda y con la derecha levantar los dedos índices y medios, indicando que eran dos cajas en realidad.

El guardia supuso que le pedían que echara un ojo a esta mientras ellos iban a la van a buscar la segunda, ante lo cual solo atinó a levantar su pulgar derecho, en señal de asentimiento. Los cuatro sujetos, que eran blancos, partieron a paso cansino hacia la van, subiéndose a ella.

Justo en ese momento, al guardia le entró un llamado de su novio y caminó hacia la calle 50, en la dirección opuesta a la de los desconocidos. Conversó un par de minutos y cuando giró de nuevo solo vio la primera caja, en la misma posición, pero no había rastros del vehículo ni menos de quienes la habían depositado allí.

Una gota de sudor frío corrió debajo del quepis del vigilante. Nadie se va y deja botada una cajota de ese tamaño y perfectamente podría tratarse —supuso— de un artefacto explosivo.

Se acercó a ella y la observó con su linterna. Era un rectángulo de plástico azul oscuro muy grande, quizá de 1.80 de largo por unos 70 de ancho y lo mismo de alto, como las que usaban en algunas granjas de Montana para embalar pasto para el invierno. La enorme tapa blanca parecía entreabierta.

Pensó en llamar de inmediato a la policía. Eso era lo que establecía el protocolo del edificio ante la presencia de cualquier paquete sospechoso. Desde los atentados de septiembre de 2001 y de episodios

como el del bombardero de Times Square, Nueva York vivía en medio de la psicosis y la paranoia, por lo cual la policía estaba presta a actuar ante el más mínimo comportamiento sospechoso, desenfundando armas y preguntando después. Sin embargo, sabía que hacer aquello significaba un escándalo y eso no le gustaba nada a la administración del edificio.

Optó por la prudencia. Ingresó al lobby y se dirigió a Sally Pimentel, una exoficial de la DEA (la agencia antidrogas estadounidense) que era la jefa de seguridad. Apenas el guardia comenzó el relato, a Pimentel se le empezó a desfigurar el rostro. Pensó en lanzarle una retahíla de garabatos, pero se contuvo y, a cambio, salió disparada hacia afuera, con una linterna en la mano.

Se detuvo a un par de metros de la caja, la que además era ya observada por una docena de personas, que se habían dado cuenta antes de la forma en que el guardia la observaba.

—Pon un cordón, ¡ahora! —ordenó Pimentel, llamando por radio a todos los demás efectivos de seguridad del recinto. Luego de ello, ordenó que todo el mundo se quedara en silencio. Ella sabía que eso era algo difícil de obtener en medio de la ciudad más bulliciosa del mundo, pero quería tratar de determinar si la caja emitía algún sonido: desde el clásico tic tac de las bombas de dibujos animados, hasta los sonidos más suaves que emiten las bombas activadas por medio de servos y que utilizan smartphones o tarjetas Raspberry para su detonación a distancia.

Al cabo de treinta segundos estaba segura de que allí no había bomba alguna, así es que decidió acercarse. Por supuesto, sabía a la perfección que estaba violando todos los protocolos de la ciudad y que seguramente después debería dar muchas explicaciones, pero pocas veces había fallado en su carrera.

De su bolsillo derecho superior extrajo una porra telescópica, un bastón de titanio retráctil que podía llegar hasta 1.20 metros y que más de alguna vez había utilizado, con excelentes resultados.

Lo estiró por completo y con la punta levantó levemente la tapa, apuntando hacia el interior con su linterna. Hay personas que cuentan con una suerte de sexto sentido, una especie de intuición que les permite anticiparse, vaya uno a saber por qué, en un segundo o quizá

menos, algunas micronésimas de segundo, a aquello que van a ver, olfatear, entender o vivir y Sally Pimentel era una de ellas, así es que cuando levantó varios centímetros el bastón, permitiendo ver lo que había al interior, observó exactamente lo que su intuición le decía que encontraría, algo muy distinto de una bomba.

Justo en ese momento otro de los miembros del equipo de seguridad, el cubano —como ella— Víctor Reyes, le preguntó a voz de cuello y en español si llamaba a la policía.

—Dale, chico —respondió ella.

Reyes le preguntó a continuación si pedía el escuadrón antibombas.

—No, que vengan los de homicidios —contestó.

Sin tanto detalle, eso era lo que Miller había explicado a Salcedo y este a Prat. Cuando iban de camino, el exsacerdote chileno le preguntó qué antecedentes tenían para pensar que el cadáver que había en esa caja pertenecía a Bulnes.

El agente respondió que hasta ese momento no había ningún dato. El escuadrón de homicidios estaba comenzando a efectuar la fijación externa del sitio del suceso y se estaban revisando las cámaras de todo el sector, las que sí parecían estar funcionando. Sin embargo, le comentó que evidentemente quienes habían tenido la osadía de atacar un par de horas antes un lugar tan visible como el edificio Dakota, podrían ser los mismos que habían tenido la desfachatez de ir a lanzar un cadáver al corazón mismo de Manhattan.

—Es un razonamiento lógico, pero puede estar errado —fue lo único que musitó el exjesuita, quien se declaraba un entusiasta seguidor de la filosofía diseñada unos ochocientos años antes por otro sacerdote, Guillermo de Ockham, autor del principio de la física que pasó a la historia como «La navaja de Ockham», según la cual la explicación más probable ante dos respuestas competitivas para un mismo evento es, por lo general, la más simple.

—Lo que necesitas, entonces, es un reconocimiento rápido del fallecido. Quieres que lo vea y te diga si es o no Bulnes —comentó.

—Así es, Alberto. No sé en qué estado se encuentra el cadáver, pero como conoces los procedimientos de homicidios, sabes que siempre van de lo general a lo particular y eso significa que quizá empiecen a revisar el cuerpo en no sé, dos o tres horas más, una vez que hayan

fijado fotográficamente y levantado todo lo que encuentren en el suelo, que recojan muestras genéticas de todos los testigos y que hayan buscado hasta la última huella dactilar en el sector, lo que obviamente va en contra de nosotros pues, como comprenderás, nos interesa saber con un poco más de rapidez, si es posible, si seguimos teniendo un caso de secuestro, o si se convirtió en un secuestro con homicidio —razonó Salcedo, quien estaba por preguntarle algunos detalles acerca de la relación que tenía con Bulnes, cuando sonó nuevamente su celular y no dejó de hablar hasta que se estacionaron.

Al ver el enjambre de cámaras Prat supuso que inevitablemente, como había aprendido con Sandra, estas se volcarían hacia los recién llegados. Muchos reporteros ubicaban perfectamente al agente y por ende se centrarían en él, pero la imagen de Prat quedaría grabada.

Si el cuerpo era efectivamente de Bulnes dichas tomas se transmitirían en Chile y los *trolls* de las redes sociales reaparecerían, inventando quizá qué otras atrocidades acerca de él, ahora en relación con la muerte de uno de los hombres más poderosos de la historia chilena, el mismo que había ido a visitar a Pinochet en Londres en 1999, que luego había anunciado su apoyo a Ricardo Lagos y el que varios años después, se había declarado «Bacheletista». Era el mismo que se había opuesto férreamente a la ley de filiación, a la ley de divorcio y a la ley de aborto en tres causales, casos todos en los cuales había predicho que se desataría una corrupción moral sin precedentes en Chile, y que en una de las últimas entrevistas que había concedido, reconoció que se había equivocado medio a medio y que se había dado cuenta de ello al vivir tanto tiempo fuera de Chile, aislado de los grupos de poder que había conocido de niño, para los cuales todo era blanco o negro, cristianismo o ateísmo, neoliberalismo o comunismo.

Sí, sería un gran escándalo en Santiago si el cadáver resultaba ser el del hombre lleno de contradicciones cuya matriz empresarial, FGF, había financiado por medio de su banco de inversiones tanto a la derecha como a la izquierda chilena, el mismo al cual un senador le había pedido en un mail «aunque sea un cachito» de dinero para su campaña, y el mismo al cual jamás habían siquiera citado a prestar una declaración, aunque sus dos principales gerentes habían sido enviados por dos semanas a un anexo carcelario y, luego de ello,

condenados a pedir disculpas en una audiencia en la que no se permitió el acceso a nadie, debiendo además donar quinientos mil pesos cada uno a una organización de beneficencia. Jorge Echaurragaza, el gerente corporativo, entregó su dinero al Hogar de Cristo, mientras que su par, Jorge Echenique, destinó su cheque al club de yates al que pertenecía, lo que justificó diciendo que todas las navidades organizaban una once para los hijos de los trabajadores.

Salcedo, al igual que Sally Pimentel, era una persona intuitiva. Detuvo el auto casi al llegar a la Sexta Avenida y de la parte de abajo de su asiento extrajo un paquetito blanco, el cual extendió hacia Prat. Era un traje de bioseguridad desechable, de poliéster blanco, de los que usan los policías para trabajar en los sitios del suceso. Tenía el clásico capuchón y también incluía dos recubrimientos para zapatos, además de una mascarilla N95, guantes y unas antiparras.

—Póntelo en el auto y nos vamos. Con esto nadie te molestará —explicó al chileno, quien sonrió en agradecimiento. La faena de ponerse el traje sobre la ropa no fue muy simple pero aunque le quedó ajustado, cupo perfecto. Apretó el capuchón casi al máximo, dejando fuera solo los ojos, que cubrió con las antiparras, y bajaron.

Apenas se comenzaron a acercar, tal como Prat lo había supuesto, les cayó encima una avalancha de periodistas, camarógrafos y fotógrafos, aunque todos se centraron en Salcedo, quien los rechazó con amabilidad, a medida que avanzaban. Traspasaron el cordón policial y se dirigieron a la tienda de campaña con la cual habían tapado la caja, gracias a lo cual evitaban el morbo de los curiosos y de la prensa.

Había varias personas más con mamelucos de bioseguridad en el sitio del suceso, aunque todos eran de la policía. Entraban y salían de la tienda, la cual —pese a ser de un azul intenso— se traslucía completa, producto de los focos halógenos instalados al interior de ella y de las luces de los canales de TV, por lo cual se apreciaba que había unas cinco personas alrededor de la caja.

Capítulo 8

ISAÍAS 33:6

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Afuera de la tienda que cubría la caja los esperaba el agente especial Brian Miller, quien saludó efusivamente a su compañero y luego a Prat. Se habían visto un par de veces y se tenían simpatía mutua. Salcedo le explicó que habían usado el traje blanco para salvaguardar la identidad de Prat y también por el tema del sitio del suceso.

—Perfecto. No sabía que le pasarías un traje, pero la gente de la policía había dejado uno a disposición nuestra, para que lo usara el señor Prat cuando llegara. Aunque están obligados por norma a actuar con toda la calma del mundo en el sitio del suceso, también están ansiosos por saber la opinión de Prat.

—¿Se le ve la cara? —preguntó este.

—Lo dejaron en una posición extraña. La víctima está acostada de lado al interior de la caja, con la cara mirando hacia la derecha de esta; es decir, en la misma zona donde se ubican las bisagras de la tapa, por lo que no se aprecia muy bien, aunque aún no han abierto del todo la misma, por el tema de la fijación de la escena del crimen, ya sabe, pero el problema en realidad no es ese, es la sangre.

—¿La sangre? —preguntó Prat.

—Sí. Es como si Drácula hubiera vomitado dentro de esa caja después de zamparse una aldea completa de campesinos rumanos. Está todo cubierto de sangre. Es muy llamativo que los gorilas que trasladaron este ataúd de plástico hasta acá no hayan derramado ni una sola gota de ella. Si es que es solo sangre de la víctima, a ese hombre no le debe quedar nada en las venas.

—¿Y la causa de muerte, *bro*? —interrogó Salcedo.

—Aún desconocida. Lo sabremos cuando se revise el cadáver, aunque los detectives de homicidios suponen que tiene que haber sido el estallido de alguna arteria, quizá la yugular o la femoral, quizá ambas.

—O sea, están presumiendo que lo mataron dentro de esa misma caja… —apuntó el exsacerdote.

—Así es. Mire, Alberto, Salcedo y yo iremos a una de las oficinas del primer piso del edificio, que han facilitado a la policía, a ponernos los trajes de bioseguridad y ya estamos de regreso con usted —le dijeron.

Dos minutos después estaban entrando a la tienda, bajo la mirada atenta de los detectives del escuadrón de homicidios, que fueron indicándole a Prat por donde caminar para no alterar evidencias.

—No es nada agradable de ver —le advirtió uno de los agentes.

—No importa. Levante nomás —dijo Prat, y ante él apareció una imagen bastante grotesca, la de un hombre mayor medio encogido, completamente empapado en un líquido oscuro, que sin embargo era evidentemente sangre, por el olor que manaba desde dentro de la caja.

Desde unos 80 cm de distancia, pues le había advertido que no pusiera su cuerpo o su cabeza sobre la superficie interna de la caja, escudriñó la cara con una linterna. Estuvo en eso unos cincuenta, quizá sesenta segundos. Luego de ello se paró, un tanto mareado (aunque los otros pensaron que era por la impresión, él supuso que era un recordatorio del Covid) y se sacó la mascarilla.

—Claro que es él, sin dudas: la forma del tabique nasal prominente que tenía, la barbilla muy poco desarrollada, los largos lóbulos de las orejas, el pelo que le quedaba al lado de las mismas. No tengo ninguna duda de que ese es el cadáver del señor Bulnes. Sé que lo deberán comprobar por ADN y todo lo que es del caso, pero es bueno que ustedes —dijo, dirigiéndose a Miller y Salcedo, que acababan de regresar— asuman que es un caso de secuestro con homicidio.

Un agente de la policía se acercó a él. Debía prestar una declaración formal al respecto. Prat de nuevo se complicó y una vez más Salcedo salió en su rescate.

—El señor Prat es un colaborador nuestro. Su identidad está resguardada y por ende no puede aparecer en ningún documento oficial. En ninguno —repitió, al ver a uno de los detectives que

anotaba quizá qué cosa.

—Es que... —trató de argumentar el jefe del escuadrón.

—Es que nada, detective. Este hombre vino a cooperar en forma confidencial. Adelantó el trabajo de todos quienes estamos aquí aunque, de hecho, ustedes deberán abandonar en breve el sitio del suceso pues una vez que tengamos una confirmación oficial acerca de la identidad, el caso quedará totalmente en nuestras manos. Lo que no entiendo aún es por qué se han tomado tantas molestias, incluyendo esta extrañísima idea de venir a dejar aquí el cadáver —comentó Salcedo, mirando a Prat, momento en que comprendió que el exreligioso chileno sabía por qué...

Ante ello, lo tomó del brazo y lo invitó a salir de la tienda.

—Alberto, no he querido presionarte y agradezco tu ayuda, pero creo que ya es tiempo de que me expliques qué está pasando... —le dijo.

—No tengo una explicación todavía, Luis, pero hay un hecho que me parece muy sintomático en todo esto: Bulnes me envió esa cifra criptografiada. Esa cifra masónica, como la llaman, ¿recuerdas?

—Obvio.

—Bueno, a Bulnes lo dejaron en esa caja mirando frente a frente a el que quizá es el mensaje secreto más público del mundo, que también es muy masónico.

—No entiendo —se quejó el agente.

—Es muy simple. Mira el edificio —respondió.

La cara de Salcedo giró hacia la inmensa mole del 30 Rock, que escalaba hacia el cielo a metros de ellos.

—¿Qué? ¿La forma del edificio? —preguntó el hombre del FBI, sin advertir aquello que estaba a la vista.

—No pues, mira encima de las puertas giratorias —le corrigió Prat, mostrándole el friso de casi siete metros de alto que se halla encima del acceso principal, una escultura confeccionada en piedra caliza y vidrio en 1933, llamada Wisdom («Sabiduría»).

Ella muestra un hombre desnudo, de ceño adusto y barbado, con una corona dorada, que parece estar en medio de las nubes y desde cuya mano derecha se extiende un compás abierto en 90 grados, con una lectura bíblica, que aparece en Isaías 33:6: «La sabiduría y el

conocimiento serán la estabilidad de los tiempos».

—Ah, claro. Lo he visto muchas veces. Tantas, que no le presté ninguna atención —se excusó Salcedo.

—Por eso te digo que es el mensaje secreto peor escondido del mundo, pero igual sigue siendo secreto cuando no se entiende su significado.

—Imagino que el compás tiene algo que ver con la masonería.

—Así es Luis, pero la figura es mucho más que eso. Es una representación del Gran Arquitecto del Universo, la figura ecuménica que creó la masonería, basada a su vez en la imagen más icónica de ella, que es... —decía Prat, cuando sonó de nuevo el celular de Salcedo, al tiempo que las radios policiales comenzaban también a transmitir furiosamente.

Algo estaba ocurriendo. Uno de los policías de homicidios que estaba en la carpa salió de ella, musitando algo así como «noche de mierda».

Salcedo finalmente colgó.

—Todo esto es muy raro. Hubo un robo con homicidio en un edificio de la calle 23 West, a casi treinta cuadras de aquí... Al interior de una logia masónica o un museo dentro de una logia, más bien, donde guardan «The inaugural Bible», la Biblia sobre la cual juran todos los presidentes de Estados Unidos.

—¿La Biblia de George Washington? —preguntó Prat.

—Esa misma, pero no la robaron. Solo se robaron un juego de cartas escritas por un masón chileno, un tal Carrara, según me explicaron...

Prat se sobresaltó.

—¿Carrera? ¿José Miguel Carrera?

—Eso, Carrera, parece.

Capítulo 9

LOS PAPELES DE CARRERA

Tiempo presente

Central Park, Nueva York

Para Prat era evidente que se refería a José Miguel Carrera. De hecho, un par de años antes había hecho una visita al edificio donde funcionaba la Logia Saint John número 1, la primera logia que se había establecido en la ciudad de Nueva York, en la cual el héroe independentista chileno había sido iniciado como masón.

En realidad, Prat había llegado a la torre de la Gran Logia de masones libres y aceptados, ubicada en la esquina de la calle 23 oeste con la Sexta Avenida, buscando algo distinto. Aún con resabios de su anterior vida como sacerdote, quería ver con sus propios ojos la famosa Biblia sobre la cual habían jurado casi todos los presidentes de Estados Unidos al momento de asumir su mandato. Se trataba de la Biblia personal del fundador del país, George Washington, un ilustre masón, y como tal se guardaba en el pequeño museo ubicado en el piso 17 del edificio, donde también funcionaba la logia Saint John.

Antes de eso había estado en el Federal Hall, un pequeño museo estatal situado en la zona de Wall Street, donde habitualmente se exhibe la Biblia, pero allí le dijeron que había sido devuelta a sus dueños originales. Sin embargo, se llevó otra decepción en el museo masónico: la Biblia había sido prestada a una logia de San Francisco, para ser exhibida algunas semanas allá.

Aunque su manejo del inglés era excelente, de todos modos su acento llamó la atención de la encargada del museo, quien le preguntó por su origen. Cuando Prat le dijo que era chileno, ella le contestó que guardaban algo que quizá le interesaría, luego de lo cual entró a una oficina y regresó con una carpeta en sus manos, que le entregó.

Intrigado, Prat la abrió y se encontró con un montón de hojas manuscritas fotocopiadas. Eran las actas de la ceremonia por medio de la cual el prócer chileno José Miguel Carrera se había iniciado como masón en la logia Saint John, en 1816. Prat casi saltó de su silla. Conocía muy bien la historia, pero ver esos documentos era otra cosa. Partió hacia el escritorio de la bibliotecaria y junto con agradecer el gesto, le preguntó cómo podía ver los originales.

Ella movió la cabeza y le indicó que estaban en un proceso de restauración, igual que varios otros documentos relativos al general Carrera, así es que de momento no era posible.

Prat le había contado lo mismo a Bulnes, apenas unos meses antes de todo lo que estaba pasando ahora. El exreligioso se acordaba perfecto de la sonrisa socarrona de su compatriota billonario, quien le comentó que los documentos que le habían dicho que estaban siendo restaurados se encontraban en perfecto estado.

—Hay al menos un documento allí muy valioso, pero no lo quieren entregar —especuló.

Prat creyó comprender parte de lo que estaba pasando. Dicha conversación había tenido lugar en el departamento de Bulnes, el mismo lugar desde lo habían secuestrado. Un sudor frío recorrió la espalda del exreligioso y sin decir nada más sacó su teléfono celular y marcó a toda velocidad un número chileno, mientras Salcedo lo empujaba hacia el auto, con el fin de ir al sitio del suceso de la calle 23.

—¡Vamos Alberto! —le gritaba el agente del FBI mientras caminaba a paso decidido hacia el móvil, pero Prat estaba poniéndose a cada minuto más nervioso. Despreocupándose de los periodistas, que ya no le prestaban atención, se sacó el capuchón del traje y sintió cómo un par de mínimos copos de nieve, los primeros de la temporada de frío, le caían sobre el rostro.

Prat lo desoyó y se quedó parado en la vereda, a unos cincuenta metros del móvil, mientras Salcedo caminaba hacia él.

El primer llamado simplemente no conectó. El celular de Prat parecía estar muerto, sin línea. Desesperado, lo puso en modo avión y pasado un segundo lo desactivó y observó cómo regresaba la pésima señal de AT&T.

Marcó de nuevo el mismo número y esta vez pasaron varios segundos antes del primer timbrazo, pero sí comenzó a llamar. Uno, dos, tres timbrazos más y nadie contestaba. Salcedo, en tanto, ya se había subido al auto y desde allí hacía gestos al chileno, indicándole que debía apurarse, pero el exjesuita no mostraba ninguna intención de moverse hasta que no le contestaran. Pasaron varios timbrazos más y de pronto se escuchó cómo descolgaban al otro lado.

—Sandra, Sandra, ¿estás bien? —preguntó con cierta desesperación. Escuchó un ruido al otro lado y algo que parecía el ulular de una sirena. Entendió de inmediato que algo estaba mal allí, muy mal.

—Sandra ¡contesta! —gritó por el auricular. Pasaron uno, quizá dos segundos, y emergió una voz masculina desde el otro lado de la línea.

—Usted habla con el teniente Marcos Maturana, de la 17º Comisaría de Carabineros de Las Condes —dijo la voz.

Prat no supo si creerle o no.

—Ese teléfono pertenece a doña Sandra Guzmán, periodista —replicó seco el exsacerdote, seguro de que quien fuera se trataba de un impostor.

—Señor, lamento comunicarle que la señorita que llevaba este teléfono fue atropellada hace una media hora en la esquina de las calles Apoquindo con Manquehue Sur —respondió el supuesto oficial, mientras de fondo se escuchaba el característico sonido de las radios policiales.

Ya no le cupo duda de que lo que decía era cierto y se quedó mudo, con la boca seca.

—Señor, estábamos tratando de encontrar algún familiar de ella. ¿Es usted su marido? —preguntó el carabinero.

Las piernas de Alberto Prat se doblaron. Sintió que de nuevo no podía respirar. Tuvo un ataque de pánico y sintió cómo sus bronquios se cerraban como cuando lo había atacado el Covid, pero trató de mantener la calma.

Sin saber por qué, justo en ese momento miró hacia el auto donde Salcedo, molesto ya con el retraso, echaba a andar el móvil.

Lo último que el exjesuita alcanzó a ver fue el momento en que ese buen hombre, ese muchacho portorriqueño del cual se enorgullecía tanto su familia, giraba la llave de ignición y el auto volaba en mil

pedazos, lanzando esquirlas que rebotaban como balas contra el rascacielos que estaba al lado izquierdo del móvil.

Capítulo 10

LA UNIDAD 29155

Tiempo presente

Lugar desconocido

Alberto Prat despertó con un fuerte dolor de cabeza y una confusión mayúscula en su cabeza. En ella solo quedaban retazos de lo ocurrido en las últimas horas. Recordaba sí, con toda claridad, la llamada del oficial de Carabineros de Las Condes y lo que le había dicho acerca de Sandra, pero luego era poco lo que podía recordar. Había, por cierto, llamaradas en su memoria, gritos, golpes que recibía en el cuerpo y luego de ello un silencio oscuro, denso y pesado, como una pared, que le impedía recordar algo más.

Estaba en una cama al interior de lo que parecía ser el dormitorio de una cabaña o algo así. Todo era madera y aunque había ventana esta se encontraba tapiada por fuera, a tal punto de que todo era penumbra al interior del lugar donde estaba. Pensó que debía incorporarse, pero antes de ello se palpó la cabeza, la cara, las orejas, los brazos, las piernas, el abdomen. Todo parecía estar en su lugar, aunque al momento de tocarse el hombro derecho sintió un dolor agudo, como un hematoma. Sin levantarse aún, percibió un movimiento desde la esquina superior izquierda de la habitación. Era una cámara. Alguien lo estaba observando.

Tal como supuso, pasado un minuto más o menos se abrió la puerta y entró una mujer. Al principio, los ojos de Prat apenas pudieron distinguir la figura, enceguecidos con la luz que entró desde el otro lado de la puerta, la que su visitante dejó abierta, por lo cual de a poco se fue habituando a ella.

Cuando por fin pudo verla bien, descubrió frente a él a una mujer morena, muy alta, maciza y provista de unos gruesos lentes, de los

llamados «poto de botella» en Chile, que lo miraba con la cara con que una madre observa a su hijo con paperas.

—¿Cómo se siente, Alberto? —le preguntó en un español muy parecido al chileno. Detrás de ella, desde donde venía toda la luz que había inundado la habitación, llegaba el sordo rumor de conversaciones en inglés. Claramente seguía en Estados Unidos.

—No sé. ¿Quién es usted? —le preguntó.

—Sé que no entiende mucho. Tuvo una conmoción cerebral bastante severa y aunque en los días anteriores tuvo momentos de conciencia...

—¿Días anteriores? —la interrumpió el exsacerdote.

—Así es, Alberto. Usted estuvo cinco días en coma inducido y una vez que el edema bajó lo pudimos trasladar acá, aunque con todos los cuidados médicos del caso. Debería haber visto como estaba hasta ayer nomás esta habitación, llena de artefactos médicos. Afortunadamente, se ha podido recuperar y ahora necesitamos conversar con usted —dijo la desconocida.

Por la forma en que evadió la pregunta, el tono de voz y la escasa información que entregó, Prat entendió de inmediato que era una agente de inteligencia, del FBI, lo más probable.

—Estoy desnudo —se quejó Prat.

—Cierto. En ese clóset hay ropas adecuadas para usted, Alberto. ¿Cree que necesite ayuda para vestirse? Si es así, puedo pedirle a algún colega que lo asista. Ese hematoma del hombro izquierdo debe dolerle mucho —dijo ella.

El chileno se negó y la mujer salió de la habitación, cerrando la puerta, pero antes encendió una luz.

En efecto, al fondo de la pieza, casi al lado de la ventana, había un clóset de medio cuerpo, al lado del cual observó un pequeño baño. Prat abrió el clóset y encontró una serie de paquetes comprados en el Walmart: pares de calcetines, calzoncillos, camisetas blancas, jeans que parecían de su talla, tres camisas leñadoras, un par de zapatos CAT de su talla y una parka.

Se vistió apenas, por el dolor del hombro, y estudió la habitación tratando de moverse lo menos posible, pues sabía que lo estaban observando por medio de la cámara. Lo único que le interesaba era encontrar su celular. Como si le leyeran el pensamiento, en ese

momento se abrió la puerta y apareció de nuevo la desconocida.

—Alberto, su celular resultó destruido en el atentado que costó la vida del agente Salcedo. Lo lamento mucho —dijo ella.

—Yo también lo lamento. Presumo que el blanco de esa bomba era yo —replicó.

—Sin duda. Era una bomba lapa hecha con explosivo C4, con el mismo mecanismo de activación de las que hacía Michael Townley hace unos cincuenta años. Y usted tuvo mucha suerte, muchísima. Era un artefacto que se activaba a control remoto y que adhirieron en forma magnética a la base del auto cuando ustedes bajaron en Rockefeller Center, pero se soltó cuando el agente Salcedo puso en marcha el motor, seguramente a consecuencia de la vibración del chasis...

—Y cayó al suelo y se activó la carga —acotó Prat.

—Así es. Usted tenía su teléfono en la mano derecha y, por lo que se ve en los videos que registraron la explosión, se destruyó al salir volando y golpearse contra el pavimento. En todo caso, le podemos proveer uno nuevo y...

—Gracias, pero ni siquiera sé quién es usted ni dónde estoy, así es que quisiera que me lo explicara ahora —le replicó con impaciencia.

—Acompáñeme y lo entenderá, Alberto —le dijo ella, saliendo hacia la luz.

Prat caminó detrás de esa mujer de cabellera negra, que cojeaba levemente de la pierna derecha, y lo primero que vio fue una amplia estancia, como la zona de estar de un hotel de montaña: todo era de madera, había una enorme chimenea al centro y varias mesas en una especie de desnivel, con una decena de hombres y mujeres, la mayoría de ellos jóvenes, conversando en inglés, muchos de ellos con laptops o tablets frente a ellos. Había un amplio ventanal al fondo, a través del cual se veía un cordón montañoso nevado, como si fuera una pintura infantil, de tan azul que era el cielo y tan perfecta la forma suave de las montañas.

A simple vista, podría tratarse de una convención anual de Apple o Google en algún resort de montaña, pero Prat sabía que evidentemente no se trataba de eso y que tampoco estaba en manos del FBI, la CIA o algo parecido.

Sus sospechas se confirmaron cuando una de las personas que le daba la espalda se puso de pie y giró hacia él, sonriendo.

Prat no pudo creerlo cuando le vio.

—¿Antonio Mazzini? —preguntó.

—¡El mismo, boludo! —gritó en español el interpelado, caminando a toda velocidad hacia él y dándole un fuerte abrazo, que lo hizo gritar de dolor, por el hombro magullado.

—No sé qué decirte Antonio. Me contaron que estabas muerto, que habías fallecido en una operación en Rusia —comentó Prat a Mazzini, a quien conocía casi de toda la vida. Además de que habían entrado casi juntos a la Compañía de Jesús, cuando Prat fue reclutado por el Servicio Secreto del Vaticano para actuar como minutante Mazzini fue su primer jefe. Hacía mucho que no sabía de él, pero un par de años antes, otro minutante con el que seguía en contacto le había relatado que Mazzini había sido asesinado en Rusia.

—Bueno, es verdad que me trataron de envenenar en Moscú, en una cena en el hotel Metropol. Afortunadamente para mí, recibí un aviso previo, pero aprovechamos el incidente para... bueno, vos sabés —le dijo con complicidad.

Claro que Prat lo sabía. Lo que habían hecho era una vieja y clásica maniobra: echar a correr el rumor de que un agente que ya estaba «quemado» había fallecido, para, en realidad, reubicarlo en otro lado, con una identidad distinta.

—¿Cómo te llamas ahora? —preguntó.

El argentino se rio fuerte, dejando ver unos dientes muy amarillentos de tanto cigarrillo.

—Esto te va a encantar, Che: Antonio Sforza, «Tony», para los amigos, comerciante argentino de carnes —se rio, pasándole una tarjeta de presentación en inglés.

Prat soltó una estruendosa carcajada, tal como había supuesto su excamarada. «Tony Sforza» era el seudónimo de un legendario agente de la CIA de los años sesenta y setenta, que había actuado en Cuba y en Chile, y cuya identidad real jamás había sido conocida. Era un guiño para nerds de la inteligencia, como ellos.

—Pues bien, sé que necesitas explicaciones, así es que siéntate, que esto va a ser largo —le indicó Mazzini, invitándolo a sentarse en un

sofá.

—Antes de cualquier cosa yo necesito… —argumentó Prat, pero su viejo compañero de andanzas no lo dejó terminar.

—Necesitas saber qué fue de Sandra Guzmán, lo sé Alberto. Ella se encuentra aún internada en una clínica de Santiago —replicó.

Según la explicación que le dio Mazzini, el día de los hechos Sandra fue atropellada por un vehículo que surgió de la nada, una camioneta negra sin patente, que aceleró en forma desmedida, en una intersección donde hay varias pistas y que justo en ese momento estaba prácticamente vacía, buscando impactarla. El golpe que recibió en su cráneo al caer sobre el pavimento había sido muy duro, y hasta la fecha el pronóstico era incierto.

—No sé si sea buena idea mostrarte el video que captaron las cámaras municipales, Alberto, pero fue un claro intento de homicidio —señaló, siendo interrumpido por la mujer que había ido a buscar a Prat a la habitación, quien, arqueando las cejas, le dio a entender que sería una imprudencia.

—Cierto, cierto. Mis disculpas. Por si no se han presentado formalmente, Alberto, ella es la hermana Ivonne Mackay. Trabaja con nosotros desde hace varios años y es quien te ha cuidado todos estos días, pues es enfermera —le explicó.

—Mucho gusto, Ivonne. ¿Usted es chilena? —le preguntó.

—Por parte de madre. Mi papá era escocés y vivió varios años en Chile, tras casarse con ella. Yo viví allá hasta los dieciséis años, cuando nos fuimos a vivir a Italia y entré a la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús —detalló.

—Por eso el acento —comentó el excura, sin dudas recordando la traición que había sufrido algunos años atrás de la agente Marita Mariangel.

—Así es. En todo caso, llevo varios años en Estados Unidos ya, desde que me uní al servicio —respondió ella.

—Ok Antonio. Ahora te escucho. Explícame quién es toda esta gente y qué estoy haciendo aquí.

Mazzini miró hacia afuera y le comentó que se encontraban en un hotel del sector de las montañas de los Catskills, al norte de Nueva York. Era un viejo recinto que estaba lejos de la zona turística y que

había quebrado a consecuencia de ello, por lo cual el arzobispado de Nueva York lo había comprado para usarlo, supuestamente, como lugar de retiro espiritual, pero en realidad era una base operativa del Servicio Secreto del Vaticano.

Luego de ello fue al fondo del asunto:

—Tú debes saber muy bien, Alberto, que íbamos a estar interesados en las actividades de Ladislao Bulnes, dado lo que tenía entre manos. De hecho, cuando supimos que estaba en contacto contigo, asumimos que básicamente su interés en tu persona tenía que ver con sus conocimientos acerca de cómo neutralizarnos.

Prat se rio por primera vez en mucho tiempo.

—No, para nada. Bulnes era un tipo complejo, un tiburón de las finanzas y todo eso, pero era tremendamente ingenuo en muchas cosas. Básicamente, la asesoría que me pidió era, más que nada, histórica. Alguna vez me preguntó por mi relación con ustedes. Le respondí que no podía decir nada, tú sabes.

—No me cabe duda. Ahora, Alberto, tú debes haber tenido perfecta conciencia de que se estaban metiendo en aguas pantanosas ¿no? —lanzó su exjefe.

Prat solo sonrió. El mismo Mazzini era quien lo había entrenado en una de las principales máximas del espionaje: nunca digas todo lo que sabes.

—No sé a qué te refieres, Antonio. Solo sé que... —argumentaba, cuando fue Ivonne quien lo interrumpió.

—Mire, Alberto, voy a usar un refrán muy chileno: no nos veamos la suerte entre gitanos... —argumentó, pero el exjesuita no se dio por aludido.

—Me gusta más esta versión: no nos pisemos la capa entre superhéroes. Es como más universal, ¿no? —respondió.

Mazzini, sin embargo, permanecía impertérrito.

—Cortemos las boludeces, ché querido. Sé que no me contarás de buenas a primeras lo que tenían entre manos, pero voy a poner nuestras cartas sobre la mesa, para que sepas que estamos actuando de buena voluntad: ustedes estaban buscando algo muy valioso.

—Ni idea —respondió Prat, quien por cierto sabía que era evidente que Mazzini no estaba blufeando, pero su entrenamiento lo

condicionaba a negar todo.

—Hombre, dejá de hacernos perder el tiempo. Tu pareja fue atacada, mataron a Bulnes, a Salcedo y trataron de matarte a vos. Nosotros sabemos en qué andaban y quienes trataron de matarlos también.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son esos, según tú? —lo emplazó.

—Los autores materiales son exintegrantes de la unidad 29155 —contestó Ivonne.

Al escuchar aquello, muchas cosas cobraron sentido en la cabeza de Prat. Claro, solo sujetos altamente entrenados podrían haber hecho todo aquello y la unidad 29155 del GRU, la Dirección de Inteligencia de las Fuerzas Armadas rusas, era un grupo de expertos en operaciones negras, en asesinatos selectivos, en montajes de todo tipo, en hackeos y en intervenciones de cualquier tipo. Para nadie en el mundo de la inteligencia era un misterio que muchos exagentes de esa unidad habían emigrado a Occidente en los últimos años, ofreciendo sus servicios como mercenarios.

—Es probable, pero hayan sido ellos u otros los autores materiales, se montó toda una escenografía. Sabes muy bien, Antonio, que el ir a dejar el cadáver de Bulnes al frente del Rockefeller Center, justo al frente del friso «Sabiduría» es una alusión masónica, porque es de todos sabido que ese friso es a su vez una copia del famoso cuadro de William Blake, ese cuadro que se llamaba… que se llamaba…. —repitió un par de veces, sin poder acordarse, hasta que Prat fue auxiliado de nuevo por Ivonne.

—*El anciano de los días*, el grabado que muestra a un anciano barbudo que está en el cielo y que extiende un compás hacia abajo, y que muchos masones interpretan como una representación de la figura del Gran Arquitecto del Universo. ¿A eso se refiere, no?

—Así es. Disculpe por mi lapsus. No sé si es consecuencia del Covid o no, pero desde que salí del hospital mi memoria ya no es la misma.

—Pero Blake no era masón. El anciano de su pintura, de hecho, es Urizen, uno de los personajes de la mitología que creó Blake —acotó ella, después de escucharlo.

—Tiene razón —le dijo—. Es un caso de apropiación cultural. El hecho es que el arquitecto que diseñó el friso del Rockefeller Center,

Lee Lawrie, sí era masón, y dejó muchas pistas al respecto. Esa es una. Al otro lado de ese edificio hay otra muy visible: la enorme estatua de Atlas, que causó indignación cuando se inauguró en 1937, pues está justo al frente de la catedral de San Patricio y posee símbolos que alarmaron a los católicos, como los doce signos zodiacales, que a su vez están presentes en todos los templos masónicos. Más allá de ello, sin embargo, me parece evidente que lo fueron a dejar allí para sugerir algo, lo que se refuerza con el robo de los papeles de Carrera, en la Gran Logia Unida de Nueva York, y no me imagino a los rusos inventando todo aquello...

—Sin duda. ¿Te acordás de QAnon, los conspiracionistas de extrema derecha que decían que todo lo que pasaba en el mundo era básicamente una conspiración en contra de Trump? —preguntó Mazzini.

—Ja, ja, claro —se rio el chileno.

—Vos estuviste muchos días dormido, pero esos tipos han armado una inmensa telaraña de basura en las redes sociales, diciendo que todo lo ocurrido es una conspiración judeomasónica, lo mismo que los nazis decían en 1928 o 29. Hace cinco días comenzaron manifestaciones de militantes de grupos de extrema derecha, exigiéndole al presidente Biden que expulse a los judíos de Estados Unidos, a los masones, etc...

—Uf, parece que retrocedimos unos cien años en algunas semanas —reflexionó Prat.

—Más allá de la conspiranoia de las redes sociales, es claro que en todo esto hay personas de nacionalidad chilena implicada y la bomba que destruyó el auto del FBI es la clásica bomba de la DINA chilena, por lo cual la lógica indicaría algo en dicho sentido —opinó Mackay.

—Ok, puede ser cualquier cosa. Me queda claro que no saben aún quienes son los mandatarios de esto —se quejó Prat.

—Tenemos una buena idea a ese respecto, pero la discutiremos más adelante. Por de pronto, lo que nos interesa, Alberto, es lo mismo que a ti: encontrar el tesoro que llegó a Chile. Sabés bien de qué hablo, ¿o no querido?

Capítulo 11

EL CORONEL CABALGA EN UN BURRO

30 de enero - 23 de febrero 1822 Topocalma-Santiago-Concepción

El que crea que navegar en verano por las costas chilenas es un paseo muy agradable no sabe nada de Chile o sus costas ni mucho menos su verano. Algo así pensaba Teresita Ferrer ese 30 de enero. Llevaban ya ocho días de navegación y estaba convencida de que sus rezos a Dios eran lo único que mantenía a flote el cada día más escuálido botecillo en que su marido pretendía llegar a Perú.

Aunque Vicente le había dicho que irían pegaditos a la costa, muy pronto ella y los demás entendieron que eso sería imposible, pues ir orillando significaba que podían ser descubiertos en cualquier momento no solo por los patriotas, sino por los excomandantes de su esposo, que también lo buscaban en el mar.

El tramo más riesgoso, de hecho, era el que comprendía desde Lebu hasta Tomé. Toda esa costa estaba plagada de buques de distintas insignias, incluyendo muchos balleneros que se movilizaban entre Talcahuano y las islas Mocha y Santa María, y Benavides, dentro de su locura, tenía plena conciencia de que cualquiera podría intentar capturarlo.

Es por ello que Maineri emprendió el viaje más peligroso que alguien se pueda imaginar: a mar abierta y rodeando por el oeste la isla Santa María; es decir, a unas 25 millas náuticas del continente. Por supuesto, un viaje de ese tipo no debería ser algo muy complejo para un marino experimentado, como era Maineri, pero en condiciones normales. No obstante, la tormenta que los azotó de noche, cuando acababan de pasar la Santa María, excedía largamente el concepto de «normalidad».

«Fue un milagro», «fue la gracia de nuestro señor», mascullaba a la mañana siguiente Teresita, cuando constataron que todos estaban vivos, aunque en medio de las olas de dos a tres metros que los azotaron por un par de horas esa madrugada, perdieron casi toda la carga. Más aún, les quedaba muy poca agua, la que decidieron racionar hasta que pudieran aproximarse a la orilla nuevamente, ojalá en la boca de algún río.

El problema es que eso no era algo muy sencillo de realizar. Las desembocaduras son por lo general lugares a cuyo alrededor hay población y eso es lo que ocurría en Concepción y Tomé. No había cómo acercarse ahí sin ser descubiertos. Benavides propuso que desembarcaran entonces en las Vegas del Itata, un lugar que él conocía muy bien, pues quedaba muy cerca de Quirihue, su pueblo natal, donde su padre había sido alcaide del pequeño penal que había allí.

Sin embargo, apenas comenzaron a enfilar hacia la costa, Benavides vio hacia el este la imponente figura de un barco de guerra que, se convenció, era el *Conway*, el temible buque de la marina británica, comandado por el capitán Basil Hall, que lo buscaba desde octubre pasado. Hall había sido enviado a la zona sur de Chile con el fin de encontrar a los tripulantes británicos y norteamericanos de cuatro navíos que Benavides había capturado en su momento de gloria: el *Hero*, el *Ocean*, el *Herselia* y el *Perseverance*.

Parte importante de las tripulaciones de estos habían sido asesinadas y otros de los tripulantes fueron torturados de forma salvaje, dándoseles al final del tormento la posibilidad de escoger: se unían al ejército de Benavides o eran ejecutados. La mayoría, por supuesto, optaba por lo primero. Por cierto, a fines de 1821 ya no quedaban vestigios de las antiguas fuerzas de Benavides y los pocos ingleses y estadounidenses que lograron escapar de sus garras lo hicieron hacia Argentina, por lo cual Hall perseguía, básicamente, a un fantasma… o al menos esos creían todos.

Lo que pocos entendían es que Hall, además de ser uno de los últimos capitanes con patente de corso, era además un marino muy interesado en la especie humana y su conducta. De hecho, en su búsqueda de Benavides fue desembarcando en cada ciudad y pueblo que encontró, y así fue cómo logró reconstituir su historia. En un largo

texto secreto que envió al almirantazgo al respecto, incluso dejaba entrever cierto entusiasmo por la figura del montonero.

Ante la posibilidad de ser capturados, retomaron el viaje hacia el norte, cada vez con más hambre y sed, presas de un calor infernal en el día y un frío gélido cada noche. Desesperado ya, Benavides ordenó enfilar hacia Constitución, pero era una idea peor. A simple vista se apreciaban varios barcos en esa zona.

Finalmente, pasados ya nueve días desde que habían emprendido ese alocado viaje, llegaron a Topocalma, una playa ubicada al norte de Pichilemu, en cuyas inmediaciones no se observaban embarcaciones ni personas. Había una puntilla detrás de la cual fondearon la chalupa, a unos cien metros de la costa, luego de lo cual Benavides mandó a uno de sus soldados, a nado, a buscar agua al río que desembocaba allí mismo, pero al otro lado de las rocas, por lo cual no se veían entre ellos.

El militar llegó apenas a la playa. Estaba exhausto y estaba asustado, pues tenía total conciencia de que era muy fácil que lo encontraran. Sin embargo, decidió descansar unos minutos antes de llenar los tres odres que había arrastrado consigo y que, sinceramente, no sabía cómo diablos llevaría de regreso.

De pronto, sintió que lo observaban. Miró hacia el este, descubriendo a un hombre a caballo, que lo miraba con curiosidad. Por sus escasas vestimentas, asumió que era un campesino del lugar. El recién llegado movió la mano, en señal de saludo, pensando que aquel militar era un náufrago. Este respondió el saludo y, ante ello, el lugareño se acercó.

Fue en ese momento cuando el soldado tomó una de esas decisiones que muchas personas adoptan en cosa de segundos. Era cosa de dar un paso en falso para que el huaso aquel huyera de allí a todo galope y denunciara la presencia del extraño. Si había militares cerca, los tendrían presos en cosa de minutos y todos terminarían fusilados. Si no había soldados, avisarían a la Armada y en cosa de horas o días los encontrarían en alta mar y, de nuevo, terminarían todos fusilados.

Por el contrario, si lograban escapar gracias a algún milagro, las posibilidades de supervivencia eran nulas. El *Teresita* estaba casi destruido, haciendo agua por todos lados y no tenían comida. Todo

eso era una locura. Es por eso que cuando el hombre a caballo le preguntó qué le había pasado, no dudó ni un segundo en la respuesta.

—Soy prisionero de Vicente Benavides, el montonero. Acabo de escapar de su bote y sé dónde está. Si me llevas donde alguien que me ayude, lo podemos atrapar —dijo, y el campesino, conmocionado ante tamaña noticia, le indicó que se subiera al caballo, luego de lo cual galoparon hasta el pequeño poblado de Topocalma, donde el soldado repitió la historia ante los tres principales hacendados del pueblo: Ramón Fuenzalida, Manuel Aspillaga y Francisco Hidalgo. Tras cavilar unos segundos, estos decidieron que era necesario llamar al juez de la zona, José Antonio López de Lisboa, a quien le plantearon la denuncia. Los tres le indicaron que era necesario proceder de inmediato con la detención del montonero, pero López no se quiso arriesgar.

—Ese Benavides es un hombre peligroso, diablazo dicen que es. Que el soldado diga que tiene solo un puñado de hombres con él no es garantía de nada. Ha engañado a gente más ilustrada que nosotros —proclamó el magistrado, quien indicó que enviaría mensajeros a caballo a San Fernando, con el fin de pedir refuerzos.

En la chalupa, cuando anochecía, Benavides tenía claro ya que había sido traicionado y por ende pensó que era necesario irse de allí, así es que le dijo a Maineri que zarparan de inmediato. Sin embargo, el italiano se rebeló y le dijo que no movería nada más mientras no tuviera agua y comida para su hijo, que estaba con fiebre.

Benavides vio todo rojo y pensó en enterrarle su daga en el corazón, pero se contuvo de inmediato. Sin él, no llegaría a parte alguna.

—Ya volverá, mañana vuelve con el agua. Se ha demorado porque le dije que cazara algunas perdices y conejos, ya lo veréis —le respondió, en un torpe intento por remediar una situación desastrosa.

Obviamente nadie había escuchado aquellas supuestas instrucciones y solo un minuto antes Benavides quería huir de allí. Teresita sentía que todos la miraban, pues sabían que era la única que podía hacer que su marido entrara (aunque fuera mínimamente) en razón.

No obstante, estaba convencida de que ya no había nada que hacer, salvo rezar.

Al día siguiente nadie se acercó al bote. Ya anochecía cuando Benavides le ordenó a otro de los soldados que fuera a buscar agua.

—Ni cagando. Vaya usted, pues coronel —le replicó desafiante, con un cuchillo en la mano. Benavides miró a los demás, esperando que algún valiente se ofreciera. Nada sucedió.

Tampoco pasó nada al día siguiente. Esa noche, agotada ya toda el agua, Benavides anunció que al amanecer iría él personalmente a buscar agua y comida. En efecto, al despuntar el alba del 2 de febrero, se lanzó al mar helado y nadó hasta la playa, siendo azotado cada tantos metros contra las rocas, producto del fuerte oleaje que había.

Muy golpeado, llegó a la playa y caminó hacia el río, donde tomó agua hasta sentirse mareado, como si hubiera sido aguardiente. Saciada la punzante sed que lo aquejaba desde hacía una semana, levantó lo que a primera vista parecía la pared de un castillo de arena, arrastrando arena mojada hacia la playa. Efectivamente, era el lateral de un pequeño iglú de arena, detrás del cual se lanzó a dormir como un tronco. En las últimas dos noches no había pegado pestaña, convencido de que, de hacerlo, sería asesinado.

Despertó a eso de las once de la mañana, con el sol quemándole la cara. Sintiéndose casi resucitado tras las horas de sueño, se puso a andar hacia el interior sin un plan determinado. Llevaba ya un par de horas de caminata cuando apareció un hombre a caballo, bien vestido, con manta, chupalla para el sol, buenas espuelas, fusta y espadín al cinto. Un capataz de fundo, seguramente, pensó al verlo.

El jinete corrió rápido hacia él y le preguntó quién era.

Pese a su lamentable estado, Benavides no perdió un milímetro de la dignidad que creía tener.

—Estáis frente al coronel Vicente Benavides, intendente de Concepción —le respondió, recortando el cúmulo de títulos que recitaba solo unas semanas antes.

Era todo tan patético, que al hombre a caballo no le quedó otra que reírse a mandíbula batiente. Benavides se ofendió y rebuscó algo en el interior de su pantalón. Lo encontró y se lo lanzó. Era una moneda, que el recién llegado logró atrapar con la mano izquierda. Más que una moneda, en realidad era un trozo metálico de algo que podría ser bronce, de una forma más o menos circular, y que decía:

BEN

AVI

—¿Me creéis ahora, inepto?

—Mis disculpas, señor intendente —respondió el jinete, mofándose.

—Así me gusta. Necesito tu caballo y un hombre que vaya con él a Santiago. Tengo que enviarle una carta urgente a O'Higgins. Por supuesto, seréis generosamente recompensados.

—Como usted diga, patroncito —replicó el desconocido, bajándose del caballo.

Sorprendido ante tanta amabilidad, Benavides caminó hacia él, pero en un rápido movimiento se vio con un espadín al cuello.

—Tírate al suelo, conchatumadre —fue lo siguiente que escuchó.

Boca abajo, percibió un murmullo de voces. Eran más personas, otros campesinos, que se acercaban. Lo cubrieron a escupos, lo golpearon y lo ataron. Como un saco de papas, lo lanzaron sobre el lomo de un caballo y se lo llevaron al pueblo, donde fue recibido en medio de una gran conmoción de la gente, que no daba crédito a lo que estaban presenciando: el enemigo público número uno de la patria estaba allí, amarrado y a la espera de la guardia personal de O'Higgins.

Caía ya la noche cuando cerca del pueblo detectaron otros movimientos. Era una caravana de personas que avanzaba lenta y triste. La encabezaba una mujer. A continuación de ella caminaba un hombre que llevaba en brazos a un niño casi inconsciente.

Más atrás solo había espectros disfrazados con los andrajos que les quedaban y que daban cuenta de que alguna vez habían sido orgullosos guerreros. Todo el pueblo salió a enfrentarlos, con azadones, guadañas, hachas, lanzas y unos cuantos arcabuces, pero no fue necesario. Solamente buscaban agua y comida, nada más. Lo único que Teresita quería era llorar de rabia, por haberse dejado arrastrar a esa aventura absurda.

Las tropas de O'Higgins recién llegaron al día siguiente, comandadas por el gobernador de San Fernando, José Bernardo de Uriarte. Los primeros interrogatorios y la logística del viaje que emprenderían a Santiago les tomó varios días.

Finalmente partieron por tierra con los prisioneros, mostrándolos en cada pueblo y ciudad por la cual pasaron. Las primeras veces, Teresita

se desesperaba ante los insultos, los gritos, las pedradas y los tirones de pelo que le daban cada vez que entraban a alguna localidad, pero al segundo o tercer día ya se había habituado.

Para cuando llegaron a Santiago, el 13 de febrero, era un guiñapo humano. Esa mañana, sin embargo, cuando ya habían pasado San Bernardo, a su marido lo separaron de la comitiva y lo metieron en una carreta con toldo. Adentro le quitaron la ropa destrozada que llevaba y lo obligaron a ponerse una de las pocas cosas que se había encontrado en la chalupa: su uniforme de coronel realista, el mismo que el virrey de Perú le había enviado.

Acto seguido, lo hicieron sentarse sobre un burro y así fue como entró a Santiago. El trayecto duró casi todo el día, hasta que llegaron a la cárcel.

El juicio comenzó al día siguiente, luego de una noche de tortura. Al presentarse ante el tribunal, Benavides reconoció sus contactos con José Miguel Carrera y aseveró que habían convenido en luchar juntos contra O'Higgins para, luego, dividirse el país en dos partes, separado por el Bío Bío.

Al terminar el proceso, donde se expusieron los homicidios, secuestros, incendios y actos de piratería cometidos o instigados por el montonero, el tribunal concluyó que la única pena posible de aplicar en contra del acusado era la muerte, con un detalle: debía ser ahorcado.

Pese a que la pena de muerte en el cadalso se había abolido en Chile, por su inhumanidad, se restituyó para ese caso.

El 23 de febrero de 1822 Vicente Benavides Llanos fue ahorcado en la Plaza de Armas de Santiago. Una vez que el verdugo descolgó el cadáver, procedió allí mismo a destazarlo en varios pedazos. El tronco y la cabeza fueron incinerados en una pira que se armó sobre la base de la horca. En tanto, las manos, pies, brazos y piernas fueron enviados a Concepción, por instrucciones de O'Higgins, quien intuía que la gente de esa ciudad gozaría destruyendo lo que quedaba de Benavides, como sucedió.

Teresita Ferrer, en tanto, fue perdonada y retornó en silencio a Concepción, donde se recluyó para siempre en la casa de sus padres.

Capítulo 12

SALOMÓN DE JERUSALÉN

Tiempo presente

Camino a New Haven

Eran cerca de las diez de la mañana del día siguiente, cuando el Amtrack entraba a la Union Station de New Haven, la pequeña y bucólica ciudad ubicada a medio camino entre Boston y Nueva York, que albergaba en su zona central a la elitista, carísima y excelente Universidad de Yale, cuyo campus central era una pequeña ciudadela europea medieval, llena de torres góticas, campanarios y ladrillos.

Prat había explicado a Mazzini que debía ir urgente a esa ciudad con el fin de ubicar a otra persona relacionada con Bulnes, pero le indicó que por seguridad prefería no decir nada respecto de la identidad de esta hasta no haber llegado.

Aunque cualquier mortal se ofendería ante algo así, pues lo interpretaría como una muestra de desconfianza, Mazzini no hizo cuestión alguna de ello. En circunstancias como aquellas, habría hecho lo mismo: no usar teléfonos, emails, redes sociales, comprar los tickets del tren en la misma estación, pagar con efectivo, etc.

Sí ofreció a su antiguo colega todo el apoyo logístico que necesitara, incluso compañía. Obviamente Prat sabía muy bien que dicha oferta no era desinteresada. Quien fuera que lo acompañara no solo le proveería seguridad y medios, sino que también pasaría información a Mazzini, pero al final optó por lo primero y terminó aceptando. La agente Mackay fue asignada como su compañera.

En el trayecto Prat le contó parte de lo que sabía, en lo relacionado con Bulnes. Según le contó, en septiembre de 2019 había asistido a un pequeño cóctel por la celebración del 18 de septiembre en el consulado chileno en Manhattan, en la Tercera Avenida. Desde que

había llegado a Estados Unidos y se había registrado siempre lo invitaban a esas festividades, pero nunca había acudido.

Sin embargo, ese año fueron particularmente insistentes con él. Además del consabido mail lo llamaron varias veces, incluyendo un telefonazo del cónsul en persona, ante lo cual ya no tuvo cómo excusarse.

En medio de las empanadas y el vino tinto de rigor se le acercó un personaje del cual sabía muy poco hasta ese momento: Ladislao Bulnes, quien era evidente que gozaba de la simpatía de todos allí. Con el paso del tiempo, explicó Prat a la agente Mackay, no le cupo duda alguna de que la insistencia en pedirle que acudiera a la reunión se había originado en la amistad del billonario con el cónsul.

Para su sorpresa, Bulnes resultó ser un hombre extremadamente interesante. Más allá de sus sorprendentes giros políticos y de las polémicas en que se había visto envuelto, era un tipo bastante agradable, con un buen sentido del humor y muy, muy culto. Mientras servían unos alfajores chilenos bastante resecos y luego de haber comenzado la conversación contándole la historia del mural que Diego Rivera había pintado en el hall del 30 Rock (y que luego David Rockefeller hizo pintar encima, al darse cuenta de que el mexicano había incorporado a Lenin en medio de las imágenes), Bulnes llevó la conversación hacia un terreno muy interesante: la historia de la Compañía de Jesús.

Según explicó a Prat, su interés en ella devenía del hecho de que algunos años antes había comprado una vieja hacienda ubicada en Ñipas, en el secano costero de Chillán, la que había pertenecido a los jesuitas.

Restaurándola, con el fin de convertirla en un hotel boutique, descubrió que dicho lugar había sido entregado a la orden hacía casi cuatrocientos años, hasta que en 1768 fue finalmente enajenada, cuando los jesuitas fueran expulsados de España y de sus colonias, luego de que el rey de España decidiera deshacerse de ellos tras acusarlos de haber instigado la revuelta popular conocida como «El motín de Esquilache», que en 1766 había sacudido a Madrid (en realidad dichos disturbios ocurrieron después de que el ministro del Interior de Carlos III, el marqués de Esquilache, prohibiera el uso de

sombreros en la ciudad, asolada por una ola delincuencial).

Bulnes opinó que esa era una patraña absurda y Prat asintió con la cabeza.

—He leído mucho al respecto y mi conclusión es que a la corona española le sucedió con los jesuitas lo mismo que le ocurrió a la corona francesa con templarios —comentó Bulnes.

Prat no se impresionó en lo más mínimo por aquello. Cualquier estudio serio respecto de los unos y los otros llegaba a lo mismo: que en términos formales, dichas órdenes religiosas se habían convertido en verdaderas multinacionales. Los templarios, todo el mundo lo sabía, eran los creadores del cheque y del sistema bancario internacional, además de los propietarios de la principal flota naval de la cristiandad.

Acumularon riquezas por todo Medio Oriente y Europa, hasta que finalmente el rey Felipe «El Hermoso» decidió someterlos a juicio por cuanta canallada alguien se pueda imaginar, con el fin de disolverlos, algo muy semejante a lo que le sucedió a los jesuitas, que se habían convertido no solo en el principal poder económico de las colonias americanas, sino en los confesores de toda la élite de ese continente.

—No estoy hablando de lo que usted cree, señor Prat —dijo a continuación el millonario, despertando una pequeña risa de parte del exjesuita.

—Vaya, tiene facultades adivinatorias. Esto es nuevo —se burló, ante lo cual Bulnes soltó una carcajada.

—Me refiero a que supongo que alguien como usted sabe al revés y al derecho todas estas historias, no lo tome a mal por favor.

—No es problema. También bromeaba.

—El punto, mi estimado Alberto, es el siguiente: quisiera saber si usted tendría la amabilidad de cooperar conmigo en una investigación histórica que estoy efectuando.

Prat le preguntó si le estaba ofreciendo un trabajo de consultoría o algo semejante. El millonario volvió a reír, mostrando una dentadura perfecta y blanca a rabiar. Le respondió que podía ser como quisiera: un trabajo, una asesoría, un *joint venture*, etc.

—Lo que me importa es contar con alguien como usted al lado, pues se trata de algo realmente importante —replicó.

Prat le contestó que, como era obvio, no podía aceptar si no sabía de

qué se trataba. El millonario chileno asintió con la cabeza y le pidió que fuera al día siguiente a su departamento en Central Park.

Aguijoneado por la curiosidad, Prat acudió a la cita. Tras servirle un vaso de un brandy impresionantemente delicioso, Bulnes relató que un par de años antes había acudido a un remate en un pequeño local de Londres, donde pagó una barbaridad por una pequeña acta de una sesión de la Royal Society, la famosa sociedad científica herética, cuyos miembros fundaron posteriormente la Gran Logia masónica de Inglaterra. ¿La razón de su interés en dicha acta? Que al pie de ella figuraba la firma de Isaac Newton, presidente de la Royal Society entre 1703 y 1727.

—Dudo que usted lo sepa, mi estimado Alberto, pero soy físico de formación. Si bien siempre supe que debería dedicarme algún día a llevar los negocios de mi familia, cuando llegó el momento de postular a la universidad mi padre no puso reparo alguno en que entrara a física, siempre y cuando hiciera, después, un master en economía. Cumpliendo con ello, apenas egresé del Verbo Divino me fui a Yale, a estudiar física. Luego de eso cumplí con el trámite de estudiar un MBA, pero apenas lo terminé aproveché de estudiar un año más, un máster en física, y una vez que lo terminé comencé a trabajar como profesor ayudante. Me habría quedado allí para siempre y habría seguido en lo académico, pues me fascinó el ambiente y lo que se podía hacer, así como la gente que conocí, pero justo en eso mi padre falleció. Eso significó tener que regresar a Chile, a hacerme cargo de las empresas y relegar a la física al cajón de los recuerdos, definitivamente. Pese a ello, es algo que me sigue fascinando y uno de los temas que me apasiona es, por ejemplo, la transmisión de las ondas sonoras.

—De ahí su fascinación por la música.

—Exacto. Imaginará entonces mi emoción cuando en dicha subasta describieron el siguiente ítem y dijeron que era un acta con la firma de sir Isaac Newton.

Prat asintió con la cabeza, escanciando el brandy.

—También supongo que usted sabe que en el tema de los remates de obras de arte de alto nivel, de antigüedades, etc… hay todo un submundo, que opera detrás de las formalidades de las casas de

remates, ya sea porque intentan evadir impuestos, porque lo que se está vendiendo es robado o qué sé yo.

—O es arte robado por los nazis de los judíos —acotó el exjesuita.

—Por cierto, pero este no era el caso. Al día siguiente de ese remate recibí un llamado, de alguien que presumo estaba presente en la subasta. Me preguntó si me interesaban más escritos de Newton. Por supuesto respondí que sí y me citó a la Iglesia Circular de los templarios. Usted debe conocerla.

—No, solo de oídas. He estado en Londres, pero nunca tuve tiempo de ir a verla. Ni siquiera sé bien dónde está.

—Vaya a verla cuando pueda. Es un edificio majestuoso. Queda en la orilla norte del Támesis, en medio de los puentes de Waterloo y Blakfriars, pero en fin, eso no es lo importante. El fondo del asunto es que cuando me apersoné allá apareció un hombre de aspecto muy discreto, que me dijo que tenía cartas originales de Newton, aunque no estaban firmadas como tal. Lo único raro fue que me indicó que no podía decirme el origen inicial de las cartas, pero cuando finalmente completamos la transacción, unos meses más tarde y luego de las autenticaciones del caso, me entregó un certificado de origen, así es que legalmente no hay problemas.

—¿Habrán sido de la familia? —preguntó el excura.

—Como usted debe saber, Newton falleció sin dejar descendencia…

—No tenía idea. La verdad es que salvo lo que se refiere a la ley de la gravedad y su influencia en la arquitectura, es muy poco lo que sé acerca de Newton. Nada, en realidad —explicó.

Ante ello, el millonario movió la cabeza y le dijo que era necesario entender algunos detalles acerca de la vida de Newton, con el fin de poder comprender la historia que estaba a punto de contarle.

Según le indicó, cuando fue enviado a estudiar al Trinity College, de la Universidad de Oxford, el joven Newton no solo deslumbró a sus profesores con su inteligencia, sino también con sus ansias de saber. Uno de ellos, Robert Boyle, quien practicaba la alquimia y el esoterismo, le dio acceso a la sección de obras prohibidas de la biblioteca, gracias a lo cual se vio prontamente mezclado con una serie de individuos que estaban convencidos de que los metales se podían transmutar y de que había una serie de enseñanzas ocultas en medio

de la Biblia y otros textos.

En 1669, con solo veintisiete años, asumió como profesor de la cátedra lucasiana y a fines de la década de 1680 ya era conocido en todas partes. Su fama alcanzó nivel internacional con la publicación del *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, a principios de 1688, donde enunció los principios de la gravitación. A fines de ese año, pasó a ser parte del parlamento.

En 1693 Newton vivió lo que sus biógrafos llaman el «año negro», debido a un período de locura que duró varios meses, y que se atribuye a muchas causas, entre ellas el estrés, la sobrecarga de trabajo y otras. Pero, al parecer, el motivo más aceptado es el hecho de que Newton probaba consigo mismo sus experimentos alquímicos, lo que le significó la ingesta desmedida de muchos elementos desconocidos. Como sea, se recuperó y en los años sucesivos desempeñó varios cargos públicos, entre ellos el de presidente de la Royal Society, desde 1703 hasta 1727.

Desde muchos antes, sin embargo, también venía practicando la alquimia, no solo por el influjo de Boyle, sino porque estaba en contacto con varios exponentes europeos, entre ellos uno muy reputado, el italiano Giuseppe Borri.

De hecho, le dijo Bulnes, sus libros de cabecera eran los tratados alquímicos de Elias Ashmole y los del rosacruz John Dee. En 1669 entró a una suerte de red de vendedores de libros alquímicos que enviaban sus publicaciones desde el continente. Esos alquimistas usaban seudónimos para comunicarse entre ellos y existen antecedentes en orden a que Newton mantenía contacto con un tal «Míster F», de lo cual solo queda como testimonio un manuscrito alquímico titulado «Maná», enviado por Newton a su misterioso destinatario en 1670, el cual señala que «Dios hizo a Salomón el más grande filósofo del mundo».

En este mismo ámbito, explicó a Prat que numerosos autores han atribuido a Newton la pertenencia al movimiento rosacruz, pero no hay una conclusión única al respecto, ni sobre una supuesta pertenencia a la masonería. Sin embargo, entre los libros de Newton había una copia del libro central del rosacrucismo, *Fama Fraternitatis*, llena de anotaciones hechas por él mismo en los bordes, así como

varios otros textos clave del grupo, entre ellos el *Themis Aurea* y la *Symbola Aureae Mensae Duodecim*, ambos de Michael Maier, uno de los primeros integrantes del Colegio Invisible, como se llamó inicialmente al círculo de sabios que posteriormente derivó en la Royal Society.

Para 1722 ya varios de sus amigos describían a Newton como un anciano olvidadizo e intratable, con frecuentes pérdidas de memoria. Y está documentado que, a principios de 1727, quemó una gran cantidad de manuscritos en su casa, los que se cree deben haber sido los más heréticos de su producción y que para algunos eran referidos a las «artes negras».

Que fuera físico y se hubiera negado a ser sacerdote cuando joven no significaba, sin embargo, que el tema religioso no le interesara. Al contrario, precisó el millonario. Newton leyó en detalle la historia de Daniel y las Revelaciones, así como la Biblia en general, y se obsesionó con el apocalipsis, efectuando su propia interpretación de los mensajes bíblicos, llegando a determinar una fecha para el fin del mundo: el año 2060. La lectura del libro de las Revelaciones lo llevaron a acercarse a la idea puritana de que el diablo era la Iglesia Católica, a la cual llamaba «la puta de Babilonia».

Tanto en su vertiente de alquimista como a través de sus escritos esotéricos usaba el anagrama de *Jeova Sanctus Unus*, basado en la versión latina de su nombre, Isaac Neuutonus, que significa «solo un Dios».

Sus escritos teológicos fueron numerosos. Uno de los más conocidos fue *Observaciones sobre la profecía de Daniel*, publicado en forma póstuma, así como *La cronología de los pueblos antiguos enmendada*. En ambos libros dejó impresas sus singulares interpretaciones de la Biblia. Por ejemplo, creía a pie juntillas en la versión hebraica de que el mundo fue creado en siete días. Sin embargo, razonaba que en parte alguna se decía que se tratara de días de veinticuatro horas de duración.

La figura religiosa que más le interesaba era la de Salomón, el rey judío famoso por su sabiduría y por haber construido un templo que, para Newton, era perfecto. Sin embargo, durante muchos años su trabajo en este campo estuvo perdido, básicamente porque tras su muerte (en 1727) el albacea designado por el Trinity College para

hacerse cargo de sus documentos fue quien decidió qué era lo que podía publicarse —y que no— del legado de Newton, gracias a lo cual vieron la luz algunos de sus tratados, mientras que otros documentos quedaron en manos de John Conduitt (esposo de su sobrina Catherine), pasando después a manos de sus descendientes, la familia Portsmouth. En 1872, esta cedió la mayoría de los documentos científicos a la Universidad de Cambridge, pero se quedó con todos los manuscritos de teología, historia y alquimia.

—Ok, es una gran historia —se quejó Prat en algún momento, pero Bulnes lo hizo callar, diciéndole que era imprescindible que la conociera completa, a fin de que comprendiera en qué estaba, y continuó explicándole.

Según le dijo, producto de las dificultades financieras de la familia Portsmouth, en 1936 los papeles de Newton fueron entregados a la casa Sotheby's, con el fin de que fueran rematados. Solo en escritos teológicos había un millón doscientos cincuenta mil palabras y entre ellas estaba el lote 263, un texto de veinte mil palabras, de ochenta y cuatro páginas, dedicado al Templo de Salomón.

—El Templo de Salomón, el hijo de David, el hombre más sabio de toda la antigüedad. ¿De eso estamos hablando? —preguntó Prat. El billonario sonrió, asintiendo.

—Ya en su libro *La cronología de los pueblos antiguos enmendada* Newton había dedicado un capítulo al Templo de Salomón, tratando de determinar sus dimensiones, para lo cual dibujó tres planos, basado en lo que mencionaban las profecías del libro de Daniel y el de Ezequiel, así como las obras históricas de Filón y Flavio Josefo, además de El Talmud y de autores como Maimónides y otros que se ocuparon del mismo tema, estudiando y comparando para ello textos en latín, hebreo y griego. Pese a que estas fuentes, especialmente las relativas a las profecías, podrían parecer cuestionables, él se las tomó muy en serio y detectó una serie de equivocaciones matemáticas en otras reconstrucciones del templo efectuadas con anterioridad —explicó.

—Impresionante —fue todo lo que acotó Prat.

—Así es. El trabajo de la vida de Newton, aparte de entender cómo funcionaba el mundo físico, era reconstruir y entender qué había en el

Templo de Salomón. Sus últimos años estuvieron marcados por una frenética actividad al mando de esta agrupación, donde tomó como su ayudante de campo a Jean Theophile Desaguliers (el fundador de la Gran Logia de Londres), y una serie de excentricidades, como la obsesión que tenía con el color carmesí, que si bien había sido una constante en su vida, en las últimas décadas lo llevó a tapizar completamente su casa con este tono.

—Eso, más o menos, es lo que me contó Ladislao Bulnes esa tarde, Ivonne —señaló Prat a su colega, mientras el tren abandonaba Stratford, la última parada antes de New Haven.

Capítulo 13

322

Tiempo presente

New Haven

La agente del Vaticano entendió que si él dejaba el relato hasta allí era básicamente porque esperaba que ella preguntara.

—¿Y qué pasó con los documentos de Newton que fueron rematados en 1936? ¿Es alguno de ellos el que compró la víctima?

—No, para nada. La mayoría de esos escritos fueron comprados por el famoso economista John Maynard Keynes, quien posteriormente los legó al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en Boston, donde se encuentran hasta hoy en día.

—¿No deberíamos haber ido a Boston, entonces, en vez de bajarnos antes? —interrogó ella con mucha suavidad, apuntando al hecho de que la antigua ciudad de Boston estaba a unos cien kilómetros de New Haven.

—Para nada. Lo que buscamos está aquí —replicó, al ver que el tren comenzaba a bajar su velocidad, al llegar a la estación. Descendieron de inmediato, recibiendo una bocanada de aire muy frío. Caminaron por un pequeño túnel hasta la Union Station local, un pequeño edificio, y tras salir de él, el chileno decidió por fin explicar con más detalle por qué estaban allí.

—A unas diez cuadras en esa dirección comienza el campus de Yale. Nos iremos caminando por Church Street y en High Street doblaremos hacia la izquierda. Hacia la derecha hay una galería de arte y un poquito más allá está «La tumba», la casa cerrada por todos lados, donde se reúne la famosa fraternidad de Skull & Bones, que me imagino usted conoce...

—Por supuesto. Casi todos los presidentes de Estados Unidos, jueces

de la Corte Suprema, senadores, millonarios y tantos más forman parte de ella. Presumo que el señor Bulnes también.

—Por un comentario que se le escapó sé que formó parte de alguna de las fraternidades universitarias secretas, pero no sé de cuál. Pudo ser Skull & Bones, sin duda, pero hay muchas más, unas diez o doce, y algunas de ellas también poseen edificios en el campus, como Mace and Chain, Sage and Chalice, Scroll and Key, Wolf 's Head y varias más que se me escapan en este momento. Son parte de la universidad y más que eso son un lugar de vinculación, sin duda, pues ese comentario al que aludía es que fue en una «fiesta de la fraternidad» que Bulnes conoció a Edward Barnacle, un profesor de filología antigua de la misma universidad, a quien conozco bastante bien.

La agente Mackay lo miró con sorpresa.

—Trabajamos juntos bastante tiempo. Barnacle es experto en latín tardío, que es el idioma que usaba Newton, pero además era un estudioso de la alquimia medieval, un experto en simbología, en criptología... un verdadero sabio moderno. Por ende, cuando le ofrecieron el documento a Bulnes, este pidió una copia de media página para autentificarla y, claro, se la envió a Barnacle. Este declaró que el texto correspondía a una carta entre *Jeova Sanctus Unus*...

—El seudónimo herético que usaba Newton —comentó ella.

—Así es. Y el destinatario era «Míster F», ese alquimista del continente del cual se conocía un solo texto, de 1670. Pues bien, luego de todo el trabajo que Barnacle efectuó con las cartas, una vez que Bulnes las compró, concluyó que eran de 1725; es decir, poco antes de la muerte de Newton, y en ellas «F» le relataba que un jesuita que había estado en las colonias españolas en América Latina le había revelado una información increíble, pero ya le contaré. Hace mucho frío y mejor vamos en taxi hasta el departamento de Barnacle —dijo, dirigiéndose hacia el estacionamiento de la estación.

Cinco minutos después se bajaban en una angosta calle, flanqueada por los imponentes edificios medievales de la universidad.

—Aquí —dijo Prat, entrando a un callejón donde había un edificio pequeño, de tres o cuatro pisos. Tocó el citófono y nadie respondió.

—Quizá esté haciendo clases —opinó Ivonne.

—Es un profesor retirado. Vive solo y aunque debe tener unos

ochenta años, se encuentra muy bien físicamente, entre otras cosas porque aunque haya una tormenta de nieve, todas las mañanas sale a trotar a las ocho en punto. A mediodía almuerza en alguno de los restoranes que hay en la cuadra y luego se encierra hasta el día siguiente.

Prat tocó de nuevo el intercomunicador, varias veces, sin éxito.

—¿Y por qué no lo llamamos?

—No tiene teléfono, computador ni televisor. Es un sabio, pero como todos los sabios, es un hombre muy especial y bastante huraño. Para traducir las cartas no aceptó una copia, fotos ni nada. Bulnes se las tuvo que pasar completas y él escribió su informe, un texto de unas veinte páginas, en una máquina de escribir. Básicamente Bulnes me pidió que de algún modo fuera supervisando su trabajo y es por eso que durante varios meses estuve viajando acá cada dos o tres semanas pues, como ya expliqué, el profesor Barnacle no usaba celular, teléfono fijo ni nada que se le pareciera. Si existe un respaldo de todo lo que le robaron a Bulnes la única persona que puede tenerlo es Barnacle y con eso me refiero a la remota posibilidad de que, por ejemplo, hubiera tenido la idea de fotocopiar el informe que escribió. La verdad es que lo dudo mucho, quién sabe... habitualmente pasaba a una de las fotocopiadoras de la cuadra a sacar copias de libros o revistas que le interesaban.

—¿Y si tenía un perfil secreto de Facebook y le escribimos por el chat? —bromeó la espía, como tratando de no darle importancia a lo que acababa de escuchar.

—Yo creo que ni siquiera entendía en qué consisten las redes sociales —replicó el exminutante.

—Otra opción es que esté en el baño —comentó Ivonne, levantando las manos como si fuera un emoji de WhatsApp.

—Siempre es una posibilidad —rio Prat— pero esto no me está pareciendo muy bien —señaló, sacando su billetera, de la cual extrajo una delgada tarjeta plastificada del metro de Nueva York.

—Espero que no le quede saldo —comentó la agente, mientras el exagente la metía en medio de la chapa, al tiempo que Ivonne revisaba que nadie los estuviera viendo. Sonó el «claanck» clásico de las puertas de edificios de ese tipo y entraron.

El departamento de Barnacle estaba en el segundo piso. Tocaron el timbre y nada. Golpearon la puerta y nada. Prat pensó que quizá la o las personas que vivían en el departamento del frente podrían saber algo. No había nadie. Pegó el oído derecho a la puerta. Sabía que si Barnacle estaba allí, seguramente le llegaría el sonido de las teclas de la máquina que usaba para escribir o la música de Verdi que siempre escuchaba en un tocadiscos.

No le llegó sonido alguno, pero sí una brutal hediondez, que al principio no había percibido, acompañada de una extraña vibración, una suerte de zumbido regular.

Sin decir nada al respecto, buscó de nuevo la tarjeta amarilla del metro, pero por algún motivo no pudo abrir la puerta. Luchó un par de segundos con ella y fue imposible.

—Déjame tratar a mí —pidió Ivonne, sacando de su cartera un clip de tamaño mediano. Lo desdobló y formó una ganzúa con él. Lo introdujo en la ranura de la chapa, lo movió dos veces a lado y lado y *voilà*, la pesada puerta se abrió, pero se estrelló contra ambos, a toda velocidad, una especie de masa negra voladora: cientos de moscas muy gruesas.

—¡Conchasumadre! —gritó Prat.

Ambos tuvieron que retroceder hasta el pasillo para tratar de respirar, mientras el lugar se llenaba de moscas, las cuales provenían desde el fondo del departamento. Junto con ellas salía un hedor insoportable, que Prat conocía bien: carne descompuesta.

Ivonne abrió la ventana que había en el pasillo, a un costado de la escalera, y un buen montón de insectos salió por allí, pero seguían apareciendo por todas partes. Finalmente, pasados unos minutos, pareció despejarse un poco, así es que decidieron entrar. Una vez que vieran qué había pasado llamarían a la policía de New Haven.

Al primer paso ya se dieron cuenta de que todo era una pésima idea. El departamento estaba completamente destruido. Quienes se habían metido allí no solo buscaban algo, seguramente los manuscritos de Newton y «Míster F», sino que además hicieron daño en forma gratuita. Cientos de libros de la biblioteca que ocupaba el espacio que tradicionalmente estaba reservado al living o al comedor. Era una especie de librería de textos viejos. Todas las paredes estaban (o

habían estado) llenas de libros, puestos en anaqueles, pero ahora se hallaban casi todos en el suelo, muchos de ellos rotos, partidos por la mitad y pisoteados.

Tratando de no pisarlos, Prat avanzó un poco hacia el pasillo, hasta que pudo llegar a él. Hacia la derecha se encontraban la cocina y el baño y hacia la izquierda había dos habitaciones. La primera era el escritorio de Barnacle, también infestado de libros e igualmente destrozados, y al final, frente al baño, estaba su dormitorio.

Al asomarse, lo primero que el chileno vio fue un bulto de gran tamaño tirado encima de la cama, en un estado de descomposición tan avanzado que tuvo que retroceder al baño a vomitar.

Cuando finalmente pudo acercarse, se dio cuenta de que lo que había allí no era el cadáver del profesor, sino el cuerpo de un enorme cordero negro, cuya cabeza estaba a unos centímetros del cuerpo. De allí manaba toda la pestilencia y el mosquerío.

En la pared situada a un costado de la cama, en tanto, aparecía algo curioso: con una mano, aparentemente, y usando la sangre del animal, alguien había escrito una cifra, con números de casi medio metro de alto:

3 2 2

—Los amiguitos de Skull & Bones, ¿no? —dijo Ivonne, apareciendo por atrás.

—Puede ser, pero no lo tengo tan claro. Lo que sí me parece obvio es que Barnacle fue secuestrado. Salgamos de aquí y demos cuenta a la policía. Luego de eso debo ir a Chile.

—¿Por qué? —preguntó ella, con asombro.

—Porque allá está lo que andamos buscando —le dijo, saliendo rápidamente de allí, sin darse cuenta de que desde el techo de la galería de arte de Yale, situada al otro lado de la calle, había un hombre de unos treinta años, que lo observaba por medio del zoom de una Canon EOS 6D Mark II, con el dedo dispuesto sobre el obturador.

Prat respiró una amplia bocanada de aire fresco. Aún sentía el hedor del departamento y de su vómito en su ropa, en su aliento y en sus fosas nasales.

Ivonne llegó un minuto después.

—Dejé cerrado, tal como lo encontramos. Le diré a Mazzini que él informe por los canales oficiosos del posible secuestro del profesor. Así nos ahorramos las declaraciones, la pérdida de tiempo y todo eso —le dijo.

Al mismo tiempo, el hombre situado en el techo disparaba varias ráfagas de fotos.

—Sí, es una buena idea. Debemos volver a Nueva York, pero busquemos alguna tienda donde pueda comprar una parka nueva. Esta huele horrible —dijo Prat. La minutante se acercó un poco, olfateando cerca del cuello. El desconocido de la Canon lanzó una nueva ráfaga.

—No huele tan mal... aunque preferiría irme en otro vagón del tren —replicó, riendo como aquella religiosa de aspecto severo, lo que se espera de una monja, pero de risa fácil.

Más ráfagas.

Ambos salieron caminando por Church Street hacia el pequeño sector de tiendas ubicado a unas tres o cuatro cuadras de allí. Mientras, el desconocido comenzó a revisar las imágenes en el visor de la cámara. «Bingo», comentó en voz baja al ver una de ellas en las que se veía a Prat y la mujer cabeza con cabeza, casi como si se estuvieran besando.

Seleccionó dicha imagen y buscó otras más. Había una donde se veía a Prat introduciendo la tarjeta en el acceso al edificio y una tercera en la cual aparecía Ivonne abriendo la ventana del segundo piso.

«Great», se dijo a sí mismo.

Capítulo 14

SANCTA SANCTORUM

Tiempo presente

New Haven

Compraron una parka de Yale en una tienda de *souvenirs* universitarios y regresaron caminando a la estación. El próximo tren salía en media hora más, así es que se sentaron a comer un par de pedazos de pizza en un pequeño Sbarro. Acordaron que llegando a Nueva York darían cuenta detallada de todo a Mazzini, que él iría a cambiarse y a buscar algunas cosas a su departamento, y que ella se encargaría de la logística del viaje.

—Ahora, míster Prat, creo que me merezco algunas explicaciones un poco más amplias acerca de quién es el señor Barnacle y qué es lo que realmente querías hablar con él y, por supuesto, a qué obedece el viaje a Chile. Sé bien que tu pareja de tanto tiempo está grave...

—No es mi pareja. Terminamos hace un par de años, pero es una persona con la cual viví muchas cosas y ciertamente me preocupa. Claro, quiero verla, pero el motivo del viaje no es ese —le interrumpió Prat.

—Soy toda oídos.

—A ver... son varios motivos. Quizá el más inmediato es el que dice relación con un mensaje cifrado que me envió Bulnes la noche en que fue asesinado. Es una palabra, presumo, escrita con un lenguaje cifrado que hay en una famosa tumba de Nueva York, la llamada «cifra masónica». Anoche, cuando compré el celular nuevo y reinstalé mis aplicaciones y todo eso, lo estuve mirando de nuevo. En teoría, ese cifrado ya fue desencriptado, pero tengo mis dudas, pues las letras que aparecen en la tumba son 14 o 15, si no me equivoco. Por ende, nadie sabe cómo son las demás. De todos modos, tengo una idea al respecto,

pero quería ver si Barnacle coincidía con ella. Desaparecido él, en Chile hay otra persona que creo que me puede ayudar.

—Vaya, gran novedad lo de ese mensaje —replicó la agente, al tiempo que mascaba un pedazo de pizza de queso y tomate.

Prat se rio. Sabía que sin duda los especialistas en inteligencia electrónica del Vaticano ya habían revisado todas sus cuentas de mail.

—Ustedes no saben de ese mensaje solo porque me llegó a una cuenta de correo que es distinta de la habitual y que solo usé desde el celular, con tarjetas de prepago.

—Muy astuto. Parece que hizo bien sus tareas cuando lo entrenaron —se burló Ivonne.

—Más o menos —respondió, para luego pasar a relatarle el tema más de fondo: lo que decían las cartas entre Newton y «Míster F».

Según le comentó, lo que este había transmitido al sabio británico estaba relacionado con la estancia de los templarios en Jerusalén, donde resguardaban el antiguo Templo de Salomón. Y allí, en su Sancta Sanctorum, según indica el Antiguo Testamento, estaba el arca de la alianza y muchos otros tesoros adicionales, de acuerdo con diversas historias.

—No sé si tú sigues siendo creyente, pero lo que es yo no creo en nada, hace muchos años, y por supuesto no hay posibilidad alguna de que dicha arca haya contenido cosas sagradas, ni que haya tenido poderes sobrenaturales como se mostraba en la película de Indiana Jones ni nada semejante —comentó Prat.

—Estimo que cualquiera con dos dedos de frente entiende eso. Se supone que estaban allí los mandamientos, que eran tablas de piedra grabadas, de bastante tamaño, contenidas a su vez en el arca. Si mal no recuerdo, según la Biblia, el arca medía algo así como 2.5 codos por 1.5 y 1.5, poco más de un metro de alto y unos sesenta y cinco centímetros de ancho y estaba confeccionada con madera de acacia y revestida de oro por dentro y por fuera. La tapa habría sido de oro sólido y tenía dos querubines tallados en oro. Poseía argollas de oro, por supuesto, a los costados, por donde pasaban varas con las cuales podían tomar el arca y moverla. Yo sí puse atención en las clases preparatorias de la primera comunión —bromeó la monja, esquivando la respuesta de si seguía creyendo.

Prat movió la cabeza afirmativamente y le recordó entonces que aunque los templarios se sentían con todo el derecho del mundo a buscar el arca, se encontraron con un problema enorme: nadie sabía dónde había estado exactamente el Templo de Salomón, pues el original, el que construyó el maestro de obras Hiram, figura esencial en la tradición masónica, fue destruido por los egipcios en el año 925 a.C.

Un nuevo templo fue borrado del mapa por los babilonios, en el 587 a.C., y luego de ello Zorobabel lo reconstruyó, aunque no se sabe si fue en el mismo lugar de la explanada construida con piedras en medio de los montes Sión y Moriah, donde había estado el edificio original.

De nuevo, el templo fue objeto de infinidad de ataques y sobrevivió hasta el primer siglo d.C., cuando fue ampliado por Herodes. No obstante, los romanos lo hicieron desaparecer una vez más, quedando como único vestigio de ese templo el famoso muro occidental, el muro de los lamentos. Posteriormente, cuando Jerusalén quedó en manos de los musulmanes, se construyó allí mismo la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al Aqsa y más tarde, cuando los templarios asumieron el control del sector, construyeron su propia iglesia católica.

—En teoría, al menos, ni los templarios ni nadie ha podido jamás dar con el lugar exacto del templo ni mucho menos, con el Sancta Sanctorum, el arca o los tesoros—acotó Ivonne.

—Así es. Eso es lo que todos sabemos. Por cierto, siempre ha habido una infinidad de teorías e ideas al respecto, como las versiones según las cuales los templarios habrían dado con el cáliz de la última cena o que habían hallado el tesoro de oro y joyas que se supone que Salomón guardaba, que habría sido la base de su inmensa fortuna. Sin embargo, aquí tenemos que viene alguien y le vende estas cartas a Bulnes a un precio ridículo...

—¿Cuánto?

—Un millón de dólares. Es evidente que los vendedores no tenían idea del contenido exacto de las misivas. A Barnacle le tomó casi dos años la transcripción completa de ellas, no solo porque el lenguaje que usaban era muy hermético, sino porque las tintas estaban desgastadas y había porciones que eran casi imposibles de comprender. Pese a ello, logró descifrar su contenido.

—¿Y ese era?

—Hacia el 1290 más o menos, los templarios tenían claro que sus días como orden estaban contados y que más temprano que tarde los harían desaparecer. Ante ello, le aseguró «Míster F» a Newton, tomaron la posesión más valiosa que tenían: el tesoro de Salomón. Según esta versión, sí hallaron el Sancta Sanctorum y decidieron llevar esas riquezas, que no dice exactamente en qué consisten, a otro país —comentó, mientras la agente Mackay lo miraba con la boca abierta.

Según explicó, sabiendo que todas las iglesias, residencias y castillos del templo serían allanados y revisados en detalle en cualquier parte de Europa continental, pues sabían de las intenciones del rey de Francia, los templarios decidieron enviar el arca a uno de los sacerdotes más respetados de Inglaterra, el alquimista Roger Bacon.

—Y aquí viene el real interés del señor Bulnes en mi persona. Él sabía, por una de estas novelas basadas en hechos reales que alguien escribió hace algunos años, que yo conozco muy bien la historia de Roger Bacon y de varios otros alquimistas, entre ellos del jesuita Athanasius Kircher, pues tuve en mis manos una investigación muy sonada, relativa al famoso manuscrito Voynich, cuya única versión existente podríamos haber ido a mirar a la biblioteca Beinecke, aquí en Yale, si no fuera porque tenemos tan poco tiempo —detalló.

—Ja, ja, ja. Conozco bien lo que sucedió con el manuscrito y todo lo ocurrido en el sur de Chile. No creo que me equivoque en que, en realidad, lo que Bulnes quería era que autentificaras el origen de las cartas. Y claro que leí ese libro. Era bastante entretenido. El autor era un señor de apellido Basso, ¿no?

—Me gustan más otros autores chilenos contemporáneos: Ortega, Baradit, Rojas, Tromben, por ejemplo, pero para hacer corta la historia, los templarios no se equivocaban. Unos años después efectivamente los exterminaron, pero la caja que a su vez contenía el arca estaba en Londres. Bacon murió en 1294, varios años después de la disolución de la Orden Templaria. Sin embargo, creo que mencioné que existía una especie de círculo de alquimistas en Europa, que usaban seudónimos y que se comunicaban constantemente entre ellos. «Míster F», cuyo nombre real nunca supimos, era uno de ellos. Newton, que ya sabemos que también usaba una chapa, era otro.

«Míster F» no dice en las cartas cómo sabe lo que relata, pero según él, luego de pasar por distintas manos, el baúl fue enviado de regreso al continente, específicamente a Alemania, donde quedó en manos del jesuita Athanasius Kircher, un famoso hereje, como sabes.

—Por supuesto. Alquimista, también.

—Así es —asintió Prat, quien comentó que, a partir de ese momento, el tesoro quedó en la órbita de los jesuitas, o más bien en poder de un círculo muy específico de ellos: aquellos que practicaban la alquimia, que cada vez eran menos. Fueron algunos jesuitas alemanes de ese grupo los que preservaron la mayoría de las posesiones de Kircher cuando este falleció, hacia 1680, pero varios de ellos fueron enviados a América Latina hacia 1712...

—Déjame adivinar —pidió la agente—. ¿Estamos hablando de los jesuitas bávaros que comenzaron a ser enviados por esos años a Chile?

—De los mismos. Como recordarás, hubo tres viajes masivos de ellos al país: en 1712, 1724 y 1748. En todo caso, es probable que esa especie de emigración masiva haya sido de algún modo planificada muchos años antes por Kircher, quien tenía vínculos muy profundos con Chile, debido a que en Roma se había hecho muy amigo de su compañero jesuita Alonso de Ovalle. Ambos citaban los libros del otro en sus escritos e intercambiaron mucha correspondencia. Una prueba de que muchas cosas de Kircher llegaron a Santiago es que hace unos diez años hallaron una docena de libros originales de Kircher, muy raros y varios de ellos francamente heréticos, en una caja olvidada de la Biblioteca Nacional.

—Es lógico entonces que si Kircher hubiera querido esconder algo muy lejos, por el motivo que hubiera sido, lo mandara a Chile —comentó Ivonne.

—Así es. Como sea, algunos años después de su muerte, los jesuitas alemanes comenzaron a enviar a sus mejores mentes a Chile, a químicos, a sus artesanos más calificados, académicos... es un episodio extraño en la historia de la Compañía, el haber mandado tanta gente tan calificada al que literalmente era el último rincón del mundo, pero deja de ser una situación llamativa si se tiene en cuenta lo que venía en el primer viaje, según «Míster F»: el cofre metálico que supuestamente contiene los tesoros hallados en el Templo de Salomón

—detalló Prat.

Luego de ello, le relató que en una de las cartas, «Míster F» explicó a Newton que la información acerca del tesoro que estaba en manos de los jesuitas no era tan exclusiva al final, pues tal como él se enteró del traslado, en distintas partes de Europa se habló de lo mismo: que un barco había llevado un gran tesoro a Chile. Los jesuitas, claro, no se quedaron tranquilos con eso y fueron ellos quienes echaron a correr el rumor de que el tesoro eran joyas del Vaticano y de los aztecas que habría llevado el *MonteCarmelo*, buque comandado por Juan Esteban Ubilla y Echeverría, tesoro que este lo habría enterrado en el archipiélago de Juan Fernández.

Hasta hoy en día hay gente que lo busca allí, en circunstancias en que, como bien sabían los primeros minutantes, Ubilla no pasó ni cerca de ese lugar.

—Debe haber sido una de las primeras y mejores maniobras de desinformación de nuestros antecesores —se rio la agente, mientras el tren entraba suavemente a la Penn Station, la estación ubicada debajo del enorme domo del Madison Square Garden, en el corazón de Manhattan.

—Sin duda —respondió Prat, levantándose.

Ambos bajaron y entraron a la estación. Ya habían acordado que él se iría a descansar un poco y ver si su departamento estaba en el mismo lugar, así que tomaría el metro allí mismo, para bajarse a un par de cuadras de su casa. Ella, en tanto, iría a una oficina que su servicio tenía en un edificio situado cerca de allí, en la calle 40, al frente de Bryant Park.

—Me llamas cuando tengas listo lo de los pasajes —le dijo Prat, haciéndole una seña de despedida y encaminándose hacia la combinación con el metro.

—Claro, pero... creo que es justo que, antes de subirme a un avión contigo y viajar toda la noche a Chile, me digas dónde terminó la caja de los jesuitas, pues supongo que «Míster F» se lo reveló a Newton...

—Sí. En la última carta lo cuenta... —dijo Prat, pero no pudo continuar, pues en ese preciso instante se sintió una detonación muy fuerte, que retumbó con gran potencia por todos los rincones de la estación, seguida de varias más.

—¡Están disparando! —gritó Prat, lanzándose al suelo junto a la agente Mackay y parapetándose detrás de una fila de sillas, sin poder distinguir desde dónde provenían las ráfagas, mientras retumbaba por todos lados el clásico golpeteo metálico de vainillas de armas automáticas siendo expedidas y cayendo al suelo.

Era obvio que los disparos provenían muy cerca de donde estaban, no solo por la potencia del ruido, sino porque se sentía el olor a pólvora. Tratando de moverse lo menos posible, Prat miró hacia ambos lados, pero no pudo ver mucho. Como la estación es circular, el sonido rebotaba por todos lados y únicamente se escuchaban gritos y más detonaciones.

Sin embargo, era evidente que lo que fuera estaba sucediendo a espaldas de ellos.

Girando sobre sí mismo, Prat se dio vueltas y entonces vio a dos policías militarizados de la Autoridad Portuaria de Nueva York (que son quienes tienen la jurisdicción de la Penn Station) que estaban muy cerca de ellos, quizá a unos treinta metros, con fusiles M4, parapetados detrás de un mostrador. Con horror, el exjesuita se percató de que un tercer policía yacía a unos pocos metros de ellos, con varios impactos de bala en el cuerpo, sangrando profusamente.

Los policías resistían apenas. Era indudable que los atacantes los superaban en número y las balas rebotaban cada vez más cerca de Prat y Mackay.

—Nosotros somos el blanco —murmuró la agente.

—Sí. Ahora o nunca —le dijo, sabiendo que esos dos policías resistirían muy pocos segundos más y que luego de ello ambos serían ejecutados. Además, había escuchado desde el otro lado el inconfundible golpeteo de al menos una decena de bototos que corrían hacia el sitio del asedio. Seguramente se trataba de policías, militares o agentes del FBI que corrían en ayuda de los oficiales en apuros. Prat pensó que si escapaban en dirección a ellos y tenían buena suerte, no recibirían disparos de estos.

—¡Vamos! —gritó la agente, tomándole la mano para que se levantara, y ambos salieron corriendo en ese momento, bajo una verdadera lluvia de balas que se intensificó en el momento en que se pusieron de pie. Al momento de hacerlo, tal como lo había supuesto el

exreligioso, vio un enjambre de policías de azul corriendo en contra de ellos, con fusiles de asalto en las manos, cascos, escudos y toda la parafernalia de rigor, un equipo SWAT, cuyo líder les apuntó con su mira láser en el pecho y les ordenó detenerse con las manos en alto.

—Esto no puede estar pasando —dijo el chileno, asumiendo que el repentino cese de los disparos desde atrás significaba que los dos policías que quedaban estaban ya muertos y que, entonces, quedarían atrapados en medio del fuego cruzado, tal como sucedió.

Capítulo 15

MINUTANTE

Tiempo presente

Santiago

Cuando Prat despertó tenía un fuerte dolor de cabeza. Miró a su lado y, sobresaltado, vio que Ivonne Mackay, aquella bromista agente con la cual había compartido tan intensamente las últimas horas, estaba inerte. Parecía no respirar. Confundido, trató de entender lo que sucedía y dónde estaba, hasta que por sus sentidos se recuperaron.

—Ivonne, Ivonne, despierta —le dijo suavemente a la agente, pero esta no reaccionó.

—Hey, despierta —insistió, moviéndola ahora.

Ante ello, pareció reaccionar y abrió apenas los ojos.

—Qué... ¿dónde estamos? —preguntó, desorientada.

—Aproximándonos a Pudahuel. Aterrizaremos en unos quince minutos.

—Uf, dormí como un cadáver —se quejó ella, estirándose.

—Un cadáver muy vivo, en todo caso —respondió el exsacerdote, quien de todos modos sentía una punzada muy fuerte en la parte trasera de su cráneo.

El día anterior, cuando él y Mackay quedaron atrapados en medio del equipo SWAT y los cuatro tiradores que habían asesinado previamente a los policías, las cosas se sucedieron en segundos, segundos muy dolorosos para él, pues apenas los policías los hicieron detenerse y poner las manos en alto, aparecieron por atrás de ellos los cuatro tiradores, que vestían trajes de camuflaje verde, chalecos antibala y cascos balísticos.

Al darse cuenta de que Prat e Ivonne eran solo un par de pasajeros de la estación, el primer oficial se abalanzó sobre ambos, lanzándolos

al suelo, aunque en estricto orden cayó primero Prat (quien se golpeó muy duramente la cabeza); Ivonne, que terminó encima de él, y el policía, que a su vez los cubrió a ambos.

En ese momento se desató un tiroteo muy intenso y mientras los policías se batían con los asaltantes, Ivonne y Prat se arrastraron por detrás de ellos, sin que —milagrosamente— resultaran heridos (salvo, ya sabemos, el chichón en la parte trasera de la cabeza del exsacerdote).

Cuando salieron de la línea de fuego vieron un segundo escuadrón SWAT que avanzaba hacia ellos y varios policías de uniforme los ayudaron a salir de la estación, lo mismo que estaban haciendo con otras personas que aparecían desde todas las puertas.

—Quédense aquí. Luego los tendremos que interrogar —les dijo el sargento que los guio hasta el lugar donde habitualmente se estacionan los buses que van a los distintos aeropuertos, y donde había a lo menos una docena de personas que evidentemente habían recibido la misma instrucción.

—Claro, aquí nos quedamos —le dijo Ivonne, en inglés, pero apenas el sargento se dio vuelta se miraron con Prat y comenzaron a tratar de avanzar hacia la Séptima Avenida, que era un caos en ese momento.

Todo estaba lleno de sirenas, autos de policía, ambulancias, cámaras, personas que gritaban, otras que lloraban, mientras desde dentro del recinto se seguían escuchando las ráfagas, hasta que una gran detonación hizo trizas toda la fachada de ventanas de la estación, así como las de los edificios circundantes. Luego salió una densa voluta de humo negro desde las ventanas situadas a nivel de la calle, o más bien, donde antes habían estado esas ventanas.

—Sigue caminando, sigue nomás —dijo Ivonne a Prat que, medio confundido aún por el golpe de cabeza, tendía a detenerse, como si no entendiera qué estaba pasando. Ella, sin embargo, sabía perfectamente que debían alejarse de allí a como diera lugar. Podría haber un segundo comando que estuviera aún detrás de ellos. Por eso, un par de cuadras más allá, cuando vio un taxi que parecía esperar pasajeros, no dudó en detenerlo, abrir la puerta y prácticamente lanzar a Prat adentro.

El conductor era un hombre de cierta edad y aspecto asiático, a

quien evidentemente no le importaba saber quiénes eran ellos ni nada. Se limitó a preguntarles adónde iban y Prat, que aún seguía funcionando a poca velocidad, no alcanzó a reaccionar.

—A la Universidad de Columbia —respondió ella, sin pensar.

El departamento donde se estaba quedando se hallaba a muy poca distancia de la Penn Station, pero pensó que su colega necesitaba descansar. No se acordaba de la dirección exacta de este, pero sí recordaba que era cerca de Columbia, así es que eso fue lo que dijo, dibujando una sonrisa en la cara del taxista. Era un viaje más o menos largo y, por ende, bien pagado.

La agente Mackay comenzó a revisar Twitter, mientras Prat seguía muy quieto al lado de ella.

—Alberto, hay al menos diez víctimas confirmadas hasta el momento: seis policías y cuatro atacantes. Ninguno de ellos ha sido identificado aún, pero de momento la Policía de Nueva York dice que no tienen antecedentes que indiquen que puedan pertenecer a un grupo radical islámico.

—¿Y la detonación? —preguntó Prat.

La agente actualizó varias veces el *feed*, hasta que apareció algo que le interesaba.

—Un vocero de la policía dice que no sabe si era un suicida con un cinturón bomba o si les estalló alguna bomba que portaban. Y claro, no eran musulmanes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque alguien acaba de subir la foto de dos de los cadáveres, a los que la policía ya les sacó los pasamontañas —dijo ella, mostrándole una cruenta imagen en que se adivinaban, debajo de las quemaduras y la sangre, dos caras de hombres de unos 40 años, muy rubios y de aspecto europeo.

—Rusos —adivinó el exsacerdote.

—Seguramente, pero algo no me calza en esto. Por dinero, un mercenario de la unidad 29155 es capaz de hacer cualquier cosa: cortarle la cola al perrito de su hijo, cocinar la cabeza de su suegra al ajillo, tratar de matar a un presidente, lo que sea, menos atentar contra su propia vida. Eso solo lo hacen personas con una convicción religiosa muy profunda, como los salafistas de Al Qaeda o de Estado

Islámico —replicó Mackay.

—Eso es cierto en lo general, pero hay excepciones de gente que se suicida de este modo por motivos políticos. En el año 70 o 71, si mal no recuerdo, un miembro de la Vanguardia Organizada del Pueblo, la VOP, un grupo de ultraizquierda, atacó el cuartel central de la PDI en Santiago, como venganza porque los detectives habían dado muerte antes al cabecilla del grupo. Ese tipo mató a tres funcionarios con una metralleta y luego, al estar cercado, se suicidó con el cinturón bomba que portaba. De hecho, ese cinturón se lo habían pasado antes a otro miembro del grupo, quien debía interceptar al presidente Frei Montalva, saludarlo y en ese momento abrazarlo y activar la bomba. Sin embargo, cuando llegó el momento, no pudo.

La agente le concedió que, claro que había excepciones, pero ni siquiera en la historia de Estados Unidos había situaciones de ese tipo, salvo las que habían sido protagonizadas por integrantes de grupos fanáticos salafistas takfiris.

—Shhh—dijo Prat en ese momento. En la radio que llevaba puesta el taxista, y que ellos habían bajado al subir, por medio de los comandos situados en la parte de atrás de la cabina, se escuchaba que alguien hablaba al respecto. Ivonne subió el volumen.

Era, al parecer, el vocero de la Policía de Nueva York. Las víctimas del atentado habían subido a dieciséis y había a lo menos ocho personas heridas en estado de gravedad, en distintos hospitales. Los atacantes, precisó quien hablaba, eran personas de aspecto caucásico, cuyas identidades estaban siendo corroboradas, sin que se tuvieran datos concretos hasta el momento, pero sí creían que se trataba de un acto de terrorismo doméstico: en los bolsillos de tres de ellos se encontraron panfletos, que no alcanzaron a lanzar, en los cuales protestaban contra las antenas 5G, la conspiración judeomasónica de Hollywood y el Priorato de Sión. Los panfletos estaban firmados por la «Milicia Santa de Nuestro Señor Jesucristo del Montana Profundo».

Además, todos ellos llevaban fotos de Timothy McVeigh en sus bolsillos, el extremista de ultraderecha, autor del brutal ataque explosivo que mató a 165 personas en un edificio federal de Oklahoma, en 1995, y que se había convertido en un ídolo para los terroristas de esa facción, donde cabían por igual los miembros de las

antiguas facciones del Ku Klux Klan, los grupos de «identidad aria», los neonazis y otros.

Prat y Mackay se miraron con escepticismo.

—¿No lo crees, cierto? —preguntó el primero.

—O sea, es probable que esos chicos hayan sido unos imbéciles pertenecientes a una milicia, pero… ¿que anduvieran con fotos de McVeigh en los bolsillos cuando deciden ir a cometer un atentado?

—¿Crees que la policía puso las fotos allí? —preguntó Prat.

—No, pienso más bien en que los hayan utilizado, que alguien los manipulara, les entregara las armas, les dijera que nosotros éramos un par de servidores de Satán que alguna vez participamos del «Pizzagate» o del supuesto robo de votos a Trump, por ejemplo, y que por eso debían matarnos…

Prat reclinó la cabeza, sin saber bien en qué pensar, y se acordó de aquella absurda acusación surgida en las redes sociales hacia 2015, cuando surgió la «teoría» de que la entonces candidata presidencial Hillary Clinton participaba de una red de pedofilia y tráfico de niños que funcionaba en el sótano de una pizzería de Washington DC, idea absurda que, pese a ello, muchos analistas estimaban que había tenido un papel muy relevante en el triunfo de Donald Trump. La idea de Mackay no era nada de descabellada, puesto que en 2016 un terrorista de extrema derecha, Edgar Maddison Welch, atacó con un fusil el local Comet Ping Pong Pizza, donde supuestamente se reunían los pedófilos, sin que afortunadamente hiriera a nadie, hasta que fue reducido por la policía.

En ese momento el taxi rodaba por el costado del Central Park. Pasaron por fuera del departamento de Ladislao Bulnes. Todo parecía normal allí.

—Conchasumadre —dijo en ese momento, en voz baja, la agente. Era la primera imprecación chilena que Prat le escuchaba.

—Sorpréndeme —le dijo el exsacerdote.

—Volviste a las redes sociales —le dijo, pasándole su teléfono, en el cual Twitter estaba abierto en una cuenta que se suponía pertenecía a @JJones23982034, quien se definía como «amante de mi país, de mi familia y mis amigos».

Era una cuenta bot, sin duda, que tenía poco más de doscientos

seguidores, pero que sumaba cientos de comentarios en su último posteo, de seis minutos antes: «Estos sujetos mataron e hicieron desaparecer a profesor de YALE, Eduardo Barnacle, y luego hicieron RITUAL SATÁNICO en su casa, vamos a dejarlos? Viva Cristo!» decía el texto, que estaba acompañado de cuatro fotos: la primera mostraba a Prat forzando la chapa del edificio, con Ivonne al lado. La segunda imagen la mostraba a ella, abriendo la ventana del segundo piso. En la tercera aparecían ambos, al salir del edificio de Barnacle, en una posición en la que parecían estar acariciándose o algo semejante, mientras que la cuarta foto era antigua: mostraba la habitación del profesor con el cordero recién degollado y la cifra 322 escrita con sangre en la pared.

—Maravilloso. Seguramente quien nos tomó las fotos estaba en el techo de alguno de los edificios de Yale, al otro lado de la calle —rezongó Prat, calculando el tiro de cámara.

—Sin duda, por el ángulo. Lo que me queda claro es que nos quieren muertos o anulados a cualquier precio. Imagino que quienes sean los que están detrás, los mandantes de los rusos o de estos imbéciles que nos trataron de tirotear recién, deben saber que tienes toda esa información en tu cabeza, Alberto.

—No es la primera vez, pero no sé si es porque estoy más viejo o porque quería vivir tranquilo, que tengo la sensación de que esto va a terminar muy mal —se quejó, justo en el momento en que el taxi se detenía frente a uno de los accesos de la Universidad de Columbia.

Ivonne le pagó y le preguntó a Prat hacia dónde estaba su departamento. Él le indicó el occidente, en dirección al río Hudson.

—Entonces vamos a regresar sobre nuestros pasos. Nos deben estar esperando allí —razonó la espía y Prat asintió. Por primera vez en muchos años, sentía que no tenía necesidad de cuidarse a sí mismo y a un montón de gente más, pues había alguien que estaba ejerciendo esa función.

Tomaron un segundo taxi que los dejó en la Quinta Avenida, cerca de Rockefeller Center. Aunque la agente había dicho al conductor que iban hasta la Biblioteca Pública de Nueva York, a unas quince cuadras de allí, cuando estaban frente al monumento de Atlas que marca uno de los accesos al complejo de edificios pidió intempestivamente al

chofer que se detuviera y arrastró a Prat hacia afuera.

Este se quejó sarcásticamente, nada más poner un pie en la calzada.

—Estamos en el lugar más turístico de Nueva York, ¿qué podría salir mal? —se mofó.

—Nada. Solo sígueme y déjame decirte que el sitio más turístico de la ciudad es la Estatua de la Libertad —le replicó, caminando con energía hasta el acceso a uno de los edificios más impresionantes de toda la gran manzana: la catedral católica de San Patricio, un edificio gótico de gran tamaño y majestuosidad, enclavado en medio de los enormes rascacielos que tan famosa han hecho esa metrópolis.

Aunque hacía muchos años que Prat no pertenecía a la Iglesia e incluso ya estaba declarándose ateo, esa catedral en particular le sobrecogía. No sabía si era por su magnificencia y su estilo medieval, por la infinita elevación y elegancia de sus arcos ojivales, por su impresionante altar dorado o por el hecho de que pese a ser una estructura que nada tenía que ver con el entorno, de todos modos armonizaba a la perfección con el lugar, algo que —como arquitecto que era— le intrigaba sobremanera.

Al costado derecho entraron por una pequeña puerta, ingresando a la zona de oficinas, en medio de la indiferencia de las personas que pasaban por allí, algunas de las cuales saludaban a Ivonne con un leve movimiento de cabeza, como evitando tener que confraternizar con ella, supieran o no quién era.

Por un instante Prat pensó en la posibilidad de que el Servicio Secreto del Vaticano contara con una oficina propia allí, pero eso sería un absurdo. Era uno de los destinos turísticos preferidos de una de las ciudades más turísticas del mundo, aunque, claro —y él lo sabía muy bien— los mejores secretos muchas veces se guardan a simple vista, pero en realidad se trataba de algo más simple.

La agente tocó una puerta que no tenía identificación alguna y abrió un muchacho muy joven, de unos veintiséis o veintisiete años, vestido de jeans y camisa, quien por sus modos, era evidentemente un sacerdote diocesano recién ordenado pero, más importante en ese momento, un ayudista, como tantos con los que cuenta la agencia de inteligencia del Estado Pontificio.

Al verla, el joven sacerdote se puso de pie y los saludó con un leve

movimiento de cabeza, apartándose de su asiento.

—Padre McKinley, le presento al padre Prat —dijo, causando un pequeño sobresalto en el exsacerdote quien, sin embargo, comprendió de inmediato que ella estaba tratando de disminuir cualquier desconfianza que pudiera sentir.

—Mucho gusto. Vuelvo en veinte minutos —replicó el ocupante de la oficina, quien tecleó un par de cosas en su computador, se puso una gruesa parka y salió de allí, explicando que iría a comprar café al Starbucks ubicado en el subterráneo del Rockefeller Center.

Ivonne Mackay se sentó en el escritorio y se logueó a la intranet exclusiva del servicio secreto. Utilizando el chat cifrado de esta comenzó a escribirle a Mazzini. Pasados unos cinco minutos hizo una pregunta a Prat.

—Alberto, tenemos claro que hay que viajar a Chile, pero a consecuencia del atentado aumentaron al máximo la seguridad en los aeropuertos, estaciones de trenes, etc. La única posibilidad cierta de salir sin problemas es con pasaportes diplomáticos. De otro modo, si es que la NSA o el FBI han escaneado biométricamente las caras de las fotos nuestras que subieron a Twitter, saltarán las alarmas cuando lleguemos al avión. Yo tengo el mío, pero necesitamos saber si aún conservas el tuyo.

Prat se rascó la cabeza. Claro que no tenía su pasaporte diplomático. Lo había entregado en la Nunciatura Apostólica chilena, junto con otros documentos, el día que renunció a su trabajo con el Vaticano.

Mackay volvió a teclear un par de cosas y el chat se extendió por varios minutos. Finalmente, la agente dio vuelta la pantalla.

—Mazzini quiere hablar contigo por video —le dijo, al tiempo que aparecía una ventana en la cual se veía al argentino, aún en The Catskills. Prat intuyó lo que sucedería a continuación.

—Ché querido, voy a ser franco con vos. Si te quedás acá, tarde o temprano te van a detener y eso no es bueno para nadie. La única forma de que salgás con seguridad es con el pasaporte diplomático. Revisé en el sistema y es cosa de imprimirlo. El problema es que...

—El problema es que son unos burócratas pelotudos y no me lo puedes dar si no soy funcionario.

—Así es, vos sabés cómo funciona esto. En todo caso, para serte

franco, es algo que te íbamos a proponer igual. Es más: teníamos listo el contrato. Sabés que es un buen sueldo, querido, y ahora no solo necesitás la guita, sino que además necesitás el pasaporte... —le dijo.

Durante esos últimos años, Prat había gozado de una libertad laboral sin par. No es solo que le molestara tener jefes, que era algo que a sus casi cincuenta años ya no quería, sino que además no tenía interés alguno en formar parte de un Estado como el Vaticano. A medida que se habían ido descubriendo los casos de pedofilia en todo el planeta y las respectivas acciones de encubrimiento, cada vez le resultaba más lejana la idea de pensar que alguna vez había pertenecido a ese mundo. Por otro lado, no le cabía duda de que tarde o temprano sería detenido, acusado quizá de qué atrocidades y, además, estaba el deseo de ver a Sandra.

—No me entusiasma en lo más mínimo, pero comprendo la situación. Eso sí, te aviso que apenas terminemos esto, renuncio —respondió.

—Perfecto. Ivonne imprimirá la copia del contrato que le acabo de enviar, para que lo firmes y ella me lo mande de regreso escaneado. El pasaporte puede ser impreso en la Misión del Vaticano en Naciones Unidas, que está en la calle 25. Yo les recomendaría que apenas me manden el contrato salgan de inmediato hacia allá y que luego se vayan al aeropuerto JFK. Hay un avión que sale... a las ocho, rumbo a Lima. Tiene un par de horas de detención allá, pero deberían estar llegando temprano a Santiago. Mucha suerte y que Dios los acompañe —terminó el minutante.

Capítulo 16

EL INSPECTOR DE LA ONU

Tiempo presente

Santiago

Unas dieciocho horas más tarde aterrizaban en Santiago. Igual como había sucedido en JFK, no tuvieron ni un inconveniente con la policía o aduanas.

Pese a que aún era temprano, apenas salieron del aeropuerto una oleada de calor los invadió, marcando un violento contraste con el frío gélido del cual venían. Tratando de atravesar por en medio de la masa de taxistas piratas que ofrecían sus servicios en la salida internacional, Prat vio una cara conocida, la de un hombre delgado y de nariz aguileña, impecablemente vestido, que tenía unas llaves en la mano.

—¡Saavedra! —gritó Prat al reconocer a su amigo de tantas correrías.

—¡Positivo! —respondió agitando el brazo derecho el exoficial de la PDI, que se había retirado el año anterior de su institución, en forma voluntaria.

Los dos se fundieron en un gran abrazo.

—Ivonne, te presento a Esteban Saavedra. No tienes idea de cuántas veces este hombre me salvó la vida. Te agradezco mucho que nos hayas venido a buscar, Esteban —le dijo.

—Encantado. Aunque las cosas han cambiado mucho en el país en estos años, entiendo perfecto tu necesidad de discreción. Como te expliqué cuando me escribiste, tengo varios días sin mucha actividad por delante, así es que será un placer ayudar en lo que se pueda. Imagino que lo primero será ir a la clínica a ver a Sandra, ¿no?

—Así es, salvo que Ivonne quiera que la dejemos en alguna parte y la vayamos a buscar después —dijo Prat.

—No, por favor, no quiero molestar. Vamos, los acompaño —dijo ella, mientras los tres subían al Subaru Legacy de Saavedra.

—Bonito auto. Parece que te están pagando bien, ¿eh? —bromeó el exsacerdote.

—¡Positivo! —respondió Saavedra, con su clásica muletilla.

—Cuando hablamos ayer estabas muy misterioso y me dijiste que hoy me contarías sobre tu salida de la policía y tu nuevo trabajo. Cuéntame —pidió Prat, mientras el móvil comenzaba a sobrepasar ya los ciento veinte kilómetros por hora por la Costanera Norte.

El expolicía miró hacia el asiento trasero, donde la agente Mackay revisaba su celular.

—Es de mi confianza. Dale nomás —aseguró, sabiendo que sin duda Saavedra se pondría suspicaz frente a ella, por todo lo ocurrido en el sur de Chile con Marita Mariangel.

—Bueno —dijo Saavedra—. Mira, hace casi tres años ascendí a subprefecto y cuando vinieron las destinaciones a fines de año me tocó una jefatura en el departamento de finanzas. Cualquier rati operativo consideraría eso un castigo, pero para mí fue fabuloso: por primera vez en toda mi vida tenía una pega de oficina. No sé si recuerdas que en la época en que nos conocimos yo me estaba divorciando y la peor consecuencia de ello, producto del trabajo, fue lo poco que empecé a ver a la niña de mis ojos, mi guagua, Valentina — dijo, mostrando la pantalla de su celular, cuyo fondo era una foto de su hija, ya una adolescente.

—Está muy grande y linda, felicitaciones, Saavedra.

—Preciosa, en realidad —dijo Ivonne, mirando la imagen también.

—Muchas gracias. Valentina es la chica más dulce, creativa y bondadosa que ustedes se puedan imaginar, aunque en realidad, ya no es una chica. El 24 de febrero cumplirá diecisiete. Va a ser una mujer hermosa, independiente y de una generosidad enorme. A consecuencia de mi pega, lo sabes bien Alberto, a veces la podía ver cada veinte días o más. Mi sensación de culpa era enorme.

—Por eso estaba tan contento cuando lo mandaron a una oficina —intervino la minutante.

—Claro. Aluciné con la idea de salir del trabajo a las 18.30 todos los días, tener fines de semana completos y, en definitiva, poder hacer una

vida normal. Sin embargo, nunca llegué a asumir. Un poco antes de que me mandaran a la oficina me cambiaron de destinación.

—¿Y por qué?

—El subdirector respectivo revisó los listados de traslados y se fijó en mi nombre. La verdad es que esos cambios del área operativa a la administrativa no son extraños y muchas veces, como era mi caso, son bienvenidos. Sin embargo, el subdirector vio el traslado, le llamó la atención y me citó a su oficina. Le expliqué que, a diferencia de muchas personas, yo estaba feliz con dicho cambio, pero él me respondió que no le parecía que un oficial con todos los años de experiencia que tenía yo en el área de la inteligencia me fuera a un ámbito completamente desconocido. Por eso, me explicó que él quería que siguiera en el área, pero a cargo de una investigación trasnacional que estaba comenzando. Y ahí cometí el error de mi vida: dijo que era decisión mía y que si no quería, lo entendía.

—¿Y? —preguntó Prat.

—Fui formado en una institución vertical y obediente. No sé decirle que no a un superior, es algo que simplemente no me sale, así es que acepté. Estuve más de un año y medio encubierto, en una operación que implicó viajar a Brasil, Colombia, Venezuela, Perú y otros países. Cuando finalmente reventamos la operación decomisamos dos toneladas de cocaína, incautamos un enorme arsenal, cuentas bancarias en paraísos fiscales y metimos a dieciséis narcos presos, solo acá. Hubo detenciones también en casi todos los países que mencioné antes. Fue una investigación enorme y muy profesional. Recibimos innumerables felicitaciones y trabajamos muy estrechamente con la oficina del inspector general de Naciones Unidas —señaló, refiriéndose a una de las reparticiones más desconocidas pero más poderosas de la ONU, la OIG (Oficina del Inspector General), la agencia de inteligencia de la Organización de las Naciones Unidas.

»Con sede en Manhattan, la OIG es quien provee de información a todas las otras reparticiones de la entidad. Mucha gente se pregunta a veces cómo es que la ONU o alguno de sus brazos afirman cosas como que en Siria usaron armas químicas en algún poblado, o que está estallando una matanza étnica en algún país de África, o que ha aumentado el tráfico de opio en Afganistán.

»La mayoría de esos antecedentes provienen de las investigaciones que efectúa la OIG, que está conformada básicamente por dos tipos de funcionarios: los inspectores de planta, que son funcionarios de la ONU, y los investigadores consultores *intake*, que son básicamente contratistas a plazo fijo que desarrollan investigaciones específicas. En general, casi todos son exfuncionarios de inteligencia de distintos países.

»La OIG está dividida en una serie de ramas, pero la más glamorosa es el equipo de Análisis, Investigaciones y Asuntos Internos (conocido como i-ART, por sus siglas en inglés). Pasé mucho tiempo fuera del país y casi no pude ver a mi hija. Al finalizar la investigación ya tenía tomada la decisión de retirarme, porque sabía que si seguía en la PDI eso seguiría igual y me estaba perdiendo los mejores años de Valentina. Sin decirle a nadie fui a presentar mi expediente de retiro y cuando salía del cuartel recibí una llamada de uno de los amigos con que había trabajado en Naciones Unidas, quien me telefoneaba para comentar que se había abierto un puesto para investigador *intake* en Chile y que la postulación ya estaba en línea. Tras reflexionar un poco decidí postular: es un trabajo bien pagado, en el cual yo ordeno mis tiempos y que además me provee de una credencial de Naciones Unidas que, si bien no garantiza inmunidad diplomática, es respetada en muchos países, incluyendo este. Más encima, pertenezco al i-ART, por lo cual tengo un par de casos sumamente interesantes entre las manos. Por cierto, ustedes saben que les cuento esto en confianza, pues estoy impedido de dar a conocer mi condición de funcionario de la OIG, salvo que sea estrictamente necesario. Esa es la historia, Alberto —culminó de relatar.

—Pierde cuidado, Esteban. Todos aquí somos profesionales. Es más. Deberías saber que fui recontratado en mi antiguo servicio —replicó.

—¡Notición! —gritó Saavedra.

—Ja, ja, claro. Para serte franco, fue algo más bien utilitario. No tengo muchas intenciones de quedarme mucho tiempo.

—Presumo que la señorita Mackay es parte del mismo equipo...

—Presume bien, señor inspector de Naciones Unidas —respondió ella, un tanto burlona, mientras el auto rodaba por la rivera norte del escuálido río Mapocho y al otro lado, igual que diez, treinta o sesenta

años atrás, se amontonaban las mediaguas, las callampas armadas con fonolita y cartón y ahora decenas de carpas, aglutinadas en su mayoría en las inmediaciones de los puentes.

—La pandemia —observó Prat.

—Positivo. Tantos años creyéndonos los jaguares de América Latina y el estallido social y el Covid nos dejaron reducidos a unos tristes y patéticos gatitos de callejón —comentó Saavedra, mientras al frente comenzaban a aparecer las torres de departamentos de Santiago Centro.

—Cuando llegué a Estados Unidos se veía bastante pobreza, muchas personas pidiendo monedas o durmiendo en la Quinta Avenida, en Central Park, en los hitos turísticos. Ahora es impresionante, así como también es muy llamativo que esos grupúsculos neonazis que tan bien conocemos, Saavedra, eclosionaran con tanta violencia.

—Y acá también. Comenzaron a salir del clóset. Ya lo enseña la historia, querido amigo: en las épocas de confusión, de depresión, de desesperación, los únicos que ganan son los líderes que prometen mano dura y supuestas soluciones fáciles —reflexionó el exoficial de la PDI.

Quince minutos después, el auto de Saavedra entraba al estacionamiento de la clínica.

—No quería aumentar tu ansiedad, Alberto, pero Sandra ha evolucionado muy bien. La he venido a ver varias veces y sus signos vitales están completamente estabilizados. Además, ya está consciente. La vi hace una semana más o menos y hablé con ella. Me dijeron que era cosa de días para que estuviera al ciento por ciento —le explicó, extrayendo el ticket de acceso.

—Maravilloso —replicó Prat, luego de lo cual comenzó a relatarle lo relativo al mensaje cifrado que le había enviado Bulnes la noche del homicidio.

Un par de minutos después estaban en el pasillo donde se encontraba la habitación de Sandra. Al ver que caminaban hacia allá, un joven que estaba sentado en una banca se puso de pie de inmediato. Con estupor, Prat vio que el hombre se llevaba instintivamente la mano derecha a la cintura, desde donde sobresalía un bulto: una pistola.

—Tranqui, Alberto. Se me había olvidado comentarte que también hablé con el fiscal del caso, un cabro que no cachaba nada ni entendía quién era Sandra, ni tú, ni nada y me insistía en que era un simple accidente de tránsito, pero al final pude explicarle todo lo ocurrido y se terminó convenciendo de que, como lo muestra el video, fue un homicidio frustrado. Gracias a ello dictó también una orden de protección. Ese chico es un *rati*. En realidad son dos. El otro debe estar orientado hacia la otra entrada —dijo, haciéndole una seña al custodio, quien abandonó el rictus en que había entrado, al darse cuenta de que entre los recién llegados estaba Saavedra. Justo en eso, el segundo detective apareció desde el fondo, llevando un vaso plástico con café.

Los saludaron con un movimiento de cabeza y los recién llegados ingresaron de inmediato a la pieza, donde Sandra yacía conectada a una máquina de monitoreo, con las clásicas sondas del caso en la nariz y brazo derecho.

Alberto Prat no pudo evitar un estremecimiento al verla. Tenía el pelo tomado hacia atrás, como si la hubieran arreglado para que él la viera, y aunque dormía y su rostro era inexpresivo, denotaba cierta placidez, como si estuviera descansando a gusto en ese momento. Sus labios, su nariz respingada, sus mejillas y su frente se movían al tono acompasado de su respiración: 64, 65 latidos por segundo, según mostraba el monitor. Excelente.

Solamente en las comisuras de los ojos había algo nuevo, unas leves arrugas, de quizá un par de milímetros de extensión. Prat se vio a sí mismo reflejado en la ventana y se dio cuenta de que ella estaba igual, pero él era una sombra del hombre que ella había conocido. El coronavirus había sido un enemigo implacable, como alguna vez había dicho el presidente Piñera. La piel de Prat estaba ajada y mucho más arrugada, producto del estrés al que su cuerpo había sido sometido y, también, del peso que nunca había podido recuperar.

Por un segundo se descubrió iniciando un rezo en forma mental. Al notarlo, al ver que su cerebro seguía formateado por lo que le habían enseñado los jesuitas, sacudió su cabeza, como si con eso pudiera espantar ese vestigio subconsciente de su pasado y, por supuesto, lo acompañó de una interjección, que también se le salió en forma

automática:

—Por la rechucha —dijo.

Fue en ese preciso instante cuando Sandra Guzmán abrió los ojos y se quedó mirando la escena. Pestañeó varias veces, como alguien que intenta enfocar en la mañana luego de haber bebido mucho la noche anterior, hasta que logró abrirlos por completo. Prat le tomó la mano izquierda y suavemente le hizo cariño en la frente.

—Alberto, hace calor. Tráeme leche con chocolate, porfis —le dijo ella con un tono infantil, como si fuera una niña pequeña, algo que alarmó un tanto a la agente Mackay, cuyo primer pensamiento fue que allí podría haber un indicio de que la conmoción cerebral aún no cedía.

—Más tarde, cariño, más tardecito —replicó Prat, reconociendo de inmediato el tono de jugueteo que había entre ambos cuando estaban juntos. La petición, además, no era inusual: ella era una fanática de la leche con chocolate muy helada. Saavedra, en tanto, salió de la habitación, con el fin de buscar una enfermera.

—Tengo que ir a trabajar. ¿Has visto mi cartera? —preguntó a continuación, con la voz aún media quebrantada, pero ya sin el tono de niña mimada con que a veces hablaba con Prat cuando eran pareja.

—Tienes que descansar. No te preocupes por el trabajo —le respondió Alberto, dándole un beso en la mejilla.

Ella se sonrojó un poco y sus latidos subieron de inmediato, acercándose a los cien por minuto. Ivonne le hizo un gesto de ojos a Prat, mostrándole el guarismo. El exsacerdote retrocedió un poco, sin soltarle la mano.

—Es que tengo que ir a trabajar, Alberto. Tengo un tremendo golpe noticioso y resulta que estoy en la cama, haciendo no sé qué diablos, si ya estoy mejor y además me viniste a ver —arremetió Sandra de nuevo, sonriendo, como si nunca hubiera estado internada al borde de la muerte.

—No hay ningún apuro. Lo que interesa ahora, cariño, es que te repongas completamente y después vas a poder escribir todos los golpes que quieras.

—No, no entiendes Alberto. Tengo un golpe grande, enorme, mundial. Necesito mi teléfono. ¿Tienes mi teléfono, cariño?

—No, Sandra. Estamos en la clínica. Tú estás internada porque hace casi dos semanas fuiste atropellada por un vehículo que... —trató de explicarle en forma muy paternal, convencido de que ella estaba completamente confundida.

—Chucha, dos semanas. No pensaba que fuera tanto. Alberto querido: sé muy bien lo que me hicieron y donde estoy. Por eso necesito mi celular y mi ropa y salir de aquí lo antes posible, porque necesito llamar a una persona, urgente —respondió en forma taxativa.

—¿A quién? —preguntó.

—Es alguien que no conoces, Alberto. Un sujeto muy raro que tiene una excavación en pleno centro de Santiago —dijo, generando una especie de latigazo de electricidad que recorrió la parte trasera del cuerpo de Prat, desde la parte superior de la nuca hasta los pies.

—¿Una excavación? —preguntó el excura.

—Eso dije, cariño.

—¿Una excavación al lado del edificio del excongreso nacional, en el centro de Santiago? —preguntó Prat.

Sandra dio un salto y se sentó, sacándose la sonda nasal.

—Me estás hueveando, ¿cierto?

—No. ¿La persona con que necesitas hablar es Clemente Di Fabrio? —preguntó Prat.

—¿Cómo lo conoces? —preguntó Sandra.

Justo en ese momento Saavedra entró a la habitación, acompañado de una enfermera, que se escandalizó al ver a la paciente sentada y sin la sonda, por lo cual se fue derecho a corregir dicha situación, haciendo que todos salieran del contorno de la cama.

Ivonne preguntó a Prat qué estaba pasando.

—No lo sé muy bien, pero Di Fabrio... cómo te lo explico... Di Fabrio también trabajaba con Bulnes y es alguien con quien debemos conversar, si es que está vivo —susurró.

—Ya, me alborotaron por completo a la paciente. Todos al pasillo —reclamó la enfermera, mientras Sandra se resistía a que le pusieran de nuevo la sonda nasal y, además, luchaba por sacarse la que tenía en el brazo derecho.

Los tres comenzaron a moverse hacia el pasillo, pero cuando estaban por llegar a la puerta se escuchó un grito afuera:

—¡Deténgase ahí mismo! ¡Al suelo! —gritó alguien desde afuera. Uno de los detectives que custodiaban a Sandra, seguramente, pensó Prat.

El grito provenía desde la izquierda de la puerta. Dos segundos después se escuchó otro grito, pero de otra voz, y a la derecha de la puerta.

—¡No te muevas, mierda, o te disparo aquí mismo!

Saavedra ya había desenfundado su Glock de 9 milímetros y con la mano hizo un gesto a los demás para que retrocedieran.

—Vistan a Sandra —masculló hacia Prat, quien estaba al lado del clóset. Con el mayor sigilo que pudo comenzó a abrirlo, mientras la enfermera miraba todo lo que sucedía completamente pálida, traslúcida.

—¡Que no te muevas, dije! —retumbó otro grito en el pasillo, pero fue imposible identificar cuál de los detectives lo había emitido, pues aún retumbaba el eco en ese larguísimo pasillo de la comuna de Vitacura, cuando se desató la balacera.

Capítulo 17

EL CURA LACUNZA

Tiempo presente

Santiago

Cuando Saavedra se asomó al pasillo el detective más cercano a la puerta, el mismo detective de jeans que se había puesto de pie apenas los había visto llegar, unos minutos antes, estaba parapetado detrás de un carrito de comidas que se encontraba pegado a la pared del frente, recibiendo ráfagas desde la zona donde se ubicaban los ascensores.

El otro oficial, en tanto, se hallaba a unos tres o cuatro metros de él, resistiendo las descargas que llegaban desde el otro lado, cubriéndose con un sillón. Haciéndole gestos, dio a entender al primer detective que se preocuparía de él o los tiradores que se situaban hacia la zona de los ascensores. Calculó que la caja de estos se encontraba a unos treinta o cuarenta metros de donde se encontraban y que, dada la veloz reacción de los encargados de la seguridad de Sandra, era poco probable que hubieran avanzado mucho. Tratando de que no lo vieran, el oficial le indicó que eran dos los atacantes y que ambos estaban en el suelo. Ese era un disparo difícil. Sin embargo, Saavedra era uno de los mejores tiradores del país, así es que no se sintió amilanado en lo más mínimo.

Esperó que cesaran los balazos y en ese momento saltó hacia el pasillo, lanzándose al suelo, mientras el joven lo cubría disparando y recibiendo una cortina de balas de regreso. Ya a nivel del piso, Saavedra vio a los dos agresores ubicados a unos veinticinco metros de distancia. Eran dos sujetos uniformados del mismo modo que los individuos que los habían emboscado en Manhattan. Ambos portaban subametralladoras UZI y disparaban sin cesar. Sin embargo, una subametralladora es siempre imprecisa y difícil de manejar. Él pensaba

responder con ráfagas, pero en ese momento decidió que hacerlo a la manera clásica sería mucho más simple. Pasó bala, apuntó, y el primer disparo dio de lleno en el ojo derecho del sujeto situado justo al frente suyo. Movió dos milímetros el arma hacia la izquierda y el segundo impacto pegó en la mejilla derecha del segundo sujeto, de donde brotó un enorme chorro de sangre. El asaltante se sacudió un par de segundos y cayó inerme.

Eliminados esos dos tiradores, Saavedra giró hacia el otro lado y alcanzó a ver cómo los dos sujetos que antes disparaban al rati que resistía detrás de la silla se incorporaban para tratar de huir, pero uno de ellos cayó en ese momento, herido en una pierna por el detective, mientras el otro emprendía la huida.

El detective salió detrás de él, mientras el otro oficial partió a esposar al sujeto que yacía en el suelo, con la rodilla derecha destrozada. Saavedra caminó hacia él apuntándole y si bien el atacante intentó disparar con su UZI, esta se encontraba trabada. Seguramente por eso había decidido huir. Saavedra no pudo evitar lanzarle una patada en la cara. El tipo cayó hacia la derecha y el pasamontañas que llevaba se empapó en su propia sangre.

El oficial de la PDI lo levantó de ahí y le sacó el pasamontañas. Era un sujeto de unos cuarenta años, de rostro anguloso, ojos castaño claro casi traslúcidos y un pelo muy negro y cortado al estilo militar.

—¡Tu nombre conchatumadre! —le gritó el detective, pero el sujeto se mantuvo impávido—. ¡Que me digas tu nombre, hijo de puta! —insistió, pero el prisionero ni se movió.

—Lo hiciste bien, chiporro, muy bien. Te felicito, cabro, pero este huevón no te va a decir nada. Espósalo y llévatelo —le dijo Saavedra, poniéndose de pie y regresando a la pieza, en cuya puerta estaban Prat, Ivonne y Sandra, completamente vestida y hasta con su cartera en la mano.

—Vamos —dijo Prat, ante la oposición de la enfermera.

—No se preocupe, señora. La señorita que nos acompaña es enfermera también —le dijo, mostrando a Ivonne, ante lo cual la funcionaria de la clínica intentó protestar sin éxito, pues Sandra ya se había puesto en pie.

—No me manden ninguna cuenta, por favor —bromeó la periodista,

caminando con mucho cuidado, apoyada en su expareja.

Estaban llegando al estacionamiento cuando sintieron las sirenas de Carabineros y un par de disparos más, hacia el norte. Por supuesto, se olvidaron por completo de marcar el ticket y cuando llegaron a la salida Saavedra tuvo que tocar el citófono, gritándole a la persona que respondió que era policía. Le abrieron de inmediato.

Los disparos provenían desde la rotonda Irene Frei, ubicada a unos metros de allí. Cuando por fin Saavedra encontró cómo cambiarse de pista, para ir en esa dirección (dado que la pista de salida de la clínica apunta en el otro sentido), el detective estaba parado en medio de la calzada, apuntando a un vehículo que se alejaba a toda velocidad por Avenida Vitacura en dirección al oriente.

—¡Suba! —le gritó Saavedra y el oficial se metió de inmediato hacia atrás.

—Los tipos huyeron en un taxi. Van a lo menos dos, un conductor que los estaba esperando por la parte trasera de la clínica, y el que salió escapando, que corría más rápido que la mierda. Sin embargo, ese gallo va herido. Le pegué un disparo en una pierna mientras se subía al vehículo. ¿Quiénes mierda son? Esos tipos tienen entrenamiento militar, señor. Pensé que no salía vivo —dijo el joven, que aún no cumplía treinta años.

—No sabemos bien quiénes son, pero sí, son gallos entrenados, chiporro. Tú y tu compañero lo hicieron muy bien. Salvaron la vida de todos quienes estábamos allí —respondió Saavedra, que aceleraba a fondo en medio de la congestionada avenida, pero ya no había ni una seña del taxi en que huían los desconocidos.

Volver al sitio del suceso no era alternativa en ese momento. Significaría no solo tener que enfrentar a las cámaras de televisión (aunque, de todos modos, más temprano que tarde se filtrarían las imágenes de las cámaras de seguridad y ahí todo el país volvería a ver la polémica figura de Prat), sino que además perderían muchas horas prestando declaraciones ante un fiscal.

Ante ello, dejaron al oficial cerca del establecimiento sanitario, que ahora hervía de sirenas en sus afueras, y partieron rumbo a Santiago Centro, a buscar a Clemente Di Fabrio.

—Vamos Sandra, cuéntame qué sabes de él —le pidió Prat, mientras

ambos iban sentados en la parte trasera del automóvil del funcionario de Naciones Unidas.

—Cuenta tú, mejor. Te ves bien f laco, a todo esto. Cuando Esteban me visitó hace algunos días me contó lo que te había pasado y de tu relación con ese señor Bulnes, vaya historia. Tengo mucho respecto de lo cual ponerme al día, parece.

—Es una historia muy larga. De momento lo que te puedo explicar es que Bulnes tenía en su poder una serie de cartas muy extrañas, que Isaac Newton había intercambiado con alguien a quien solo llamaba «F». En dichas misivas, según determinó un profesor de Yale que ahora está desaparecido... —decía, cuando fue interrumpido por la agente Mackay.

—Desaparición de la cual nos culpan a ambos, dicho sea de paso, aunque no tenemos nada que ver —señaló, girando su cabeza hacia el asiento trasero.

Sandra la miró alarmada y pidió más detalles a Prat.

El exsacerdote terminó de explicarle lo que había acontecido en torno a Barnacle y luego de ello regresó en el tiempo, detallando el mensaje que había recibido la noche del asesinato de Bulnes (y que aún no había descifrado) y lo acaecido en la Penn Station.

—La siguiente pieza del eslabón es Di Fabrio. En función de lo que descifró el profesor Barnacle, Bulnes necesitaba saber cómo y dónde buscar en Chile. No se olviden de que la Compañía de Jesús era, para el siglo XVIII, la mayor potencia económica del país. Tenía haciendas en toda la zona central, casas de ejercicios, iglesias, locales comerciales y escuelas en todas las ciudades. Por ende, los lugares donde podrían haber escondido lo que fuera que había en ese baúl eran innumerables.

—Sin duda, pero es muy probable que hubiera quedado escondido en Santiago, donde estaba la sede principal de la compañía en Chile, ¿no? —preguntó Saavedra, que había mantenido silencio todo el rato.

—Es lo que suena más lógico, pero no había cómo saberlo si no se efectuaba una investigación en Santiago, que es un poco lo que Bulnes quería que hiciera yo. Sin embargo, yo tenía un montón de compromisos pendientes en Estados Unidos, por una investigación en la cual estaba asesorando al FBI y, dado lo anterior, acepté cooperar

desde allá con Bulnes. Él me pidió que ubicara a alguien de confianza que pudiera hacer ese trabajo acá en Chile.

—¿Y no pensaste en mí? —preguntó Sandra, con cierta decepción. Prat esbozó una sonrisa.

—Por supuesto que pensé en ti. Si el trabajo hubiera sido netamente periodístico te habría llamado de inmediato. Sin embargo, era de otro tipo, pues aparte de que era necesario revisar el Archivo Nacional, allá en Matucana, así como una serie de libros de los jesuitas que hay en la Biblioteca Nacional, era necesario además acceder a los archivos de la Provincia Chilena de los jesuitas, a un costado del colegio San Ignacio y no pos Sandra, no me mires con esa cara. Sé que eso lo podrías haber hecho sin problemas. El punto es que Di Fabrio es un exjesuita que se salió de la compañía a mediados de los años ochenta, cuando fue acusado por la CNI de ser miembro del MIR. Por precaución fue enviado a Roma y allá decidió renunciar al sacerdocio, al no encontrar respaldo alguno en El Vaticano. Volvió a Chile hacia el 90 o 92 y hoy, pese a que tiene más de setenta años, hace clases en distintas universidades, pues es un políglota especialista en lenguas romances y en latín. Es por eso que lo necesitábamos: porque si bien en los archivos jesuitas tienen los mapas de las propiedades, todos los libros, revistas, etc., no me cabía duda de que si en alguna parte se encontraba una pista, sería en la correspondencia de los antiguos jesuitas —detalló.

—Yo lo conocía solo como historiador. No tenía idea de que había sido jesuita. Me salen hasta en la sopa. ¿Están ahí los documentos jesuitas anteriores a la expulsión? —preguntó Sandra.

—Hay mucho material de la época colonial, básicamente producto de donaciones efectuadas por personas u organismos que tenían relaciones con la congregación y que luego de que la compañía fuera restablecida, en el siglo XIX, comenzaron a donar cartas, libros, revistas y documentos varios. Di Fabrio trabajó muchos meses en eso, hasta que dio con algo fundamental que, sin embargo, no estaba en el archivo, sino en una colección particular que poseía alguna universidad: un grupo de cartas enviadas y recibidas por los jesuitas chilenos que, luego de ser expulsados en 1767, llegaron a Italia.

—¿Y qué había en ellas? —preguntó Ivonne.

—Una carta enviada por el jesuita chileno Manuel Lacunza a un tal «T».

—Wow. ¿Cómo era que se llamaba el amigo de Newton? ¿F? —interrogó la agente.

—Así es. Lacunza fue un cura extraordinario y no cabe duda de que tenía mucho interés por temas que estaban vedados en ese tiempo, muy semejante a lo que ocurrió unos años antes con Athanasius Kircher. En Imola, Italia, luego de que la Compañía de Jesús dejara de existir formalmente, hacia 1773, Lacunza se puso a escribir textos heréticos, muy extraños, que dieron pie a la corriente del milenarismo, la idea de que antes del juicio final Jesús reinará mil años sobre la Tierra, en una especie de época utópica. Escribió un librillo muy breve que se llamó *Anónimo milenario*, que circuló hacia 1790 por toda América, causando la indignación de la Iglesia, pues se apartaba totalmente de su doctrina oficial, y luego aparecieron las tres partes de *Venida del Mesías en gloria y majestad*, un libro que publicó en Inglaterra bajo el seudónimo de Juan Josafat Ben-Ezra, de quien se decía en los libros que era «hebreo-cristiano». Ese detalle no es menor. Lacunza, igual que Newton, que Kircher y que otros sabios, no eran antisemitas, que ya era la doctrina de odio predominante en Europa y América en aquellos años, sino que, por el contrario, estaban convencidos de que en la sabiduría de los antiguos hebreos existían claves casi mágicas acerca del mundo.

—Es una hermosa historia, Alberto, pero quisiera que la abreviaras un poco… —pidió Sandra.

—Por supuesto. En síntesis, hay una carta que Lacunza dirige en 1799 al tal «T», en latín, llena de referencias bíblicas, por lo cual parece ser que el receptor de la carta era otro sacerdote. En ella hablaba de muchas cosas vinculadas a la salida de Chile y, en medio de todo, le decía que «nuestro mayor tesoro estaba debajo de *Ars de Principiis et Gradibus Medicinae*».

—¿El libro de Raymundus Llull? —preguntó Ivonne, impresionada.

—Así es. Aunque hay gente hoy que le niega a Llull su calidad de alquimista, lo cierto es que en aquellos años su nombre se asociaba mucho con dicha práctica y, en ese sentido, no es extraña la mención. Ahora, ese tratado de Llull es un libro médico, pero de todos modos la

mención es extraña, pues es un texto de 1285, un manuscrito del cual quedan un par de copias en Europa. Evidentemente no hay ninguna en Chile, pero Di Fabrio encontró la referencia: los jesuitas de Santiago tenían un ejemplar.

—Parece que empiezo a entender cómo esto encaja con el golpe periodístico que casi tuve y que terminó convertido en un golpe automovilístico. Sigue, sigue —le urgió Sandra.

—Bueno, ya nos contarás lo que sabes, espero. Desde su llegada a Chile, los jesuitas fueron quienes administraron las dos mayores boticas del país: la de Santiago y la de Concepción, que en definitiva eran las únicas farmacias públicas que había en la antigua Capitanía General. Ambas estaban al mando de jesuitas alemanes: José Zeitler a cargo de la primera y Juan Saitor, en Concepción. La de Santiago se encontraba en...

—¡En el edificio que los jesuitas poseían detrás de la catedral, el lugar donde posteriormente funcionó la antigua iglesia de la compañía y donde más tarde se instaló el congreso nacional! —exclamó Sandra entusiasmada.

Capítulo 18

ZEITLER Y SAITOR, BOTICARIOS

Tiempo presente

Santiago

Prat la miró con la misma intensidad de tiempos anteriores y Saavedra no pudo evitar intervenir, pidiendo que terminaran de contar la historia.

—Es muy simple. Esa cuadra está formada por Catedral, Bandera, Morandé y Compañía de Jesús y, tal como dice Sandra, ahí se establecieron los jesuitas desde que llegaron al país, levantando con el paso del tiempo un edificio en el que funcionaba el Colegio Máximo San Miguel, la iglesia y una serie de locales comerciales que daban a la calle y que ellos arrendaban. La puerta del edificio del senado que da hacia Morandé, seguramente han pasado por allí alguna vez, es lo que antiguamente era el acceso hacia la botica.

—Vaya, era una especie de mall colonial —se rio Saavedra.

Prat le explicó que efectivamente, el principio era el mismo. Sin embargo, agregó que lo interesante era otra cosa, lo mismo que antes había relatado la agente Mackay: que todos esos jesuitas alemanes que llegaron en las últimas oleadas, antes de que fueran expulsados del país en 1767, eran personas muy ilustradas.

Zeitler y Saitor, detalló, eran sacerdotes que conocían ya las técnicas modernas de la química y la farmacéutica, pues las habían estudiado en Alemania y por ende tenían todo tipo de drogas, pero además guardaban piedras de esmeralda, elíxires varios y todo tipo de polvos y ungüentos más cercanos a la época de la alquimia que a la de la química. Como sea, en ambas boticas había biblioteca, algo muy extraño en esa época, y en la de Santiago estaba ese libro...

—*Ars de Principiis et Gradibus Medicinae*, apuesto —apuntó Ivonne.

—Así es, agente Mackay. Cuando los jesuitas fueron arrestados en 1767 se hicieron levantamientos exactos de todo lo que estaba en su poder y que les fue incautado. Uno de esos listados, que es bastante conocido, contiene el detalle de la biblioteca de la botica de Santiago y *voilà*, allí estaba. Por ende, el tesoro al que Lacunza hacía referencia en su carta a «T» evidentemente era algo que se encontraba debajo de ese libro o de la biblioteca donde descansaba. Tampoco es un misterio que la botica tenía uno y quizá dos niveles de subsuelo, por lo cual ese parecía un lugar posible en el cual buscar, aunque no era para entusiasmarse tanto, como le dije a Bulnes varias veces.

—¿Por qué? —preguntó la periodista, detectando que su historia quizá se venía un poco abajo.

—Por muchos motivos. El primero es que no me cabe duda de que los españoles deben de haber revisado muy bien ese edificio, sobre todo porque desde siempre han abundado historias acerca de supuestos túneles subterráneos jesuitas que... —precisó, cuando se generó una mueca en la cara de Sandra.

—¿Supuestos? ¡Por favor! que no se hayan encontrado en Santiago aún, no significa que no hayan existido. Las mismas historias se contaban en Buenos Aires y sabes bien que al final sí pillaron los túneles jesuitas —replicó, refiriéndose a los túneles que fueron hallados en 1912 en la famosa «Manzana de las luces», en el microcentro de Buenos Aires, que fueron construidos por los jesuitas como una vía de escape ante posibles ataques de parte de los habitantes originarios de la zona, a quienes intentaban cristianizar.

—Sandra...

—¿Qué?

—Estaba diciendo «supuestos» porque hasta ese momento eran supuestos, pero déjame terminar. Lo que les decía es que al inicio esto se veía como algo complejo, no solo por la revisión que obviamente deben haber efectuado los españoles allí, sino porque en 1863 se produjo el incendio de la iglesia de la Compañía, que dejó más de dos mil muertos, muchos de los cuales fueron sepultados en la gran fosa común que antecede al Cementerio General, por Avenida La Paz.

—Claro, después de eso se fundó el Cuerpo de Bomberos de Santiago —acotó Saavedra.

—Pero incluso antes de eso, hacia el 1850, la parte donde estaba la botica y todo el «mall», como decía Esteban, fue derribada para comenzar a construir allí lo que sería el edificio del congreso, pues luego de la expulsión de los jesuitas ese sector fue expropiado por la corona española, que a su vez fue expropiada por la República. Para ello, todo ese sector fue limpiado y comenzó la construcción, la que se demoró como cincuenta años, entre otras cosas por el incendio que afectó a la iglesia, que quedaba por el lado de calle Bandera, donde hoy hay unos hermosos jardines. Por supuesto, el incendio significó remover tierra de nuevo y si a esas alturas no habían dado con los túneles, era demasiado y sabemos positivamente que en ninguno de esos trabajos se encontró algo anómalo.

—¿Y? —preguntó Sandra.

—Creo que es tiempo de que nos digas lo que sabes. Ya he contado bastante —se quejó Prat.

—¿Se acuerdan cuando me atropellaron? —preguntó ella.

Todos asintieron.

—Lo que aún no les ha contado mi buen amigo —dijo Sandra, recalcando la palabra, que es la que Prat había utilizado cuando rompieron para decirle que de todos modos podían seguir siendo «amigos»— es que pese a todo lo que nos ha dicho, el subterráneo sí fue encontrado y, más que un sótano, es un túnel de al menos cien metros de largo que corre muy por debajo del nivel del pavimento, a unos dieciocho a veinte metros de profundidad, y que avanza en dirección al occidente, hacia calle Teatinos.

—¡Impresionante! —gritó Saavedra.

—Siempre tan bien informada, ¿eh? —sonrió Prat.

—Siempre, querido, siempre, pero tiene sus costos. Hubo una fuente que se hizo pasar por Di Fabrio, o quizá era él, no lo sé, que me entregó información al respecto. El mismo día del atropello, como a las tres de la tarde, recibí un mensaje en mi WhatsApp, de alguien que desde un número desconocido me preguntaba si quería una gran noticia. Me acordé de un libro que escribió el periodista Glenn Greenwald, quien destapó el espionaje de la CIA, la NSA y todos aquellos, al revelar la información que le entregó el desertor Edward Snowden. ¿Se acuerdan de Snowden?

Todos asintieron, nuevamente.

—Pues bien, al principio pensé que era una talla de Cristián, un colega muy simpático, que siempre bromea conmigo y con el cual habíamos comentado varias veces el libro de Greenwald —señaló, mirando a Prat. Este no cambió la expresión de su cara, pero no pudo evitar hacerle una pregunta al menos llamativa.

—Ah, alguien del diario, me imagino.

—No, para nada, es rostro de un canal de televisión, pero es un tipo súper entretenido y preocupado. Me ha ido a ver casi todos los días desde que desperté. Un caballero.

—Qué atento —musitó Prat.

—Bueno, pero no te piques. Lo que les decía es que me llegó ese mensaje y bueno, contesté un par de leserillas, hasta que caché que no era Cristián, sino alguien que, igual que en el caso de Snowden, me dijo que si no me interesaba iría a otro medio, pero que para conversar conmigo yo debía instalar un sistema PGP en mi computador.

—*Pretty Good Privacy* —masculló Ivonne, por el nombre en inglés de dicha sigla.

—Eso mismo. Como yo no cachaba bien de eso, tuve que pedir ayuda y...

—Supongo que el caballero Cristián se encargó de ello, ¿no? —preguntó Prat con cierta insidia.

—Fíjate que no, pero se lo pedí al informático del diario. Se demoró nada y cuando ya lo tuve funcionando, la persona que estaba al otro lado me soltó la bomba: me dijo que él había descubierto un túnel secreto en el centro de Santiago y que dentro de este había encontrado un tesoro inimaginable.

—¿Le creíste? —preguntó Prat.

—Al principio no, y por eso le pedí pruebas. Y tate, que me manda fotos del interior del túnel, una especie de pasadizo de ladrillo rojo y forma ojival, en muy buen estado. Me dijo que detrás de esta empresa había personas peligrosas, por lo que me aconsejaba tener cuidado, y aseguró que quería que todo lo que él había encontrado se supiera públicamente, porque estaba seguro de que incluso lo podían matar para no tener que compartir el producto de la venta del tesoro con nadie, pues ustedes saben que si alguien encuentra un tesoro en Chile

hay dos legislaciones al respecto. Dependiendo de un montón de factores se puede aplicar el Código Civil, caso en el cual el 50 por ciento de lo hallado es para quien lo encontró y lo restante para el fisco, pero en determinadas circunstancias también corre la Ley de Monumentos Nacionales y ahí todo es para el Estado.

—Imagino que pudiste comprobar que las fotos correspondían a Santiago —comentó Saavedra ahora.

—Obvio... le dije que esas imágenes no eran suficientes, así es que hizo lo más simple: me mandó un par de videos. En uno de ellos mostraba los diarios de papel del día, dentro del túnel, los ojeaba y los pasaba de página. Eso debe haber sido ya como a las siete de la tarde.

—El viejo truco del diario. No es por echarte abajo el avión, pero en el caso de Lee Harvey Oswald la famosa foto que lo muestra con el rifle y el diario del día en que mataron a Kennedy, se comprobó posteriormente que era una falsificación, querida —intervino Ivonne.

Sandra entrecerró levemente los ojos. Prat sabía muy bien que ese era un gesto de indignación por medio del cual habitualmente trataba de reprimir las ganas de mandar a alguien a la mierda... y casi lo logró.

—Mira, no entiendo bien quién eres, todavía, pero hay algo que debes saber de mí: tonta no soy. Si te digo que comprobé que el túnel era real, es porque era real y ¿sabes cómo lo chequeé? Porque le pudimos extraer parte de la metadata a las fotos y aunque no estaba todo, determinamos que habían sido tomadas en el centro de Santiago, a un par de cuadras a la redonda del excongreso. Gracias a eso, esta tontita se fue al centro y empezó a buscar construcciones. Por la cantidad de material que se veía que removían en las fotos, era evidente que había una gran obra de por medio y así fue como di con la única gran obra que había en las inmediaciones: un edificio de estacionamientos que estaba en la esquina de Teatinos con Catedral, pero que empezaba media cuadra más atrás, en dirección al sur.

—Claro, a la misma altura de donde estaba la botica de los jesuitas, pero por calle Teatinos —comentó Prat, como si no hubiera escuchado las pullas que su expareja prodigaba a su colega, aunque sabía muy bien que si había algo que no soportaba Sandra era que pusieran en duda sus datos. Pese al exabrupto, la periodista continuó hablando

ante la mirada impávida de la monja quien, para sus adentros, interpretó dicha reacción como un pequeño acto de celos, algo absurdo —reflexionó— dado que si había algo que a ella no le gustaba eran los hombres...

—Así es —dijo Sandra—. El edificio estaba íntegro y toda la fachada había sido tapiada, como en las clásicas construcciones de edificios. A simple vista se veía una pala mecánica al fondo y un par de obreros, dos o tres, nada que ver con lo que uno espera de una construcción. Le pregunté al quiosquero de la esquina qué estaban haciendo ahí, diciéndole que antes siempre me estacionaba en ese lugar, y me dijo que parece que era un gran edificio, pero que no avanzaba nada, porque hacía como seis meses que estaba igual. En el sitio web de Impuestos Internos busqué el rol del edificio y con eso me fui al Conservador de Bienes Raíces. Ahí vi que el anterior dueño había vendido el sitio unos ocho meses antes a una inmobiliaria llamada JSU, que no tengo ni la menor idea qué significa.

—Es muy simple. *Jeova Sanctus Unus*, el seudónimo que usaba Newton en sus manuscritos religiosos o alquímicos —precisó Prat.

—Ah, perfecto. No tenía cómo saberlo. Lo que sí averigüé fue que JSU se había constituido unos ocho meses antes y que la única construcción que tenía registrada en la Dirección de Obras del municipio de Santiago era esa. En otras palabras, se trataba de una empresa que había pagado cerca de diez millones de dólares por ese pedazo de terreno, que solo había cercado y poco más y que, además, estaba formada por una maraña de sociedades. Estuve varios días trabajando en averiguar quiénes eran los dueños de todas las sociedades que aparecían. Creo que me faltaba muy poco para lograrlo cuando ese día, el día del atropello, recibí un nuevo mensaje de mi interlocutor. Me dijo que sabía que había estado rondando la obra y que eso había acelerado las cosas. Fue en ese momento que me dijo que su vida corría peligro, que se llamaba Clemente Di Fabrio y que estaba dispuesto a darme una entrevista a cara descubierta, esa misma noche.

—Uf. Di Fabrio es más viejo que Matusalén y no sabe ni para qué sirve una palanca de cambios. ¿Dónde te citó el sujeto que te llamó? —preguntó Prat.

—Solo me dijo que lo esperara en la esquina donde después me atropellaron. Según él me pasaría a buscar en una camioneta negra y me haría cambio de luces cuando me viera. Se atrasó un poco, pero al final apareció una camioneta negra enorme, toda entintada, desde oriente a poniente. Yo estaba en el paradero y cuando vi el cambio de luces me puse de pie y en ese momento pasó todo muy rápido, pues el asesino que manejaba aceleró a fondo, se subió contra la vereda y me tiró ese tanque encima. Si estoy viva es por un milagro, así que más respeto, ¿ah? —finalizó, mirando a la minutante.

Capítulo 19

311

Tiempo presente

Santiago

Se estacionaron muy cerca del cerro Santa Lucía. Caminaron por calle Victoria Subercaseaux y llegaron hasta un edificio antiguo, quizá de inicios del siglo XX: cuatro pisos, estilo francés, no muy bien mantenido y de un pasado muy elegantoso.

—Di Fabrio vive, si es que está vivo, en el cuarto piso de ese edificio. Debido a lo que pasó en New Haven, donde estaban esperándonos para sacar fotografías y montar una historia falsa con ellas, creo que necesitamos otra opción para acceder a él —razonó Prat.

—Yo voy —aseveró Sandra.

—Dudo que sea una buena idea. Tú estás débil. De hecho, te acabamos de sacar de la cama.

—Tú no sabes cómo estoy. Además, te olvidas de que yo no trabajo para ti ni el Vaticano ni nadie. Soy reportera y esta es mi historia. Si se cruza con la tuya, mala suerte —replicó.

—Siempre se terminan cruzando nuestras historias, ¿no? —contestó el exsacerdote, frunciendo el ceño.

Sin responder, la periodista giró sobre sus talones y partió hacia el edificio, pero Saavedra decidió acompañarla. Discretamente, mientras caminaba junto a ella, metió la mano derecha en el costado izquierdo de su chaqueta y con el dedo pulgar soltó el cargador vacío de su pistola. Lo retiró, con la misma mano, y desde su cintura extrajo otro cargador lleno de balas, que puso en la recámara.

Había un citófono que no funcionaba, pero como la puerta de acceso estaba abierta pudieron ingresar sin problemas al edificio. El ascensor

era un modelo bastante antiguo, de aquellos con reja, que subió apenas los cuatro pisos, hasta dejarlos afuera del único departamento, en el cual no se veía nada irregular.

—Habrá que hacer esto como gente civilizada —dijo Sandra, tocando el timbre. A través de la puerta de madera se escucharon leves movimientos y, luego, un par de pies que caminaban trabajosamente en dirección a ellos. La puerta se entreabrió con cuidado y asomó detrás de ella un hombre muy canoso, de cuerpo pequeño y la mirada más dulce que alguien se pueda imaginar.

—Los estábamos esperando —dijo el hombre, que evidentemente era Clemente Di Fabrio. Sandra pensó que ese dulce abuelo no podía tener nada que ver con el monstruo que conducía la 4x4 que trató de matarla.

En realidad era poco probable que ese señor pudiera siquiera subir a un tanque de aquellos, imposible. Confiada, se adelantó para entrar al ver que Di Fabrio abrió más la puerta, pero Saavedra ya había entendido que allí nadie les sacaría una foto para montar alguna historia falsa, sino que aquello era una emboscada.

¿Cómo se dio cuenta? Gracias a que Di Fabrio les advirtió por medio del plural en su frase de saludo: «Los estábamos esperando». Ahí había alguien más.

—Pasen, pasen —insistió el hombre, pero Saavedra tomó a Sandra de la muñeca.

Sin decir nada, ella entendió de inmediato que algo raro estaba ocurriendo. Con los ojos, le indicó que se alejara de él. Muy suavemente, Sandra comenzó a retroceder en dirección al ascensor, que seguía con la reja abierta, tal como lo habían dejado.

—Estamos buscando a don José Antonio Sandoval, que nos dijeron que vive en el cuarto piso —inventó el exoficial de la PDI, con la mano lista para desenfundar su arma.

—Ah, pero claro, si aquí es, pase, pase nomás —insistió el estudioso, abriendo mucho más la puerta.

Fue entonces cuando el ahora funcionario de la ONU pudo ver la silueta del hombre que estaba detrás, pero antes de que este pudiera reaccionar, tomó a Di Fabrio desde el cuello y lo lanzó hacia afuera, prácticamente a los brazos de Sandra.

Inmediatamente desde atrás surgió la figura de un hombre de no más de 1.75 de estatura y unos treinta años de edad, que trató de evitar que su presa saliera del lugar en que estaba cautiva, pero no lo pudo evitar.

Al darse cuenta de aquello apuntó con una mini Uzi a Saavedra, pero este no le dio tiempo a disparar, pues se lanzó encima de él a toda velocidad, atrapándole la mano derecha, la cual golpeó varias veces en el suelo hasta que el arma salió volando hacia el interior del living, todo lo cual era contemplado con horror por Di Fabrio y Sandra, quien comenzó a tratar de llamar a Prat, solo para darse cuenta de que el número de celular que tenía de él ya no existía.

El secuestrador era un hombre joven y fuerte pero, a diferencia de los sujetos que los habían atacado unas horas antes, no era alguien que tuviera entrenamiento en artes marciales ni nada semejante. De hecho, Saavedra demoró solo un par de minutos en reducirlo completamente, haciéndole una llave y sentándose encima de él.

—Ya conchatumadre, ahora vas a hablar, ¿ah? —le dijo, sin recibir respuesta alguna del sujeto, que era de tez clara, pelo café muy largo y ojos grises. Vestía un jeans muy gastado, bototos y un suéter de lana chilote que estaba muy hediondo, como si una pareja de chivos lo hubiera usado de cama durante un par de años. Tenía barba de varios días y no llevaba billetera.

—¿Así que no vas a hablar? Ok. Vamos a ver dónde has estado —dijo, y comenzó a moverle el suéter en la zona del cuello, sin que Sandra y Di Fabrio entendieran qué estaba haciendo, hasta que dio con lo que buscaba: un tatuaje.

—Hijo de puta —musitó, al encontrar debajo de la oreja derecha un pequeño tatuaje con tres letras: 311.

—Me imagino que entiendes esto: Ku Klux Klan —le dijo, sin calcular el efecto que ello generaría en su presa pues esta, pese a estar reducida, dio una especie de brinco, que derribó a Saavedra, tras lo cual el sujeto se incorporó y corrió a toda velocidad hacia donde estaban Sandra y Di Fabrio, a no más de cuatro o cinco metros.

Ella, al ver que el individuo se les iba encima, atinó a meterse en la jaula del ascensor, pero Di Fabrio no alcanzó a reaccionar y el atacante le saltó encima como un felino salvaje que se abalanza contra su

almuerzo, con tal fuerza que ambos atravesaron la ventana que había detrás de ellos, cayendo hacia la calle.

Saavedra y Sandra corrieron a toda velocidad hacia abajo, mientras también se dirigían al lugar Prat e Ivonne, todos los cuales llegaron en forma casi simultánea a la vereda donde yacía el desconocido, que había caído de lleno en contra del pavimento. Había sufrido estallido craneano y era evidente que ya no quedaba nada de vida allí.

Di Fabrio había tenido un poco más de suerte, pues había aterrizado encima del capot de un antiguo Chevrolet Opala que se había hundido a lo menos unos treinta centímetros. Parecía increíble que una persona de aspecto tan menudo y liviano pudiera causar aquello en un metal tan fuerte.

Cuando Prat llegó a su lado, al tiempo que Saavedra pedía una ambulancia, el hombre mayor aún estaba con conciencia, e incluso lúcido, al punto que reconoció a su excompañero jesuita.

—Alberto, chiquillo… me tuvieron secuestrado como dos meses, pero nunca les dije nada, nada. Son el demonio, Lucifer, Satanás. En el túnel, en el túnel hay una Biblia mía.

—Aguanta, aguanta, Clemente —le urgió Prat.

—En el año 25 de nuestro cautiverio… en el año 25 de nuestro cautiverio… —musitó el herido, ya exangüe.

—¿Cómo?

—…y había ventanas estrechas y palmeras de uno y otro lado… —le dijo, con un gran esfuerzo, luego de lo cual se quedó en silencio. Casi sin fuerzas, hizo un gesto errático con su mano derecha, que Prat interpretó como la señal de la cruz, por lo cual pensó que le estaba pidiendo que le diera la extremaunción.

En sentido estricto, él no podía hacerlo. Se trata de un sacramento. Peor aún, hacía tantos años que no lo administraba que casi ni se acordaba, pero musitó el inicio del ritual: «La paz del señor a esta casa y a todos los aquí presentes».

Di Fabrio se estremeció de nuevo y luego cayó en una especie de letargo.

—Por la rechucha, ¡llamen a la ambulancia! —gritó Prat, mientras Ivonne se montaba encima del anciano y comenzaba a efectuarle masajes cardiacos.

Sandra se acercó a Prat y comenzó a acariciarle la espalda, con mucha suavidad.

—Clemente es un tipo extraordinario, gentil, caritativo, además de un sabio. Ya no sé cuánto tiempo más aguante estar metido en puras embarradas. Nada de esto habría pasado si yo no le hubiera dado su nombre a Bulnes —se quejó.

—No tenías cómo saberlo —le trató de consolar Sandra.

—Debí suponerlo. Todo lo que está alrededor mío termina mal y, claro, solo empeora —dijo, al ver que se acercaban varias patrullas de Carabineros, de las cuales bajaron varios suboficiales enfundando armas y ordenando que todo el mundo se lanzara al suelo.

—Somos diplomáticos —dijo Saavedra con toda calma, mostrando su credencial de Naciones Unidas, que no impresionó en lo más mínimo al suboficial mayor a cargo del procedimiento, que de todos modos lo hizo hincarse en el suelo.

—Se lo acabo de decir en forma educada. Casi todos los que estamos aquí somos funcionarios de otros países y la señorita de allá es periodista. Además, acabamos de esclarecer un delito de secuestro, así es que respire hondo y no las siga embarrando —insistió Saavedra, con toda calma.

El uniformado se dio cuenta de que algo no cuadraba con la primera información que alguien había dado a la central de comunicaciones, de que algunas personas habían arrojado a otras desde un cuarto piso.

—Ok, póngase de pie —le ordenó. Cuando lo hizo, el suboficial se dio cuenta de la pistola y la sobaquera de Saavedra. Metió la mano y se la extrajo.

—Así que diplomático, ah...

—Soy oficial de la PDI en retiro y tengo permiso de porte y tenencia de armas, en mi billetera. Y sí, soy funcionario de la Oficina del Inspector General de Naciones Unidas. Deje que le pase mi billetera, tranquilo —explicó, mientras decenas de vecinos y transeúntes grababan las imágenes con sus teléfonos celulares.

El suboficial revisó con cuidado todos los documentos. Luego pidió los pasaportes de los demás. Prat y Mackay le entregaron los suyos.

—¿El Vaticano? Esta huevá sí que está rara —exclamó.

—Piense lo que quiera, pero así es nomás y usted no es un cabro

chico. Sabe que se va a meter en un problema si intenta detenernos, sobre todo porque si somos algo, es testigos, no inculpados —dijo Saavedra, cuando a poca distancia comenzó a escucharse el sonido de una ambulancia.

—Yo le puedo contar lo que pasó, suboficial —dijo Sandra, estirándole su credencial de prensa.

El carabinero resopló. Por sus años de experiencia sabía que, fuera como fuera, tendría problemas.

—La escucho —se resignó.

Capítulo 20

EL LIBRO DE EZEQUIEL

Tiempo presente

Santiago

Luego de que la ambulancia se llevara a Di Fabrio hasta la antigua Posta Central, Prat, Mackay y Saavedra partieron al lugar que ahora era propiedad de la constructora JSU, comprobando que las obras en el antiguo edificio de estacionamientos en calle Teatinos estaban completamente abandonadas. Además de que ello era evidente desde afuera, Saavedra y Prat pidieron permiso en un edificio cercano para subir a la terraza y desde allí apreciaron que, efectivamente, no había movimiento alguno. Solo se veía, en la parte de atrás del edificio, una especie de patio interior, una excavación y un montón de tierra apilada. La retroexcavadora que Sandra había mencionado tampoco estaba.

Todo parecía seguro, así es que los dos minutantes y el exdetective se acercaron hasta el recinto. Mientras Prat y Saavedra conversaban como si fueran un par de amigos que se han encontrado en la calle, Ivonne abrió en menos de un minuto el grueso candado que había en la calle, utilizando nuevamente un clip y, tratando de no llamar la atención, movieron el portón que chirrió un poco, tras lo cual entraron al edificio, un clásico estacionamiento con forma de espiral, confeccionado con cemento crudo y exento de cualquier comodidad y sofisticación.

Al fondo del primer nivel, al otro lado de la derruida caseta de cobranza que estaba detrás de la entrada, se veía una puerta, que seguramente conducía al patio. Caminaron hacia allá a paso firme, pero estaban llegando a ella cuando sintieron un movimiento a sus espaldas y luego el ruido de algo, como una lata que rodaba por el

pavimento.

Saavedra desenfundó de nuevo su arma y se parapetó detrás de una columna, cubriendo a Prat y Mackay.

Con los ojos, el exjesuita le indicó que el ruido provenía desde arriba, seguramente del segundo nivel. Quizá como resabio de tiempos anteriores Saavedra gritó «¡policía!», pero ante ello el único efecto que obtuvo fue que se escuchó cómo alguien corría.

Los tres comenzaron a subir, solo para encontrar a un joven punki, de unos veinte años, con el pelo y las vestimentas muy desgreñadas, que los miraba con los ojos desorbitados y las manos arriba. Al lado de la «ventana» principal del segundo piso (un simple espacio vacío, sin marcos ni menos vidrio) había un colchón viejo, algunas latas, ropas tiradas por todos lados y otro bulto humano que apenas se movía, enredado en medio de aquel montón de miseria. De pronto se incorporó y trató de sentarse. Era una chica, aún más joven que el primero, que parecía completamente confundida.

—Yuta culiá —reclamó el muchacho. Saavedra guardó su arma.

—¿Qué están haciendo acá?

—No vamos a hablar con vos, culiao —respondió la muchacha, con la lengua traposa. Un fuerte aroma a marihuana atravesó el ambiente.

—Ya chiquillos, esta es una propiedad privada y tienen que irse, andando —los conminó Saavedra, sin recibir contestación alguna.

Ante ello, se llevó la mano derecha a la parte trasera del pantalón y extrajo su billetera.

—En realidad, chiquillos, necesitamos trabajar un par de horas aquí nomás, si esto se va a vender después. Les invito el almuerzo —les dijo, sacando un billete de veinte mil pesos.

El punki lo miró con desconfianza.

—¿La firme? —preguntó.

—La efe —señaló Saavedra—. Solo tengo una pregunta. ¿Por dónde entraron?

—Por el lado de atrás. Había un hoyo en la pandereta y después lo tapamos con unas planchas de zinc que estaban tiradas en el patio.

—Ok. Vayan tranquilos. Nosotros nos iremos pronto de aquí. Está abierto por adelante —les indicó.

Los dos jóvenes se miraron, como si la resaca se les hubiera

evaporado mágicamente.

Luego de ese episodio se dirigieron hacia el patio, el cual efectivamente presentaba un enorme montículo de tierra en una de sus esquinas, pero a simple vista no se veía la excavación.

—Deben haberla dejado tapada. Me imagino que debe ser en esa zona de por allá, donde se nota que la tierra está más suelta —dijo Ivonne, caminando hacia un sector del patio bastante alejado del montón principal. Tal como lo sospechaba, allí era. Le bastó caminar en el sector para notar cómo cambiaba la tensión de la superficie debajo de sus pies. De hecho, el crujido que sonó era bastante evidente también.

—Pisaste una tabla —aseveró Prat. En efecto, allí había una trampa cubierta de tierra, que tapaba un agujero de al menos 1.50 de diámetro, que tenía una escalera de madera adosada a la pared. Saavedra se acuclilló al lado de esta y comenzó a moverla, para ver qué tan firme estaba.

—Está fijada de algún modo al túnel. Me tinca que eso que brilla más abajo debe ser una abrazadera— exclamó, mirando hacia abajo, alumbrándose con la linterna de su celular.

—Bajemos, entonces —señaló Ivonne, adelantándose y entrando al túnel, también con la linterna de su smartphone encendida.

Prat y Saavedra la siguieron.

Para la sorpresa de todos, cuando terminaron de bajar los cerca de veinte metros que Prat estimó que había desde el patio hasta donde llegaron, se encontraron en una especie de vestíbulo de gran tamaño, de varios metros de altura, forma ojival y construcción de ladrillo.

Desde allí se abrían cuatro pasillos. El de la derecha era, ciertamente, el que comunicaba esa suerte de nodo con el subterráneo de la botica de los jesuitas. Junto al lado de ese pasillo había otro que salía casi en perpendicular hacia el norte y que Prat estimó debía haber llegado al menos hasta el sector de la actual Estación Mapocho (el antiguo puente de Cal y Canto), si es que no pasaba por debajo del río y se extendía más al norte, hacia Independencia, el antiguo barrio de La Chimba. No obstante, a tres o cuatro metros de su inicio habían erigido una muralla de ladrillos. Se notaba que era una pared muy antigua, pero los ladrillos eran de otra factura, mucho más oscuros.

El tercer túnel, en tanto, miraba hacia el poniente, aunque con una leve inclinación hacia el norte y, al igual que el anterior, estaba también tapiado.

—Los famosos túneles jesuitas de Santiago. Efectivamente, alguna vez le dije a Sandra y a su abuelo que nada de esto existía, que eran puros mitos, invenciones de novelistas de fines del siglo XIX —recordó.

—¿El abuelo de Sandra? —preguntó Mackay.

—Sí, es una larga historia. Además, no te creo ni un segundo que no la sepas —replicó el exjesuita, riendo.

El cuarto túnel, a su vez, estaba orientado hacia el sur, pero a los cinco o seis metros de su inicio también se hallaba completamente tapado por una masa de ladrillos, seguramente producto de un derrumbe.

—Es increíble que estos túneles hayan sobrevivido a la construcción del metro —opinó Saavedra, mirando embelesado las añosas paredes.

—Esta parte se salvó porque no hay estaciones cercanas. La más inmediata es la de Plaza de Armas, pero presumo que el túnel debe haber sido una forma de salir desde la casa de los jesuitas, mucho más acá, y de conectarse con otros lugares de Santiago. Es impresionante —murmuró Prat, apreciando la mampostería de argamasa, los ladrillos de superficie tosca, la suave curvatura del cielo, sujetado por dos pilares, y lo firmes que se veían estos.

—¿Alguna idea de la fecha de construcción? —preguntó Saavedra.

—Qué lástima lo de Di Fabrio. No me cabe duda de que él debe de haber tenido muchos datos al respecto. Conozco varios túneles semejantes, dos en Buenos Aires y uno en Lima. El primero es el que comentamos antes, que hicieron los jesuitas en «La manzana de las luces», que se estima fueron construidos entre 1600 y 1700. El otro, que es más moderno y se parece sospechosamente a este, es el del Zanjón de Granados, en San Telmo, que es un sistema de acueductos del siglo XIX y, claro, también están las catacumbas de la iglesia de San Francisco en Lima, que tienen bastante semejanza en su mampostería con lo que estamos viendo, aunque los pasillos son más estrechos y poseen pozos y cajoneras a los costados, para acumular huesos, por lo que no creo que este haya sido una catacumba. Mi impresión es que esto debe ser posterior al gran terremoto de 1647,

que asoló Santiago por completo. De hecho, es casi seguro que lo deben haber comenzado a construir aprovechando esa coyuntura. ¿Con qué objetivo? No lo sé, aunque es muy probable que no haya sido nada más que un sistema de interconexión entre las propiedades principales que poseían los jesuitas.

—Muy interesante. ¿Y dónde crees que esté la Biblia que mencionó Di Fabrio? —preguntó Ivonne.

—Presumo que lo más lógico es partir buscando el lugar que era el objetivo principal de todo esto, en la parte inferior de lo que ahora es el edificio del excongreso. Vamos —dijo, y partieron caminando hacia el oriente. Los celulares alumbraban muy poco y el aire se enrarecía a cada paso.

—Falta ventilación aquí. No vamos a poder quedarnos mucho rato abajo —señaló Prat.

—Así es. Eso que se ve al fondo me da la impresión de que es una manguera enrollada. Seguramente cuando estuvieron trabajando aquí tenían motobombas inyectando aire hacia abajo, como lo hacían en Colonia Dignidad —replicó el exsubprefecto, indicando una forma circular que se apreciaba unos metros más adelante y que, efectivamente, resultó ser una vieja y descascarada manguera de incendios abandonada.

Luego de unos ciento cincuenta metros de seguir el pasillo y de sentir en algunos sectores cómo se movía todo encima de ellos, por efecto del tránsito en la superficie, desencadenaron en una especie de habitación cuadrada, muy amplia y alta, de unos siete u ocho metros, que poseía una suerte de habitáculos de gran tamaño empotrados en la pared trasera, desde el suelo hasta el techo. Prat contó dieciocho al menos.

Cuatro columnas de ladrillo sujetaban el cielo, pero además contó a lo menos diez alzaprimas metálicas que habían instalado quienes habían trabajado en el lugar, pues seguramente habían detectado alguna debilidad en la estructura y pensaban que con la entrada de aire esta podría debilitarse y caer. Varios de los nichos, los del nivel del suelo, estaban ocupados con cajas, palas, picotas y otros materiales, incluyendo, además, una motobomba.

—Asombroso —musitó Prat.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Saavedra.

—Que esto no es una especie de pasadizo, ni obviamente un acueducto ni mucho menos una despensa. Es un refugio, un escondite. Esos nichos que se ven ahí, por incómodos que parezcan, son camas. En alguna parte del techo debe haber existido alguna trampa con la cual bajar desde el sector de la botica, específicamente desde su biblioteca.

—¿Y para qué habrían necesitado eso, Alberto, si eran quienes mandaban en el país? —preguntó Saavedra.

—Gran pregunta, pero no creo que sea muy difícil de contestar. La Compañía de Jesús, igual que toda la Iglesia católica, se ha debatido siempre entre dos almas: acompañar a los débiles y estar del lado de los poderosos, lo que fue muy marcado en Chile, hasta que los poderosos se derechizaron por completo en este país y el Opus Dei llegó a remplazar a los jesuitas como la orden favorita de la élite. Sin embargo, la compañía siempre ha comprendido muy bien cómo funciona el poder y sabe a la perfección que en política las cosas cambian de un día a otro y por eso siempre tienen un «plan B», en caso de que el viento tome otra dirección. Mi impresión es que estos túneles deben haber sido el plan B de algún momento histórico y que, posteriormente, si todo lo que sabemos es cierto, su existencia debe haber quedado restringida solo a unos pocos, los cercanos al provincial, quizá, o los curas alemanes, pues si aquí mantenían las riquezas del Templo de Salomón, no podían dejar que nadie más supiera.

—Compartimentación de la información, que cada uno sepa solo lo que necesita saber —apuntó Ivonne.

—Claro, un principio fundamental en la inteligencia. Busquemos la Biblia —dijo Prat, y partieron hacia el fondo, a revisar en medio de las cosas que estaban apiladas en los nichos, donde descubrieron de todo: bototos de seguridad, cinturones industriales, un par de linternas que de inmediato comenzaron a utilizar, cascos, arneses, una caja llena de tornillos, herramientas varias, cubiertos y vajillas de plástico, etc., más o menos lo mismo que se encuentra en cualquier construcción.

Fue Ivonne quien dio con la Biblia, un pequeño ejemplar de color negro, de papel muy fino, que en su primera página tenía grabado el

nombre de Di Fabrio.

—¿Y ahora? —se preguntó Saavedra.

—Ahora hay que tratar de entender qué pudo dejar el padre Di Fabrio aquí. Me imagino que él fue capturado muy prontamente y que ese joven y otros más, seguramente, lo mantuvieron cautivo por un buen tiempo, tratando de encontrar algo aquí.

—Sin duda. Seguramente estaban con él día y noche. ¿Te acuerdas del vidente de Peñablanca? —preguntó Saavedra refiriéndose al adolescente que en 1983, en plena dictadura militar, se hizo famoso en todo Chile al asegurar que la Virgen María hablaba con él, en la punta de un cerro de Villa Alemana.

Por supuesto, Miguel Ángel, que era un chico de la calle, no solo no recibía mensajes sobrenaturales de ningún tipo, sino que era controlado por la CNI, la policía secreta sucesora de la DINA, que durante la noche se lo llevaba a Santiago y en la mañana lo devolvía a Villa Alemana.

—Me imagino que debe haber sido un tipo de cautiverio semejante, aunque todavía no entiendo por qué trataron de matar a Sandra y no una, sino dos veces, incluso haciéndose pasar por Di Fabrio —comentó Prat.

—Tiendo a pensar que al menos la primera vez no la querían matar, solo lesionarla, para obligarte a volver a Chile. Quizá el baúl no estaba aquí y pensaban que tú sabías dónde se encontraba —reflexionó la minutante.

—Tienes toda la razón. Veamos esa Biblia, mejor.

—¿Y dónde piensas empezar a buscar? —preguntó Ivonne.

—En el mismo sitio que Di Fabrio me dijo antes de morir —señaló, abriendo el índice de la Biblia, hasta que encontró el capítulo que buscaba: el libro de Ezequiel.

—¿Cómo lo sabes? —le interrogó Saavedra.

Prat le explicó que la frase «en el año 25 de nuestro cautiverio» era la primera línea del capítulo 40 de la mayoría de las traducciones del libro de Ezequiel, y que la frase «había ventanas estrechas y palmeras de uno y otro lado» era otra parte del mismo.

Se trataba, detalló, de uno de los textos más crípticos de los que componen el Antiguo Testamento. Fue escrito por Ezequiel Ben Buzi o

Buzzi, un sacerdote que vivió en Babilonia durante el exilio de los judíos en esa ciudad, hacia el 570 a.C. y que, en la profecía de la segunda venida de Cristo, se preocupó de dejar una descripción muy exacta de cómo debe haber sido el Templo de Salomón, entre los capítulos 40 y 43 de sus supuestas revelaciones divinas.

—Escuchen —pidió Prat, obviamente complacido de su buena memoria y leyendo la Biblia, alumbrada con su celular— «en el año veinticinco de nuestro cautiverio, al principio del año, a los diez días del mes, a los catorce años después que la ciudad fue conquistada, en aquel mismo día vino sobre mí la mano de Jehová y me llevó allá. Dos: En visiones de Dios me llevó a la tierra de Israel y me puso sobre un monte muy alto, sobre el cual había un edificio parecido a una gran ciudad, hacia la parte sur. Tres: Me llevó allí y he aquí un varón, cuyo aspecto era como de bronce, y tenía un cordel de lino en su mano y una caña de medir y él estaba a la puerta».

—Sensacional. ¿Y ahora? preguntó la agente Mackay.

—Ahora hay que adivinar qué quiso decir. Alúmbrenme con esa linterna —pidió, apuntando a la que Saavedra tenía en la mano.

—Aquí hay algo, una pequeña marca, del tamaño de un guion, con lo que pareciera ser lápiz mina. Casi no se ve, pero ahí está: debajo de la letra «s» de «nuestro cautiverio» —apuntó Prat

—¡Ahí hay otra muesca! —gritó Ivonne, mostrando la «a» de «cautiverio», que efectivamente tenía un mínimo guion debajo.

—Perfecto. Sigamos —pidió Saavedra, desatando una mirada de complicidad entre Prat e Ivonne.

—La letra «i» de «día» —observó el exPDI, un poco herido en su amor propio.

—Llevamos «sai». No atino a pensar qué podría ser. Ojalá que no sea un mensaje encriptado, como tantos que hemos visto en tiempos pasados con Saavedra —se quejó Prat.

—Avancemos mientras tanto. Mira, ahí hay una letra «t» en «catorce»: «Sait». Suena medio satánico, algo así como «saitita» —bromeó la minutante.

—Positivo, pero nunca es buena idea bromear con don Sata cuando se está bajo tierra —señaló Saavedra, generando una sonrisa de los demás.

—Y ahora tenemos una «o», en «vino», y una «r» en «tierra».

—¡Saitor! —gritó Prat, alborozado.

—Me suena mucho —comentó Saavedra.

—Claro, si te lo mencioné cuando expliqué todo esto. José Saitor era el boticario de los jesuitas en Concepción, al mismo tiempo que Zeitler hacía lo mismo aquí, seguramente en este mismo lugar —señaló, cuando Saavedra lo hizo callar con un gesto.

Acto seguido, extrajo la pistola de la cartuchera.

—Hay ruidos arriba —murmuró. Todos apagaron las linternas.

Los leves sonidos que Saavedra había captado se hicieron más perceptibles. Se escuchaban voces indistinguibles, de hombres, y una más aguda, que parecía de mujer. De pronto un grito ahogado, masculino, penetró por la bóveda principal. Luego, algo cayó pesadamente al fondo, al lugar donde estaba la escalera.

—Mierda —exclamó Saavedra, caminando hacia allá, seguido por sus dos compañeros.

A unos treinta metros, y gracias a la luz que llegaba desde afuera, se dieron cuenta de que era un cuerpo humano, que yacía inerte.

—Es un cazabobos, no sigan —dijo Ivonne y todos se refrenaron.

Pasaron varios minutos sin que se volviera a escuchar ruido alguno desde arriba, salvo algunos taconeos.

—Están esperando que nos asomemos —comentó Prat.

Luego de cinco minutos se escuchó ruido de nuevo y, como en un *déjà vu*, algo volvió a caer, justo encima del primer cuerpo. Habían lanzado un segundo cadáver. El túnel se llenó de sangre.

Fue entonces cuando empezaron a caer las granadas lacrimógenas: una, dos, tres, seis, doce... el ambiente se llenó de humo y todos corrieron por instinto hacia el orificio de entrada y salida, pero estaban ya llegando allí, a pocos metros de los cuerpos (que en ese momento se dieron cuenta de que era la pareja de jóvenes punki, los cuales parecían haber sido degollados), cuando la oscuridad total se cernió sobre ellos. Habían tapado el acceso y no había oxígeno en parte alguna.

Ivonne tosía severamente, lo mismo que Prat, que solo pensaba en lo débiles que habían quedado sus bronquios y pulmones debido al coronavirus, mientras Saavedra los empujaba hacia el fondo, a la zona

de los nichos, donde el gas era menos denso.

El expolicía comenzó a dar vuelta todo lo que encontró y el resultado fue decepcionante. Solo halló dos recipientes (una olla y una caja de madera) que podrían servir para tapar un par de granadas, como lo hacían los estudiantes en las protestas, pero no tenía mucho sentido, pues a esas alturas estas ya habían liberado todo el gas. Peor aún, no había agua en parte alguna, ni máscaras ni nada. Los celulares no tenían señal. Era una sentencia de muerte segura.

Saavedra se percató de inmediato, además, que ese no era gas lacrimógeno común, sino algo mucho más potente. Pensó que quizá era CR, un gas creado por los británicos en los años cincuenta, que era seis veces más potente y que se dejó de usar debido a la muerte de varias personas, que habían fallecido *in situ* por dificultades respiratorias.

—Hay que salir de aquí como sea, Saav... —trató de decir Prat, pero una crisis de tos lo afectó en ese momento. Saavedra le palmoteó la espalda, pero él mismo sintió en ese momento la misma tos, que no era más que una reacción del cuerpo ante la falta de oxígeno.

Lo penúltimo que el exoficial de la PDI alcanzó a ver fue a Ivonne, tirada en el suelo, sin siquiera moverse ya. Luego cayó Prat y, finalmente, él mismo. Su último pensamiento fue para Valentina, esa hija que tanto había amado y que quizá nunca terminaría de entender los sacrificios que había hecho por ella.

Capítulo 21

FARISEO DEL COMUNISMO

Tiempo presente

Lugar desconocido

—Ustedes, los comunistas, son todos iguales, y para serle franco, se me acaban los adjetivos cuando tengo a uno de ellos al frente mío, como tú. ¿Cómo quieres que te llame? Te doy opciones: hijo de puta, maricón, vendepatria, sodomita, degenerado, pedófilo, hereje, conchatumadre, hijo de la gran meretriz, pervertido, traidor, soplapollas, delincuente, cerdo, socialista, rojo, upeliento, marxista, ateo, ladrón, hueco... podría seguir todo el día, pero tengo otras cosas más interesantes que hacer. Ahora, lo único que necesito es que me digas si estás dispuesto a cooperar con nosotros o no. ¿Estamos? —preguntó el autor de las imprecaciones, un hombre de 1.75 de estatura, unos setenta años, tez morena y pelo blanco. Muy bien peinado, vestía un terno cruzado, estilo década de los ochenta.

El hombre que yacía atado al sucio camastro, con su cabeza cubierta por un pasamontañas, estaba con la cara mirando hacia la pared. Por supuesto que había escuchado todo, pero no quiso contestarle.

—¿Sabes? prefiero a un comunista de tomo y lomo que a un comunista encubierto como tú... Prat, mira qué desperdicio de un buen apellido español, el apellido de uno de nuestros grandes patriotas, en un comunacho de esta calaña... —dijo, y eso lo hizo reaccionar.

—Es un apellido catalán, so imbécil.

—Ah, por supuesto que te deben gustar esos mariconcitos de los catalanes, que se las daban de independentistas y que al final eran unas princesitas lloronas, porque bastó que el gobierno mandara a la Guardia Civil para que corrieran a esconderse en las faldas de otros países comunistas, como lo hicieron ustedes también, el 73. Tú quizá

eras una guagua en ese tiempo, pero yo vi perfecto todo lo que hicieron tus amigos, cómo destruyeron el país desde sus cimientos, cómo mataban gente todos los días, cómo nos perseguían a nosotros, los católicos, solo por creer en la santa palabra de la madre Iglesia católica… y claro, dentro de ella también se escondían ustedes, los fariseos del comunismo, listos para destruir nuestro país y nuestra libertad. ¡Judío! ¡Traidor mal agradecido! Estás vivo solo porque te sacamos a tiempo de esas catacumbas tenebrosas, ¡hijo de la gran meretriz! —le gritó, saliendo de allí enfurecido y pegando un portazo.

Prat intentó ponerse más cómodo, pero le fue muy difícil.

Además de que le costaba mucho respirar, de que estaba golpeado en todas partes y de la sed inmensa que sentía, sus testículos parecían un par de tomates maduros. Calculó que ya llevaba unos dos o tres días en ese miserable cuartucho, vaya uno a saber dónde, y todos los días, mañana, tarde y noche, el tratamiento había sido el mismo: el sujeto que parecía el jefe entraba, lo insultaba y luego le preguntaba dónde estaba la caja con los tesoros de Salomón. Luego de varios minutos se iba y aparecía el torturador, un sujeto que por algún extraño motivo olía a colonia de guagua y que lo trataba como si fuera un bebé:

—Venga *pa'acá* mi chiquillo, eso es, bajemos los pantaloncitos y el slip, buen cabro. Ahora, ¿vas a hablar? —le preguntaba, dejándolo semidesnudo sobre la cama.

Las primeras veces Prat se había intentado resistir, pero había recibido unos derechazos violentísimos en el hígado. Al segundo día comprendió que la humillación de ser desvestido por ese sujeto de escasas luces solo le acarreaba más dolor.

—¿No va a decir nada entonces? Pobre coquito —decía el individuo aquel, refiriéndose a uno de los testículos del exsacerdote, el que acariciaba por algunos segundos, sin que Prat pudiera entender si era un acto de sadismo, de perversión o de compasión.

Como fuera, le resultaba evidente que ese individuo, de voz muy fina y suave, tenía más de algún problema en su cabeza.

Por cierto, para ser torturador debía de tener algún gusto especial por el sadismo, pero había mucho en él que evidenciaba que, además de ello, era de un intelecto escaso. Cuando terminaba de sobajearle sus

testículos, siempre suspiraba, como si no quisiera hacer lo que venía a continuación, tras lo cual le daba la primera descarga de electricidad, generando los gritos del caso, después de lo cual suspiraba y aplicaba una segunda descarga, que causaban más gritos, más descargas mientras que el «jefe» le preguntaba lo mismo de siempre, tras lo cual lo insultaba y se iba.

Era poco lo que Prat recordaba. Su última memoria concreta era el momento en que, igual como le había sucedido con el coronavirus, sintió que la garganta se cerraba por completo, sin dejar pasar ni un mínimo de aire, luego de lo cual había despertado en ese lugar.

Por los retazos de lo que había logrado escuchar y también por lo que le habían dicho directamente, Saavedra e Ivonne habían muerto. De hecho, cada cierto tiempo le recordaban que «si te salvamos la vida, bacteria comunacha, es porque necesitamos saber un par de cosas».

Sandra debía de estar buscándolo, pensaba. Esa era una idea que lo fortalecía, pero al mismo tiempo lo llenaba de incertidumbre. Sin embargo, también asumía que era muy plausible que ella igualmente estuviera prisionera o que quizá le hubieran hecho daño ya, como había acontecido cuando la atropellaron.

Necesitaba salir de ahí a como diera lugar, pero el físico no lo acompañaba. Además de que aún respiraba a medias, estaba totalmente deshidratado. El torturador le daba un par de sorbos de agua en la noche y un par más en la mañana, lo justo y necesario para evitar que se electrocutara con la cantidad de electricidad que tenía en el cuerpo.

Esa noche decidió que debía intentar una aproximación distinta. Todos esos días lo habían insultado con la cantinela aquella de que era un comunista y él había reaccionado agresivamente frente a ello, riéndose de la ignorancia de ese sujeto y la retahíla de lugares comunes absurdos que seguían a ello.

Sin embargo, ya tenía claro el perfil de ese tipo, «el jefe», así como el del torturador. Ambos eran de extrema derecha, racistas, homófobos y muy católicos en un mix llevado al extremo, una especie de versión moderna de esos grupos de extrema derecha de los años setenta y ochenta, como Fiducia o TPF (Tradición, Familia y Propiedad). Tenía

demasiada experiencia con neonazis como para saber que esos individuos no lo eran y, además, Saavedra le había alcanzado a contar del número 311 que llevaba tatuado el sujeto que mantenía secuestrado a Di Fabrio.

Ese guarismo es una cifra que se usa habitualmente en varios de los múltiples grupos derivados del Ku Klux Klan en Estados Unidos, para definir secretamente su pertenencia a ellos sin usar las tradicionales siglas «KKK» (la letra «K» es la número once en el alfabeto, por ende 3 x 11 es tres veces «K»). Además, tenía la certeza de que en los hechos acaecidos en Manhattan habían participado mercenarios rusos. Vaya cóctel. Los últimos, ya se sabía, eran simples cazarrecompensas. Por dinero harían cualquier cosa, pero en todo lo que estaba ocurriendo era evidente que había algo más de fondo, más ideológico. Había una actuación conjunta entre grupos de extrema derecha de Estados Unidos y de Chile, y seguramente otros.

Prat sabía muy bien que los supremacistas norteamericanos, especialmente los de la vertiente llamada «aryan identity», o «identidad aria», eran simples fanáticos religiosos. En su mayoría despreciaban a los católicos y aunque eran originalmente episcopalianos o bautistas, buena parte de su ideología descansaba en la idea de que ellos eran los descendientes de una de las doce tribus perdidas de Israel. Creían, entonces, que eran «el pueblo elegido» de Dios y en medio de esas absurdas ideas estaban convencidos de hallarse insertos en lo que llamaban «Rahowa», una sigla para hablar en código de lo que ellos llamaban «Racial Holy War»; es decir, «Guerra Santa Racial», la versión estadounidense de la jihad, por la cual les estaba permitido (eso creían ellos) matar a asiáticos, latinos, afroamericanos, judíos, gays y cualquier otra persona que ellos estimaran que atentaba contra el ideal WASP; es decir White, Anglo-Saxon and Protestant. En español: blanco, anglosajón y protestante.

Y claro, no muy lejos de ahí estaban los Skull & Bones. De hecho, una de las formas más frecuentes de identificar a los miembros de esa sociedad secreta era por medio de un anillo que llevaba el número 322, el mismo que habían escrito con sangre en la habitación del profesor Barnacle. Prat había pensado mucho en la significación de esa cifra, pero no le podía encontrar sentido (como ningún no-iniciado

había podido hacerlo alguna vez). El «2» en el alfabeto es la letra «B». ¿CBB? No, no funcionaba.

Sin embargo, no eran pocos los que, sobre todo en los foros conspirativos, apuntaban a una relación entre el 311 del KKK y el 322 de los Skull & Bones, pero se trataba de organizaciones completamente distintas. Además de que no hay antecedentes de que los últimos hubieran asesinado a nadie (quizá lo más grave que sí se sabe de ellos son bromas en medio de las cuales han arrojado estudiantes desnudos en medio del campus, a plena noche y con nieve), como sí lo ha hecho el KKK y otros grupos de la aryan identity, se trata de idearios completamente distintos.

El Klan nació en el sur de Estados Unidos, como una reacción a la Guerra Civil, en la cual se enfrentaron el sur rural de Estados Unidos y el norte lleno de cultura, representado por ciudades como Filadelfia, Nueva York o Boston. Fue a medio camino de estas dos urbes, en Yale, donde aparecieron los Skull & Bones, más preocupados del poder político (una buena parte de la élite de Estados Unidos estudió en Yale y perteneció a dicha cofradía) que de andar masacrando a gente en las calles.

Probablemente, supuso Prat, el rayado del «322» era una simple distracción, una forma de desviar la atención de ellos o de la policía hacia ese grupo. Y si era así, se trataba de una maniobra muy astuta. «La tumba», como se llama a la sede de los S&B, se encuentra a menos de tres cuadras del lugar desde donde había desaparecido el profesor Barnacle, dentro del campus. Es un edificio anodino, de unas dos plantas, que solo posee una puerta y no tiene ventanas, perfecto para alimentar cualquier idea conspiranoica.

Como fuere, era evidente que esos tipos y todos los demás estaban actuando en función de algún fanatismo ideológico cristiano, y que la motivación era, sin duda, hacerse de lo que fuera que hubiera en esa caja... que nadie sabía siquiera si existía.

Durante varias horas, Prat trató de hacer encajar los acontecimientos en su mente, ensayando además distintas formas de descifrar el mensaje criptografiado que le había enviado Bulnes. Supuso que alguien le había entregado ese sistema de cifrado al millonario, que evidentemente no era un experto en lenguas muertas

ni menos en alfabetos de ese tipo, y llegó a la conclusión de que el único que podía haber hecho eso era Di Fabrio. Si bien la mayoría de las comunicaciones formales pasaban por él, es un hecho de que entre ambos había surgido bastante simpatía y se comunicaban con bastante frecuencia.

Prat estaba aún diseñando la estrategia con la cual abordar a su torturador, que además era quien le llevaba la comida y le retiraba la bacinica que le dejaban para hacer sus necesidades, cuando el sujeto entró intempestivamente, para la sesión de torturas de la tarde. Sin decir palabra alguna, oyó cómo zumbaban los diodos electrificados que él suponía estaban conectados a algún aparato que emitía electricidad, que es el que usaban para torturarlo.

Casi sin pensarlo, comenzó a musitar una especie de letanía: «5G, Soros, poder mundial, illuminati, 5G, coronavirus, Bill Gates, vacunas, los chemtrails, el proyecto Haarp, todo, todo es verdad...» dijo, a medida que el sujeto se le acercaba.

Todos esos días había estado callado, así es que no tenía dudas de que el solo hecho de que dijera algo, lo que fuera, quebraría los esquemas de su torturador y así fue.

—¿Qué dices? —le preguntó, mirándolo con alarma.

—El 5G es verdad, los chemtrails son fumigaciones masivas, el proyecto Haarp es lo que causó el 27/F, el coronavirus fue diseminado por Bill Gates, el Pizzagate es verdad. El Partido Comunista Mundial, junto con el Foro de Sao Paulo, la Tercera Internacional y el Pacto de Varsovia tenemos un plan mundial de dominación del mundo, junto con la ONU, la masonería y el Priorato de Sión. Soros, por la mierda, George Soros está detrás de todo esto. Todo, todo, todo es cierto, ya no aguanto más, no más... —se quejó, llorando y mencionando cuanta estupidez pasó por su cabeza. Dudó en mencionar el Pacto de Varsovia, pero en esa micronésima de dubitación decidió que no había forma de que ese imbécil siquiera tuviera una noción acerca de qué era.

Prat sintió la respiración agitada del guardia, de cuyo escasísimo coeficiente intelectual no tenía duda alguna.

—Espera, espera, voy a buscar al jefe —replicó este, pero Prat decidió jugársela a fondo y calculando dónde estaba el cuerpo de su

captor, estiró una mano hasta tomarle el brazo.

—Todo esto está escrito. Yo sé lo que va a pasar. No te arriesgues.

—¿Arriesgarme? —preguntó el sujeto.

—Sí. Te pido perdón. Ahora ya sabes la verdad y eso te hace igual de peligroso que yo. Siento que el cuerpo del Señor de nuevo ha tomado posesión de mí y por eso te pido perdón. No debía haberte expuesto a la verdad. Sé que me has hecho daño, pero sé también que eres un buen hombre, un patriota. Perdón, hijo mío, pero...

—¿Pero qué? —preguntó.

—Una de las vías más mistéricas que tenemos los mortales frente a la sabiduría de Dios es el dolor y sé que él, nuestro Señor, te ha usado como un instrumento de su infinita bondad, para librarme de los demonios que habían colmado mi alma. Me hiciste volver al rebaño, hijo mío, pero al mismo tiempo te hice partícipe de un terrible secreto, y eso te pone en peligro. Perdóname —le pidió.

Pasó casi un minuto sin escuchar sonido alguno. Prat suponía que el personaje aquel estaba tratando de procesar todo aquello en su cabeza. Sabía muy bien que si hubiera tenido un mínimo de inteligencia habría entendido de inmediato que era un engaño, pero ya se había dado cuenta de que el personaje aquel no era muy brillante. A decir verdad, tampoco lo era el que mandaba, pero ese al menos parecía un poco más culto, aunque por cierto, era igual de delirante.

De pronto, sintió que la mano del sujeto le tomaba la cabeza y pensó que bueno, eso era todo entonces, pero sucedió algo inesperado: casi con tanta delicadeza como la que usaba para acariciarle los testículos, le levantó la capucha.

Al principio no pudo ver nada. Aunque la pieza estaba con la luz encendida todo el día y toda la noche, para desorientarlo, de a poco sus ojos fueron descubriendo a un verdadero gigante delante de él, que lo miraba con cara inquisitiva. Tal como lo suponía, su torturador era un muchacho, un muchacho enorme, de quizá unos dos metros de estatura y unos ciento cincuenta kilos de peso. De unos veintidós o veintitrés años, era de tez morena, tenía el pelo rapado y llevaba una *fly jacket*, la clásica casaca de los neonazis chilenos, pero no se veían otros elementos propios de esos grupos. Solo llevaba un parche de la bandera chilena en el hombro derecho y en el hombro izquierdo un

parche de la bandera confederada estadounidense.

Prat había visto eso antes. En las marchas de grupos de extrema derecha que se habían efectuado en el barrio alto de Santiago antes del plebiscito constitucional de 2020 se habían observado esos sincretismos y las fotos habían dado la vuelta al mundo, mostrando a jóvenes que para la prensa eran neonazis, pues hacían el saludo nazi y llevaban signos de ese tipo en sus chaquetas, pero también lucían insignias de Patria y Libertad. El imperio español, la esvástica y otras, en una mezcolanza ideológica que cualquier neonazi de verdad habría rechazado de inmediato.

Sin embargo, las cosas estaban cambiando mucho en todas partes. Cada vez surgían grupos más fanáticos, más intolerantes y con menos contenido doctrinario. Para Prat estaba claro que ese muchacho era uno de ellos.

—Hijo mío, ¿crees en Dios? —le preguntó.

—Católico, apostólico y romano —respondió el joven torturador.

—También sé que crees que no soy sacerdote, pero un cura nunca deja de serlo. Dios me ha hablado y me ordenó que te diga que no hiciste algo malo. De todos modos, *ego te absolvo a peccatis tuis in nomine patris et filii et spiritus sancti* —recitó, como si lo estuviera absolviendo de sus pecados.

—Estoy muy confundido, padre —se quejó el sujeto. Unas horas antes Prat era una «escoria comunacha» y ahora lo trataba de «padre». Pese a que la estratagema era muy simple, estaba funcionando.

—Tienes que leer a Ezequiel, hijo. Todo está escrito allí. Estamos *ad portas* de la batalla de Megido —le dijo, sin recordar muy bien si eso aparecía allí o en otra profecía.

—¿Megido?

—Sí, otra forma de hablar del Armagedón, la batalla final contra los ejércitos del maligno, aquel que no podemos nombrar —explicó el exjesuita, fijándose en que la puerta de la habitación en que se encontraban no tenía llave (parecía estar junta) y que en el suelo estaba la caja que generaba la electricidad. Para su sorpresa, era bastante pequeña, quizá del tamaño de un neceser de viaje. Era negra, metálica, tenía una manilla y de ella surgían dos bornes metálicos, que eran los que usaban para aplicarle los tormentos. No tenía enchufes de

ningún tipo, por lo cual era evidente que poseía una batería interna. Pese a su tamaño, se veía lo suficientemente pesada.

—¿Cuándo… cuándo viene Megido? —preguntó el torturador.

—Ya empezó, hermano mío. Recuerda, lo dijo Ezequiel: «El día de Megido comenzará cuando aquellos de ustedes que habéis pecado, que habéis traicionado a sus hermanos, veréis la luz y os volveréis justos» —inventó.

—No entiendo —se quejó el sujeto.

—Yo soy la señal, hermano mío.Yo soy la señal. Fui un pecador, un impío, y el dolor me hizo ver la luz. Ha comenzado. Recemos. Ayúdame a sentarme —le pidió a su captor, quien no dudó en hacer lo que le decían. Sin pensar (actividad que evidentemente no le era muy propia) ayudó a Prat a sentarse al borde del camastro.

—El Señor nos escucha. Cerremos nuestros ojos para que él nos vea —ordenó el exsacerdote.

Lo restante fue muy simple. Estiró la mano derecha hacia abajo, tomó la manilla de la caja metálica que se había usado para administrarle electricidad y de un solo golpe en la cabeza derribó al gigantón, quien cayó pesadamente al suelo, con una herida de bastante tamaño en la sien, desde la cual comenzó a brotar una gran cantidad de sangre.

Prat no pudo evitar cierta conmoción al ver ese espectáculo. Había pasado tantos años luchando contra sectas que controlaban mentalmente a sus adeptos y acababa de utilizar exactamente las mismas técnicas (y una en especial, la manipulación mística) para golpear a ese muchacho tonto. El exjesuita sabía a la perfección que la sien humana es una zona llena de capilares y en la cual siempre se produce mucho sangrado, pero no pudo evitar mirar y darse cuenta de que muy probablemente le había causado una fractura de cráneo a ese bruto. Peor aún, supuso que quizá estaba muerto.

Trató de alejar esos pensamientos de su mente. Estaba convencido de que el herido (o quizá muerto) tenía una pistola. En al menos dos ocasiones, mientras el jefe lo interrogaba, había sentido el clásico sonido de una pistola a la que se le suelta y pone el cargador, varias veces, como si fuera un juego.

Con dificultad se levantó y trató de mover al enorme individuo, pero

era casi imposible. Sin embargo, apretado bajo el cuerpo, se veía la punta de un cañón. El jefe siempre llegaba cuando ya estaba comenzando la sesión habitual de torturas, así es que calculó que estaría allí en cualquier momento. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró mover algunos centímetros a su ahora víctima, con lo que pudo tomar la pistola, una típica Browning 9 milímetros. Soltó el cargador y vio que estaba lleno.

Con la mayor suavidad que pudo, abrió la puerta y vio que se encontraba en una especie de casa de campo, pues se veía un amplio corredor y al frente de él, detrás de unas ventanas, se apreciaba lo que parecía ser un paisaje campesino: árboles y montañas de fondo.

Fue en ese preciso instante que el jefe apareció, caminando desde el fondo del pasillo.

Capítulo 22

EL SÍNDROME DEL TORTURADOR

Tiempo presente Chépica, Chile

—No haga ninguna estupidez, Prat. No tiene ni una posibilidad de salir de aquí —le dijo el individuo, con mucha tranquilidad.

Prat suponía que algo de cierto debía de haber en aquello. El jefe circulaba sin armas y aunque en ese minuto no se apreciaban más personas a la vista, era muy difícil que no las hubiera. Sin embargo, no tenía muchas opciones.

—No se mueva o le disparo —dijo Prat.

Cuando había sido entrenado como minutante la Guardia Suiza Pontificia le había enseñado (tanto a él como a otros noveles agentes) a disparar. Había sido algo bastante básico: uso de la SIG-220, la pistola que usan los guardias suizos, y el subfusil HK MP7.

El uso de armas de fuego era mal visto entre los minutantes y Prat había evitado siempre usarlas, pero no tenía muchas opciones. Pasó bala, soltó el seguro lateral y apuntó al sujeto.

—Que se quede quieto, o disparo —amenazó.

El jefe comenzó a reírse.

—¡Por favor! Los comunistas son tan graciosos... mira cómo te tirita la mano cuando... —decía, justo cuando sonó un disparo. No era mentira lo que argumentaba segundos antes. La mano derecha de Prat, con la cual sujetaba el arma de fuego, tiritaba violentamente, quizá producto de la mezcla de la adrenalina, la sed, el dolor y el miedo. Debido a todo ello el disparo, que él pretendía pegara en la pared del fondo, sin tocar al jefe, le dio de lleno en el hombro izquierdo. Prat obviamente se dio cuenta de su error, pero ya era muy tarde para admitirlo. Corrió hacia el sujeto, que estaba a unos siete metros de él, y le puso la boca del arma, que estaba muy caliente, en el abdomen.

—El siguiente disparo no va a pegar en el brazo, ¿entendido? —lo amenazó.

El sujeto, que sollozaba de dolor, asintió con la cabeza.

—¿Cuántos más hay aquí? —preguntó, pero el individuo no quiso responder.

Prat hundió aún más el cañón en el abdomen de su presa.

—Entiende, te voy a disparar. No pierdo nada —aseguró.

—Ninguno más en este momento. Hay dos, pero andan comprando en el pueblo —precisó.

—¿Qué pueblo?

—Chépica —respondió el sujeto, refiriéndose a la pequeña comuna ubicada casi al inicio del valle de Colchagua, en la Región de O'Higgins, y que parece una postal de la zona huasa, con sus pastos verdes, sus palmas orientales y las construcciones coloniales que adornan la calle principal, que es también la carretera que conecta con Santa Cruz.

—¿Chépica? Me estás hueveando, ¿no? —le dijo a su prisionero, sin que este respondiera.

Prat lo arrastró unos metros por el pasillo y ahí notó que estaban al interior de una enorme casa patronal, con patio interior. Hacia su derecha se notaba lo que parecía ser la salida y, en efecto, en parte alguna se veía a más personas.

—Las llaves de la camioneta —reclamó, al percatarse que bajo la sombra de una palma chilena, al costado de la entrada, había una enorme Ford 150 de color azul.

—No las tengo yo —musitó, pero el cañón volvió a hundirse en sus costillas.

Trabajosamente, el interrogador se metió las manos al bolsillo derecho y se las pasó. Prat notó algo más en ese bolsillo: un celular. Ahora fue él quien metió la mano allí y lo sacó.

—Este se viene conmigo y tú y yo vamos juntos —señaló el exjesuita, arrastrándolo hacia afuera. Su idea era subirlo al auto a fin de llevarlo hasta la policía y evidentemente el sujeto lo intuyó a la perfección, pero no hizo nada. Caminó junto a él cuando salieron de la casa y avanzaron por la gravilla hasta la camioneta.

Prat abrió la puerta del conductor y le dijo que subiera. Como era

un vehículo alto, el desconocido se negó. Le dijo que le dolía mucho el brazo y que no alcanzaba a afirmarse de los pasamanos.

—Que lo hagas, te estoy diciendo —repitió, pero esta vez poniéndole la pistola en la nuca, lo que funcionó de maravillas, pues al individuo se le olvidó en forma instantánea el dolor en el brazo y subió sin problemas, pasando del asiento del chofer al del copiloto.

Prat hizo andar el vehículo y metió marcha atrás. Luego encajó directa y rodó unos cien metros, hasta llegar al camino principal. A ambos lados de la casa patronal había extensos viñedos, tan grandes que se perdían de vista en medio del valle.

Sabía que a mano izquierda, quizá a unos quince kilómetros, estaba Santa Cruz, pero no tenía claro si existía una unidad de la PDI ahí. Sí debía de haberla en San Fernando que, aunque estaba más lejos, a unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros, era capital provincial y por ende debía tener a lo menos un cuartel, si no es que una prefectura. Calculó que hacia el sur, más o menos a la misma distancia, estaba Curicó. Dado eso, decidió partir hacia el oriente, con el fin de llegar a la Ruta 5 sur y de ahí decidir si seguía hacia San Fernando o a Curicó.

—¿En qué auto andan tus amigos? —preguntó al sujeto del lado, pero este no abrió la boca, preocupado de la gran cantidad de sangre que seguía perdiendo en el hombro.

—Que hables, te estoy diciendo. No creas que porque voy manejando no voy a ser capaz de... de... hacerte algo —dijo, sin precisar qué.

No le estaba gustando esa posición de policía malo que había comenzado a adoptar, ni la de jovencito de película que lleva una pistola en la mano derecha, mientras conduce con la izquierda, que es como iba.

Sin embargo, no le quedaban muchas opciones. El vehículo en que viajaba era demasiado vistoso, el pasajero del lado no cooperaba, además se desangraba, y si se topaba con un control de tránsito de Carabineros y estos lo veían con un arma en la mano y un herido al lado, lo más lógico era recibir un par de disparos, por lo bajo, así es que decidió jugar al policía malo, de nuevo. En la entrada a un fundo que vio unos quinientos metros más adelante decidió detenerse unos segundos.

Su acompañante ya estaba pálido y tiritaba, pero lo miraba con los ojos muy fijos.

Prat sacó el celular de este, un iPhone, y le pidió la clave. El prisionero lo miró sin decir nada.

—¡Que contestes lo que te pregunto, conchatumadre! —le gritó, al tiempo que, con la cacha de la pistola le pegaba con toda su fuerza en la herida. Sangre y lágrimas salpicaron hasta el techo de la camioneta y algunas incluso cayeron en la cara de Prat, quien, en un microsegundo, se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo que le habían hecho a él: el síndrome del torturador.

Sin embargo, ya era muy tarde para echar pie atrás y volvió a golpearlo.

—Siete, cinco, seis, tres —musitó el hombre, llorando abiertamente.

Con la mano izquierda comenzó a tratar de desbloquear el celular, pero le costaba agarrarlo. Sus manos estaban completamente resbalosas, producto de la mezcla entre la sangre y su propio sudor, pero logró marcar los primeros tres dígitos. Estaba por presionar el cuarto, cuando sintió un fuerte derrape a metros de él. Miró por el retrovisor y vio un automóvil Toyota, del cual se bajaban dos sujetos con jockey y armas en las manos.

Pese a que delante de la Ford había un arbusto que se veía bastante robusto, Prat hundió el acelerador (en ningún momento había apagado el motor) y el vehículo dio un salto por encima, saliendo hasta la berma. Por el retrovisor alcanzó a ver cómo los sujetos corrían de regreso al auto y cómo este comenzaba a correr detrás suyo, pero además de que se trataba de un camino de una sola vía por sentido (y había algo de tránsito), no era tan simple alcanzar la potencia de esa camioneta.

Sin embargo, comenzaron a acercarse de a poco.

Prat se dio cuenta de que el asunto se estaba poniendo crítico cuando, por la vía contraria, observó una fila compacta y larguísima de vehículos que era precedida por un tractor, mientras que delante de él iba un camión repartidor de gas. Más encima, venía una cuesta de subida. La única posibilidad que le quedaba era meterse a la berma y aunque unos doscientos metros más allá parecía haber un paradero estimó que no tenía otra opción, así es que aceleró a fondo hasta casi

chocar al camión repartidor de gas, luego de lo cual giró bruscamente a la derecha, entrando a la berma.

Fue en ese momento cuando sintió el primer disparo. Los tipos que lo perseguían habían adivinado lo que haría y ellos optaron por lo mismo, subiéndose también a la berma.

Un segundo disparo dio en medio de la cabina, partiendo en dos el espejo retrovisor de la camioneta (que además tenía una cámara), dejándolo ciego hacia atrás. A pocos metros del paradero, Prat regresó a la vía principal y en ese momento hubo un tercer disparo. Fue solo por un milisegundo que ese tiro no mató al exsacerdote.

Sin embargo, impactó de lleno en la cabeza de su acompañante. El disparo generó la explosión de la bóveda craneana del jefe del torturador y los restos cayeron proyectados en contra del parabrisas, dificultando la visión y generando una arcada en Prat, que apenas pudo reprimir.

—Por la remierda —musitó, ansioso como estaba por interrogar a ese sujeto y saber, en definitiva, quiénes estaban detrás de todo esto.

Un cuarto disparo le dio en medio en una de las ruedas traseras, la derecha. El panel de control del vehículo comenzó a alertar de ello y Prat comprendió que se le estaba acabando el tiempo. Aceleró lo más que pudo y logró alguna ventaja. Atravesó a toda velocidad el pueblo de Auquinco, sabiendo que la única opción de salvarse era llegar de algún modo a la Ruta 5, pero los bandazos que la camioneta iba dando ya eran demasiado fuertes. Con suerte quedaban un par de minutos de aire dentro del neumático y eso significaba que lo alcanzarían.

En los breves segundos que siguieron pensó en suicidarse, en lanzarse contra algún peñón o algo así y, al menos, evitar ser torturado si era interceptado, pero cuando una ráfaga de disparos dio en el otro neumático trasero y perdió completamente el control, no alcanzó a pensar mucho. Solo vio que adelante había un puente y que la Ford iba dando trompos a toda velocidad hacia un riachuelo que había a la izquierda del camino, donde terminó cayendo.

Capítulo 23

EL FUNDO DE LOS BULNES

Tiempo presente

Ruta 5 sur, Chile

La camioneta Ford azul quedó completamente hundida en el agua del riachuelo, que salía desde el embalse Convento Viejo, un par de kilómetros aguas arriba. Los individuos que viajaban en el Toyota frenaron bruscamente, en el mismo sector donde se había caído la camioneta, sin contar con una presencia que ellos no habían visto: dos motoristas de Carabineros, que los estaban buscando, luego de que distintos automovilistas denunciaran la presencia de un Toyota blanco desde el cual se habían efectuado varios disparos en contra de una camioneta.

Al verlos, los dos suboficiales de la tenencia de Chépica encendieron sus balizas y se precipitaron en dirección a ellos. Los atacantes alcanzaron a percatarse de ello y en ese momento comenzó una larga persecución, que culminó en la Ruta 5 sur, donde el Toyota se volcó a toda velocidad. Cuando los carabineros se acercaron al móvil, armas en mano, no tardaron en entender que el nulo movimiento que venía de adentro obedecía a que ambos ocupantes del auto habían fallecido en el volcamiento.

Prat, por su parte, apenas logró salir de la camioneta. Debido a la presión del agua no abría la puerta ni mucho menos funcionaban los mecanismos dedicados a destrabarla, y mientras la cabina se llenaba de agua por todos los agujeros de bala que tenía, pensó que la única alternativa era quebrar alguna ventana, lo que logró hacer con el lateral suyo, usando la cacha de la pistola.

Tuvo que nadar un par de metros, hasta llegar a la superficie. Ahí sacó el celular que le había quitado al cadáver que ahora yacía en el

fondo del río, pero obviamente ya no servía de mucho. Estaba hecho un desastre. Golpeado, mojado y herido, pero vivo aún. Se sentó un minuto en el pasto, con la pistola en la mano, pensando que en cualquier momento podían volver sus atacantes. No se veían casas en las inmediaciones, pero pensó que o bien se paraba en la carretera y pedía ayuda a algún conductor, o caminaba hasta algún lugar habitado.

Sin embargo, no tuvo que esperar mucho. De pronto sintió un frenazo muy fuerte, a espaldas suyas, y antes de que terminara de darse vuelta escuchó un grito imperativo:

—¡Suelta el arma! —le gritaba un hombre joven que le apuntaba, junto a una mujer, joven también. Aunque vestían de civil, desde sus cuellos colgaban placas de la PDI.

—Por supuesto. No saben lo que me alegra verlos —respondió, dejando la pistola en el pasto y levantándose, con las manos arriba. Justo en ese momento apareció otro móvil policial, del cual bajaron tres detectives más. Uno de ellos, canoso, se acercó al exsacerdote.

—¿Usted es Alberto Prat? —le preguntó, para la sorpresa del interpelado.

—Diablos, sí. No sé qué hicieron estos sujetos con mi billetera y mis documentos, pero sí, ese soy yo.

—Qué bueno. Llevábamos varios días buscándolo. Tenemos que ir a un hospital ahora, para que revisen su estado médico y luego le pediremos una declaración, a fin de que...

—Perdón, perdón. No entiendo. ¿Por qué me estaban buscando? —interrogó.

—Hay una denuncia por su secuestro, señor Prat. Dos de los secuestradores se volcaron hace poco a varios kilómetros de aquí, luego de una persecución policial, y están muertos.

Prat se rascó la cabeza, mientras aceptaba una frazada que le ofrecía uno de los detectives.

—Espere, espere... ¿cómo saben que fui secuestrado? —preguntó, convencido de que los cadáveres de los jóvenes punki, así como el de Ivonne y el de Saavedra quizá no habían sido siquiera hallados.

—Ah, usted evidentemente no sabe todo lo que ha pasado —razonó el policía.

—Para nada. Solo sé que estuve secuestrado por varios días en una casona, cerca de aquí, y que el cadáver que hay en la camioneta que está allí hundida es del tipo que mandaba al grupo de secuestradores. Los tipos del Toyota le volaron la cabeza de un disparo, pero tiene además un tiro en el hombro. Ese fui yo, con esa arma que está aquí, que a su vez le quité a un sujeto que estuvo varios días torturándome en esa casa.

—Vaya. ¿Y qué fue de ese torturador? —le preguntó el PDI.

—No sé si está vivo. Quizá no. Para huir de él lo golpeé en la cabeza con un objeto metálico muy pesado, una caja que generaba la electricidad con la cual me flagelaban todos los días.

—Usted es de armas tomar, padre. Parece que no es falso lo que leí acerca de su persona en uno de esos libros que se escribieron hace varios años.

—No crea nada de eso, subprefecto —respondió Prat, leyendo el grado del oficial, que figuraba en un parche que este tenía en su casaca.

—Deme un segundo, por favor —le dijo el jefe policial, mientras se retiraba a algunos metros, a contestar un llamado telefónico que le acababa de entrar.

Mientras ello sucedía, una detective comenzó a preguntarle algunos detalles acerca del lugar en el que lo habían secuestrado, a fin de informarle al fiscal del caso y pedir una orden de allanamiento.

Prat fue lo más detallista que pudo: como buen arquitecto, describió con mucho cuidado la forma de la fachada de la casa, el tipo de madera que tenía, los balcones, la forma del antejardín, la disposición de las palmas y el ángulo en que la salida principal se enfrentaba a la carretera.

—Ah, el caballero está hablando de la antigua casona de los Echaú Gómez —dijo la detective.

Prat se giró sorprendido hacia ella.

—¿Perdón? ¿Cómo dijo que se llama el lugar?

—O sea... así le dicen acá, señor. Echaú Gómez —reiteró la joven.

Justo en ese momento regresó el subprefecto, con el teléfono en la mano.

—Señor Prat, le van a hablar. Y por si acaso esa es la abreviación

que le dan acá, pero el nombre real es Echavaurría-Gómez —replicó el oficial, dejando mudo a Prat.

Ese era el segundo apellido de Bulnes y el Valle de Colchagua era la base de la potencia económica del grupo de Bulnes. Si no recordaba mal, alguna vez Bulnes le había contado que casi todos los viñedos ubicados entre Chépica y Santa Cruz eran de propiedad de su familia desde hacía muchos años. De hecho, se lo había relatado porque en esa zona había sido cosechada la partida de uvas que en 1989 fueron encontradas con cianuro en Estados Unidos.

Aún sin entender muy bien lo que estaba pasando, Prat tomó el celular y escuchó una voz masculina que le resultó muy familiar.

—¿Saavedra? —preguntó.

—¡Positivo! —gritó el exdetective desde el otro lado.

—Ja, ja, ja —se rio Prat—. ¡Esto es increíble! Pensé que estabas muerto y que lo mismo había sucedido con Ivonne. ¡Qué buena noticia! —gritó, pero del otro lado hubo silencio.

—Ivonne está viva, pero grave. De hecho, se la quieren llevar a Estados Unidos esta noche, lo que en todo caso es positivo, pues sus signos vitales son estables y eso permite que viajen con ella.

—Por la remierda. ¿Y Sandra?

—Ah, ella está bien. Tenemos muchas novedades Alberto y una de ellas es muy impresionante. Es, de hecho, una buena noticia.

—Dime.

—Di Fabrio está vivo también.

—¡Pero cómo! ¡Si yo vi cómo se moría!

—Eso parecía, pero recuerda que cuando llegó el SAMU los paramédicos siguieron aplicándole los masajes cardiacos que antes había iniciado Ivonne y le salvaron la vida. Terminó con un par de costillas quebradas y una hemorragia interna, pero aparte de eso está bastante bien. De hecho, hemos conversado y... no tienes idea de lo que hay detrás de todo esto, Alberto.

—Sea lo que sea sé que es muy grave. Acabo de describir el lugar donde me tuvieron secuestrado y, no lo vas a creer, pero...

—No me digas. Es propiedad de la familia Bulnes.

—¡Cómo lo supiste! —gritó Prat.

—No te puedo explicar por este medio. Yo estoy en una oficina de la

PDI, Alberto, donde mis excolegas tuvieron la gentileza de admitirme mientras coordinaban tu búsqueda desde anteayer, y aunque estamos hablando desde un teléfono seguro que me facilitaron acá, nada garantiza que no puedan intervenir el del oficial a cargo del operativo allá.

—Ok. ¿Puedes pedir que me lleven a Santiago?

—Mejor es que lo pidas tú. Entiendo que hay un fiscal de por ahí que te quiere interrogar. Para que eso no suceda y puedan trasladarte de inmediato deberías invocar tu inmunidad diplomática.

—No tengo ni carné de identidad, Alberto, menos pasaporte.

—Yo tengo todos tus documentos. Estaba semiinconsciente cuando estos sujetos entraron al túnel. Eran solo dos. Uno muy delgado y otro enorme, muy gordo, por lo que recuerdo, y partieron derecho hacia donde estabas tú. El gordo grande te levantó en los hombros y cuando hizo eso cayó algo. Luego estos tipos subieron y dejaron destapado arriba. Lo único que les interesaba era llevarte a ti y presumo que pensaban que nosotros estábamos ya muertos.

—Uf —dijo Prat.

Según le relató Saavedra, como dejaron abierto, el humo del gas lacrimógeno comenzó a despejarse y entró aire al túnel. Gracias a ello se repuso un poco y pudo subir y llamar a la policía.

—Más tarde Sandra me contó todo lo que se había averiguado a raíz de la muerte del sujeto que tenía secuestrado a Di Fabrio y, también, que Di Fabrio estaba vivo. Esa es una breve síntesis. Yo le voy a mandar capturas de pantalla de tu pasaporte al subprefecto, a fin de que le puedas argüir tu inmunidad diplomática y que él, a su vez, tenga respaldo para explicarle aquello al fiscal.

—Muchas gracias, Esteban.

—Para servirle, padrecito. A todo esto, ¿cómo estás tú? El subprefecto me dijo que te veías a muy mal traer.

—Eso es lo de menos, Esteban. Hoy le quité la vida a una persona y aunque fue en defensa propia, me siento muy mal, pero lo peor no es eso quizá. Creo que torturé a otra persona y mi conciencia está en un conflicto grave en este momento.

—Te entiendo perfecto, Alberto. Sabes muy bien que yo he estado en ese mismo sitio aunque, claro, yo fui preparado para eso, pero la

verdad es que nadie está de verdad preparado para quitarle la vida a otro ser humano, menos cuando se trata de personas como tú, cuya formación inicial no contempla esa posibilidad desde ningún punto de vista.

—Gracias por tus palabras, querido amigo. En efecto, no tengo las herramientas que quizá sí tienes tú y a estas alturas no sé si valga la pena todo lo que hemos hecho— reflexionó.

—Por supuesto que vale la pena. Estamos muy cerca Alberto y, es más, tenemos cómo descifrar el mensaje que Bulnes te mandó la noche que fue asesinado.

Prat se quedó en silencio, dudando sobre si preguntar o no, pero no se aguantó.

—Dame alguna pista, por favor —pidió. Saavedra rio al otro lado de la línea.

—Imposible. Dile a mis excolegas que te traigan lo antes posible y aquí te cuento.

Capítulo 24

LOS BOOGALOO

Tiempo presente

Santiago

Dos horas más tarde, Prat llegaba de regreso a Santiago. Saavedra y Sandra lo llevaron al departamento del primero, donde pudo ducharse y usar el baño, y luego de eso pidieron una pizza para que comiera algo. Apenas conteniendo el sueño, les relató todo lo vivido. Luego fue el turno de Sandra.

—El tipo que tenía secuestrado a Di Fabrio era un estadounidense, efectivamente. Aunque no tenía documentos de ningún tipo, la PDI cotejó sus huellas dactilares y tate, que el tontonazo aquel era un cabro de veintiocho años que había sido arrestado varias veces allá... en compañía de otro más. ¿Adivinan quién?

—Estoy muy cansado para pensar Sandrita. Cuenta, *please* —pidió Prat.

—El fiambre que Esteban dejó botado en el suelo de la clínica. Resulta que ese tipo, junto con los que los atacaron a ustedes en esa estación de trenes, la no me acuerdo cuanto *station*...

—Penn Station...

—Eso mismo. Todos esos, todos, son de un mismo grupo vinculado con el Ku Klux Klan, aunque ya no usan capuchas ni nada, porque es una cuestión bastante más extraña: el movimiento Boogaloo, una especie de supremacismo ario de tercera generación nacido de las redes sociales.

—A ver, a ver... ¿me estás hablando del boogaloo, el baile de los años 60 que le encantaba a mi abuelita? —preguntó Saavedra riéndose por el nombre.

—Así es —confirmó Sandra, recordando que se trataba de un baile

que estuvo de moda en los años sesenta, pero según precisó el nombre de este movimiento derivaba de una película de 1984, llamada *Breakin' 2: Electric Boogaloo*, con la cual en ciertas subculturas comenzaron a hacer chistes y memes añadiéndole el apellido «boogaloo» a cualquier cosa que tuviera una segunda parte. De algún modo, detalló, en los foros de 4chan y otras redes sociales tomadas por la ultraderecha después de la elección de Trump, especialmente en las secciones relacionadas a armas, la palabra fue tomando otro uso, pues muchos de esos usuarios hablaban y hablan siempre de una segunda guerra civil en Estados Unidos.

—No... parece hueveo. ¿Ustedes saben que *Breakin' 2: Electric Boogaloo* es la segunda parte de la exitosísima película *Breakin'*? —preguntó Saavedra, al tiempo que efectuaba un movimiento de olas con sus brazos, como el que se popularizó en los años ochenta cuando eclosionó el break dance.

Prat y Sandra se rieron al ver el descoordinado movimiento del inspector de la ONU.

—Ahora me acordé donde había leído el término: «Civil War: Electric Boogaloo» es una frase frecuente en Twitter —rememoró Prat.

—Claro. Los extremistas de derecha en Estados Unidos, azuzados por Donald Trump, comenzaron a decir que era necesaria una nueva guerra civil y para indicar aquella novedad le agregaban el «electric boogaloo». De a poco el concepto se fue acortando, hasta quedar en «electric boogaloo» y finalmente solo en «boogaloo». Por eso, cuando hoy se menciona la palabra «boogaloo», a lo que hace referencia es a una guerra civil contra el estado federal de Estados Unidos, de origen ultraderechista y conspiracional. Si quisiéramos describir con una sola palabra a los extremistas que se intentaron tomar el Capitolio en enero de 2021, la palabra es «boogaloo». Puede parecer chistoso como suena el término, pero es semejante a lo que ocurrió con la teoría del Big Bang, que cuando fue proclamada por el cura y físico Georges Lemaitre en 1931 fue ridiculizada con el mote de «teoría del Big Bang», pese a lo cual fue finalmente el nombre con que se la conoció masivamente.

—Interesante lo de los boogaloos —comentó el exsacerdote, masticando un pedazo de pizza.

—Mucho. Tengo un artículo bastante extenso ya escrito al respecto, pero no se preocupen, que solo lo publicaré una vez que todo esto termine.

Sandra les explicó que había investigado que como no hay una sola ideología detrás del movimiento boogaloo empezaron a mezclarse allí un montón de sujetos cuyos orígenes eran distintos grupos y que terminaron conversando en chats de Facebook, Discord, Telegram y otras redes sociales. Por esas vías se fueron solidificando, con una serie de ideas en común: que hay una guerra mundial en curso, que el comunismo o los «antifa» quieren acabar con el cristianismo, el libre mercado y cualquier tipo de policía, además de una serie de ideas muy exóticas, como que existe una red mundial de estrellas de cine que practican la pedofilia, que el 5G es una tecnología por medio de la cual se diseminó el coronavirus y un montón de tonteras más, como las que Alberto le había dicho a su torturador en el fundo de Chépica.

—¿Pudiste investigar algo acerca de ramificaciones en Chile? Me acuerdo muy bien que en los años cincuenta alguna de las ramas del Ku Klux Klan se alió con algunos neonazis chilenos y crearon el capítulo chileno del KKK.

—Así es, por increíble que parezca, el movimiento Boogaloo se estima que nació a mediados de 2018, pero se fortaleció de un modo impresionante durante la pandemia, pues estaban convencidos, sobre la base de lo que les decía Trump, que el confinamiento era una medida de control social del Estado federal en contra de ellos. ¿Se acuerdan de los extremistas de derecha que se tomaron el Capitolio de Michigan en medio de todo eso, antes de los sucesos de Washington? Boogaloos, lo mismo que la mayoría de los tipos de extrema derecha que salieron en varias ciudades de Estados Unidos a golpear afroamericanos, luego del crimen de George Floyd —explicó.

—¿Y Chile? —preguntó su expareja, ansioso.

—Para allá voy. Durante las marchas del rechazo mucha gente se reía de los sujetos que aparecían vestidos con máscaras y chalecos de airsoft y estaban llenos de esvásticas mezcladas con pines de Patria y Libertad, banderas norteamericanas o de los confederados, o la efigie de Trump. Eran la versión criolla de los Boogaloo. Esa es la explicación más simple.

—Sin duda que lo es, pero aquí había gente dispuesta a inmolarse por todo esto, una dirección al menos, alguien que encabezaba todo esto —reflexionó Prat.

Saavedra le explicó que así era y que Jason, el encargado de seguridad de Ladislao Bulnes, había sido abatido por el FBI en un tiroteo en una cabaña de Idaho. Prat solo asintió. Siempre le había parecido un sujeto sospechoso.

De acuerdo con la información que le habían transmitido, los atacantes de Penn Station eran efectivamente exmilitares rusos, de la famosa unidad 29155 del GRU. Relató que el FBI sospechaba que toda la operación de Bulnes había sido ejecutada por ellos y que quien los había contratado en el mundo de los mercenarios había sido Jason Dermitt, el jefe de seguridad de Bulnes. Este, comentó Saavedra, era un fanático religioso que a inicios de los años noventa combatió en Irak, donde se radicalizó. Admiraba a Timothy McVeigh, el exsoldado ultraderechista que voló un edificio en Oklahoma en 1995 y también era un seguidor fanático de Anders Behring Breivik, el ultraderechista que en 2011 atacó un campamento juvenil en Noruega, matando a setenta y siete personas.

—Seguro que también era fanático del «Unabomber» —bromeó Prat, refiriéndose a Ted Kaczynski, el anarquista que por más de veinte años mandó cartas bomba a distintas universidades y líneas aéreas norteamericanas, ícono del anarquismo mundial.

—Aunque no lo creas, sí. En su departamento en Brooklyn encontraron cientos de libros y videos acerca de algunos de sus ídolos y uno de ellos era el «Unabomber». Sé que los Boogaloo son de derecha pero los límites entre los extremistas se han comenzado a desdibujar. De hecho, he estado colaborando con una colega del *New Yorker* en todo esto, y ella me decía que según sus fuentes, el movimiento Boogaloo al final es igual de anarco que los anarcos sin muchos estudios, aunque de una inclinación de derecha —señaló Sandra.

Prat se tomó la cabeza y explicó que Jason siempre le había parecido un sujeto raro, muy mecánico, muy parco, muy poco natural, pero él lo atribuía a su formación militar y al hecho de que en general se le veía muy estresado, como si sobreactuara sus funciones.

—Lo denunció un chileno, un exmilitar que también trabajaba en la seguridad de Bulnes. Él fue quien encontró el cadáver la noche de los hechos, tras lo cual le dijo al FBI que estaba convencido de que los turnos habían sido modificados y que Jason tenía vinculaciones con unos rusos. Así fue como lo empezaron a buscar y a seguir, hasta que dieron con él en una cabaña de Idaho, como te digo, donde estaba junto a otro miembro del equipo de vigilancia de Bulnes, Patrick Stowe, ambos armados hasta los dientes. Resistieron casi medio día el embate del FBI, hasta que finalmente ambos terminaron muertos. Tras ello, encontraron varias cuentas de banco que Jason había usado para efectuar giros a San Petersburgo, de donde eran los rusos.

—¿Alguna idea de quién mandató a Jason a hacer todo eso? —preguntó.

—Todo indica que el origen de la maniobra está en Chile, Alberto, y un indicativo muy evidente de ello es el hecho de que te hayan secuestrado en un fundo que es propiedad de la familia Bulnes, aunque eso no es lo único que conecta a la familia en todo esto. ¿Le cuentas, Sandra? —comentó Saavedra.

—Claro. Di Fabrio me explicó que luego de un llamado que él hizo a Bulnes, la noche previa a que este fuera asesinado, es que se produjo el secuestro.

—¿Un llamado? —inquirió Prat.

—Así es. Más temprano, ese mismo día, Di Fabrio le dijo a tu exempleador que ya tenía cómo llegar a lo que fuera que estaba escondido en la botica, que solo le faltaba confirmar un par de detalles y que al día siguiente le enviaría un mail con los datos, aunque algo le adelantó. Sin embargo, dice que menos de dos horas después irrumpió este sujeto en su departamento, exigiéndole que entregara los antecedentes. De algún modo él le siguió el juego y desde entonces estuvo en una especie de secuestro permanente. Por cierto, fue poco después de que lo secuestraran que comenzaron con los WhatsApp, las fotos y finalmente la citación a... ser atropellada.

—¿Y no torturaron a Di Fabrio para saber dónde estaba la caja? —preguntó Prat.

—No. Parece que esa debilidad por ver sufrir a otros es privilegio nacional, pero además, como te decía, él les siguió el juego. Les dijo

que estaba convencido de que lo que buscaban se encontraba en el subterráneo y por eso estos tipos comenzaron a excavar de nuevo, con una cuadrilla de obreros propia. Todos los días lo llevaban hasta la faena, amenazado con un arma, y él los hizo excavar por todas partes, hasta que al final parecieron convencerse de que había fallado —explicó Sandra, quien a continuación, mirando su libreta de apuntes, le explicó que Di Fabrio siempre estuvo al cuidado del joven que llevaba el «311» en el cuello, Brian Cassidy, y del que abatió Saavedra en la clínica, que se llamaba Moses Silkmann.

Detalló que ambos habían sido militantes de una facción del Ku Klux Klan en Georgia y tenían un largo historial de detenciones en manifestaciones violentas en contra de clínicas abortivas, de una sede de la Liga de Antidifamación Judía y en otros lugares.

Además, los dos fueron arrestados en los incidentes de Charlottesville, en 2017, que se hizo muy famosa a nivel mundial por las imágenes de un joven supremacista blanco que atropelló a los manifestantes, matando a uno. Los dos, dijo, fueron también detenidos tras una golpiza contra una joven afroamericana en Portland, en medio de las manifestaciones antipoliciales de 2020, pero nunca fueron condenados.

—Tampoco se sabe cómo entraron a Chile. No lo hicieron por pasos legales. Se presume que lo más probable es que hayan ingresado por algún lugar clandestino, quizá en la frontera del norte, desde Argentina o quizá Bolivia, aunque tampoco hay rastros de ellos en alguno de esos países, según me dicen los amigos de Interpol —agregó Saavedra.

—Ok, entonces, ¿Di Fabrio nunca encontró el tesoro, como le dijo a Bulnes? —preguntó Prat.

Sandra detalló que en efecto, cuando fue secuestrado, el filólogo ya había resuelto parte importante del enigma y sabía que si bien dicho tesoro había estado en ese subterráneo, había sido sacado de allí en secreto, algunas semanas antes de que los jesuitas fueran detenidos y expulsados de América. De algún modo, les había relatado Di Fabrio cuando se recuperaba, los jesuitas se habían enterado de lo que venía y así fue como en julio de 1767 el provincial jesuita en Chile y varios curas más, encabezados por el padre José Zeitler, el botánico de

Santiago, partieron a Concepción.

—Ah… por eso es que Di Fabrio dejó en esa Biblia el nombre «Saitor», el encargado de la botica de los jesuitas de Concepción, para indicar que debíamos buscar en esa ciudad, donde los jesuitas poseían una de las cuadras principales de la ciudad, la que queda entre O'Higgins, San Martín, Colo Colo y Aníbal Pinto, si no me equivoco —razonó Prat.

Sandra asintió, explicándole que Di Fabrio había creado ese pequeño código mientras sus captores norteamericanos dirigían las excavaciones.

—Hay varios vacíos en esto aún —señaló Prat.

—Sip. Lo que tenemos claro es que la orden de detener las faenas, luego del homicidio de Bulnes, la emitió su hijo, Nepomuceno, y que aprovechando que estas no se reanudaron, estos otros sujetos, la facción chilena de los Boogaloos, aprovecharon el vacío para ir a meterse allí con sus amiguitos de Georgia —puntualizó Sandra.

—Es comprensible que el hijo quisiera parar todo.

—Claro, Alberto. En el funeral, Nepomuceno se quejó amargamente de la forma en que su padre había sido seducido por una quimera que al final le había costado la vida. Es lógico que no quisiera saber nada de todo eso.

—¿Y sabrá que uno de los fundos de su familia fue usado para secuestrarme? Presumo que en ese hecho hay alguna especie de jugarreta perversa.

—Yo también. ¿Quieres hablar con él? —preguntó Sandra, mostrándole la pantalla de su celular, donde aparecía el nombre «N. Bulnes».

—Ciertamente, por lo menos para darle el pésame por el crimen de su padre. No podría decir que él y yo fuimos amigos, pero tampoco puedo desconocer que siempre se portó excelente conmigo. Sin embargo, Sandra, antes de ello quisiera saber otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Dónde diablos está lo que sea que los jesuitas llevaron a Concepción.

Capítulo 25

EL MONTONERO

Tiempo presente

Santiago

Sandra abrió su laptop. Pinchó el ícono del procesador de textos y luego abrió una ventana de Gmail. Se desconectó de su cuenta de correo y ofreció el equipo a Prat, contándole que cuando ya habían iniciado la primera excavación en el edificio de estacionamientos, Di Fabrio se dio cuenta de que allí abajo no había tesoro alguno, por lo que volvió al archivo de los jesuitas, a algunas cuadras de allí, a revisar otro manojo de cartas. Fue así como dio con una hoja completamente suelta, que daba cuenta del traslado del provincial, de Zeitler y de otros jesuitas a Concepción, donde se reunieron con Saitor.

En dicha hoja se dejaba constancia de que transportaron numerosas especies para la botica, entre ellas drogas, matraces y otros instrumentos, y que también llevaron una «caja rectangular de gran peso», sin que se indicara nada más al respecto.

Esa mención, y el hecho de que no hubiera nada en el subterráneo, lo convencieron de que el viaje a Concepción no era casualidad y que lo hicieron para dejar la caja en algún lugar a salvo.

—Ese lugar tampoco podía ser la casa jesuita penquista, por los mismos motivos por los cuales no la podían dejar en Santiago, ¿no? —apuntó Prat.

Sandra asintió y siguió explicando que Di Fabrio comenzó a tratar de averiguar qué había sucedido con las especies y propiedades de los jesuitas en Concepción, determinando que, como era obvio, todo fue incautado y entregado a la corona o a otras órdenes religiosas.

Entre esas órdenes, había una en particular con la cual la Compañía de Jesús tenía relaciones bastante estrechas: las monjas trinitarias, que

poseían un convento bastante grande a menos de dos cuadras de los jesuitas, en lo que hoy es la esquina de las calles Lord Cochrane y Chacabuco, donde existe una pequeña callejuela justamente llamada Trinitarias.

—El problema es que eso es una suposición nomás. No veo nada sólido que avale algo de aquello —se quejó Prat.

—Lo hay, Alberto. El mismo día que Bulnes fue asesinado, Di Fabrio dio con los datos que confirmaban su intuición. En algún momento contaste que esa noche Bulnes te mandó un mail encriptado, ¿lo recuerdas? —precisó Sandra.

—Por supuesto, aquella cifra masónica incompleta. He pensado hasta el cansancio en cómo descifrarla y nada, faltan muchos caracteres.

—Bueno, ese mensaje que Bulnes te alcanzó a mandar es simplemente la palabra fundamental de todo eso.

—No entiendo mucho —se quejó el exreligioso.

—Es muy simple. ¿Crees que tengas aún en tu correo el mensaje?

—Claro —dijo Prat, entrando a su cuenta de Google. Buscó en una de las carpetas y apareció el mensaje:



—Es muy sencillo. Para hacer eso Di Fabrio no usó ningún sofisticado sistema de encriptación ni nada parecido. Son simples caracteres de un juego de fuentes de computador gratis, que se pueden bajar libremente en cualquier parte de internet.

—Como Di Fabrio siempre borraba sus mails no le encontraron nada sospechoso y, claro, no revisaron todas las fuentes de letras que tenía instaladas en su computador, pero si lo hubieran hecho, habrían encontrado de inmediato esta tipografía —explicó Sandra, quien tomó el notebook y copió y pegó el PDF con los caracteres que Prat había recibido en una hoja de Word.

Luego, escribió el alfabeto completo, en español, lo seleccionó y luego, en la sección de fuentes, seleccionó la tipografía «masonic fonts-pigperst».

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Prat.

—Algo muy simple. Vamos a comparar esos caracteres con el alfabeto completo. Ese primer símbolo… es una «B». El segundo una «e» y….

—Benavides —musitó Prat, al entender de inmediato lo que decía.

—Así es, Alberto. Años antes de todo esto Di Fabrio había hecho una investigación histórica acerca de Vicente Benavides y cuando vio la frase aquella de «caja rectangular de gran peso» se acordó de algo. En su propio departamento guardaba un montón de cartas y archivos de la década de 1820, la llamada «Guerra a muerte», y allí tenía una carta de una monja trinitaria, de las mismas de Concepción, que habían huido a Lebu, a la Provincia de Arauco, luego de que los patriotas destruyeran la ciudad. Como ellas eran españolas y realistas tuvieron que arrancar prácticamente con lo puesto y es por eso que dicha religiosa dejó un recuento de todo lo que no habían alcanzado a llevarse con ellas y, oh, sorpresa, detalló algo que estaba en el subterráneo.

—No me digas. Una «caja rectangular de gran peso»…

—Así mismo dice la carta de la monja… además, hay otro dato: en algún libro de historia que no recuerdo en este momento, se menciona que Benavides intentó negociar una especie de pacto con José Miguel Carrera y que incluso le habría enviado una carta por medio de la masonería norteamericana, con el fin de poner a disposición su fortuna o algo así, a fin de que Carrera regresara a Chile a derrocar a O'Higgins. Ese libro estaba en el departamento de Di Fabrio y tenía marcado el párrafo que señalaba lo anterior.

—Por eso entraron a la Gran Logia de Nueva York, entonces, a robar los documentos de Carrera que había allí —señaló Prat.

—Seguramente. Lo importante no es eso, sin embargo, sino el hecho de que apenas los patriotas fueron desalojados de Concepción y los realistas la reconquistaron, ¿sabes cuál fue el primer lugar en el cual Vicente Benavides puso su ojo? El convento de las monjas trinitarias —finalizó Sandra.

Capítulo 26

NACE UN SEMIDIÓS

1813-1818
Chile

Vicente Benavides nació bajo el signo del castigo. Su padre, Toribio, era un humilde sargento de origen español, que estaba a cargo de la cárcel en el pequeño poblado de Quirihue, a medio camino entre Concepción y Cauquenes. Sin embargo, tanto él como sus hermanos Timoteo y José María salieron rápidos de mente, fortachones, ágiles y veloces. Los tres aprendieron a leer y escribir a temprana edad, un verdadero prodigio a fines del siglo XVIII, y en 1811 se enlistaron en el ejército patriota.

Fue allí cuando Vicente cruzó por primera vez la cordillera, debido a que fue destinado a las tropas de Alcázar i Larenas, que permanecieron hasta 1813 en Buenos Aires. Ese año regresó a Chile y se produjo su primera deserción, pues apenas llegó a Concepción se acercó al lugar donde estaba acantonado el ejército realista y pidió unirse a este.

Sería el inicio de una vida marcada por la traición y el egotismo. Pese a ello, nadie duda de que era un soldado de fuste, un sujeto feroz en el campo de batalla y, además, un hombre con ascendiente de mando innegable.

Permaneció un año en las tropas españolas y a inicios de 1814 participó en la batalla de Membrillar, al norte del río Itata, donde Juan Mackenna derrotó a los fieles del rey de España y capturó una buena cantidad de prisioneros, entre ellos a Vicente Benavides.

Pese a que no tenía un rango muy alto (era un simple sargento) fue quizá la presa más codiciada de todas las que hubo en esa ocasión. Si la traición siempre se paga alto en un ejército, es aún más despreciada cuando el enemigo es tan odiado como eran los españoles para los

patriotas. Así las cosas, lo condujeron hasta Linares, donde quedó varios días recluido en un calabozo en el cual era insultado y escupido por sus excamaradas de armas.

La noche previa al juicio de guerra al que iba a ser sometido, sin embargo, se produjo uno de los tantos milagros (así los consideraba él, por algo creía que era una especie de semidiós) que serían una constante en su vida. Esa jornada, la supuesta intervención divina tuvo forma de explosión, pues aparentemente por un error humano (alguien que lanzó una cerilla mal apagada) se produjo una enorme detonación en el pañol de la pólvora del cuartel en que se encontraba preso. El estallido generó un gran siniestro que amenazó con quemar los calabozos también y ante ello sacaron a los presos a fin de evitar su muerte, momento que Benavides aprovechó para escapar.

Por supuesto, en la imaginería patriota pasó a ser considerado como el culpable del fuego y en las órdenes de búsqueda que se emitieron en su contra, a los cargos de deserción y alta traición, se agregó el de incendio.

Nada de eso le importaba. Regresó al redil que lo había acogido desde el año anterior y lo hizo llevando información esencial acerca de la cantidad de tropas que poseían los patriotas, armas, cañones, pólvora, alimentación, etc. Casi en forma simultánea a su reincorporación al ejército que aún mandataba Gabino Gaínza (quien luego sería reemplazado por el brigadier Mariano Osorio) le llegó una excelente noticia: sus hermanos, cansados del hostigamiento del que eran objeto en el ejército patriota por ser hermanos suyos, habían desertado también y se habían cambiado de bando.

En octubre de ese año los tres combatieron en el desastre de Rancagua, donde la espada de Vicente fue uno de los principales motivos del triunfo realista. Todos los comandantes y la tropa también reconocieron en él a uno de los hombres más aguerridos del ejército y por ello le llegó un inesperado regalo: el hijo del modesto sargento de Quirihue había sido ascendido a teniente cuando aún no cumplía los treinta años.

Los tres años siguientes los pasó principalmente en Valparaíso, donde otra de sus habilidades fue muy bien valorada: saber leer y escribir. A diferencia de muchos oficiales que apenas podían distinguir

un par de letras, Vicente Benavides era hábil con la pluma (y ya sabemos que también con la espada) y eso lo hizo penetrar en la burocracia del Imperio español.

Aunque al inicio vio eso como un detrimento a su carrera de soldado, otro de sus talentos era entender muy bien cómo funcionaba el poder y a poco andar entendió que quienes estaban en el campo de batalla (algo que él añoraba) eran simples ejecutores de la voluntad de otros. Eran actores tácitos de comunicaciones secretas que ahora pasaban por sus manos y que siempre iban lacradas con sellos muy ostentosos, acompañadas de santos y señas.

Ya en aquellos años había comenzado a acariciar una idea que nunca más le abandonaría: ser alguien poderoso de verdad, un gobernador quizá, un coronel, un general, un virrey incluso, por qué no. Benavides, en efecto, formaba parte de esa escasa porción de personas que tienen un amor desatado por el poder, sin siquiera entender las causas de ello, y que no dudan en creer que son capaces de llegar a las más altas instancias solo porque creen tener la voluntad necesaria para ello. Muchos de ellos, como él, no se equivocan.

A fines de 1816 o inicios de 1817 Vicente Benavides estaba de regreso en Concepción. Además de que se sabía que los patriotas regresarían a la carga muy pronto, tenía un motivo particular para querer estar allí. En 1813 había conocido a una bellísima joven de la alta sociedad penquista a la que había intentado cortejar: Teresita Ferrer. Sin embargo, a los Ferrer no les cayeron muy en gracia los avances del entonces joven sargento.

No solo estimaban que su hija no podía casarse con alguien con ese grado, sino que además el muchacho aquel no pertenecía a las familias «bien» de Concepción o Santiago, horror de horrores. Es cierto que era muy educado, que además era inteligente y atractivo, pero la familia esperaba alguien más... ¿Cómo decirlo? como ellos, un «GCU» (Gente Como Uno), como los siúticos arribistas de Concepción le dicen desde siempre a quienes creen que, igual que ellos, son socialmente aceptables.

Y no, Vicente Benavides, hijo del carcelero de Quirihue, no era un GCU.

No obstante, cuando se presentó de nuevo en la casa de los Ferrer,

las cosas habían cambiado mucho. Ya era un teniente que estaba pronto a ascender de nuevo y se codeaba con todos los altos mandos del ejército realista. Sus modos se habían refinado notablemente y ahora la familia, que había decidido irse a vivir por un tiempo a Santiago, accedió a la unión. Además, había un hecho innegable: Vicente Benavides estaba irremisiblemente enamorado de Teresita. Si su pedigrí y educación eran algo que podía cuestionarse, era imposible no darse cuenta de la veneración que sentía por ella.

A punto ya de casarse, ese año Benavides se destacó combatiendo en la batalla de Chacabuco y en el sitio de Talcahuano. Al año siguiente continuó cimentando su fama como un oficial feroz en Cancha Rayada.

La buena estrella lo abandonó en abril de 1818, cuando fue arrestado en Maipú, junto a su hermano Timoteo. Estuvo detenido durante tres meses en la cárcel pública, que por aquel entonces se encontraba en la Alameda de las Delicias, hasta que un día de tormenta en Santiago lo sacaron a la rastra del calabozo en que se encontraba recluido.

Amarrado de pies y manos lo lanzaron a la parte trasera de una carreta junto a su hermano y un piquete de soldados enfiló con ellos, en medio de la lluvia, rumbo al sector de Pajaritos, más allá de la Alameda y cerca de donde comenzaba la antigua ruta hacia el mar. A un costado del camino hicieron descender a los prisioneros y los llevaron hacia un bajío, que no se apreciaba desde la ruta principal.

Los patriotas no estaban dispuestos a cometer el mismo error de nuevo. Se pararon a escasos quince metros de ambos y el oficial a cargo del grupo dio la orden de dispararles. Ambos cayeron al barro, cubiertos de sangre. Luego de la descarga múltiple, un sargento se acercó a los dos cuerpos. Desenfundó su espadín y con él asestó varias puñaladas a los hermanos. Tras ello, los soldados se retiraron.

Si hubieran quedado testigos, se habrían impactado de ver lo que sucedió a continuación, porque unos diez minutos más tarde el cuerpo de Vicente Benavides, semicubierto por el de Timoteo, que había caído arriba, comenzó a moverse.

Sí, la buena estrella había retornado. Benavides solo había sido rozado por las balas. Tenía heridas leves en los brazos y hombros y quemaduras de pólvora en sus ropas, pero eran solo lesiones

superficiales. Una de las balas le había dado en la parte superior de la cabeza, generando un gran sangrado, pero nada más. Era un simple raspón, como mucho. Una de las estocadas del sargento le rozó también la piel, pero lo que realmente se había ensartado en esa hoja filosa habían sido sus vestimentas y parte de la carne de su hermano.

Miró hacia todos lados y se dio cuenta de que estaba completamente solo. Cogió algunos jirones de la ropa de Timoteo, a quien ni siquiera alcanzó a llorar, se vendó la cabeza y comenzó a caminar a prudente distancia del camino principal, hasta que encontró una modesta mediagua, a más de un kilómetro de allí, en dirección a Santiago.

—Ayuda, me asaltaron —dijo a los humildes habitantes del lugar, que lo miraron espantados, al ver su desastrosa estampa.

Le creyeron. Lo ayudaron a limpiar sus heridas, le dieron agua y comida y luego de ello le proveyeron de ropas limpias. Ya más repuesto, al día siguiente partió caminando en dirección a Santiago. Si dicho viaje tomaba habitualmente medio día, era ya de anochecer cuando se acercó al centro de la capital. Todo el trayecto lo había hecho con mucho sigilo, caminando apartado del camino y ocultándose cada vez que veía a alguien.

Su objetivo era llegar a la calle San Diego, donde estaban residiendo desde algunos meses sus suegros, aunque estimaba que en ese momento solo debía de estar allí la madre de Teresita, María Santibáñez, junto a Leticia, su prima compinche de toda la vida.

La mujer quedó de una pieza cuando vio aparecer a su yerno, a quien ya daban por muerto. De hecho, le explicó, Teresita se encontraba en Concepción vestida de negro desde hacía ya varios días. Doña María mandó a un empleado a cumplir dos mandados de inmediato. El primero fue pedirle a un médico amigo que fuera a examinar las lesiones de Vicente. El segundo fue ir a buscar a don Juan Castellón, un importante político penquista avecindado también en Santiago, familiar de los Ferrer y, a diferencia de estos, leal a la causa patriota, a tal punto que era amigo personal del comandante en jefe del ejército patriota, el argentino José de San Martín.

La revisión física concluyó pronto y luego Castellón se quedó conversando con Benavides. Con acritud le hizo ver lo delicada de su posición. Apenas se dieran cuenta de que había sobrevivido saldrían a

buscarlo como una marabunta.

Es difícil saber cómo lo convenció, pero sabiendo que las opciones se le agotaban, el prófugo le pidió que organizara una reunión con San Martín.

—¡Es una locura! —replicó Castellón.

—Entiendo vuestra posición, mi señor —le dijo con humildad—, pero sé que si logro que él me escuche se convencerá de mi sinceridad y adhesión a la causa patriota —insistió varias veces, hasta que finalmente Castellón cedió.

Capítulo 27

EL ESPÍA

1818-1819
Chile

A la mañana siguiente Castellón fue a ver a San Martín. Luego de hacerle jurar que todo lo conversado sería entre ambos, le reveló que Vicente Benavides había sobrevivido a la ejecución y que pedía una reunión con él. A diferencia de lo que Castellón suponía, San Martín no se opuso de inmediato.

—Puede ser arriesgado, don Juan. Sin embargo, hemos de reconocer que ese Benavides tiene un par de cojones bastante grandes y que necesitamos un espía en el ejército enemigo. El único que nos iba quedando lo perdimos en Cancha Rayada —razonó, accediendo a la petición.

Esa misma noche San Martín se reunió con Benavides y Castellón en la esquina de la plaza de armas de Santiago ocupada por la catedral. El segundo imploró perdón por su renuncia anterior, juró lealtad y le dijo a San Martín que sería el más leal e intrépido espía que tendría a su haber.

San Martín aceptó, no sin antes darle una advertencia: si lo traicionaba, él mismo comandaría el grupo de fusileros. Después le indicó que debía irse de inmediato a Chillán, a fin de que se pusiera a disposición del coronel Ramón Freire, quien le indicaría lo que les interesaba saber. Para ello, le proveyó de un pasaporte firmado por él mismo.

Tal como estaba presupuestado, Benavides partió a Chillán, donde habló con Freire, luego de lo cual por fin pudo viajar a Concepción a ver a su amada esposa. Unas semanas después se reincorporó al ejército realista, que ahora estaba al mando de Juan Francisco

Sánchez.

Las cosas en el sur estaban bastante complicadas. En mayo, el patriota Manuel Bulnes ya había tomado Parral y emprendido un combate constante e irregular en contra de las guerrillas rurales que asolaban las zonas precordilleranas y el valle central, especialmente la de los hermanos Pincheira.

En noviembre de ese año, con Chillán en manos de los realistas, comenzó una sucesión de cruentas batallas que se extendieron hasta 1819. Los patriotas (provistos de la información que les hacía llegar Benavides) acechaban a los realistas, hasta que los obligaron a abandonar Concepción, ciudad que para Juan Francisco Sánchez era un reducto de terroristas patriotas. Lo único que le interesaba era llevarse de allí a las monjitas del convento de las trinitarias, españolas casi en su mayoría y por ende compatriotas suyas. Pese a algunas maledicencias que le llegaron a Sánchez acerca de que esas monjas habían tenido tratos con los jesuitas muchos años ha, no le importó: eran españolas como él y debía evitar que cayeran en las garras de los subversivos.

Las monjas intentaron protestar. Dijeron que necesitaban un par de días para recoger todo lo que requerían, organizar sus libros, los baúles, etc., pero Sánchez no les dio tiempo alguno: debían huir de inmediato, pues se decía que los patriotas estaban llegando a la orilla del río Andalién, en el límite norte de la ciudad. Él ya tenía dispuestas varias lanchas para cruzar el Bío Bío hacia el sur, así es que no había espacio para dubitaciones.

Con lo puesto, las treinta monjas y sus doce criadas partieron rumbo a la orilla del río. Finalmente, luego de ser atacado en Los Ángeles, Sánchez decidió replegarse totalmente, rumbo a Valdivia.

Gran parte de su tropa, dispersa a la vera del río Bío Bío y en la zona costera de Arauco, decidió no solo rendirse, sino también unirse a la causa de los revolucionarios.

Entre quienes habían quedado atrás estaba Benavides. Derrotado Sánchez, no había problema alguno para decir de manera pública que era un patriota y que siempre había estado al servicio de la idea republicana. Los patriotas se asentaron en la ciudad de Concepción y desde allí Freire dio un nuevo encargo a su espía: viajar hacia el sur,

hasta Angol si era necesario, para buscar a los demás desertores del ejército español y ofrecerles que se cambiaran de bando.

Ese fue el primer contacto de Benavides con algunos caciques del pueblo mapuche, con los cuales negoció a los pies de la cordillera de Nahuelbuta: les explicó que venía un nuevo gobierno y que podrían asociarse para buscar a Sánchez. Algunos aceptaron, pero a otros la idea les resultó completamente indiferente: realistas o patriotas, todos ellos eran huincas y, por ende, no había nada que negociar con ellos.

Como sea, los patriotas comenzaron a seguir de cerca lo que iba quedando del ejército imperial, cada día más disminuido y famélico, pero este consiguió escapar. No obstante, Benavides regresó a la ciudad cubierto de gloria: había logrado que una gran parte de los soldados enemigos se plegaran a la causa.

Sin embargo, el regreso no fue todo lo pletórico que él hubiera querido. Apenas ingresó a su casa supo que algo malo había pasado allí. Teresita, su esposa, estaba sombría, apagada, mustia. Le costó varios días que confesara lo que había ocurrido. Ella se negaba, pero finalmente le contó. Durante la ausencia de su marido, un capitán patriota se había presentado de noche en la vivienda, argumentando que le llevaba un mensaje de parte de su esposo. Preocupada de que alguien pudiera verla introduciendo a un hombre extraño a su casa en medio de la oscuridad, ella le pidió que le dijera por medio de la puerta, pero el oficial irrumpió en la casa y la tiró contra un sofá, luego de lo cual se abalanzó encima, para tratar de violarla.

Sin embargo, Teresita Ferrer se defendió como una fiera. Pensó en gritar, pero poco sacaría: después de que los realistas arrasaran con la ciudad casi todas las casas vecinas estaban desocupadas.

Capítulo 28

GUERRA A MUERTE

1819-1820
Chile

Como pudo, la esposa del montonero logró zafarse de los brazos de aquel delincuente vestido de oficial y cogió el atizador del fuego, con el cual propinó varios golpes muy fuertes al sujeto, quien, ante la resistencia, optó por huir de allí.

Vicente Benavides decidió que tarde o temprano mataría a ese sujeto. Quizá, unos años antes, se habría dirigido al cuartel general, habría entrado y apuñalado sin miramientos al agresor. No obstante, conocedor como era ya del poder, llegó a la conclusión de que ese oficial, muy cercano a Freire, era un síntoma de la podredumbre que llegaba al país de la mano de los patriotas y se prometió a sí mismo que nunca más estaría en el mismo lugar con uno de ellos.

Así las cosas, decidió desertar de nuevo de las filas. A la noche siguiente, ya en febrero de 1819, atravesó el Bío Bío en medio del sigilo de la oscuridad y se reunió con los últimos desertores de Sánchez que había reunido, unos ciento cuarenta hombres a los cuales había dejado en Mitrinhue, cerca de Santa Juana, a la espera de tener suficientes botes como para poder pasarlos a todos a la orilla norte del río.

—¡Que viva el rey y viva España! —gritó ante ellos, sacando un par de carcajadas.

Sin contemplaciones, se dirigió al primero de los soldados que se había reído y le atravesó el corazón con su puñal.

—¿Alguno más de vosotros se quiere reír de Fernando VII? —preguntó.

El silencio fue absoluto. Más tarde, algunos de los soldados dirían

que estaban seguros de haber escuchado que les habían ofrecido unirse a los patriotas pero, bah, seguramente no habían entendido bien.

Ese fue el inicio de la guerrilla de Benavides. Tras limpiar las armas que tenían y dejarlos descansar durante el día, a la noche siguiente, el 21 de febrero, atacaron el pequeño reducto patriota estacionado en Santa Juana. Fue un triunfo resonante. Capturaron completo el pañol de armas, mataron a veinte soldados y atraparon al teniente Antonio Riveros y a veintisiete combatientes más.

Luego de eso, Benavides decidió marchar al sur, fortalecido por las nuevas armas, la tropa engrosada con los desertores de Santa Juana y la moral en alto. Obtuvo un nuevo triunfo en Negrete y desde allí decidió emprenderla contra Los Ángeles. Cada vez con más descolgados uniéndose a su causa, así como mapuche y campesinos, arrasó con la ciudad.

Freire se dio cuenta de que habían creado un monstruo, pero creyó que quizá se podía negociar. A esas alturas ya habían tomado como prisionera a Teresita y, por medio de un emisario, ofreció entregársela, a cambio del teniente Riveros. El intercambio se efectuó a un costado de la laguna de Talcamávida, a unos cuarenta y cinco kilómetros al sur de Concepción. Las tropas de Freire se encontraban varios kilómetros río abajo y como señal de buena fe Riveros fue enviado con un par de soldados hasta allá.

Ante ello, Freire mandó hacia el campamento a Teresita, fuertemente custodiada por quince patriotas, al mando del teniente Eugenio Torres. Luego de abrazar y besar a su adorada esposa, Vicente Benavides agradeció a Torres y acto seguido le disparó en la cabeza. Sus tropas dieron cuenta de los demás soldados patriotas. Ese era el único mensaje que le interesaba transmitir a su enemigo: guerra a muerte.

Freire regresó a Concepción, donde había sido nombrado intendente, comprendiendo que vendrían días muy difíciles y no estaba equivocado. Para abril, Benavides ya contaba con un ejército de seiscientos hombres con los cuales avanzó hacia dicha ciudad. Las tropas de Freire lograron repelerlo apenas y entonces el montonero decidió cambiar de destino: Los Ángeles. Estaba cerca de allí cuando lo atacó otro grupo mercenario: la montonera encabezada por Dámaso

Morales, que mató a cuatro de sus soldados.

Los meses siguientes no fueron favorables para el hijo del carcelero de Quirihue. Estableció una especie de cuartel general en la ciudad de Arauco y aunque allí prosperó una suerte de república independiente, en la cual generaron leyes y dinero propio, las incursiones que efectuó a distintos poblados no dieron muchos resultados al principio.

De hecho, logró escapar por los pelos de las tropas patriotas en Santa Juana, a inicios de mayo, las cuales lo siguieron hasta Carampangue, hasta que luego de una serie de batallas menores, Benavides volvió sobre esa vieja obsesión que era para él Concepción, envalentonado porque en agosto una de sus divisiones había asaltado Talcahuano, robando una goleta y porque a fines de septiembre su ejército, que ya llegaba a dos mil quinientos hombres, arrasó con los patriotas en la batalla de Pangal, ejecutando a todos los oficiales enemigos que capturaron.

A esas alturas, Benavides ya había logrado establecer comunicaciones seguras con las tropas realistas de Valdivia, desde donde le llegaron tropas, armas e incluso un cañón.

En medio de todo ello, recaló en Arauco la goleta inglesa *Dolores*. Benavides mandó a uno de sus comandantes, Antonio Carrero, a tomársela. Así lo hizo y bingo: se encontraron con un premio de caza mayor, pues a bordo del navío viajaba un ingeniero inglés llamado Agustín Borne y Anderson, junto a su esposa, María Nieves Puga Riquelme de la Barrera, nada menos que una media hermana de Bernardo O'Higgins.

Enceguecido por el odio que tenía en contra del Director Supremo, Benavides mandó a ejecutar a todos los tripulantes de la goleta. Carrero, sin embargo, le hizo presente que en ella iban varios civiles, incluyendo a un hombre llamado Francisco Campos, que viajaba con su hijo de ocho años.

—A todos —ordenó perentoriamente el caudillo.

Luego de que Carrero cumpliera la instrucción recibió un regalo inesperado: Benavides lo nombró capitán del buque recién capturado. Su primera orden fue dirigirse en él a Chiloé, con el fin de conseguir más armas y dinero.

Hacia diciembre de 1819 la situación era crítica en Concepción. Casi

no quedaba comida y ante ello el intendente Freire mandó a cincuenta hombres a San Pedro, al otro lado del río, a robar ganado. Sospechaban que quizá había tropas de Benavides ocultas en el cerro de Andalué, pero la hambruna era masiva y no les quedaban muchas opciones. Fue una pésima idea. En efecto, los realistas acechaban en las laderas y apenas vieron asomar a sus enemigos los atacaron en forma despiadada. Allí mismo mataron a quince soldados. Otros treinta se ahogaron tratando de cruzar a nado el Bío Bío y los cuatro que sí pudieron escapar relataron que el capitán que los comandaba, el polaco Pedro Kursky, uno de los oficiales más experimentados en el ejército rebelde (pues, entre otras cosas, había servicio en la campaña de Rusia en 1812) había sido capturado.

Luego de haber tratado de asaltar Yumbel sin éxito y después de varios meses recluido en su reducto de Arauco, en mayo de 1820 Benavides emprendió la que sería su mayor campaña. El 2 de mayo sus tropas atacaron Talcahuano y el éxito fue rotundo. Saquearon por completo la ciudad y capturaron varios barcos. Benavides le ordenó a otro de sus comandantes, Juan Manuel Picó, que tomara el mejor y fuera hasta El Callao a solicitar ayuda al virrey de Perú, Joaquín de la Pezuela. En el puerto encontraron también una moderna imprenta a la cual el líder revolucionario dio uso inmediato, imprimiendo billetes con su efigie.

A esas alturas, ya no se desplazaba a parte alguna sin una verdadera guardia pretoriana que le rendía pleitesía como si fuera un dios griego. Un par de meses después, Picó regresó del Perú y venía con buenas noticias: el virrey De la Pezuela había enviado una enorme cantidad de armas, comida y dinero. Además, había ascendido a Picó al grado de teniente coronel de dragones a caballo y a Benavides a coronel del ejército de su majestad Fernando VII.

Para que el nombramiento sonara legítimo, el virrey había tenido la delicadeza de enviarle además dos mudas de un uniforme de coronel verdadero. Junto con ello, venía un alto de decretos del virrey, ya firmados, por medio de los cuales Benavides podía otorgar los grados que quisiera a sus soldados, todo lo cual lo revestía de una legitimidad de la cual había adolecido hasta entonces.

Los espías que tenía en Santiago y Valparaíso, además, le habían

informado de que salvo el regimiento de Freire (que había sido trasladado a Santiago, pero que regresaría al sur) todos los soldados chilenos estaban siendo preparados para partir a la expedición libertadora del Perú. Con ello, estimó Benavides, quedaban a su merced Concepción, Santiago y Valparaíso.

Luego de que a fines de agosto le confirmaran que las tropas patriotas ya habían zarpado hacia Perú, el coronel Benavides comenzó a mover sus piezas. Sus hombres protagonizaron una serie de batallas, entre ellas las de Pangal y Tarpellanca. En esta última cayeron los jefes patriotas encabezados por el mariscal Pedro Alcázar, comandante militar de Los Ángeles. Tanto a él como a sus oficiales se les indicó que les sería perdonada su vida, pero no solo fueron asesinados todos, sino también sus familias. Alcázar, además, fue empalado.

El 28 de septiembre se ordenó que fuera evacuada Concepción. Era inminente la llegada de los montoneros y la única posibilidad que les quedaba a los penquistas era ir a refugiarse a lo que quedaba de Talcahuano.

Los cálculos no estaban errados. El 2 de octubre Benavides hizo su entrada en gloria y majestad a la misma ciudad en la cual su esposa había sufrido un ataque sexual. Lo primero que hizo fue dirigirse a la casa del capitán que había mancillado el honor de su mujer y, aunque por supuesto no había nadie, se dio el gusto de incendiarla por completo.

Benavides decidió tomar para sí el palacio de gobierno, frente a la plaza principal. Dijo que a contar de ese minuto asumía como intendente de Concepción (pese a que Freire estaba muy cerca de allí, en Talcahuano) y como comandante en jefe del ejército del rey en Chile.

Tras ello, comenzó a dictar decretos acerca del expendio de alcohol, de los impuestos que se debía pagar (a él, por supuesto), ordenó la incautación de las casas de los patriotas y, en medio de todo ello, puso cuadrillas de soldados a reconstruir los estropicios que había sufrido la ciudad.

Uno de los primeros lugares que decidieron reparar fue el convento de las monjas trinitarias, a un par de cuadras de su nuevo domicilio.

El autodesignado intendente conocía la historia de la huida de las

religiosas y, siendo muy católico, su idea era reconstruir dicho lugar y luego enviar a un batallón a buscar a sus dueñas a su exilio, cercano al pueblo de Lebu (a unos ciento treinta kilómetros al sur de Concepción, en plena zona mapuche), donde las había dejado Sánchez, para restituirles su propiedad.

Capítulo 29

GUERRA A MUERTE

11 de octubre de 1820

Concepción

El segundo día de faenas, sin embargo, se presentó en su despacho el sargento que había dejado a cargo de la cuadrilla, un muchacho que había nacido en Valdivia. Según le relató, cuando procedieron a retirar los restos de madera quemados del convento, que había sido arrasado por los patriotas, sacaron una serie de tablones carbonizados desde donde estimaban que había estado la cocina, descubriendo que abajo había un subterráneo. Mandó dos soldados a revisar si había algo allá abajo y estos regresaron diciendo que estaba lleno de cuencos viejos, platos, pedazos de madera y un baúl metálico muy grande, de casi un metro y medio de largo, de unos 80 cm de alto y lo mismo de ancho.

Era bastante pesado, pero con un par de cuerdas consiguieron subirlo. Era un baúl de muy buena factura, confeccionado con lo que parecía ser hierro de excelente calidad. Tenía un par de manijas metálicas en los costados y en la tapa un discreto grabado en bajorrelieve: la figura de una cruz y la sigla «IHS». La tapa estaba asida por seis candados de gran grosor.

El sargento supuso de inmediato que allí adentro podía encontrarse algún tesoro. Había escuchado cientos, miles de historias semejantes, y lo primero que cruzó su cabeza fue lo obvio: abrir aquel cofre, repartir lo que hubiera adentro y huir de allí. Sin embargo, se dio cuenta de inmediato de que era una pésima idea. Siempre hay alguien que comete una torpeza y termina hablando. Había visto la suerte que había corrido el mariscal Alcázar y no quería que le pasara lo mismo.

—Hiciste muy bien en venir a contarme, muchacho. Ubiquen a Ferrebú y que nos vea en el convento de las monjitas —ordenó

Benavides al teniente que estaba ejerciendo como su ayudante en la intendencia, tras lo cual partió junto al sargento y sus escoltas al lugar.

Unos diez minutos más tarde llegó el cura Ferrebú, quien fue conducido al sitio donde reposaba el baúl.

—¿Tenéis alguna idea de qué significa eso? —le preguntó el montonero, apenas entró el sacerdote, mostrándole la sigla «IHS».

—*Iesus Hominum Salvator*, IHS. Es una frase en latín. En español es: «Jesús es el salvador de los hombres». Es el lema de la Compañía de Jesús —explicó.

—Vaya, vaya. Esto se pone más interesante a cada momento —comentó Benavides, que en su vida había visto jesuita alguno. Pero sí sabía, por supuesto, de todas las historias y riquezas secretas que se les atribuían.

—Abrid el baúl —ordenó.

Varios soldados rodearon la caja con diablitos metálicos con los cuales, por varios minutos, estuvieron luchando contra los candados, hasta que finalmente lograron forzarlos todos.

El montonero estaba convencido de que apenas esa tapa se levantara, sus ojos quedarían poco menos que cegados ante el resplandor surgido desde dentro del cofre. Imaginó que su interior estaría rebosante de coronas de oro, diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas y otras maravillas que, como punto en común, brillarían hasta niveles inconcebibles por la mente humana.

Sin embargo, era poco lo que brillaba. Casi nada, en realidad. Más bien, los extraños elementos que había en medio del polvo —que era lo primordial dentro de esa caja— eran grises, opacos, de tonos terracota, muy distintos de lo que soñaba.

Ferrebú, no obstante, entendió de inmediato ante qué se hallaba. Su fe se había debilitado mucho durante los últimos años. Cuando la espada remplazaba al amor a Dios, reflexionaba, queda poco tiempo para dedicarse a la trascendencia, pero en ese minuto, al ver todo aquello ante sus ojos, cayó de rodillas al suelo.

Se persignó en la frente, luego a cada lado del pecho y posteriormente dibujó cruces con su mano derecha sobre toda la parte superior del pecho. Mientras gruesas lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos, juntó sus manos en posición de rezo y empezó a musitar una

oración que nadie alcanzó a entender.

No obstante, Benavides asumió que debía estar pasando algo muy importante y que lo que correspondía era hacer lo mismo, así es que también se arrodilló y se puso a rezar, por lo tanto todos los demás —obvio— hicieron lo mismo.

El sacerdote permaneció unos quince minutos en esa posición. Benavides estaba comenzando ya a impacientarse, cuando por fin el cura se incorporó. Iba a hablar, pero antes de ello Benavides ordenó que los dejaran solos. Los soldados que habían visto el interior del baúl, fuera lo que fuera su contenido, ya estaban en una posición delicada y supuso que Ferrebú le explicaría algo complejo, así es que mientras menos orejas hubiera que cortar después, tanto mejor.

—Os escucho.

—Señor intendente… lo que tenéis ante la vista es quizá el mayor tesoro del cristianismo, quizá el mayor tesoro con el que puede soñar la humanidad entera —le dijo.

Capítulo 30

OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE, MANO POR MANO

09 de octubre de 1820

Concepción

Benavides volvió a mirar al interior de ese baúl. Sí, había un par de esculturas con forma de ángel, muy sucias, que parecían ser de oro, aunque eran de pequeño tamaño, quizá de unos 10 cm de alto. Más oro había encontrado él en la casa de gobierno de Concepción. Lo demás eran pedazos de madera apolillada, que se deshacía al tacto, mucho aserrín, algunos copones de latón de pésima calidad y unas especies de planchas de algún tipo de piedra muy dura. Una estaba quebrada por la mitad y la otra tenía una esquina desprendida. Ambas estaban talladas con cientos o quizá miles de caracteres de arriba a abajo, en dos columnas. Eran caracteres muy extraños, de un tipo que Vicente Benavides jamás había observado.

—No veo ningún tesoro —se quejó.

—Señor, lo que estáis viendo es, sin temor a equivocarme, el tesoro del rey Salomón, el hijo del rey David. Esos trozos de madera deben ser de acacia y esos ángeles que veis allí son, en realidad, los querubines que tenía el arca de la alianza... —decía, cuando Benavides saltó hacia atrás, como poseído por alguna mano invisible.

—Me acuerdo de ella. Me hablaron del arca cuando niño. Espantos vivían dentro de ella —reclamó el caudillo, haciéndose eco de lo que le habían enseñado de niño. Ferrebú se rio por dentro, pero mantuvo el semblante firme.

—Os aseguro que si alguna vez esa arca tuvo algún poder sobrenatural, ya no es así. De lo contrario, no sería polvo eso que vemos allí, señor. El arca no es más que una caja, un recipiente que

por cierto, como dice la Biblia, estaba decorado con láminas de oro por todas partes, las que no vemos aquí, por lo cual lo más probable es que en algún momento las hayan robado. Sin embargo, eso no es lo relevante, sino lo que tiene adentro. Esas tablas que apreciáis ahí son las tablas de la ley, las piezas de piedra extraída del Monte Sinaí en las cuales Moisés talló los mandamientos...

—Se ven harto más que diez y... ¿no que Moisés los había quebrado tras bajar del monte aquel? —preguntó Benavides, aún mirando desde cierta distancia.

—Lo que pasa es que, como todo lo relacionado con la Biblia, debéis entender que la historia se ha simplificado —señaló, explicándole que la historia que relata el Éxodo básicamente señala que luego de huir del cautiverio en Egipto, Dios (Yahvé, para los judíos) se manifestó llenando de fuego, humo y temblores el monte Sinaí, a cuya cima había descendido.

Allí, relató Ferrebú, se reunió con Moisés, quien había subido a la cima. Luego de ello, dictó una serie de mandamientos a Moisés, entre ellos los diez más conocidos: que Dios es Dios, que no habrá otros dioses, que no se adorará a dioses falsos, que no se usará su nombre en vano, que se descansará el séptimo día, que hay que honrar a los padres, que no hay que matar, ni cometer adulterio, ni hurtar, ni dar falso testimonio, ni codiciar la casa, mujer, el asno o el burro del prójimo.

Sin embargo, detalló el religioso, en el mismo acto Dios entregó una serie de otras normas a Moisés, entre ellas las relativas a la esclavitud, al permiso para que los hombres tomaran otras mujeres sin disminuir los privilegios de la primera, la pena de muerte para quien mate o secuestre a otro y el famoso ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

Benavides se quedó pensando. En la parroquia de Quirihue le habían hablado alguna vez del «ojo por ojo», pero creía que se aplicaba solo a eso, al derecho a sacarle el ojo a quien hiriera a otro en un ojo. Acababa de comprender que era mucho más amplio. Le pidió a Ferrebú que repitiera esa parte. El cura no puso objeción alguna:

—Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie,

quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe —señaló, observando cómo los labios de su jefe se movían repitiendo cada palabra, pues obviamente estaba tratando de grabarse la línea completa en la memoria. Cuando pareció satisfecho de la maniobra le pidió que siguiera.

Ante ello, Ferrebú le comentó que en Éxodo 21 figuraba una buena cantidad de otras normas muy llamativas, como la obligación de liberar a un esclavo si el amo le había hecho perder un ojo o un diente, la obligación de matar a un buey si corneaba a alguien y de matar al dueño también, si este sabía que el animal era agresivo.

También, detalló el sacerdote realista, había leyes sobre restitución, como la obligación de pagar si alguien era sorprendido robando una casa, o un buey o una oveja. Lo mismo sucedía si alguien encendía fuego y quemaba los sembradíos de otro.

—Son leyes muy interesantes. Deberíamos dictar un código legal completamente basado en ellas. ¿Qué pensáis? —preguntó Benavides, imaginando el futuro imperio que estaba convencido comenzaría a forjar desde Concepción.

—Así es, son leyes muy sabias. Y hay más —apuntó Ferrebú, que tenía un talento natural para detectar cuando el montonero estaba interesado en algo.

—Por favor, contadme —le dijo.

El religioso había extraído una pequeña Biblia desde su morral y comenzó a leerle algunas de las disposiciones del Éxodo, partiendo por las normativas relativas a las «doncellas», pues le comentó que si alguien se acostaba con una mujer que no era su esposa estaba obligado a casarse con ella y entregar una dote a su padre. Si este se rehusaba, la dote debía ser más alta, equivalente a la que se pagaba por una mujer virgen. Al mismo tiempo se establecía la pena de muerte absoluta para cualquiera que practicara hechicería y zoofilia. En otro plano, se prohibía el préstamo de dinero con interés y además Dios mandataba que el primogénito de cada familia debía ser sacrificado para él.

—Esperad, esperad… ¿entendí bien? —preguntó Benavides.

Ferrebú se contrarió un poco.

—Es necesario comprender el contexto de la época, señor. El tema

del sacrificio es una alegoría, porque si leéis con atención os daréis cuenta de que en realidad Dios no quiso decir eso —trató de explicar, pero su líder lo detuvo.

—No, no os pregunto por eso. Esas son imbecilidades. Os pregunto por lo del préstamo sin interés. ¿Me estáis diciendo que según Dios yo no le puedo cobrar a alguien si le presto dinero, aunque pasen años sin que me paguen?

—Bueno, esa es una norma que se observó hasta hace no muchos años ha, en toda la Europa cristiana, señor.

—Mmmh… no tiene mucho sentido. Ya, abreviad qué más dicen esas tablas —ordenó.

Ferrebú le reiteró que él no sabía hebreo antiguo ni muchos menos arameo, que eran las alternativas de lenguaje en que presumía podían estar esas tablas y, por ende, tampoco sabía si allí estaban contenidas todas las leyes que detalla el libro del Éxodo.

—Lo entiendo.

Ante ello, el cura retornó al relato, contando que había prohibición expresa de cometer soborno, que había que efectuar tres fiestas anuales en honor a Dios, etc.

—A cambio de todo eso, Dios le prometió a Moisés que él iba a cuidar y guiar a los judíos a Canaán, la tierra prometida. Moisés bajó del monte y le explicó todo esto al pueblo de Israel, que aprobó la alianza con Dios, luego de lo cual Moisés «escribió todas las palabras del señor», como dice en Éxodo 24:4. Por eso presumo que las tablas no solo se referían a los primeros mandamientos de Dios, sino a todo lo que este le dijo a Moisés, que acabo de resumiros —comentó Ferrebú.

—Es muy razonable que sea como decís.

—Así es. El problema es que unos días más tarde Dios le ordenó a Moisés que subiera de nuevo a la cumbre del monte. Estuvo allí por cuarenta días, durante los cuales recibió la instrucción de hacer una serie de ofrendas a Dios y también que construyera el arca de la alianza, según las indicaciones que ya sabemos: de madera de acacia, revestida de oro, tapa de oro, que no se ve por parte alguna; argollas del mismo material, que tampoco están. También le ordenó fabricar una especie de altar móvil, con una mesa de acacia enchapada en oro,

un altar del mismo material, un candelabro de oro puro y un tabernáculo, una suerte de tienda hecha de cortinas unidas con broches de oro, que tenía un atrio al centro y veinte columnas para las cortinas, etc. Asimismo, están ahí las instrucciones de cómo hacer los «holocaustos»; es decir, sacrificios de animales que luego eran quemados y mucho más.

—Insisto: ¿y las tablas quebradas?

—Paciencia, señor, paciencia. Estamos llegando.

Así, el cura Ferrebú le relató que mientras Moisés estaba en la punta del cerro, literalmente, el pueblo de Israel comenzó a pensar que este los había abandonado. Ante ello, Aarón sugirió usar los anillos y pendientes de oro que tenían para fundirlos y crear un becerro de oro, para adorar a Dios. Así lo hicieron, cuando Moisés bajó del monte con las dos tablillas recién grabadas entre sus manos, vio el becerro y las danzas que hacía su pueblo alrededor del ídolo falso. Fue tanta su indignación, que lanzó las tablas al suelo, destruyéndolas con sus pies. Algunos días más tarde, según relata el Éxodo 34, Dios le ordenó a Moisés que labrara dos tablas idénticas a las primeras. Posteriormente, cuando los judíos se establecieron en lo que hoy es Jerusalén, guardaron las tablas en el arca de la alianza y se supone que la tenían en el Templo de Salomón, el cual fue resguardado durante muchos años por los monjes de la Orden del Temple, que justamente se llamaba así por el Templo de Jerusalén.

—¿Cómo llegó esto acá? Ni idea, mi señor, pero su valor es inconmensurable, os lo aseguro —terminó.

Benavides se paseaba mirando hacia el interior de las tablas. No se atrevía aún a tocarlas, pero tenía claro que si todo ello era cierto, como parecía ser, efectivamente tenía en sus manos un tesoro de un valor incomparable pues, por muy católico que fuera, no le cabía duda alguna de que el Vaticano, el rey de España o quizá el zar Alejandro estarían dispuestos a entregar millones y millones a cambio de ese tesoro.

Fernando VII, quizá, le podría entregar Chile completo y, por qué no, Perú y La Plata. Podría tener su propio reino, su propio imperio, pero era necesario actuar con el máximo sigilo posible. Él mismo debería viajar a negociar en persona, al menos a Lima, quizá a Europa.

Carrera, ciertamente, podría ser un buen aliado en todo eso.

—Mi buen Ferrebú: yo me iré ahora de aquí y os dejaré al cuidado de ese cofre. Responderéis con tu vida por él, y echaréis a correr la noticia de que se trataba de un baúl sin importancia, que solo contenía algunas baratijas de cobre de las monjas, nada importante. Os voy a dejar a cinco de mis guardias personales, para que los mandéis a conseguir candados nuevos, latón y brea. Quiero que la recubran por completo y la sellen por todas partes, por si hay que moverla, por si alguien quiere saber que hay dentro, lo que sea. Por lo mismo, independiente de la brea, le vais a poner cadenas y candados también. En la noche, cuando nadie los vea, la vais a llevar a la casa de gobierno.

—Como ordenéis, señor. ¿Diremos lo mismo a los hombres que estaban conmigo originalmente? Ellos alcanzaron a ver lo que había adentro.

—Despreocupaos de ellos —le dijo, saliendo hacia la calle, donde lo esperaban su numerosa guardia y también el sargento y los soldados que habían descubierto el cofre.

—Usted, sargento, venid —ordenó, apuntando al muchacho, que acudió presto.

Le preguntó dónde estaban los demás miembros de la patrulla. Él los llamó. Eran cinco jovencitos. El sargento, un muchacho de origen eslavo y de apellido Milis, tendría poco más de veinte años. Los demás, dieciséis o diecisiete.

—Capitán, todos estos sujetos están detenidos por alta traición. Ejecutadlos de inmediato —ordenó a uno de sus escoltas, tras lo cual se fue caminando en dirección a la plaza, mientras algunos metros más atrás parte de su jauría asesinaba a bayonetazos a los desgraciados muchachos.

Esa misma noche se sentó en el magnífico escritorio de caoba negra que hasta algunas semanas atrás había pertenecido a Ramón Freire. Usando la pluma de ganso que también era del intendente y militar patriota, escribió una breve carta destinada a José Miguel Carrera.

Sin darle mayores detalles, por si era interceptada, estimó que la misiva iba a despertar su curiosidad y era solo cosa de esperar una respuesta, aunque sabía que eso significaba meses, si es que la carta

llegaba a su destino, primero a Estados Unidos y luego a Uruguay, donde estaba Carrera. Le molestaba ese largo rodeo, pero eran las condiciones que el prócer había establecido.

Lo que no sabía, sin embargo, es que la dirección de Manhattan donde estaban enviando las cartas ni siquiera correspondía a la casa de Joel Poinsett, sino a la Gran Logia Unida de Nueva York, donde el excónsul en Chile tenía una casilla de correo. Benavides tampoco sabía que, en realidad, Poinsett era el consejero más cercano que tenía Carrera y es por eso que a muchos que querían acercarse al padre de la Patria les decían lo mismo: que escribieran a Nueva York, por razones de seguridad.

Es cierto que los espías de San Martín hacían sus mejores esfuerzos por interceptar la correspondencia de Carrera, pero el desvío de las cartas hacia América del Norte tenía un sentido más de tipo estratégico, pues además de que Poinsett filtraba aquellas que merecían ser conocidas por Carrera, si alguien políticamente incorrecto —como Benavides— se quería dirigir a él, no quedaban rastros de esa comunicación.

Terminó a eso de la medianoche.Ya se había mandado a confeccionar varios sellos de lacre y decidió usarlos todos: intendente de Concepción, comandante en jefe del ejército del rey en Chile, y coronel de infantería. Actuaba como lo hace siempre la gente insegura y patética, aquella cuyo solo nombre no basta por sí mismo y tienen que llenar sus pies de firma con grados académicos, cargos y otras futilidades por el estilo.

Luego llamó a Ferrebú, que había llegado media hora antes a la casa de gobierno con el baúl y le pidió que buscara a los dos mejores jinetes que pudiera, explicándole que debían conseguir enviar una carta a Estados Unidos, en forma urgente.

El sacerdote se cuadró militarmente y recibió las instrucciones para después salir presuroso a cumplir con la misión que le habían encomendado.

Capítulo 31

EN DESBANDE

1819-1820

Concepción-Arauco

El 25 de noviembre Benavides organizó una fuerte embestida contra Talcahuano. A inicios de octubre ya había incursionado exitosamente contra el puerto, pero había sido una acción relámpago, cuyo objetivo era básicamente constatar las defensas que poseían los patriotas. Poco antes habían perdido al último espía que les quedaba en las huestes enemigas y por ello estaban prácticamente a ciegas.

No obstante, Benavides estaba más confiado en sí mismo que nunca. A los dos títulos que se había inventado y a su grado de coronel, ahora exigía además que se le reconociera como rey de la Araucanía y la Patagonia. Sus casi dos meses ejerciendo como seudointendente lo tenían convencido de que podía gobernar algo más grande que el pueblo de Arauco, y todo ello —pensaba— era porque Dios lo había elegido.

Ciertamente, él ya tenía algunos indicios de aquello. ¿Escaparse dos veces de la muerte como lo había hecho él estando en manos de los patriotas? Eso no podía ser casualidad, creía, como tampoco podía serlo que decenas de veces las balas realistas hubieran pasado silbando su cuerpo o su cráneo, sin nunca darle de lleno. Y claro, el cofre con las tablas de la ley. Únicamente a un elegido de Dios podría serle revelado un tesoro como aquel.

Insuflado por tanto éxito, cuando esa madrugada marchó al frente de sus tropas con destino al puerto, a unos quince kilómetros de donde se encontraban, estaba convencido de que sería un nuevo triunfo, pero sucedió todo lo contrario. Sin saberlo, Freire había recibido un importante refuerzo de tropas, las cuales infligieron una humillante

derrota a Benavides, quien debió ordenar que sus soldados se retiraran a toda velocidad de regreso a Concepción.

Dos días más tarde, Freire decidió pasar al ataque. Apenas despuntó el alba, sus milicias ingresaron en masa por el sector de Laguna Redonda, para luego tomarse el cerro Chepe, donde propinaron una primera derrota los patriotas, poco antes de mediodía. Luego, como si fuera un solo cuerpo, los realistas avanzaron en cosa de minutos hasta las faldas del cerro Caracol, donde se encontraron con el resto de las tropas, en la alameda penquista.

La batalla fue brutal y los resultados, hacia la media tarde, indicaban ya un desastre. Benavides y parte de su guardia se habían movido hacia una casa de seguridad ubicada a las orillas del río, donde cada cierto tiempo llegaba un mensajero con novedades de lo que acontecía. A eso de las cinco de la tarde, el emisario le señaló que un batallón completo de soldados de Coquimbo, que se les habían unido unos meses antes, había decidido regresar al redil patriota, por lo cual marchaban desde su cuartel temporal en el cerro Amarillo, rumbo a la alameda.

—Hay que evacuar —opinó Carrero.

Teresita estaba en la mansión que ambos estaban ocupando, ubicada en plena alameda. Apenas supo de la invasión de Freire había enviado una patrulla de buscarla, a fin de que la llevaran a la casa de seguridad, pero los soldados no habían regresado con ella. De todos modos, su esposa contaba con su propia guardia, de cincuenta hombres, los que sin duda darían su vida por ella, pero se negaba a irse de allí sin ella.

—No. Debo ir a rescatar a mi mujer —señaló, poniéndose de pie y ciñéndose la espada al cinto.

—Debemos irnos, Vicente —apuntó Senociaín, otro de sus comandantes.

—¡Intendente para todos vosotros, hijos de la gran puta! —gritó, golpeando la mesa.

Senociaín hizo un esfuerzo supremo por contenerse y no decirle alguna imbecilidad, pero no fue necesario, pues en ese mismo momento el mensajero abrió la puerta, agitado.

—Los patriotas barrieron ya con nuestra tropas, señor, y viene una

avanzada hacia acá, por lo menos doscientos hombres. Están a unas doce o quince cuadras de acá. Si os váis ahora, os atraparán.

Benavides comprendió que no había salida. Todos corrieron hacia los caballos que esperaban afuera. Cinco hombres llevaron varios bultos, entre ellos el baúl, hasta un carretón de un eje, y la caravana partió a toda velocidad hacia Chiguayante, donde tenían una serie de botes escondidos.

Cuando estaban terminando de cruzar el Bío Bío, llegando al inicio del camino a Santa Juana, Benavides se volteó a mirar. La ciudad ardía en llamas y una enorme nube de humo cubría todo el sector sur de la ciudad, como si fuera una especie de hongo que tapaba parte del cerro Caracol y el centro de Concepción.

—Es una prueba del señor. Teresita está viva. Ya volveremos a por ella —le aseguró Ferrebú, sabiendo que en ese estado emocional el caudillo era capaz de decapitarlo sin siquiera pensar, pero la reacción fue completamente opuesta.

—Sí, el señor me está poniendo a prueba, Antonio, qué duda cabe, y esta es una prueba muy, muy dura, pero tienes razón. Nos repondremos y volveremos a buscarla —prometió.

Los realistas se replegaron a un campamento que tenían en lo alto del cerro Idahue. Desde allí podían ver parte de Concepción, Chiguayante y San Pedro. Además, era un lugar bastante escarpado, por lo cual repeler cualquier ataque era una posibilidad bastante más cierta que en cualquier otra parte.

Los sobrevivientes de la matanza de la alameda fueron llegando de a poco a Idahue. Sabiendo que el principal contratiempo que tendrían sería el cruce del río Bío Bío, de casi dos kilómetros de ancho en esa zona, organizaron un sistema para ir a buscar en bote a los fugitivos a Chiguayante cada noche, lo cual funcionó exitosamente, hasta que el campamento creció y llegó a albergar a unos mil hombres en cosa de semanas.

La mejor noticia de todas fue la llegada de un teniente que era parte de la escolta de Teresita. Según le explicó a Benavides, apenas detectaron la batalla decidieron salir de la casa, llevándose a su protegida hasta una vivienda del sector de Nonguén, al otro lado de la ciudad.

—Está a salvo. No tienen cómo encontrarla de ningún modo, pero mi señora quiere reunirse con vos, intendente. Sin embargo, nuestra estimación es que lo mejor que se puede hacer es mantenerla escondida en el lugar donde se encuentra. Es una quinta que pertenece a la madre de otro oficial, pero nadie sabe de ella. Está al lado de un estero, por lo cual hay agua fresca y tienen abundantes granos, animales, frutas, etc. En Concepción ya no hay comida.

—Y acá tampoco, teniente. No, vamos a hacer dos cosas. A contar de este minuto habéis ascendido a capitán. Lo segundo es que la traeréis acá, pues debemos evacuar este lugar también, ya que en cualquier momento nos atacarán. Conozco bien Nonguén. Ahí empieza el cerro que bordea Concepción y que luego se llama «Caracol», y que sigue hasta Chiguayante.

—También conozco bien el trayecto, mi señor. Es bastante abrupto, pero por ahí pude llegar hasta el río. Sin embargo, temo que quizá sea muy agreste para misiá Teresita. Y muchas gracias por el ascenso, señor. Me honráis.

Pese a esas palabras, Benavides abandonó la expresión de agradecimiento que tenía solo segundos antes.

—Mi Teresita es capaz de andar por cualquier lugar, de hacer lo que sea, teniente, ya lo veréis. Ahora, no me huevee más y volved a Concepción. Pasado mañana en la madrugada yo cruzaré a esperarla en el embarcadero.

—Como ordenéis, mi coronel —se cuadró el joven oficial.

—Y no vayáis a creer que le quité el grado de capitán, ah. Era una broma. Adelante, capitán —agregó Benavides, dándose cuenta de que no era muy astuto de su parte enemistarse con el único oficial que sabía dónde estaba su esposa.

El teniente devolvió el gesto con una sonrisa y salió de allí sabiendo perfectamente bien qué había sucedido.

Dos madrugadas más tarde, Vicente Benavides desembarcaba a eso de las cuatro de la mañana en la orilla norte del Bío Bío, en el inicio de Chiguayante.

Como no quiso arriesgar a nadie más, estaba solo en ese lugar junto a uno de los guardaespaldas. Pasaron varias horas agazapados, escuchando con mucha atención los ruidos de la noche y, salvo una

güiña que los quedó mirando y luego huyó, nada sucedió hasta que notaron que el sol comenzaba a despuntar desde el oriente.

Fue en ese momento cuando el caudillo comenzó a sospechar que quizá todo ello no era más que una emboscada, un viejo cazabobos destinado a hacer que él se fuera a meter a las fauces del león por su propia voluntad. Casi sin darse cuenta, se encontró a sí mismo implorando a Dios en silencio, pidiéndole que así como lo había salvado de los realistas tantas veces, como lo había bendecido con el amor de Teresita, como le había enviado ese regalo divino que estaba en el baúl de los jesuitas, le diera una vez más, aunque fuera una sola vez, la oportunidad de poder besar los dulces y sinuosos labios de su Teresita.

Y Dios cumplió o, al menos, eso es lo que pensó cuando, ya casi de día, el teniente apareció junto a su amada, que venía vestida de hombre y completamente rasmillada. Luego de besarla y acariciarla, le prometió que nunca más se separarían.

Acto seguido, quiso saber por qué se habían atrasado tanto.

—Nos encontramos con una patrulla patriota que está vigilando en lo alto del cerro, mi coronel, justo en la mitad. Seguramente deben estar esperando un ataque nuestro desde Chiguayante o San Pedro y desde allí tienen una panorámica bastante completa. Eso me obligó a tener que rodearlos y en medio del bosque fue complejo mantener la orientación, sin luz alguna —explicó el oficial, que también lucía varios moretones.

—Muchas gracias por cuidar de ella, mi buen capitán. Regresemos a nuestro campamento —propuso Benavides, convencido de que la buena estrella había regresado a su lado. De hecho, fue así, pues cruzaron el Bío Bío a plena luz, sin que nadie los avistara.

Una vez en el campamento, henchido del don de Dios, reunió a sus comandantes.

—Señores, ahora comienza nuestra venganza. Senociaín y Carrero vuelven conmigo a la zona de Arauco. Picó, llevaos a la mitad de los hombres que nos quedan y atacad San Pedro, Santa Juana, Hualqui, Talcamávida, Nacimiento, San Carlos, Purén, Los Ángeles y Santa Bárbara. Hagan mierda todo lo que encontréis.

Picó miró en forma inexpresiva a Senociaín y Carrero. Los tres

pensaban lo mismo, pero el interpelado fue quien lo verbalizó, a riesgo de hacer estallar a su jefe.

—Con todo respeto, mi coronel, debo deciros que las tropas que tenemos están exhaustas, con hambre y son muy pocas. Creo que no es factible una campaña militar de ese volumen en las condiciones en que nos encontramos. Quizá si pedimos una nueva ayuda en Valdivia o Chiloé… —decía, cuando Benavides lo interrumpió con la mano, en forma muy suave.

—Creo que no me expliqué bien, comandante, mis disculpas. No he pensado en momento alguno en una campaña militar, para nada, sería imposible. Lo que estoy haciendo es dando chipe libre a las tropas que estarán bajo su mando. Id con ellos, atacad de madrugada y huid de inmediato, y que los soldados sepan que ya no hay distingo entre civiles y militares. Todos aquellos que no están contra nosotros son nuestros enemigos, sin importar su edad o sexo. ¿Estamos? —preguntó.

Los tres comandantes se miraron de nuevo, tratando de expresar lo menos posible con los ojos.

—Estamos —respondieron al unísono.

Y fue así como Picó dedicó los seis meses siguientes a ejecutar una verdadera campaña del terror en contra de todos esos poblados. Sus hordas atacaban de noche, siempre en las partes externas de las ciudades. Prendían fuego a todas las viviendas que podían y cuando los pobladores huían los asesinaban allí mismo, no sin antes —si es que les alcanzaba el tiempo— violar a las mujeres. Luego saqueaban todo cuanto podían y escapaban por algún camino previamente estudiado.

Los meses siguientes fueron de mucha actividad en Arauco y también un tiempo en el que Vicente Benavides se impuso un nuevo objetivo: el mar. Ya había capturado un par de navíos antes, pero era momento de crear una verdadera flota naval. Con ella podría atacar Valparaíso y desde allí marchar hacia Santiago, o con ella podría reunirse con Carrera en cualquier parte de mundo, o quizá partir a Europa a vender el baúl o también dedicarse a uno de los negocios más florecientes en ese momento: la caza de ballenas, especialmente de cachalotes, los que eran muy cotizados por las enormes cantidades

de espermaceti, el aceite que almacenaban en sus cráneos y que era el principal combustible que se usaba en todos los continentes, sin contar con todo lo que se podía obtener de la venta de la carne y los subproductos que se fabricaban a partir de las vísceras y huesos.

Mejor aún, estaba seguro de que así como tarde o temprano el virrey lo investiría como general, quizá incluso podría recibir el grado de almirante.

Para ello se trazó un plan. Desde Arauco pensó que era necesario cruzar en chalupa hasta la isla Santa María (el barco que tenían estaba en Chiloé embarcando nuevas tropas), uno de los principales cotos de caza de ballena y también un importante centro de abastecimiento de víveres para los balleneros norteamericanos. Era el lugar ideal para ir a capturar barcos.

Capítulo 32

EN LA FAUCES DE LA BALLENA

1820

Isla Santa María

Sin embargo, el trayecto no era sencillo, pues entre otras cosas en él subyacía un peligro importante para los cazadores de ballenas: el cachalote gigante conocido como Mocha Dick, que vivía en las inmediaciones de la isla Mocha y que se había hecho famoso por su resistencia a ser cazado. A diferencia de la mayoría de las ballenas que huían despavoridas al entender —con su extraordinaria inteligencia— que las estaban cazando, Mocha Dick atacaba a sus agresores.

Tal como lo recogiera el estadounidense Jeremiah Reynolds en la primera crónica que se escribió al respecto, dicha ballena rondaba esos mares al menos desde 1810: «Se sabe de numerosos botes hechos añicos por sus inmensos aletazos de cola o hechos pedazos por la mordida de sus poderosas mandíbulas y se dice que, en cierta ocasión, libró victoriosa de un conflicto con las tripulaciones de tres naves balleneras inglesas, tras golpear violentamente al último de los botes que huían de ella, justo cuando era alzado al buque».

Reynolds no era muy preciso en sus medidas, pero decía que tenía «una espalda atestada de arpones y entre cincuenta a cien yardas de cabos serpenteando en su estela».

Justamente el principal problema que tuvo Benavides para la implementación de su nueva estrategia fue que el mito estaba muy extendido. La mayoría de los hombres de mar con que contaba (los cuales andaban en Chiloé) sabían perfectamente bien que Mocha Dick solo atacaba si la intentaban cazar. De lo contrario, no molestaba a nadie, pese a que era muy visible. Sin embargo, la mayoría de los soldados creía que era una especie de demonio marino que las

embestía contra cualquier navío que divisara.

Finalmente, logró convencer a trece hombres de subirse con él a un bote con el cual cruzarían los quince kilómetros que había desde el sector continental más próximo (Punta Lavapié) a la isla.

Fue entonces que sucedió algo extraordinario. Estaban ya a unos ocho kilómetros de la costa cuando observaron un enorme chorro de agua que salía desde el espiráculo de una ballena, a unos doscientos metros por delante de ellos.

Benavides se dio cuenta de inmediato de que la mancha grisácea que había allí debajo era Mocha Dick. Lo supo porque a pesar de estar quizá a un metro de profundidad, encima de ella, sobre el agua, se veía algo así como bastoncitos, como cabos de vela que aparecían y se escondían en medio del oleaje: eran las puntas de los arpones, unos veinte o treinta al menos, que llenaban el lomo de esa bestia enorme, de por lo menos unos veinte metros de longitud.

Si no fuera por el agua que acababa de expeler, cualquiera habría pensado que la ballena estaba muerta. Sin embargo, apenas el bote detuvo su curso, quedando solamente a merced del vaivén acompasado de las olas, se dieron cuenta de que, en realidad, aquel enorme animal se estaba moviendo, pero muy lentamente, como si estuviera disfrutando del agua, como si estuviera en un baño de burbujas o algo así.

Susurrando, el italiano Maineri, que estaba a cargo de la vela, preguntó al coronel si la rodeaban.

Benavides negó con la cabeza. No quería decirlo delante de los tripulantes, pero temió que si la ballena se llegaba a sentir amenazada por la mancha de la superficie que para ella era aquel bote, seguramente los destruiría.

Mientras pensaba qué hacer se produjo lo impensado: sin advertencias previas, la ballena se hundió en el agua a toda velocidad, desapareciendo de la vista de los asustados soldados.

Benavides hizo un movimiento de cabeza al piloto, para que este reanudara la marcha. Alcanzaron a avanzar cerca de un kilómetro cuando Mocha Dick volvió a aparecer, saltando fuera del agua, a menos de cien metros de ellos. Fue un salto enorme, completo, como el de un gato jugando. Vieron hasta su cola. Era como si una montaña

emergiera delante de ellos y cayera allí mismo, mojándolos por completo y sacudiendo la chalupa hasta casi volcarla, lo que hizo que la mayoría de los soldados comenzaran a gritar y a implorar por sus vidas.

—¡No se asusten, no se asusten! —comenzó a gritar Benavides, sin saber qué más decirles, pero su cerebro aún funcionaba con claridad y rapidez y entendió que si la ballena hubiera querido destruirlos lo habría hecho sin problema alguno.

¿Estaba intimidándolos? Quizá, pero eso no tenía mucho sentido tampoco. Con un aletazo los habría dejado más aterrorizados aún. Además, reflexionó el montonero, ellos no representaban amenaza alguna contra aquella bestia. Ahí fue cuando supuso que lo que acababan de ver era algo muy distinto. Alguna vez había escuchado decir que las ballenas vivían lo mismo que los humanos, sesenta, setenta o más años, y que sus ciclos de vida eran parecidos. Sabía también que Mocha Dick llevaba azotando barcos desde diez años antes.

Era una ballena niña, una adolescente quizá, de unos diez o quince años, que ya había crecido todo lo que podía crecer, pero que no estaba agrediéndoles. Se acordó de su casa de Quirihue, llena de ratones y de cómo los gatos que tanto le gustaban de niño jugaban con ellos.

—No se asusten, no se asusten, ¡está jugando! —les gritó.

Los soldados devenidos en marinos lo miraron asombrados y uno de ellos no pudo evitar incurrir en lo que en cualquier otro momento habría sido un claro acto de insubordinación.

—¿Qué chucha decís, mi coronel?

—Que está jugando, como si fuera una niña. Sabe que no le haremos nada y solo quiere mostrarnos lo grande que está, lo alto que salta, lo lindos que son sus saltos… —señaló, generando una enorme extrañeza entre la soldadesca, que nunca, jamás, había escuchado a su jefe decir palabras tan delicadas como «lindo» y aunque nadie le creyó todos se quedaron callados.

Un minuto después ese torpedo de sesenta toneladas de peso volvió a emerger del agua, esta vez a unos doscientos metros de distancia, pero a la derecha de la chalupa, saltando más alto aún, lo que llevó a

Benavides a levantar su puño y gritar un ¡hurra!, más que nada porque ello confirmaba de algún modo su idea.

Siete minutos después Mocha Dick emergía desde la izquierda, a unos doscientos cincuenta metros de ellos. Esta vez todos los marinos aplaudieron y gritaron en honor al cetáceo y tiempo después, cuando Benavides contaba la historia, decía que estaba seguro de que había establecido contacto visual con ella y que, en sus ojos, vio la felicidad que uno puede ver en cualquier ser humano que es aplaudido por alguna hazaña infantil.

Después de eso hubo otros dos saltos, igual de espectaculares que los primeros, y aunque estaban todos completamente mojados, coincidieron después en señalar que había sido uno de los mejores días de sus vidas, sobre todo porque tras ese despliegue de saltos, la ballena comenzó a navegar al lado del bote hasta que, un par de kilómetros antes de la costa de la isla, se sumergió, lanzando un enorme chorro de agua, a modo de despedida.

Capítulo 33

EL PIRATA BENAVIDES

1820-1821

Arauco

Fue luego del encuentro con Mocha Dick cuando el montonero decidió que, si llegaban a capturar un ballenero o más, por ningún motivo darían caza a esos animales tan magníficos, sino que los usarían para otros fines.

Esa misma noche Benavides y sus hombres abordaron el ballenero estadounidense *Hero,* que se encontraba atracado en el muelle de la isla. Fue muy simple asaltarlo. Los tripulantes, que todo el mundo en el mar tenía por unos tipos muy rudos y salvajes, se rindieron en menos de cinco minutos, luego de los dos primeros muertos.

Benavides sintió un profundo desprecio por aquellos cobardes que salían a cazar ballenas indefensas y no eran capaces de oponer alguna resistencia frente a sus iguales. Los insultó un buen rato, cuando ya todos estaban amarrados, uno atado al otro, y luego ordenó zarpar rumbo a Arauco. Era un trayecto mucho más largo, quizá unos cuarenta y cinco kilómetros, y por lo mismo el coronel estaba seguro de que verían nuevamente a Mocha Dick. Pese a que el invierno ya estaba comenzando, el agua estaba calma y la noche despejada. Vio algunos chorros de agua de menor tamaño a lontananza, pero ninguno de ellos pertenecía, por cierto, a esa valerosa ballena.

Aburrido, ordenó que los prisioneros fueran arrojados al agua.

Una semana más tarde, ya con el *Hero* navegando con una falsa bandera chilena, encontraron la siguiente presa: era un buque estadounidense de gran tamaño, un carguero llamado *The Ocean,* el cual abordaron en plena alta mar a unos veinte kilómetros de la isla Santa María, hacia el occidente. Esta vez el triunfo fue un poco más

difícil, pues los marinos de *The Ocean* estaban muy bien provistos de armas y municiones.

Benavides perdió a casi la mitad de sus hombres en el lance, pero luego de dos horas de combate logró controlar el barco. Y claro, apenas bajaron a las bodegas comprendieron la razón del celo con que sus hombres lo cuidaban: no solo estaban repletas de ron, carne seca y queso, sino que además había miles de rifles, aunque casi nada de municiones.

Una vez en el cuartel general de Arauco no salían de su asombro al contar el botín: ese barco llevaba casi cinco mil rifles. Ni juntando todos los soldados de Chile había suficientes para tantas armas. ¿Cuál era el destino de ellas? Alguna potencia europea, seguramente, aunque nunca se supo. Lo único que quedó en claro es que gracias a ello Benavides se convirtió en el principal *dealer* de armas del cono sur del continente. Esta vez, sin embargo, decidió no deshacerse de inmediato de los tripulantes, pues se trataba de sujetos bravíos y que disparaban bien.

En el puente de mando paró a todos los prisioneros, casi treinta, y por medio de un traductor, les explicó quién era: el coronel de infantería don Vicente Benavides, comandante en jefe del ejército del rey Fernando VII en Chile, intendente de Concepción, soberano absoluto de la Araucanía y, ahora, almirante de los mares del sur.

Para esos marinos, provenientes en su mayoría de puertos como Baltimore o Boston, eran puras imbecilidades y Benavides se dio cuenta del desdén con que lo miraban. Así es que sin decir algo, se acercó al primero de ellos y le disparó en la cabeza.

—Ya les dije quién soy. Ahora quiero saber quiénes se van a unir a mi ejército —preguntó.

Quince levantaron la mano. Los demás fueron ejecutados en el acto.

Unos mil rifles fueron vendidos a la montonera de los hermanos Pincheira, que actuaban en la precordillera chillaneja y al otro lado de la cordillera, y cientos más fueron vendidos a particulares en todo el país, gracias a los agentes viajeros que Benavides creó a partir de ese momento.

Casi dos meses más tarde, cerca de Talcahuano, cayó otro buque estadounidense, el *Herselia*, que iba repleto de ganado y trigo, lo que

permitiría terminar el invierno sin contrariedades, teniendo en cuenta que la población del campamento montonero en Arauco ya alcanzaba las casi tres mil personas, incluyendo en la tropa a los marinos extranjeros esclavizados, los cuales aumentaron significativamente su número con el *Herselia* y luego con el *Perseverance*, un ballenero británico que llevaba sus bodegas rebosantes de espermaceti, tanto que podía proveerles de iluminación durante años. Aunque Benavides ahora se declaraba como un amigo y defensor de las ballenas, no despreció en lo más mínimo dicha carga.

Para fines de septiembre de 1821 Vicente Benavides se sentía invencible de nuevo y decidió que era tiempo de la embestida final. Sabía que buena parte del ejército patriota, al mando del capitán Bulnes, se encontraba en Chillán.

Sin haber obtenido respuesta alguna de Carrera decidió que atacaría allí primero, con el fin de debilitar a los patriotas, para luego retroceder hacia el sur y retomar Concepción. Esta vez, el montonero estaba seguro de que los penquistas lo apoyarían por completo, puesto que el hambre estaba causando estragos en lo que quedaba de la ciudad. Después de varios años de ser el centro de las batallas entre realistas y patriotas, Concepción estaba completamente destruida. No era más que una ruina y Benavides se había autoconvencido de que quienes seguían allí lo recibirían como un salvador, como una especie de profeta que venía a aliviar su sufrimiento.

Y, por supuesto, después de eso, vendría el premio mayor: Santiago. En sus noches de insomnio, cuando era tanto el aguardiente que había bebido que se le espantaba la borrachera y simplemente no podía dormir, se imaginaba a sí mismo ingresando a la capital, en un caballo castaño al que bautizaría Bucéfalo, como el famoso caballo de Alejandro Magno. Detrás de sí irían sus comandantes, llevando el estandarte del rey y también la bandera mapuche cuyo diseño había hecho él mismo.

Teresita iría en un carruaje tirado por los británicos y estadounidenses que tenían de esclavos, aliviándose del agobiante calor del verano santiaguino con un fino abanico y vestida enteramente de blanco, como creía que habría vestido Cleopatra. Se imaginaba parado al frente del cabildo, aclamado por las multitudes,

adorado por las mujeres, amado por los niños y los animales.

Por cierto, tenía claras muchas de las cosas que haría. Una de las primeras sería dictar un nuevo código de leyes basado en el libro del Éxodo, pero por sobre todo en aquella idea que tanto le había gustado: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe. Y sí, lo había pensado muy bien: aboliría por completo el préstamo con interés y también ordenaría el fin inmediato de la caza de ballenas.

Que se iluminen con velas hechas de grasa los huevones, pensaba.

Esta vez, además, no cometería errores como los del pasado. No solo mandaría a fusilar o empalar a los oficiales patriotas y sus familias, sino que a todos los prisioneros. Estos eran un problema: había que alimentarlos e incluso curarlos de sus heridas. ¿Y para qué? ¿Para que te dispararan apenas pudieran? No señor, muchas gracias. No de nuevo.

Además, la Biblia lo decía. Ojo por ojo. Si un patriota le disparó a un soldado realista, no cabía la clemencia, lo decía el libro sagrado.

—Todo eso de poner la otra mejilla, perdonar y ponerse en el lugar del otro son puras mariconerías —comentó un buen día a Teresita, quien se daba cuenta, pero nada decía, de los cambios que estaba experimentando el ánimo de su marido.

Sus comandantes lo venían notando tiempo atrás también. Fue a fines de septiembre cuando los tres estuvieron juntos de nuevo, luego de que Carrero, que ahora estaba a cargo de toda la flota, desembarcara en Arauco.

Con extremo sigilo los oficiales se reunieron durante la noche e intercambiaron sus puntos de vista. Picó fue quien puso el tema sobre la mesa. Dijo derechamente que Benavides estaba enloqueciendo y que tenía delirios místicos.

—Una noche, hace ya un par de meses, me dijo que Dios hablaba con él, que todo lo que hacía lo hacía porque Él se lo ordenaba y que, además, este le había dado poderes sobrenaturales. ¿Se acuerdan de esa historia que siempre cuenta sobre el cachalote aquel, Mocha Dick? La tercera o cuarta vez que me la dijo aseguró que él controlaba la mente de la ballena, haciéndola saltar a un lado u otro —aseguró, consiguiendo que Carrero y Senociaín estallaran en carcajadas.

Mientras Senociaín se secaba las lágrimas, Carrero tomó la palabra.

—Hay que reconocer la lealtad que tiene con su mujer. Se le puede acusar de muchas cosas, pero debe ser el hombre más fiel del mundo. Nunca nadie lo ha visto siquiera mirando a otra mujer —dijo, generando una mueca de asombro de Senociacín.

—Pero tiene las tejas sueltas... —replicó este.

—Sin duda. Solo decía que la única lealtad que posee es hacia Teresa, porque aparte de ella no tiene fidelidad a nada. ¿Cuántas veces se ha cambiado de bando? ¿Cuántas veces ha sido patriota y media hora después es un perro servil al servicio del virrey y del rey? ¿Cuánto tiempo más debemos soportar sus conductas erráticas y contradictorias? —preguntó, con bastante violencia.

—A ver, yo soy el primero en reconocer que está mareado con el poder y con las estupideces místicas que le mete en la cabeza ese cura de mierda de Ferrebú y sí, todos sabemos de su historial, pero a mi modo de ver, él es quien tiene el sartén por el mango ahora. Cuenta con la lealtad de la tropa y además, lo sabéis bien, es un héroe en Lima, lo mismo que en Valdivia y en Chiloé —argumentó Senociaín, un poco escandalizado con la pregunta final que se hacía su colega, que estaba muy cerca de la incitación al homicidio.

Picó también se dio cuenta de que estaban entrando en zonas peligrosas.

—Sinceramente, lo que me más me preocupa en este momento es que quiere atacar Chillán y esa no es una buena idea. Yo mismo le dije que es un lugar muy complejo y que, además, ese coronel Prieto que tienen ahora al mando del ejército del sur es muy astuto. Recuerden lo que pasó hace unos días nomás —rememoró.

Se refería a lo sucedido el 6 de septiembre en la madrugada, cuando la policía secreta creada por Prieto en esa ciudad, a la cual llamaban eufemísticamente «La Junta de Vigilancia», dio con una de las casas de seguridad que les quedaban. Capturaron a las cuatro personas que estaban al interior: los espías Candelario Ibacache y Fermín Garrido, y sus parejas, Manuela Mendoza y Catalina Sobarzo.

Sin juicio, sin interrogatorio, sin nada, los cuatro fueron colgados en la plaza de la independencia. Luego, la Junta de Vigilancia, dirigida por tres patriotas, dio con quien era sindicado como el líder de los

espías, un sacerdote español llamado Fernando Gómez, quien fue detenido con su hijo (así es, tenía varios hijos) y la madre de este, a quienes presumía que usaba como correos. Sin embargo, no era llegar y colgar un sacerdote así es que, a diferencia de los primeros ejecutados, en el caso de Gómez se inició un juicio. Pese a todo ello, aún quedaba un par de espías y gracias a ellos sabían que Prieto se había movilizado hacia Chillán, pues presumía que Benavides atacaría dicha ciudad.

—Os aseguro que nos deben tener infiltrados hasta las masas —se quejó Carrero, quien coincidió con que la idea de que ir a Chillán era absurdo, no solo porque allí estaba el grueso del ejército enemigo, sino que, además, era una ciudad conocidamente patriota. La población civil saldría a defenderse con todo. Pidieron su opinión a Senociaín, quien estimó lo mismo.

—Hay otro factor, además. Llevamos meses, casi un año quizá, acampando acá, al lado del mar, con temperaturas muy agradables, con buena alimentación e hidratados. El calor en Chillán, ya en estas fechas, es muy fuerte. Cualquier coronel comprendería que eso ya es una desventaja —señaló, tras lo cual los tres decidieron que irían en conjunto a plantear sus inquietudes.

Capítulo 34

LAS FAUCES DE LA TRAICIÓN

12 de septiembre de 1821

Arauco

La reunión fue un fracaso absoluto. Ellos sabían muy bien que Benavides era tozudo y también paranoico, por lo cual comenzaron de manera muy suave a decirle que veían algunas «desventajas» en la idea de asaltar Chillán.

—Decidme, comandantes —les dijo con seriedad.

Carrero fue quien tomó la palabra, efectuando una breve síntesis de las complicaciones estratégicas que suponía dicho asalto.

Benavides lo escuchó con atención y luego regresó a su escritorio. Abrió el cajón y desde el interior de este extrajo un sobre que se limitó a mostrar.

—¿Sabéis qué es esto? Una carta que me mandó ese hijo de puta... ¿cómo se llama? Ah, José Joaquín Prieto. Me dice que nuestro querido virrey De la Pezuela fue derrocado en Perú y que ya no queda nada del antiguo Imperio español en el sur de América, que me rinda ahora y que tendré derecho a un juicio justo. ¿Sabéis que le respondí? Que se fuera a la misma mierda, que yo, mis soldados y especialmente mis comandantes lucharemos por nuestro rey Fernando VII aunque nos quede un solo hombre. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo con eso?

Sí, algunos tablones de la escalera que era su cerebro se comenzaban a desmoronar, pero aún quedaban otros bastante firmes. La pregunta que acababa de formular era muy capciosa, pero además peligrosa. Todos ellos eran oficiales del ejército español, sin duda alguna, y aunque De la Pezuela hubiera sido depuesto, su superior era el coronel Benavides.

—Somos leales oficiales al servicio de nuestro soberano —aseguró

Carrero.

Picó y Senociaín asintieron con toda seriedad.

—¿Son oficiales leales ante el comandante en jefe del ejército del rey en Chile? —inquirió a continuación. Esta era una pregunta aún más capciosa que la anterior. Todos sabían que no existía un cargo llamado «comandante en jefe del ejército del rey en Chile». Sin embargo, lo que les estaba pidiendo era una muestra de adhesión a su persona.

—Así es —dijo Picó.

—Siempre —agregó Senociaín.

—Sí —dijo Carrero en forma lacónica.

—Así me parece. Sería inaceptable cualquier otra cosa. Es más: sería alta traición y sedición, pero no necesito decíroslo a vosotros, pues sé que seríais incapaces de algo así —aseveró, mirándolos fijo.

Senociaín no aguantó esos ojos penetrantes y se sintió compelido a decir algo.

—Obvio, por supuesto, mi coronel —aseveró, sin que Picó y Carrero añadieran algo.

—Dicho eso, debo informarles que marcharemos en un par de días sobre Chillán. ¿Algún comentario más? ¿No? Lo imaginaba. Muchas gracias, comandantes. Que tengan un buen día —les dijo, despidiéndolos.

Apenas sus oficiales salieron del caserón que usaba como cuartel general, Benavides llamó a Ferrebú, quien se encontraba en la planta baja discutiendo algunos asuntos con su secretario.

—Tenéis razón. Esos conchasdesumadre están complotando en mi contra. Vinieron a decirme ellos, ¡a mí!, lo que debemos hacer.

—Qué atrevimiento —opinó el sacerdote.

—Por supuesto, juraron todas las lealtades del caso, dijeron estar comprometidos conmigo y con la causa del rey y todas las mierdas que se dicen en estos casos, pero yo vi sus caras. Los miré a los ojos, los desafié con mi mirada y aunque sus lenguas dijeron un montón de mentiras, me di cuenta de inmediato. Obviamente los amenacé en forma muy solapada, pero no se dieron por aludidos.

—¿Y el líder? —inquirió Ferrebú.

—De nuevo debo felicitaros, mi querido Antonio. Tal como lo

suponías, es ese hijo de puta de Carrero. Seguro que quiere mis cargos, mis dignidades... incluso lo he visto mirando con lujuria a Teresita. Seguro que ese conchasumadre quiere poseerla también, como no le basta con mis títulos y mis triunfos.

—Con todo respeto, misiá Teresita es una mujer muy hermosa, mi coronel. No dudo de que sea efectivo lo que señala, pero creo que deben ser pocos los hombres que no la han mirado con esos ojos, salvo aquellos que somos siervos de nuestro señor Jesucristo —comentó, persignándose a continuación.

—Lo voy a estar observando, Antonio. Lo vamos a estar vigilando. Mejor aún. No lo dejaré ni a sol ni a sombra. Le haré creer que cuenta con toda mi confianza. Cuando no esté conmigo, Antonio, necesito que busquéis un hombre que lo siga y nos mantenga informados de todos sus movimientos y no le contéis a nadie... o sí, puedes contarle a tu hermano, él es de toda mi confianza —declaró, refiriéndose a Mariano Ferrebú. Pese a que este era también un comandante del ejército real, nunca había sido parte del círculo íntimo de Benavides. Ahora lo era.

—Es una excelente idea, mi señor —respondió el servil sacerdote, que había descubierto que asentir en todo lo que dijera su jefe era un excelente medio para vivir con un lujo y placeres que antes ni sospechaba que existieran.

—Gracias, mi querido Antonio. No sé qué haría sin vuestra compañía y confianza. Podéis ir a descansar nomás, no os molestaré con nada más.

Ferrebú le dio los respectivos agradecimientos, llenos de loas hacia la generosidad y sabiduría de su coronel, y se retiró hacia la pequeña casa de adobe que le habían asignado, donde le esperaban las dos mujeres que su jefe le había «regalado». Una era una jovencita mapuche, muy hermosa, que sin embargo se mostraba muy arisca y agresiva con él, por lo que la había dejado encadenada, incluso cuando la poseía (y él no entendía por qué).

La segunda mujer que le habían asignado era otra cosa. Era una británica de tomo y lomo, de unos cuarenta años, de pelo rojo furioso y grandes senos, que iba de pasajera en uno de los buques que habían capturado. No era una mujer muy educada y ninguno de ellos hablaba el idioma del otro, pero no era necesario. Era una tigresa en la cama y

además le mantenía más o menos ordenada la casa. Esa noche Ferrebú llegó de un buen humor, dispuesto a hacerle el amor hasta el cansancio.

Sin embargo, apenas entró alguien se le lanzó encima y le atravesó el corazón con un cuchillo de gran tamaño. Era la gringa, como él le decía, quien desclavó el cuchillo y luego lo apuñaló unas veinte veces más. Acto seguido, con las manos completamente manchadas de sangre, buscó la llave que el fallecido llevaba en su bolsillo y liberó a la muchacha.

Esta miró con agradecimiento a su libertadora y le pidió el cuchillo, que clavó varias veces más en el cuerpo, hasta desfallecer. Acto seguido, ambas huyeron de allí, dejando a Benavides exento de ese hombre en quien tanto confiaba.

Capítulo 35

EL INICIO DEL FIN

Septiembre-octubre de 1821

Arauco

Benavides no tuvo tiempo siquiera de llorar a su camarada, aunque quedó convencido de que si era verdad que aquellas mujeres lo habían apuñalado, es porque las habían instigado. Nadie —creía— podría querer hacerle daño a ese buen curita, decía.

Se convenció de que Carrero y quizá los otros dos estaban detrás del homicidio, pero no tenía como probarlo y no era tan simple irse en contra de ellos. Los tres eran comandantes apreciados por las tropas.

Luego de sepultar a Ferrebú, decidió que había que comenzar a marchar hacia Chillán y así fue como los cerca de mil quinientos hombres que podía movilizar (una buena parte había desertado y otros estaban desperdigados en distintos lugares) iniciaron su avance hasta el norte.

El 20 de septiembre habían llegado ya a Rere y aunque aún no comenzaba la primavera, el calor ya era sofocante en el valle central de Chile, por lo cual el último regimiento de caballería que componía la columna, los dragones que comandaban Picó, Carrero y Mariano Ferrebú, aprovechó las aguas de un brazo del Bío Bío para que los animales bebieran agua y se refrescaran. Más adelante iban los que quedaban del antiguo regimiento de los húsares realistas, frente al cual viajaban Benavides y sus guardias. Un poco más atrás iban los guías, al mando de Senociaín.

No obstante, ellos ni sospechaban que estaban siendo espiados desde un cerro cercano y que los espías de Prieto (que iba en dirección a Chillán, seguro de que Benavides atacaría allí primero), ya habían partido a dar cuenta de las novedades.

La columna realista se vio reforzada más tarde, cuando se les unió el montonero Antonio Pincheira, con cerca de doscientos cincuenta hombres más. Así vista, la fuerza de la expedición de Benavides parecía imparable. Algunos días después, el 1 de octubre, acamparon a unos treinta kilómetros de Chillán.

Allí se encontraban cuando cuatro espías de Prieto, liderados por un hombre conocido como «el Macheteado», cuya identidad real se perdió en los meandros de la historia, se acercaron al lugar chequeando todos los movimientos de los patriotas.

Ocultos en medio de un bosquecillo, escucharon cómo cuatro caballos y sus respectivos jinetes avanzaban en dirección al claro que atravesaba por en medio de los árboles. Era seguro que, como lo habían hecho durante todo el viaje, las tropas de Benavides iban saliendo a saquear alguna vivienda cercana.

«El Macheteado» dispuso atacarlos y así lo hicieron. Tres de los jinetes lograron escapar, pero uno de ellos, el capitán José Ignacio Neira, uno de los oficiales más leales a Benavides, cayó al ser herido por el machete del líder del grupo, pese a que este había recibido, previamente, un disparo que apenas le rozó.

Neira fue interrogado por Prieto en persona y el capitán entregó tantos detalles que le fue perdonada la vida. Aunque el coronel patriota estaba en desventaja numérica, supo varias cosas que antes ignoraba, entre ellas que aunque tenían muchos fusiles, casi no había municiones. Además, el oficial confesó que la mayoría de los soldados era una montonera de campesinos, muchos de ellos reclutados a la fuerza o derechamente secuestrados. Pocos tenían entrenamiento bélico y, peor aún, ya se sabía a todo nivel que los tres comandantes principales estaban conspirando en contra del líder máximo del grupo quien —añadió— muchos creían que estaba enloqueciendo.

El coronel José Joaquín Prieto respiró aliviado al escuchar todo aquello. Aunque habían concentrado en Chillán todas las tropas que habían podido (llevando básicamente las destacadas en Concepción y Talcahuano), eran muchos menos, pero había un factor que jugaba en contra de los realistas y a favor de ellos: todos quienes formaban parte del ejército patriota estaban allí por convicción, por amor a la patria o, incluso, por el odio absoluto que sentían por los realistas, sobre todo

luego de los años de terror que impusieron San Bruno y los Talaveras de la muerte.

Ninguno de sus oficiales o soldados, sabía Prieto, estaba en ese ejército porque lo habían obligado o porque le habían quemado su casa y lo habían forzado a enlistarse, o porque lo habían secuestrado desde un barco ballenero de otra nacionalidad.

—No los dejaremos llegar a Chillán. Los atacaremos mañana mismo —dijo el líder patriota al capitán Manuel Zañartu.

Se encontraban a unos diez kilómetros de distancia, al norte, y Prieto determinó que los espiarían lo más cerca que pudieran, para luego emboscarlos.

Nunca sabremos qué pensaba Benavides realmente, pero luego de la captura de Neira, incluso mandó una carta a Prieto, conminándolo a enfrentarse mano a mano con él (misiva que obviamente no fue respondida).

Luego de eso, decidió seguir avanzando hacia el norte, arrasando con todo a su paso, pues cada día les quedaba menos comida, el agua empezaba a escasear y la temperatura subía y subía. Finalmente, pasando por detrás de Chillán, las tropas de Benavides ocuparon la ciudad de San Carlos, el 7 de octubre, dejando de ese modo asegurada esa plaza, en caso de que llegaran refuerzos patriotas desde el norte. Ya era momento de regresar al sur y ocupar Chillán.

Sin embargo, la tragedia comenzó al día siguiente. Producto de los deshielos cordilleranos, el río Ñuble, que habían cruzado unos días antes sin mayores dificultades, era ahora un torrente violento, profundo y traicionero. Cien soldados y sus respectivos caballos, quizá más, fueron irremisiblemente arrastrados aguas abajo, sin que jamás se volviera a saber de ellos. Los espías informaron a Prieto de inmediato de lo ocurrido y fue así como este dispuso cruzar el Ñuble en otro sector menos peligroso, Cocharcas, lo que lograron hacer sin mayores problemas.

La madrugada del 10 de octubre de 1821 Prieto y Benavides por fin estuvieron frente a frente, en un pajonal muy traicionero llamado Las Vegas de Saldías, aledaño al mismo río. Al darse cuenta de que iban a ser atacados, Benavides decidió tratar de mover sus tropas hacia otro lugar, en vez de afrontar al enemigo.

Antonio Pincheira escuchó con incredulidad cómo el supuestamente bravo comandante en jefe del ejército del rey en Chile ordenaba a Picó huir hacia Tucapel.

—Me lo habían dicho, pero no lo había creído. Eres una mierdita sin cojones. Nos vamos —dijo el montonero chillanejo, indignado por lo que a su entender era una falta de coraje de parte de su par, por lo cual ordenó que su gente lo siguiera.

Apenas comenzó a aclarar la mañana los patriotas vieron, incrédulos, cómo los realistas se metían de nuevo en las heladas y torrentosas aguas del Ñuble, con el fin de tratar de escapar hacia el sur, momento en el cual los atacaron. Al ver la carga furiosa de los patriotas, más de la mitad de los soldados realistas huyeron despavoridos, muchos de ellos ansiosos por recuperar su libertad. Solo la compañía de guías a cargo de Senociaín intentó una resistencia más o menos digna, pero al darse cuenta de la convicción y ferocidad con que eran atacados, comenzaron a huir también y pocos lo lograron. La mayoría de los realistas quedaron flotando en el río, o tirados ya sin vida en sus orillas, sin que se registrara una sola baja en el ejército patriota.

Sí, así fue. En una sola batalla el supuesto gran poderío militar de Benavides se deshizo como si fuera azúcar disolviéndose en un vaso de agua.

Los prisioneros de guerra fueron arrestados y conducidos a Concepción. El plan inicial era, como se había obrado antes con los espías, colgarlos en la plaza, pero el triunfo había sido tan resonante que Prieto quiso dar un giro a la situación y, en vez de ello, decidió indultarlos, mostrando magnificencia y capacidad de perdón.

Al mismo tiempo, sin embargo, seguía atacando militarmente. El primer objetivo fueron las instalaciones de Benavides en Arauco. Cuando los oficiales que estaban allí supieron que los patriotas les respiraban en la nuca, encendieron fuego a todas las viviendas y también a los buques que tenían atracados en esa ciudad, el *Herselia* y el *Perseverance*, luego de lo cual huyeron a toda velocidad hacia el sur, a Tubul, llevando también a Teresita y, por supuesto, al baúl, que tras el homicidio de Ferrebú había quedado bajo la custodia de Nicolás Artigas, hombre de confianza de ella y también de Benavides.

El capitán Manuel Bulnes, en tanto, había partido como un sabueso tras el rastro de lo que quedaba de parte del ejército realista, que había huido a la vera del Bío Bío. Ya en noviembre dieron con ellos, en Nacimiento, y el resultado fue un nuevo desastre para los súbditos del rey de España. El Macheteado, en tanto, había sido enviado junto a una pequeña partida a buscar a Benavides, a fin de matarlo allí donde fuera que lo encontrara.

Carrero, por su parte, había hecho público su encono contra Benavides y con los hombres que le quedaban partió también tras los pasos de su exjefe. Lo mismo hicieron, cada uno por su cuenta, Picó y Senociaín.

Por cierto, no eran los únicos que andaban a la siga de la pista del caudillo. Un navío estadounidense, comandando por el intrépido capitán Basil Hall, se hallaba también buscándole, con el fin de tomarlo detenido y hacerlo comparecer ante la justicia por sus actos de piratería en contra de buques de Inglaterra y Estados Unidos.

Sin embargo, Benavides parecía haberse desvanecido en el tiempo y espacio, pues durante varios días lo esperaron en Tubul, sin que hubiera rastros suyos.

Capítulo 36

UN REINO PARA SU REINA

Diciembre de 1821

Lebu

Era ya inicios de diciembre cuando, con menos de veinte oficiales y soldados, Benavides pudo por fin reunirse con su amada Teresa en un recóndito lugar ubicado a unos siete u ocho kilómetros de Lebu, hacia donde ella había marchado a fines de noviembre, cuando tuvo la certeza de que su marido no llegaría a Tubul.

El sitio era genéricamente llamado Pilmaiquén y se trataba de un excelente escondite. Cerca pasaba el río Lebu, pero además estaba encajonado por varios cerros. Era fácil vigilar los alrededores y además había varias vías de escape.

La llegada no fue sencilla. A unos quince kilómetros de allí, cerca de Los Álamos, la patrulla de el Macheteado sorprendió a un pequeño grupo de realistas, donde estaban dos de los mejores capitanes que le iban quedando a Benavides: Dámaso Herquíñigo y Manuel Arregui. Sin embargo, luego de ese triunfo, el Macheteado perdió el rastro y nunca más pudo dar con su presa.

Fue una madrugada cuando Benavides entró por fin al pequeño campamento donde estaba su esposa. Venía demacrado, con ojeras, lleno de heridas en el cuerpo y con el maldito baúl aquel a la rastra. Debía de pesar unos quince o veinte kilos menos de la última vez en que lo vio, pero el cambio más notable que ella percibió no tenía que ver con aquello, sino con algo más inaprensible, más fino, más subjetivo: sus ojos.

No es que ellos hubieran sufrido daño alguno, sino que con ellos sucedía algo mucho más etéreo, más imperceptible, más difícil de detectar: no tenían expresión. Ella se dio cuenta de inmediato, pues

cada vez que su marido la miraba, sus ojos brillaban, bailaban, de algún modo que solo ella captaba. Sin embargo, ahora eran un par de ojos café, inyectados de sangre y yermos, vacíos, como los de un pescado sobre la tabla de la cocina.

No lo malentendamos, en todo caso: apenas la vio, la abrazó y besó con la misma pasión de siempre. Le dijo que la amaba, que la había extrañado cada día y que si algo le hubiera pasado a ella lo habría sabido de inmediato, pues su corazón habría dejado de latir al unísono con el de su amada. Pese a que olía como si hubiera dormido los últimos dos meses en un cajón lleno de jureles podridos, ella lo dejó abrazarla y acariciarle el pelo, como siempre lo hacía.

Luego, comenzaron las promesas y mentiras habituales en él: que se levantaría de nuevo, que todo esto era culpa de los traidores de Carrero, Picó y Senociaín, que él estaba convencido no solo de que habían asesinado al cura Ferrebú, sino que, además, había descubierto que eran patriotas infiltrados.

—¡Hubiérais visto cómo combatieron nuestros hombres, mi Teresa adorada! ¡Fueron unos tigres, unos leones en la batalla! Pese a que los patriotas eran diez veces más que nosotros, resistimos en contra de ellos por días, ¡semanas! y estuvimos a punto de doblegarlos, si no hubiera sido porque les llegaban y llegaban tropas de reserva desde Santiago y por la traición de esos tres Judas —le explicó.

Por supuesto, ella sabía que todo aquello era mentira. Un par de soldados que sobrevivieron al desastre de Vegas de Saldías habían logrado llegar a Tubul y habían contado lo que realmente había sucedido.

Estaba habituada a las mentiras de su marido. Todas esas exageraciones eran usuales en él y —muchas veces lo había pensado así— parte de su magnificencia, por lo que lo dejó continuar.

—Ya van a ver estos hijos de puta, querida mía, ya van a ver. Con lo que tenemos, con lo que hay en ese baúl, armaré un nuevo ejército, el ejército más grande y poderoso que ha visto alguna vez el virreinato y voy a barrer de la faz de la tierra a todos estos delincuentes que se dicen patriotas. Soy el rey de la Araucanía y mi señora es su reina, pero además seremos los gobernantes de Chile y, por qué no, del virreinato. Por supuesto, os lo mereces: una reina debe tener un reino.

¿No lo creéis? —le preguntó, mirándola con esos ojos hueros, apagados, cuya inexpresividad contrastaba violentamente con el torrente de palabras que surgía de su boca.

—No lo sé, mi señor. Solo sé que debéis reponeros, que debéis descansar y que es necesario cuidar esas heridas, para que podamos salir con vida de aquí.

—No hay tiempo para descansar. ¿Os acordáis de los caciques que son mis amigos? Debo ir al sur, a buscarlos. Ellos vendrán con un ejército de soldados inmortales, me lo prometieron. Tengo un gran amigo por allá, el cacique Velquén, un huilliche grandote y una de las mejores personas que he conocido. Sé que apenas le diga, se viene para acá con todo su ejército. Juntos derribaremos a esos terroristas de O'Higgins y San Martín, esos revolucionarios de pacotilla. Meteremos preso a Prieto, que es el peor de todos, y a esos perros furiosos de Freire y Bulnes, recua de malditos, cizañeros, ladrones, delincuentes que se hacen pasar por patriotas, malparidos, hijos de puta... —decía, cuando comenzó a quedarse dormido sentado.

Su aliento hedía a aguardiente y su cabeza hervía de fiebre. Eso tranquilizó un poco a Teresita. Sí, la fiebre, el cansancio, el alcohol, debían ser las causas de tal retahíla de estupideces, supuso, y se acomodó al lado de él, para descansar un poco.

Benavides estuvo dos días seguidos durmiendo, con temperatura muy alta, a tal punto que Teresita pensó en varias ocasiones que estaba a punto de morir. Sin embargo, al cabo del segundo día, cuando ya anochecía, despertó completamente consciente y exento de la grandilocuencia con que había llegado.

—Teresa, Teresita, debemos irnos lo antes posible de aquí. Los patriotas están tratando de cazarme, lo mismo que Carrero, Picó y Senociaín —fue lo primero que ella escuchó, mientras llenaba una palangana de agua, en la tienda donde había atendido a su marido en los últimos dos días.

Esas sensatas palabras, las primeras que le escuchaba pronunciar en mucho tiempo, le devolvieron el arma al cuerpo. Sin embargo, al voltear y mirarlo descubrió que sus ojos seguían inexpresivos. Parecía un muerto que había regresado a la vida. Si en aquellos años hubiera existido el término y ella hubiera tenido cerca a alguna amiga o a su

prima Leticia, con la cual hablar de sus penas de amor, le habría dicho que su marido era un *zombie*, una especie de espectro que aún ejecutaba las funciones básicas de cualquier organismo pero que, sin embargo, estaba carente de vida.

—Claro, mi señor. Tenemos que irnos de aquí, pero nos atraparán en cualquier parte. Nos van a cazar como si fuéramos conejos, amor. Debéis conseguir de algún modo que Prieto nos deje salir, que os prometa clemencia —le dijo, atreviéndose a hacer algo que jamás había sospechado (pues le habían enseñado que una buena esposa no se mete en los asuntos de su marido): darle consejos políticos.

Benavides no respondió, pero se quedó abstraído, mirando hacia el suelo, cubierto con un pedazo de lona que estaba lleno de tierra gredosa, de tanto que entraba y salía Teresa de allí, tratando de prodigarle cuidados frente a la fiebre.

—Lo voy a pensar —prometió, finalmente, con el ceño adusto, señal más que suficiente como para que ella entendiera que esa era la primera y última vez que le aceptaba una intromisión de ese tipo. Sin embargo, ella no cejó.

—Las monjitas trinitarias están en un galpón a algunos kilómetros de aquí. Tú necesitas recuperarte y aquí no hay condiciones para ello. Podríamos irnos donde ellas y esperar allí alguna negociación —opinó.

Su marido no respondió, nuevamente.

Algunos de los remansos de cordura que le quedaban le indicaban que la situación era extremadamente crítica y sí, lo que su esposa decía era sumamente cuerdo, pero antes debía encontrar un lugar donde esconder ese tesoro. Ya no podía seguir arrastrándolo consigo. Si por algún motivo llegaba a ser detenido, el baúl caería en manos de los patriotas o, peor aún, de quienes creía que eran sus peores enemigos.

—Lo voy a considerar, querida, pero escuchadme bien: nunca más volváis a inmiscuirte en cosas que no te corresponden. Nunca más —la recriminó, con sus ojos inexpresivos. La joven aristócrata comprendió de inmediato que había llegado a un límite que no debía franquear.

Un par de días después, ya más repuesto físicamente, llamó a su tienda a Maineri y al capitán José María Jaramillo, el único oficial que le quedaba. Les pidió que recorrieran la costa, hacia el sur, y

capturaran el primer buque que encontraran y que fuera adecuado para viajar hacia el norte. Maineri preguntó hasta dónde quería llegar.

—Eso no os lo puedo decir aún. Estoy diseñando un plan que consta de varios puntos, un plan muy elaborado, y cuando sea necesario os los comunicaré —replicó.

Maineri, a su vez, se quejó de que no sabía qué estaban buscando robar.

—Buscad el buque más grande que podáis encontrar. Eso es todo —ordenó.

Una vez que los dos partieron, reunió a cuatro de sus soldados y les indicó que irían a explorar las inmediaciones. Se había dejado la barba y pese al calor iba con un poncho. Los soldados llevaban casi puros harapos, por lo cual parecían un grupo de mendigos, más que una patrulla del ejército de Fernando VII. Salían ya, cuando vio que los soldados tomaban sus armas.

—Iremos desarmados, solo llevad vuestros puñales, por si acaso. No hay forma de esconder esas armas y no queremos llamar la atención.Además, vamos a un lugar por el cual yo he pasado antes ya varias veces. Creo que sé cómo llegar, caminando por el cerro al que le dicen Las Lianas y que desemboca en una extensa playa que está al norte de la boca del río Leufú o Lebu —les explicó.

Con mucho sigilo, los soldados siguieron a su jefe, caminando por sobre la columna vertebral del sistema de cerros que dominaba la costa de esa región, hasta que llegaron a lo alto de Las Lianas, una especie de selva muy tupida, llena de vegetación densa y húmeda y con lianas colgando de lado a lado en medio del bosque nativo.

Desde allí se apreciaba un paisaje magnífico hacia abajo. Por la izquierda se veía un gran peñasco, pegado a la salida del río hacia el mar, mientras que hacia la derecha se abría una playa muy extensa, de varios kilómetros de largo y arena gris, que culminaba en otro gran peñón.

Ese era el lugar que le interesaba a Benavides, un sitio que algunos de los mapuche que había conocido denominaban Millaneco. Sin embargo, no quiso arriesgarse a bajar de inmediato. Aunque no se veían signos de patriotas por parte alguna, de cuando en cuando aparecían algunos mariscadores, que luego se perdían hacia la zona

sur, a la orilla del río, donde era evidente que había algunas viviendas precarias. En otros tiempos, Benavides habría bajado a la playa sin empacho alguno, sabiendo que nadie podía siquiera acercársele, pero hoy cualquier patota de pelafustanes podría dar cuenta de él y sus soldados.

Capítulo 37

LA CAVERNA DE BENAVIDES

Diciembre de 1821

Lebu

Al día siguiente, sin embargo, se dio cuenta de que los pocos mariscadores que había allí estaban centrados en buscar a orillas del río, así es que dio la orden de descender lo más pegados al cerro que se pudiera. Apenas tocaron la arena de la playa se abrió ante ellos un enorme sistema de cavernas, dos de las cuales eran de gran tamaño, aunque una de ellas era francamente enorme, pues poseía una bóveda del tamaño de la catedral y túneles que partían hacia distintos lados.

La atravesaron y comprobaron que saliendo de ella llegaban a una playa menor, que poseía un roquerío de grandes dimensiones y curiosas formas. Los montoneros caminaron sobre él, buscando ver cómo seguir el camino y, como no se apreciaba alma alguna en las inmediaciones, Benavides decidió que era momento de descansar un poco.

Para ello, se acomodó al costado de una cueva de menor tamaño, que estaba en el medio de las rocas, conectando la superficie de estas con lo que parecía ser el agua del mar, y se dispuso a comer un pedazo de charqui que llevaba en su morral, debajo del poncho, para lo cual extrajo también el puñal que siempre usaba, con el cual comenzó a cortar pedacitos de carne.

Mientras mascaba lentamente le invadió una especie de sopor. Aunque el día estaba nublado y había mucho viento, estaba muy plácido allí. Las rocas sobre las cuales se habían detenido eran lisas y permitían estirar el cuerpo. Más encima, por la dirección del viento, solo se escuchaba el canto de las gaviotas y de otras aves marinas, así como el crepitar incesante de las olas rompiendo contra esa costra

calcárea grisácea que las separaba de la playa.

Así tendido, Vicente Benavides reflexionó un breve instante sobre lo mucho que le gustaba vivir. Mejor hubiera sido, pensó, si en ese momento hubiera tenido allí a Teresita, en vez de ese hato de soldados mugrientos y poco instruidos.

Por algunos segundos, se permitió evocar el aroma del perfume de esencia de lavanda que usaba su amada, así como el sabor salado de su cuello y sus pezones, y se imaginó cómo sería hacer el amor con ella en ese lugar. En su mente ella estaba completamente vestida con ese vestido rosado que tanto le gustaba y que él había mandado a traerle desde Mendoza. En dicha fantasía, se vio a sí mismo tendiéndola con toda suavidad sobre aquella superficie tersa y dura, para luego levantarle la pollera y con su mano izquierda desgarrarle los cuadros, a fin de poseerla allí mismo.

Sin embargo, un fuerte sonido, una especie de mugido que parecía provenir desde un toro salvaje y gigante, lo hizo despertar de esa fabulación y poner todos sus sentidos alertas. Los soldados también saltaron y se pusieron de pie, con sus cuchillos en las manos, mirando hacia todos lados, en búsqueda del origen del sonido. Sí, había sonado como un bufido o algo semejante, pero emitido por algún animal enorme.

—¡Ostias, qué coño es esa cosa! —preguntó en voz alta uno de los soldados, un español que había llegado hace poco desde Chiloé, donde había pasado varios años escuchando historias espeluznantes acerca de una sirena que se comía a los marinos, de un buque espectral comandando por una especie de duende que violaba a las mujeres y mucho más.

—Shhh —le hizo callar Benavides, tratando de captar el origen del sonido.

Pasaron varios minutos del mismo ritmo sonoro de cualquier playa (las gaviotas, el viento y el oleaje constante) hasta que el bramido aquel atacó de nuevo, ahora con mayor intensidad.

El mismo español fue el primero que lanzó una hipótesis, pues se había dado cuenta de que aquel ruido provenía de la caverna que estaba próxima al mar. Era una cueva muy estrecha y el oleaje asomaba al fondo de ella, por lo que supuso que era un efecto sonoro,

que se producía debido al desplazamiento del aire por el agua, cuando esta entraba hasta determinado nivel del subsuelo de la caverna.

—Es solo aire, que sale de allí —señaló, apuntando.

No obstante, su aserto no fue del agrado del jefe, en cuya mente ya se había elaborado una explicación (fantástica, debemos decirlo) para el fenómeno.

—No habléis imbecilidades, soldado. Es Mocha Dick, que me da la bienvenida a sus dominios, nuevamente. ¿No os he contado acerca de ella? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza. Vaya, qué bien, pensó el líder revolucionario: aún quedaba gente en su tropa a la cual no le había explicado su alucinante y supuesta relación con esa bestia que habitaba en las profundidades del mar, muy cerca de allí, en la Isla Mocha.

Por supuesto, esta vez la historia estuvo más regada de color que en las ocasiones anteriores. En esta versión el cachalote no solo había saltado cuatro veces cerca de la chalupa, sino ocho, y culminaba con Benavides saltando sobre su lomo y desclavándole uno por uno los arpones que le afligían.

Uno de los soldados era un chico que había crecido en una caleta cercana a Talcahuano, donde había mucha caza de ballenas también. Aunque nunca se había embarcado, había trabajado en la rampa que salía al mar, en el puerto, donde los balleneros dejaban el cuerpo de las ballenas, el que era troceado allí mismo en búsqueda del espermaceti, los huesos, la carne y las vísceras. Por esa experiencia, sabía perfectamente bien que la piel de una ballena es extremadamente dura y que solo los arponeros con mucha experiencia eran capaces de atravesarla. También sabía muy bien que debido a la disposición de las púas de los arpones, sacarlos después era una tarea que requería la fuerza bruta de dos o tres hombres.

De hecho, era frecuente que a la rampa llegaran ballenas con arpones clavados en sus cuerpos, los que eran recuperados para venderlos después, pero muchas veces era imposible sacarlos con pura tracción y por ende era necesario seccionar el pedazo completo de piel, con una sierra, para luego limpiar la zona y recuperar dicha arma.

Por todo ello, cuando Benavides terminó de contar que había retirado treinta y dos arpones del cuerpo de Mocha Dick y que la ballena lo había mirado con ojos de agradecimiento, no pudo evitar que se le escapara una interjección:

—Andaaaá… —fue todo lo que dijo.

En realidad, fue lo último que dijo, pues aún estaba vocalizando las «aaa», con tono sarcástico, cuando Benavides abalanzó a toda velocidad su mano derecha hacia la garganta del muchacho.

La realidad es que nadie comprendió muy bien lo que sucedió, pues fue muy rápido y solo se vio una especie de reflejo metálico, como un flash, delante de la manzana de Adán del soldado de Talcahuano, que perdió de inmediato el habla. Sus compañeros lo miraron sin comprender bien hasta que un hilillo rojo, imperceptible al principio, comenzó a aparecer sobre su piel, para luego convertirse en un estallido de sangre que salpicó por completo la caverna desde donde provenía el sonido.

—Nunca, nunca dudéis de lo que os digo, mucho menos cuando tenga un cuchillo en la mano —afirmó Benavides, con toda tranquilidad. Luego de ello se aproximó al cuerpo de su víctima, en sus últimos segundos de vida, y con el pie derecho lo corrió por las rocas hasta hacerlo caer al agua.

Volvió caminando lentamente hacia donde estaban los tres soldados restantes.

—Vamos a seguir descansando un rato, que tenemos que explorar al otro lado de este roquerío, pues presumo que más allá siguen las cavernas y a eso es a lo que vinimos —les anunció, ansioso por volver a tirarse sobre aquellas rocas, con el fin de continuar imaginando aquella fantasía erótica junto a su mujer.

Para ello, exploró con la mirada todo el entorno, buscando ubicarse a cierta distancia de donde estaba antes, no solo por la sangre, sino también por el ruido que manaba de la cueva. Cuando por fin encontró un lugar que estimó que cumplía con todos esos requisitos, además de protegerlo del viento, se encaminó hacia allá, pero justo en ese momento sonó de nuevo el ruido aquel, como el bramido de un toro, aunque más moderado respecto de la vez anterior.

Ante ello, se detuvo y regresó hacia los soldados, que seguían de pie,

sin decir nada.

—¿Qué fue eso que acaban de escuchar? —preguntó.

—La ballena Mocha Dick, que os viene a saludar, mi coronel —contestó el español, mientras los dos otros asentían.

—Bien, muy bien —fue todo lo que dijo, dirigiéndose a su nuevo lugar de descanso.

Capítulo 38

CARTA A PRIETO

Diciembre de 1821

Lebu

Las dos semanas siguientes transcurrieron entre idas y venidas desde el campamento, río arriba, y las cavernas. Era evidente que Benavides andaba a la búsqueda de algo, pero no le quería decir a nadie qué era aquello y los tres soldados que quedaban estaban juramentados en que no dirían nada al respecto.

La madrugada del día siguiente a la Navidad, Teresita sintió cómo su marido se levantaba muy temprano. Estaba de mejor talante y todos esos días se había mostrado muy vigoroso sexualmente pues, según él, quería por fin tener un hijo con ella, algo que la naturaleza les había negado siempre pero que, además, implicaba de algún modo la promesa de una vida normal, de una casita en alguna parte (ojalá Concepción, pensaba Teresita, pero sabía que de momento eso era imposible), un jardín con flores, tardes con saraos, un piano y mistela y todo lo que desde niña le habían enseñado que era respetable y convencional, cosas completamente opuestas a las que había vivido en todos esos años.

Sin embargo, apenas Vicente salió de la tienda esa mañana dejó de hacerse expectativas. Como siempre, no sabía si volvería a verlo. Peor aún, temía que, en caso de que así fuera, la cordura le hubiera abandonado por completo y llegara donde ella diciéndole que era Fernando VII, o Pepe Botella (como llamaban los españoles a José Bonaparte, por su afición al alcohol) o, quién sabe: el hermano guacho del guacho O'Higgins o un profeta de la Biblia que hablaba con los pájaros (además de las ballenas). Cualquier cosa podía estar sucediendo dentro de esa cabeza y por un segundo deseó que, si de

verdad estaba embarazada, alguna divinidad le impidiera traer a un niño o niña a vivir en medio de todos los padecimientos por los cuales ella estaba pasando.

Sin embargo, como siempre, escondió sus sentimientos y despidió con su mano a la pequeña comitiva que empezaba a caminar río abajo y que componían su marido, los mismos tres soldados y, esta vez, el dichoso baúl aquel que, no le cabía duda, iba a ser escondido en alguna parte.

Antes de irse, Vicente le había pedido que ella enviara una carta que había dejado redactada para José Joaquín Prieto, dándole de ese modo una muestra de que le había hecho caso. El texto había quedado en un mísero sobre. Ya no quedaban lacres con títulos pomposos, ni goma para pegar el sobre ni, mucho menos, tinta. Las últimas palabras de la misiva apenas se distinguían. Así las cosas, la única forma de enviarla era tal como estaba abierta. Aunque fuera de extrema confianza, no le cabía duda a ella que el mensajero que fuera la leería. Dado ello, se permitió una trasgresión y la leyó. Estaba fechada en el «campamento de Lebu» y la fecha era 12 de diciembre de 1821.

Eso significaba que la había redactado varias semanas antes y había dudado sobre si enviarla o no. Comenzaba igual que todas las misivas de su marido, de un modo zalamero y, a su gusto inapropiado, tratándose, como era el caso, de enemigos mortales. A Prieto se refería como «Mui señor mío de mi distinguido aprecio» y a O'Higgins como «el excelentísimo señor supremo Director del reino». Proseguía ofreciéndole pacificar la Araucanía (a la cual llamaba «Tierra de indios») y le pedía sigilo, especialmente respecto de los «ingleses americanos i europeos». Se despedía señalando que «deseo a US. la mejor salud, i que disponga de la de este su atento servidor, mandando en cuanto guste i me contemple ud».

Teresita volvió a insertar el papel en su lugar original y así como un minuto antes se había permitido hacer algo indebido, decidió que perfectamente podía pensar en algo que emergía a cada rato hacia la superficie de sus pensamientos, desde donde ella alejaba esa idea como si se tratara de una hiedra venenosa: que su marido había perdido la chaveta.

Obviamente, cuando ella le sugirió que se comunicara con Prieto lo

que esperaba era que se rindiera, que negociara condiciones de reclusión o, mejor aún, que a cambio de entregar (por ejemplo) a Picó, Senociaín y Carrero, le fuera concedido el exilio. Sí, eso habría sido ideal. No le gustaba mucho la idea, pues aborrecía la lluvia, pero Chiloé no era una mala idea.

Sin embargo, la carta que acababa de terminar de leer iba en la dirección completamente opuesta. Estaba llena de grandilocuencia, de ideas disparatadas (como aquella promesa de dominar la zona de Arauco) y de indignidad. Por unos momentos reflexionó sobre si enviarla o no.

Se imaginó a Martínez (el lancero que Benavides le había dicho que utilizara como correo) entregando el sobre en manos de Prieto, allá en Concepción, y este riendo a carcajada limpia con el contenido de este, para luego escribir una carta a O'Higgins burlándose de la absurda oferta que les acababa de llegar. Aquella era una idea que no le hacía gracia alguna. Mal que mal era su marido y ella lo amaba, a su modo, fundamentalmente como retribución al amor que él le profesaba.

Sin decidirse aún leyó la carta una vez más y de ello le surgieron dos preguntas que evidentemente no poseían ninguna contestación. ¿Pensaría Vicente que esos patriotas, a los que conocía tan bien, eran unos imbéciles?, ¿o simplemente estaba tan perdido en el tiempo y el espacio que ya ni siquiera entendía lo que estaba pasando a su alrededor?

La guardaba nuevamente, cuando una tercera opción se cruzó por su mente: ¿y si era una estrategia, una maniobra táctica cuidadosamente pensada, una trampa para hacer creer a los patriotas que había perdido el juicio, mientras preparaba una gran maniobra destinada a darles un golpe final?

Era difícil, pero fue la posibilidad que más le gustó. Aunque su marido no le había dicho nada al respecto, no estaba ajena a los continuos viajes de Maineri, un pirata que evidentemente andaba en búsqueda de alguna nave.

Sí, eso debía ser, quiso autoconvencerse. Su marido estaba jugando al ajedrez con los terroristas aquellos y se encontraba varias jugadas por delante, esperando que cometieran el error de menospreciarlo para saltarles sobre la nuca, como un puma sobre una oveja, y matarlos allí

mismo.

—Cárdenas, el coronel Benavides dejó este sobre para que lo llevéis de inmediato al señor que se encuentra usurpando el cargo de intendente de Concepción, un tal Prieto. Debéis viajar de inmediato sin deteneros en parte alguna. Si os paran los rebeldes en algún camino, no debéis oponer resistencia, sino indicar que sois portador de una comunicación urgente para el señor Prieto y que si os quieren escoltar para tal cometido, no os oponéis. ¿Os parece? —preguntó ella con su habitual mezcla de voz de mando y de consideración hacia la opinión de los demás.

Por supuesto, a Cárdenas no le podía parecer nada más que bien, aunque sabía que esa podía ser una misión suicida. Los patriotas andaban desplegados por todo el territorio y estaban ansiosos de sangre.

—A vuestra orden, mi señora. Lamento sí, notar que el sobre que vuestra merced me entrega está abierto y...

—No os preocupéis, Cárdenas. No tenemos lacres ni nada con qué pegar, pero mi marido confía ciegamente en usted y él sabe, como yo también lo sé, que jamás haréis algo indebido, mucho menos con un documento tan confidencial e importante como el que llevaréis. Id con Dios.

—Como ordene, su señoría —respondió el militar, partiendo a buscar su caballo.

Lo ensilló, buscó algunos alimentos para el inicio del viaje y luego se fue cabalgando por en medio de la cordillera. A unos cinco kilómetros del campamento abrió su morral y sacó la carta. Aunque leía muy mal y lento, era capaz de entender lo que allí decía y una vez que terminó completo el texto pensó que su jefe era un sujeto totalmente chiflado, pero seguía siendo su jefe, al fin y al cabo.

Capítulo 39

EL ÚLTIMO REFUGIO

Diciembre de 1821-enero de 1822

Lebu

Pasaron más de dos semanas hasta que Benavides regresó al campamento. Según los cálculos de Teresita, ya estaban a cuatro o cinco de enero de 1822 y las cosas se estaban complicando. Un par de días antes, uno de los soldados que quedaba efectuó una ronda de vigilancia en las inmediaciones del campamento y se dio cuenta de que había tropas realistas en el galpón donde vivían las monjas trinitarias, muy cerca de donde estaban ellos.

Aparentemente, alguien había dado el dato a los patriotas de que los montoneros estaban refugiados en el lugar donde vivían las monjas. Era nada más que cosa de tiempo para que los realistas llegaran donde estaban ellos.

Pese a que venía solo, el caudillo se apreciaba de buen humor. Aunque su piel era morena, era evidente que se había expuesto mucho al sol, pues se veía de un tono parecido al del café tostado. Cansado y todo, se veía de un ánimo repuesto. Apenas lo vio, Teresita corrió a darle la mala noticia.

—Nos van a encontrar, tenemos que salir de aquí luego —corrió a decirle.

—Tranquila, cariño, tranquila. No va a pasar nada. Estuve todos estos días —dijo, como si nunca hubiera estado acompañado de los tres soldados ahora desaparecidos— explorando esta magnífica región por completo. A un buen trecho desde aquí encontré un enorme sistema de cuevas inexploradas, pero no son las únicas. ¿Veis ese promontorio que está allí al frente? —le preguntó, mostrando uno de varios cerros que se entremezclaban en el horizonte a cosa de uno o

dos kilómetros río abajo, aproximadamente.

—Sí —respondió ella, sin saber exactamente a cuál de todos los picos se estaba refiriendo.

—En toda esta zona hay muchas cavernas. El sistema más grande es precisamente el que está al final de la playa grande del río Leufú. Hay cuevas enormes ahí, amor mío, tan grandes que dentro de ellas podríais poner la catedral de Concepción con sus dos torres y aún quedaría espacio —le explicó.

—Suena impresionante eso —contestó ella.

—Así es. Al norte de ella hay una playa pequeña, una especie de bahía con forma de herradura. En los roqueríos de esa playa también existe un sistema de cavernas, mucho más pequeñas. La mayoría parecen simples agujeros en las rocas y es necesario entrar a rastras a ellas, pero luego aumentan de tamaño y permiten incluso andar de pie adentro. Esas cavernas suben y bajan incluso más abajo del nivel del agua, por lo que son muy peligrosas. Un hombre cualquiera se puede ahogar allí adentro, si sube la marea y el lugar se inunda, si es que está en las cuevas subacuáticas. Sin embargo, los túneles de esas cuevas son muy largos y se adentran hasta el seno de las montañas de la cordillera.

—¿Y el promontorio de que me hablabais? —interrogó Teresita.

—Arriba, al final de ese cerrito, descubrí la entrada a otra caverna que está protegida por mucha vegetación. Nadie que no conozca el lugar sabrá jamás dónde estamos. Lo increíble es que, a diferencia de las otras, esa caverna fue construida por humanos y, más que caverna, en realidad es un túnel de salida de algo que parece haber sido un fuerte español levantado sobre el borde del cerro y que parece haber sido abandonado hace siglos. Estaremos perfecto allí. Avisad a todos que nos movemos de inmediato allí, hasta que regrese Maineri.

Teresita lo miró con cara de pregunta, sin decir nada. Sabía que cuando su marido andaba de buen carácter contaba de todo sin que se lo preguntara, y así fue como él le explicó que con el último dinero que les quedaba, Maineri andaba entre Tubul y Llico tratando de comprar un barco (pues no habían podido robar ninguno) y que apenas lo consiguiera todos se irían de allí.

Ella conocía bien ambos lugares como para saber que encontrar un

barco, es decir, una goleta o algo así, era difícil, pero prefirió optar por lo de siempre: callar su voz y callar también la vocecilla interior que le decía que todo estaba mal, tremendamente mal.

Capítulo 40

UNA REUNIÓN NECESARIA

Tiempo presente

Santiago

Pese al cansancio, aquella noche Prat durmió pésimo. Tuvo una pesadilla muy angustiante, donde se veía a sí mismo tendido en la cama del Hospital Memorial de Nueva York, tratando de respirar por medio de la máquina a la cual estuvo conectado tantos días como consecuencia del coronavirus, cuando alguien se la desconectaba. En la pesadilla no alcanzaba a distinguir bien quién era, pero varios rostros familiares aparecieron en medio del sueño, fundiéndose unos con otros: el del coronel Stangl, el Gran Hierofante de La Cofradía, la secta que junto a Sandra habían perseguido ya varios años antes; el de Walter Theodor, el argentino que había llevado a ese país la logia Thüle, el de Marita Mariangel, la minutante que años atrás los había traicionado, y el de Ladislao Bulnes, por supuesto, que se trasmutaba en la cara de su amigo Salcedo, en la de Barnacle, en la de Di Fabrio y en la suya.

Despertó a eso de las siete, con la clásica sensación de tibieza que inunda la mayoría de las viviendas de Santiago cuando se acerca el verano. Se desperezó un poco, acomodado en ese pequeño futón en el living del departamento en que Sandra vivía ahora, en calle Luis Thayer Ojeda, a un par de cuadras del Costanera Center, cuya torre emergía frente a la ventana.

Pensó en ducharse y comenzar a trabajar de nuevo, pero justo en ese momento escuchó pasos, esos típicos suaves y casi etéreos de Sandra, la cual caminó hacia la pequeña cocina del departamento a prepararse un café. Prat decidió hacerse el dormido y con el rabillo del ojo la espió brevemente. Seguía siendo igual de hermosa que siempre y

llevaba un *baby doll* de color celeste que él le había regalado años antes, el cual resaltaba su figura.

—No te hagas el leso, sé que estás despierto —le dijo Sandra, dándose vuelta con dos tazones de café humeante.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Puro instinto. Sé que no me vas a creer, pero siento que me estás mirando, aunque te esté dando la espalda. Siempre te sentí cuando me mirabas, incluso el día que nos conocimos, cuando me di cuenta de que me observabas fijamente y supe que luego me irías a hablar. ¿Te acuerdas? —le dijo, sentándose en una esquina del futón y pasándole uno de los tazones.

Era imposible que Prat no recordara aquello. También había sido un día primaveral en que había una gran cobertura periodística por el homicidio de un anciano alemán en un departamento del barrio París-Londres, en pleno centro de Santiago. Sandra era reportera de *La Vitrina* en aquel entonces y Prat de algún modo trató de hacerse pasar por periodista también, con el fin de entablar conversación con ella y acceder a Horst Hess, el abuelo de ella, quien esa mañana era uno de los cinco blancos que «La Cofradía» tenía planificado atacar.

Luego se produjo una enorme explosión en el lugar, de la cual lograron escapar con vida, y tras ello vino una verdadera vorágine, en medio de la cual estuvieron varias veces a punto de perder la vida.

—Bueno, no hay ningún misterio que mantener a estas alturas, ¿no? Claro, Sandra. Siempre te he encontrado increíblemente atractiva. Hay algo en ti que me ha gustado mucho, desde el primer momento en que te vi. Quizá eso de algún modo se traspasa con la mirada —reflexionó, generando una sonrisa en su expareja.

Ella había pensado mucho en él, en la relación que habían sostenido y en cómo se habían alejado con tanta decisión. Para Prat no había nada más importante que el trabajo, que las ganas de investigar y de conocer, y en el caso de ella pasaba algo semejante. No obstante, ese hombre de ojos verdes que ahora sorbía lentamente su café en el futón, vestido en calzoncillos, no era el mismo. Sandra no sabía explicárselo, pero era evidente que ese Alberto Prat de cuerpo presente allí no era el que ella había conocido.

Ese Alberto Prat del pasado, una especie de superhéroe vestido con

ropa de buena calidad, era un hombre casi heroico, resuelto, protector y lleno de recursos. Quizá había sido el coronavirus, quizá todo lo que habían vivido antes, quizá el hostigamiento por medio de las redes sociales o todo lo que había pasado en las últimas semanas, pero ese hombre que tomaba café tratando de no quemarse la lengua parecía alguien desvalido y necesitado de protección.

Sandra, sin embargo, se sentía en una posición completamente inversa. De hecho, era ella quien llevaba la investigación ahora y de algún modo percibía que la relación que habían terminado teniendo con Prat luego de varios años ahora era vertical y ella estaba arriba.

Sin embargo, no era algo que le desagradara. Por el contrario, le inspiraba un sentimiento que —descubrió— nunca había albergado hacia ese hombre: ternura. Lo que le faltaba por determinar, sin embargo, era si ello obedecía a que estaba desarrollando una suerte de amor filial o maternal hacia él o si era algún aspecto desconocido del amor que nunca había dejado de sentir por él.

Decidió que dejaría pasar el tiempo hasta que pudiera descubrirlo a cabalidad, pero no pudo no decirle algo al respecto:

—Con todo cariño... te ves muy mal, Alberto.

Este soltó una sonora carcajada.

—Tan sutil como siempre, Sandrita, ja, ja. Sí, debo verme como la mierda. No soy ni la sombra de quien fui antes. El maldito Covid-19 me hizo bolsa. Me canso con mucha facilidad y antes, recordarás, el cansancio era algo que no existía en mi vocabulario, sobre todo en épocas de mucha actividad, pero ¿sabes? El problema quizá no sea solo ese. Sé que no es el momento ni el lugar, pero he pensado mucho en lo que pasó entre nosotros y mírame: soy un despojo de lo que fui antes, pero ahora estoy por cumplir cincuenta años y sigo siendo un sujeto errante. No tengo hijos, no tengo pareja, no tengo nada fijo en parte alguna del mundo. Después de todo lo que acaba de ocurrir dudo que me vuelvan a contratar como asesor en la Policía de Nueva York o en el FBI y acá en Chile las puertas están cerradas... —se quejó.

Sandra le recordó que no todo era tan negro. Mal que mal, comentó, tenía su antiguo trabajo de regreso.

—Eso no va a durar nada, Sandra, y tú lo sabes. Fue una simple ficción que creó el bueno de Mazzini para poder sacarme de Estados

Unidos sin problemas. No me cabe duda de que apenas termine esta investigación, demos o no con el baúl, el Vaticano va a prescindir de mis servicios y, para serte franco, si yo fuera ellos haría lo mismo. No soy de confiar. Sorry por atribularte, cariño, pero veo un futuro muy negro —le dijo, quebrándosele la voz en las últimas palabras.

Sandra dejó su tazón de café en la mesita de centro que ambos habían comprado usada, años antes, en el Barrio Italia, y lo abrazó como una madre abraza a un hijo enfermo, meciéndole el cabello y besándole la frente. De a poco, sintió cómo la respiración de Prat, antes agitada, comenzaba a tomar un ritmo más pausado, hasta que finalmente se quedó dormido de nuevo.

Ya eran casi las dos de la tarde cuando Sandra lo despertó. La expresión macilenta del rostro de Prat había desaparecido casi por completo, pero al principio no entendió muy bien qué estaba pasando. Al lado del futón había un montón de bolsas de ropa. Sandra había estado de compras, sin duda, pero era ropa masculina. Había jeans, ropa interior, un par de poleras con cuello tipo polo, una casaca e incluso una chaqueta semiformal, además de dos pares de zapatos.

—Sandra, no entiendo... ¿y esta ropa? —preguntó.

—Es ropa para no te veas como un mendigo, como estabas anoche. Conozco bien tus tallas y tus gustos, así es que ahora lo que vas a hacer es ir a ducharte y vestirte, que en breve tenemos una reunión. Mientras tanto te voy a poner a calentar uno de esos sándwiches de jamón-palta que te gustaban tanto y que compré en el Starbucks.

—¿Una reunión? ¿Con quién? —preguntó el exjesuita.

—Con Nepomuceno Bulnes. Nos espera a las tres y media en su oficina, en Isidora Goyenechea. Upa, a levantarse —le dijo y Prat obedeció como si fuera un niño.

Cuando iban de camino a dicha oficina, en Las Condes, Sandra le contó que esa mañana había recibido un llamado de parte del hijo de Bulnes. Igual que todo el país, este se había enterado de lo ocurrido en su fundo y del posterior escape del exreligioso, por lo cual quería reunirse con él para dos cosas: la primera era agradecerle personalmente todo lo que había hecho por su padre y la segunda para explicarle personalmente cómo era posible que un lugar de propiedad de su familia hubiera sido utilizado con dicho propósito.

A las 15.30 en punto estaban en el lugar. Se trataba de uno de los tantos despachos de lujo que había concentrados en un par de cuadras. Un poco más allá estaban las oficinas de Google y a poca distancia de allí las oficinas privadas de Sebastián Piñera, entre otras.

En la antesala del grupo FGF había sin embargo solo una recepcionista, detrás de un escritorio de vidrio, muy discreto.

Tras identificarse, los hicieron pasar por un estrecho pasillo hasta las oficinas de Nepomuceno Bulnes, quien estaba terminando otra reunión, por lo que se les uniría pronto.

La oficina era realmente pequeña y estaba desprovista de toda ornamentación, salvo un crucifijo de oro que pendía detrás del sillón de Bulnes; una foto familiar que estaba en la otra pared, donde se veía una pareja con nueve niños y varios perros, en una especie de campiña; una estatuilla de la Virgen del Carmen, en la esquina de un gabinete, y un librito de máximas de Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei. El escritorio era muy simple y encima de este solo había algunos lápices, una agenda cerrada y un MacBook apagado, nada más.

Pasados unos pocos minutos apareció en escena Nepomuceno Bulnes, quien era muy distinto a su padre. A diferencia de aquel, que era de rostro aguileño y delgado, su hijo tenía el rostro totalmente redondo, lo que se acrecentaba porque el pelo le raleaba en la base del cráneo y porque, además, usaba un par de anteojos muy redondos y grandes. Vestía un terno impecable, aunque no de los más caros, de un tono azul oscuro, igual que su corbata. Al entrar fue directo donde Prat, a quien saludó encerrando su mano derecha con las dos manos, como cuando alguien da un pésame, y luego se limitó a saludar a Sandra con una sonrisa, tras lo cual partió a sentarse a su escritorio, como si fuera el gerente atendiendo a dos empleados.

Ese gesto le pareció raro a Prat. ¿No habría en alguna parte de esas oficinas un par de sillones donde sentarse sin la mediación de una mesa?

—Estimado Alberto, hace mucho que quería hablar con usted para agradecerle toda su preocupación por mi padre. Sé que él lo estimaba mucho y por eso no me queda más que agradecer a usted, a doña Sandra y a todos quienes se han esforzado por tratar de llegar a la

verdad acerca del horrible crimen del cual mi querido papá fue objeto —dijo en forma muy seria.

Prat asintió.

—Como todos los humanos, su padre era un hombre con contradicciones, pero también de muchas convicciones, y créame que le llegué a tener mucha estima, por lo cual le extiendo mi más sentido pésame —contestó el minutante.

Nepomuceno Bulnes sonrió y luego bajó la cara por unos treinta segundos, como tratando de contener la emoción.

—Debo, además, explicarle que el fundo donde usted fue mantenido secuestrado efectivamente pertenece a nuestro grupo económico, pero se encuentra arrendado desde hace cinco meses a una sociedad agrícola con asiento en Buin. Anoche, apenas supe todo lo que había pasado, me comuniqué en persona con el dueño de dicha sociedad y le exigí explicaciones. Tal como yo lo había supuesto, me indicó que la casa patronal no estaba siendo ocupada y que, de hecho, pensaban a futuro habilitarla como una sala de ventas, por lo cual la conclusión es que dicho lugar fue ocupado por esas personas, en una especie de gesto macabro, a sabiendas de todo ello.

—¿Y qué le dice todo eso a usted? —inquirió Prat.

—Sinceramente no quiero especular, pero no me cabe duda de que sea lo que sea que haya andado buscando mi padre, eso fue lo que desató toda esa violencia, perversión y oscuridad. Solo el Señor es la luz —aseveró, levantando su mano izquierda para apuntar al crucifijo que había en la pared— y… yo imagino que, señor Prat… que pese a haber dejado el sacerdocio usted sigue creyendo en nuestro Señor y… —decía, cuando Prat lo interrumpió.

—Lamento defraudar sus expectativas, señor Bulnes, pero no. Luego de un largo proceso hoy le puedo decir, sin pudor alguno, que soy un ateo, y déjeme comentarle que eso nos hermanaba con su padre. De hecho, entiendo que fue sepultado con una ceremonia religiosa y presumo que eso no le habría gustado en lo más mínimo —aseveró.

Sandra se fijó con todo detalle en que cuando su expareja pronunció la palabra «ateo» se produjo un primer rictus en el rostro de Bulnes hijo, seguido de un movimiento en su mano derecha, que ella no supo interpretar de inmediato, aunque posteriormente supuso que se trataba

de la señal de la cruz.

—Conocí perfectamente bien a mi padre, señor Prat, y sé también que era un ferviente mariano y un hombre de fe. En sus últimos tiempos fue evidente que se desapegó de algún modo de nuestra Iglesia, pero tengo la certeza de que ahora descansa a la derecha de nuestro Señor —respondió, con una sonrisa forzada.

—Claro, usted es su hijo, qué quiere que le diga. Aclarado el asunto del fundo, entonces, señor Bulnes, me despido —le dijo Prat poniéndose de pie y estirando su mano derecha. Con la misma sonrisa aún en la cara, Bulnes hijo se incorporó también y volvió a saludarlo con ambas manos.

—Solo me faltó explicarle que contraté al mejor estudio de abogados del país, que casualmente encabeza mi primo hermano, para que nos represente en esto, señor Prat, y ya están preparando una batería de querellas que van a presentar tanto ante los tribunales de Nueva York, como los de Santiago y Santa Cruz. Ellos van a llegar al fondo de esto, así es que ustedes pueden descasar ya y olvidarse de todos estos eventos tan dramáticos que han sucedido —aseveró, soltando en ese momento la mano del exjesuita.

Este lo miró extrañado y dijo que no entendía, pero Sandra, que había estado callada todo el rato, fue de inmediato al fondo:

—¿Usted está diciendo que dejemos de investigar?

—Mi estimada señora, no quiero que me malentiendan. Simplemente estoy transmitiendo las recomendaciones de nuestros abogados, en el sentido de que es mejor dejar todo esto en manos de ellos, a fin de evitar más situaciones complejas. Por lo demás, ustedes son testigos de todos los hechos y no es conveniente que arriesguen su integridad física. Ya sabemos que estamos lidiando con personas peligrosas —apuntó.

—Por segunda vez lamento defraudar sus expectativas, estimado Nepomuceno, pero debo precisarle dos cosas. La primera, es que si quieren contar con mi testimonio, debe decirles a sus abogados que eleven la solicitud respectiva ante la Nunciatura Apostólica, dado que soy funcionario diplomático de otro país. Lo segundo que es necesario que usted sepa es que vamos a seguir buscando. Que tenga un buen día —señaló Prat y ambos salieron de la oficina.

Una vez en la calle, Sandra le preguntó qué impresión le había dejado la reunión.

—Pésima. Conozco muy bien a los pijes como ese, me crie entre ellos, pero pocas veces alguien me había causado tan mala impresión a la primera. Presumo que lo único que quiere es que todo esto se acalle, pues seguramente nada de lo que está ocurriendo es bueno para sus negocios. ¿Te fijaste que ni siquiera preguntó detalles acerca de la muerte de su padre, o de todo lo que había ocurrido después?

—Claro, muy llamativo. Yo te habría exprimido a preguntas, si fuera él.

—Por supuesto. Cualquier hijo haría lo mismo. Sin embargo, a mí no me puede venir a contar esa historia de que su padre estaba perdido y bla, bla, bla. Conocí muy bien al difunto y nada de eso es cierto. Era un hombre obsesionado, sin duda, pero muy lúcido y además casi ni tenía contacto con este papanatas.

—Ok, Alberto. ¿Cuál es el siguiente paso entonces? —preguntó Sandra, al tiempo que abría la aplicación de Uber para pedir un vehículo.

—Primero que nada me vas a decir cuánto te costó toda esa ropa, para devolverte el dinero y luego viajaré a Concepción, contigo, si quieres, y con Saavedra, si puede, pues allá hay un viejo amigo que sé que puede ayudarnos a dar con el baúl de Benavides.

—¿Crees acaso que dudaría un segundo en ir? —le preguntó Sandra, mirándolo con escepticismo.

Prat se rio y respondió que sabía esa respuesta de antemano, pero que debía preguntar de todos modos.

Capítulo 41

UNA ZONA SÍSMICA

Tiempo presente

Concepción

A la mañana siguiente estaban ya en Concepción. Saavedra no había alcanzado a tomar el mismo vuelo que ellos pero se les sumaría después, según dijo a Prat, con quien conversó extensamente por teléfono.

Hacía muchos años que Prat no iba a dicha ciudad y la encontró muy cambiada. Estaba mucho más grande, sin duda, pero las pocas construcciones antiguas que quedaban en el centro y que recordaba haber visto hacia el año 2008 ya no estaban. Concepción, reflexionó, era una ciudad que se había ido destruyendo a punta de terremotos sucesivos.

De hecho, recordaba que la ciudad original había debido ser movida a su ubicación actual luego del megaterremoto de 1751. Luego, el terremoto y tsunami de 1835 (que fue descrito por Charles Darwin en su libro sobre el viaje alrededor del mundo a bordo del *Beagle*) la arrasaron a tal grado que en la memoria colectiva se conocía a dicha catástrofe como «la ruina». Solo quince años antes de eso la ciudad había soportado las violentísimas arremetidas de realistas y patriotas. Y claro, el siglo XX se había encargado de destruir en forma sucesiva lo poco que iba quedando en pie, por medio de los sismos de 1939, 1960 y 2010.

—No queda nada antiguo en pie, nada, salvo un muro de la iglesia La Merced y otro de la iglesia de los Dominicos. Todo lo restante, todo, todo, se ha ido cayendo a pedazos en cada terremoto. Lo más viejo que está en pie actualmente en Concepción y que sirve para algo tiene menos de cien años y son los edificios del casco histórico de la

Universidad —explicaba al respecto el profesor Manuel Antonio Artigas, un historiador de la Universidad de Concepción que había jubilado varios años antes y que en más de alguna ocasión había cooperado con Prat.

Artigas, Prat y Sandra estaban sentados en un pequeño café del centro de Concepción. Mientras el profesor sorbía un chocolate caliente, les prodigaba detalles acerca del tema que tanto lo apasionaba.

—Hubieran visto ustedes cómo quedó esto, sobre todo el centro, después del 27 de febrero de 2010. Se cayó todo lo interesante que iba quedando, como la casona de estilo francés que había en Rengo con Barros Arana, o el pasaje Aurelio Manzano y otros lugares. ¿Y qué hicieron allí? Multitiendas, adefesios de todo tipo mis amigos, puros esperpentos desprovistos del más mínimo sentido estético —reclamó aquel hombre, que ya frisaba los ochenta años y pese a tener el pelo blanco y la espalda muy encorvada, denotaba una tremenda energía.

Estuvo varios minutos sumido en el mismo relato, hasta que por fin se detuvo. Fue ese el momento que Prat aprovechó para explicarle en qué andaban. Por supuesto, el profesor Artigas había visto las noticias y sabía bastante bien todo lo que había sucedido, así es que no fueron necesarios muchos detalles.

Sin embargo, Prat no conocía tan bien a Artigas como a Di Fabrio, por lo cual no tenía certeza respecto de su nivel de confidencialidad. Aunque varios años antes lo había asesorado en una investigación efectuada en esa zona, había sido un trato bastante breve y a esas alturas de su vida el minutante sabía a la perfección que la clásica promesa de todas las personas de no decir nada que se les contara en secreto, era probablemente una de las promesas más vulneradas en toda la historia de la humanidad.

Por ello, intentó otra opción.

—Mire, profesor, no puedo dejar de decirle que, como usted evidentemente lo debe entender, aquí hay de por medio una serie de situaciones muy complejas y que son reservadas de momento. No obstante, sí le puedo comentar que estamos detrás de algo que es monumental, de un tesoro arqueológico, por así decirlo, que puede ser uno de los mayores hallazgos de la historia moderna. En ese sentido, si

usted acepta ayudarnos, será partícipe de este, si nos va bien, pero ello exige de su parte que nadie sepa lo que estamos haciendo, y eso implica incluso a su familia.

—No es problema, mi estimado Alberto. Me gustaría mucho hacer algo trascedente a estas alturas de mi vida y no debe preocuparse por mi familia. Mi esposa falleció hace poco más de un año, como consecuencia del coronavirus, y si bien es buena la relación con mis hijos, ellos viven en el extranjero. Los veo o les hablo poco.

Prat le dijo que lo lamentaba mucho y le relató parte de su propia experiencia con el Covid-19. Luego de ello, comenzó a explicarle lo de las monjas trinitarias y la huida de Benavides llevándose el cofre, aunque cada vez fue bajando más la voz.

A pocas mesas de ellos se habían sentado dos hombres comunes y corrientes. Sin embargo, uno de ellos había dejado en el suelo una especie de maleta de plástico corrugado negra, muy parecida a las que se usan en espionaje para transportar antenas direccionales que permiten escuchar a distancia. Ambos sujetos estaban con audífonos y concentrados en sus respectivos teléfonos celulares.

El catedrático escuchó todo atentamente, mientras tomaba notas en una servilleta y luego hizo una pregunta relativa a Di Fabrio. Prat tomó otra servilleta y anotó algo en ella, dándole a entender que quizá los estaban siguiendo y escuchando. Ante ello, el profesor entendió de inmediato y les respondió por el mismo medio.

—Imagino que conocen bien, entonces, la leyenda de la Caverna de Benavides —escribió, pero ambos se miraron como preguntándose de qué hablaba. El profesor se rio con tanto estruendo que se le movió la placa dental, lo que lo hizo taparse la cara con las manos para acomodar de nuevo la dentadura.

—Sorpréndanos —pidió Sandra.

—No hay ninguna sorpresa, aunque imagino que Alberto no ha escuchado de esto porque es una leyenda popular y nada más —aseveró, para luego escribir de nuevo: «En Lebu, existen varias cuevas de gran tamaño al final de la playa grande, Millaneco. Una de esas, la más grande de todas, es la famosa Caverna de Benavides. Allá existe la idea de que Benavides estuvo con todo su ejército guarecido en dicha cueva y que allí habría enterrado un gran tesoro».

—Vaya —comentó Prat, pidiendo la cuenta.

Artigas terminó de sorber el chocolate que había empozado en el fondo de la taza y luego se limpió la boca con la misma servilleta en que había realizado anotaciones (producto de lo cual le quedó un manchón azul en la comisura izquierda del labio).

Salieron de allí de inmediato y tomaron un taxi. Aunque no sabían inicialmente dónde ir, el profesor sugirió su casa.

Ya arriba del transporte, Prat le pidió que contara más.

—Ja. No se haga ninguna expectativa, amigo mío. Primero que nada, se trata de una leyenda que tiene unos ochenta o noventa años, por lo menos, y por ende hay gente recorriendo cada caverna del complejo de cuevas de ese sector desde hace esa misma cantidad de años. A esos buscadores «profesionales», por así decirles, debe sumar a los lebulenses. No hay cabro chico del pueblo que no se haya ido a reptar alguna vez por las cuevas, buscando el tesoro. Esa zona, además, es un gran atractivo turístico.

—Por ende, llegan turistas a buscar el tesoro... —apuntó Sandra.

—Así es, mijita —respondió el anciano, generando que la periodista frunciera el ceño, al ser motejada de «mijita». Sin embargo, era un hombre muy mayor, así es que decidió dejarlo pasar.

—O sea, no debe haber nada allí —comentó Prat.

—Les insisto: el lugar es tan público que durante muchos años se hacía un festival de cine al interior de la caverna de Benavides, con cientos de personas allí, y no solo eso. Durante algún tiempo, en los veranos, el municipio organizaba una especie de juego, de búsqueda del tesoro. Ahora bien, es probable que efectivamente Benavides hubiera escondido algo en una cueva, por qué no. El problema es encontrarlo hoy. Si es que no fue hallado antes y quedó al interior de una cueva, no olvidemos el factor sísmico. Sí, sé lo que me van a decir, que las rocas son muy duras y todo eso, pero hay algo que ustedes deben entender: una de las principales fracturas de la placa de Nazca está al sur de Lebu, cerca de Tirúa. Allí fue donde se originó el terremoto de 2010 y tiembla siempre. Hace pocos años alguien que estaba sacando una foto a unos novios en ese sector murió a consecuencia de la caída de una roca y está lleno de advertencias en ese sentido. En otras palabras: las rocas se desprenden allí adentro y

afuera con mucha facilidad. La fisonomía interna de las cuevas no debe tener nada que ver con la que existía en 1822.

Prat le hizo presente que había antecedentes que indicaban que la caja o baúl que buscaban estuvo con Benavides hasta poco antes de que este se embarcara en su viaje final y que antes de ello estaba en el convento de las monjas trinitarias.

—No dudo de nada de eso, pero miren: deben entender que Benavides estaba completamente enajenado en sus últimos días. Mi tesis de pregrado fue sobre la Guerra a muerte, como se llama a ese período y recuerdo, muchos años después, haber visto esa película de Herzog... ¿cómo se llamaba? ¡*Aguirre, la ira de dios*! Ustedes la vieron, ¿cierto?

Ambos negaron con la cabeza, pero el académico siguió hablando.

—Les falta mucha cultura, qué duda cabe, ignaros. En esa película Klaus Kinski hacía el papel del conquistador español Lope de Aguirre, que estaba obsesionado con encontrar la ciudad de El Dorado, en el Amazonas, y muestra un viaje obsesivo y absurdo, en contra de toda lógica, a bordo de un botecito que se va a haciendo pedazos. Cuando la vi solo pude pensar en Benavides, como una especie de moderno Lope de Aguirre, pues la situación es muy parecida, miren esa idea absurda de tratar de llegar a Lima en un botecito, ¡ja! —lanzó una carcajada.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Sandra, un tanto amoscada por tanta resistencia.

—Algo muy simple: que como Benavides estaba demente como una zapatilla voladora, pudo haber hecho cualquier cosa con esa caja: lanzarla al río o al mar, cambiarla por una damajuana de vino, regalársela a algún compadrito que iba pasando, dinamitarla para ver si había duendes mágicos dentro de ella, ¿qué sé yo?

—O sea, profesor, usted descarta cualquier posibilidad de dar con ella —concluyó Prat.

—No he dicho nada ni remotamente parecido, mis amigos. Lo único que quiero que entiendan es que es imposible emprender una búsqueda de este tipo sin saber dónde buscar exactamente —dijo, en forma enigmática.

Justo en ese momento sonó el celular de Prat. Este respondió y

escuchó. Hizo un par de preguntas y luego colgó, dándole las gracias a alguien al otro lado de la línea.

—Era Saavedra, Sandra. Tuvo algún inconveniente de trabajo que me dijo no podía explicar por teléfono y no podrá acompañarnos en esta ocasión —explicó.

Sandra asintió con la cabeza, pero en su fuero interno sabía que esa era una contrariedad mayúscula. Efectivamente, como lo había señalado Bulnes hijo, quienes andaban detrás de la caja con el tesoro de Salomón eran personas peligrosas y armadas. Saavedra, que entre otras cosas se distinguía por su puntería y entrenamiento, era siempre una garantía para ellos. Estar sin él iba a ser muy arriesgado.

—De verdad, Alberto, ¿no hay ni una posibilidad de que viaje?

—Ninguna. Presumo que vamos a tener que a ir a Lebu por nuestra cuenta —respondió, pronunciando muy despacio las últimas palabras, las cuales eran escuchadas en tiempo real en una oficina ubicada a varios kilómetros de distancia, pues apenas colgó la llamada habían activado en forma remota el micrófono de su celular, utilizando para ello una «puerta trasera» del software de su equipo.

Capítulo 42

SANTA MARGARITA DE AUSTRIA

Tiempo presente

Concepción-Lebu

Era ya casi media tarde cuando Sandra y Prat emprendieron el viaje hacia Lebu, que demoraba un par de horas. Según les habían explicado, todo el camino estaba pavimentado y era doble vía hasta poco antes de esa comuna, pero no por ello no era accidentado: se trataba de una carretera que iba serpenteando por la columna vertebral de la cordillera de la Costa y por eso tenía muchas curvas, muchas cuestas y muchos, muchos camiones forestales cargados a tope de troncos de pino o eucaliptus, el oro verde de esa zona.

A bordo de un Subaru con tracción atravesaron primeramente el río Bío Bío por el puente Juan Pablo Segundo, uno de los más largos de Chile. Sin embargo, Prat quedó impactado al ver que ese enorme río, que tanto costaba cruzar en el siglo XIX, estaba reducido casi a la mitad en esa zona y que su caudal era evidentemente muy bajo.

Luego de ello ingresaron a una autopista congestionadísima, la Ruta 160, que conecta a San Pedro de la Paz con Coronel y Lota, todo lo cual (junto con las demás comunas ubicadas en la otra orilla del Bío Bío) conforma una sola ciudad en la actualidad, construida sin planificación alguna y sin mayor cuidado estético.

Luego de más de una hora en un taco (provocado por un accidente menor, ocurrido más adelante) pudieron por fin acercarse a la ciudad de Coronel y tomar el *bypass* que conectaba con Lota. Pasaron la antigua capital del carbón, hoy en día un lugar deprimido y lleno de taxis, y luego de sortear la pronunciada cuesta previa al poblado de Colcura y pagar el peaje, salieron por fin de la zona urbana.

Gracias a la larga conversación que habían sostenido con el profesor

Artigas sabían perfectamente a dónde iban.

La casa de este se encontraba ubicada en el barrio universitario, enclavada en las faldas del cerro Caracol. Desde su living, se apreciaba casi todo el campus de la Universidad de Concepción, marcado por sus dos hitos más reconocidos: el Arco de entrada al campus y el campanil de cuarenta y dos metros, que emite campanadas con el ritmo del himno de la universidad a las ocho de la mañana, al mediodía y a las seis de la tarde. Desde allí también se veían los otros edificios antiguos, incluyendo uno de los más impresionantes: el pabellón de anatomía, donde se encontraba —entre otras cosas— el museo de anatomía patológica, una muestra de cadáveres y restos humanos que se usaban para enseñar a los alumnos de medicina, enfermería, antropología y otras carreras.

Otro edificio que se apreciaba sin problemas era de la Facultad de Ciencias Naturales y Oceanográficas, que en sus pisos cuarto y quinto alberga un enorme museo de zoología y que en su acceso exhibe el esqueleto de la última ballena cazada legalmente en aguas chilenas, un rorcual al que se le dio muerte en 1983, y cuyo esqueleto fue rescatado por un destacado profesor de la Universidad de Concepción, Víctor Ariel Gallardo, para ser exhibido en el campus.

En la enorme biblioteca de Artigas había una especie de archivador de madera, de gran tamaño, donde guardaba documentos de todo tipo. Lo abrió y mientras buscaba con denuedo, comenzó a contarles la historia de José Alejandro Pizarro Soto.

Según les había explicado, Pizarro era un autodidacta de la historia que pronto se había destacado a nivel nacional, un verdadero sabio que había sido muy respetado en todo el país por sus investigaciones, entre las cuales se destacaba un libro en especial, que les debía de interesar, según señaló. Se trataba de un grueso volumen titulado *Lebu: De la Leufumapu a su centenario 1540-1962*. Era un libro que había sido editado en 1991, con la ayuda de vecinos destacados de Lebu (como Bruno Venturelli, Jaime Rocha, Eliana Vega y Claudio Huepe, entre otros), y era, hasta la fecha, el texto más completo que había al respecto.

—Conocí muy bien a Alejandro Pizarro. Era un hombre extraordinario, de una sapiencia infinita. Para cualquier universidad

habría sido un lujo el tenerlo, pero como el mundo académico es tan cuadrado, solo lo invitaban de cuando en cuando a dar conferencias y cosas así, pues no poseía grado alguno en Historia. Como sea, recuerdo muy bien que me contactó poco tiempo antes de fallecer, hacia 1997 debe haber sido, justamente debido a mis investigaciones acerca de la Guerra a muerte. Él nunca le había dado validez alguna a la leyenda acerca del tesoro de Benavides, pero revisando algunos documentos que le legó una familia de Lebu, descubrió una serie de menciones a lo que habría sido el fuerte Santa Margarita de Austria —explicó.

—Ahora sí estoy perdido —señaló Prat.

—Era un fuerte construido por el gobernador García Hurtado de Mendoza, que formaba parte del sistema de fuertes de la zona del Bío Bío y que estuvo erigido a orillas del río Lebu, a un par de kilómetros al sur del sector de Pilmaiquén, donde se hallaba uno de los campamentos de Benavides. Ese es el único dato exacto que se conoce al respecto, pero la ubicación exacta nunca se ha determinado con exactitud. Era un fuerte más bien pequeño, erigido en la ladera de un cerro, con vista al río y quizá al mar, pero es de suponer que luego de un letal ataque mapuche que sufrió en 1604 nunca más fue habitado y es muy probable que las torres de vigilancia y quizá otras partes se hayan caído como consecuencia de los terremotos —precisó, levantando las manos, como disculpándose por los sismos.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto? —le interrogó Sandra.

—En medio de los papeles que le legó esa familia de Lebu, una de las primeras que habitó la comuna cuando se creó como tal, había un pequeño mapa. Déjenme ver… claro, aquí está la fotocopia que me mandó mi querido amigo. Miren —les dijo, mostrando una añosa fotocopia que había extraído desde aquel gabinete.

Era una imagen bastante rústica, que mostraba la ciudad de Lebu, el mar, la desembocadura del río y el curso de este hacia el interior del continente. A unos siete kilómetros de Lebu propiamente tal se indicaba «Santa Rosa», nombre de un pequeño sector habitacional que se ubica a ambos lados del camino, a un par de kilómetros del río, que corre al norte de esa zona.

—Aquí es donde hay que poner atención —indicó, mostrando la forma que tomaba el río allí, que dibujaba casi un cuadrado—. Ahí

detrás del río, en una línea recta desde Santa Rosa, hay un cerro bastante alto, quizá el más alto de todo el sector. Miren la anotación que aparece acá —les invitó, apuntando a una anotación efectuada al margen, con una letra minúscula y manuscrita:

«Ubicación original de Santa Margarita de Austria, ladera suroeste. El acceso está marcado por roca negra que dice VB».

—Guau —dijo Prat.

—Vicente Benavides —agregó Sandra.

—Es una gran posibilidad que las siglas «VB» correspondan a Vicente Benavides, en efecto —explicó el académico.

Prat le preguntó por qué él no había hecho algo con dicha información.

Artigas le explicó que luego de recibir la carta que incluía la fotocopia, en la cual Pizarro le pedía su ayuda para ver si encontraba alguna información adicional en los archivos de Concepción, ya fuera en la universidad, el arzobispado o el municipio, le respondió que por supuesto, y le pidió algunos detalles más. Sin embargo, nunca la respondió. Varios meses después se enteró de que su amigo había fallecido y siempre pensó que alguna institución se haría cargo de la enorme biblioteca que él tenía, o que algún pariente lo contactaría para preguntarle al respecto, o que quizá la familia que le había enviado esos documentos los pediría de vuelta, pero nunca sucedió nada.

—La verdad es que al final me fui olvidando de todo eso. Además, esas siglas podrían ser otra cosa. Hay muchas coincidencias muy fuertes en la historia del mundo y esta no tendría por qué ser una excepción. Para serles honesto, hace muchos años me había olvidado de toda esta historia y ahora la recordé gracias a ustedes y al extraordinario sentido que esto cobra en función de lo que ustedes me han contado —les indicó.

Sandra preguntó si podía tomar una imagen de la carta con su celular. Artigas accedió de buena gana y luego les explicó más o menos lo que se encontrarían, indicándoles que desde Lota al sur lo único que verían como paisaje serían pinos y eucaliptos, pues toda esa zona había sido plantada masivamente por empresas forestales.

—Lo más probable es que la zona que indica el mapa esté también tapizada de bosques de pino o eucaliptus y quizá no puedan ni siquiera llegar al área que les indico, pues es época de cosecha y las forestales tiene equipos de seguridad dando vueltas todo el día, debido al conflicto mapuche —detalló, descartando acompañarlos. Luego les indicó que existía una excelente hostería en Lebu, donde podrían alojar y comer, y desde su casa llamaron y reservaron dos cabañas.

Tras ello se despidieron y fueron a buscar un auto para arrendar, para luego iniciar el camino hacia Lebu.

Llegaron a dicha comuna a eso de las seis de la tarde. El sol estaba a medio camino sobre la línea del horizonte que marcaba el mar y se encontraron con una imagen impresionante, pues el acceso a Lebu es en realidad una enorme cuesta que permite bajar desde la cordillera al mar.

Con el GPS del auto siguieron el camino que les llevaba hasta la hostería, ubicada en la playa Millaneco. Entraron, se registraron y luego pidieron que les orientaran acerca de la ubicación de las cavernas. El encargado les indicó cómo llegar caminando y partieron. Parecía más cerca de lo que era, pero el viento que a esa hora soplaba en contra de ellos ralentizaba sus pasos y, en un par de minutos, Sandra estaba totalmente entumida. Buscando algo de calor, abrazó a Alberto Prat, tras lo cual siguieron caminando juntos, muy pegados el uno al otro, como en aquellos años en que estaban locamente enamorados.

Cuando llegaron al camino que conducía a las cavernas se dieron cuenta de que estaban llenas de gente. Por todas partes había personas tomándose fotografías, niños corriendo y un par de jóvenes bebiendo cerveza.

Entraron al primer túnel, alumbrándose con sus teléfonos celulares y lo que vieron fue algo lamentable: botellas vacías, latas arrugadas, condones, fecas, olor a orines. Prat, de hecho, cubrió su boca y fosas nasales con una mascarilla desechable. Ofreció otra a Sandra quien, sin embargo, la rechazó.

—¡Puaj! —reclamó al salir de allí y luego al entrar a la siguiente cueva, la más grande y situada a la misma altura, pero más cerca del mar. Aunque estaba igual de sucia, por efecto de los veraneantes, no se

notaba tanto debido al enorme tamaño que exhibía. Debido a que la luz del celular se extinguía a los pocos metros, no pudieron calcular la extensión total del lugar, pero Prat supuso que debía tener quizá unos cincuenta o sesenta metros de altura y doscientos o trescientos de largo y un poco menos de ancho.

Era gigante, desde cualquier perspectiva, y escalofriante, además. El interior era muy húmedo y en el techo se notaba de cuando en cuando la actividad de murciélagos, algo que le preocupaba de sobremanera al exjesuita, pues debilitado como estaba en su sistema respiratorio, había una serie de recomendaciones que había seguido al pie de la letra cuando lo dieron de alta. Una de ellas era justamente no ingresar a cavernas o lugares con murciélagos, pues los excrementos de estos contienen el hongo que genera a su vez la histoplasmosis, una enfermedad respiratoria que en general solo causa síntomas leves, pero que en alguien que tiene un sistema inmune debilitado puede llegar a ser letal.

Luego de salir de allí se dirigieron hasta un conjunto de rocas donde había gente aplaudiendo. Sin entender muy bien a qué obedecía tal entusiasmo, se pusieron a observar al grupo, que miraba con gran atención hacia un agujero en las rocas. De pronto se escuchó un ruido muy fuerte, como un bramido animal, y de entre medio de las rocas saltó hacia arriba un billete de cinco mil pesos, totalmente distinguible por su color rojo, el que fue recibido con vítores por los adultos y con aplausos por los niños, uno de los cuales pidió dinero a quien parecía ser su padre. Este le pasó un billete de mil pesos y el niño lo lanzó hacia abajo.

Pasados varios minutos, se produjo de nuevo el sonido aquel y, una vez más, el billete saltó con tanta fuerza hacia arriba que lo agarró una ráfaga de viento, la cual se lo llevó volando hacia el mar, en medio de las risotadas de todos. Cuando el grupo se retiraba, escucharon que dicho lugar era conocido como «la cueva del toro».

Luego de apreciar el paisaje y de caminar un rato por la playa regresaron a la hostería. Sandra comió con mucho apetito el congrio frito con papas que les sirvieron, pero Prat estaba inapetente. Un par de bocados y nada más.

—Vaya que estás cambiado, Alberto. Algunos años atrás te podías

comer un toro completo y ahora estás como un viejito, picoteando dos veces y punto.

—El coronavirus —se defendió—. Ese maldito bicho, aunque nadie sabe si los virus son un bicho como tal o no, me dejó para la historia. No es solo que nunca haya podido recuperar los kilos que bajé, sino que aunque de repente ando con mucha energía, hay otros días en que no siento ganas de nada.

—¿De nada?, ¿de nada, nada, nada? —le preguntó ella con picardía.

Prat se rio, quizá por primera vez en muchísimos días.

—¿Me estás invitando a tu cama?

—Quizá, quizá... lo único que te diré es que no entiendo por qué diablos quisiste arrendar dos cabañas, cariño.

Capítulo 43

LAS LIANAS

Tiempo presente

Lebu

Amanecieron abrazados y aunque la noche había sido fría, dentro de la cabaña había una tibia y agradable sensación ambiental.

Sandra observó al exjesuita mientras dormía. Tenía una expresión de placidez en el rostro y respiraba en forma suave y rítmica, pero ella, que había dormido a su lado por varios años, reconoció con alarma un sonido casi metálico que salía desde su pecho. Alarmada, trató de aguzar sus sentidos para ver si efectivamente venía de allí el ruido aquel. Inquieta, acomodó su cabeza sobre su pecho y ahí comprobó, para su tranquilidad, que se trataba del sonido proveniente de algún automóvil ubicado en las afueras.

Fue justo ese el momento en que él despertó. Acarició el pelo de Sandra por varios minutos y finalmente se estiró. Luego de ello fue al baño y al regresar se encontró con Sandra mirándolo en forma severa.

—Escuché un sonido que pensé que salía de tu pecho. Pensé que era un soplo o quizá qué diablos. Me asusté mucho —le dijo.

—No tengo nada muy malo, cariño. Como te dije, a veces me canso, pero creo que reconocerás que anoche eso no se notó para nada —bromeó, generando una sonrisa de parte de ella la que, sin embargo, escondía una evidente preocupación.

Ella asintió y comenzó a buscar la ropa que utilizaría en el día: bototos, jeans, parka. Irían a hacer un primer reconocimiento al sector donde presumían que podría haber estado el antiguo fuerte Santa Margarita de Austria. Luego de ello decidirían si era necesario buscar alguna ayuda especializada para acceder al sector, tramitar algún permiso (en caso de tratarse de una propiedad privada), si se requería

utilizar un dron para revisar la zona, etcétera.

Mientras desayunaban, Sandra no pudo evitar preguntarle algo más.

—¿Qué piensas hacer una vez que termine todo esto, Alberto?

Prat quedó pensativo, mientras comía lentamente un pan tostado con huevo revuelto.

—No tengo ni la más mínima idea, Sandra. Lo único que tengo claro es que debo seguir trabajando, en alguna parte. Debo conversar al respecto con Mazzini, pero ya sabes: esto del Vaticano se ve con menos expectativas de vida que... no sé, sinceramente no sé qué. Además, ya estoy cansado de todo esto. Cuando estaba recién ordenado y me ofrecieron unirme al Servicio Secreto ni siquiera lo pensé, pues para serte franco al inicio no entendí muy bien de qué se trataba. Claro, sabía la historia de la Santa Alianza, como llamaban a los espías del Papa en los siglos anteriores, pero no sospechaba que ese servicio de información fuera en realidad una agencia de inteligencia, igual a todas, salvo por el hecho de que casi nadie usa armas. Y no te voy a mentir. Me gustó, ya sabes... la adrenalina, el estar metido donde las papas queman, el saber cosas que los demás ni sospechan que existen, pero ya ha sido demasiado —reclamó.

—Lo entiendo, lo entiendo muy bien. Es muy parecido a lo que te dije cuando te pusiste cargante con que nos fuéramos a Estados Unidos y te dije que no, que iba a pasar lo mismo, y no me escuchaste. Nunca me escuchaste. Si me hubieras puesto un mínimo de atención quizá ni siquiera te habrías enfermado y si así hubiera sido, conmigo al lado, yo te habría cuidado, pero eres una mierda egoísta. Solo pensaste en ti —le recriminó, con los ojos humedecidos en lágrimas, pero sin estallar aún.

Por un par de segundos pensó en levantarse y mandarse a cambiar, pero no lo podía hacer, no solo porque el libro que ya estaba escribiendo en su cabeza quedaría trunco si ella no asistía al final, sino porque además no quería dejarlo solo.

—Tienes toda la razón Sandra, completamente. Lo peor es que cuando salió positivo el diagnóstico de Covid-19 pensé mucho en eso, en que habría sido un sueño tenerte a mi lado, pero después, si quieres que te sea sincero, me alegré mucho de que no estuvieras.

—¿Qué? —preguntó ella, un tanto ofendida.

—Cuando los síntomas se comenzaron a agudizar me di cuenta de que podía morir en cualquier momento y ese es un tema que conversamos muchas veces, ¿te acuerdas? Desde hace varios años que estoy preparado para ello y tengo la casi total certeza de que, si sigo en este camino, no llegaré a viejo. Tarde o temprano me va a llegar una bala o me envenenarán con talio, bacteria botulínica, gas sarín o quizá sea como lo que hicieron contigo: un accidente automovilístico. Lo único que sé es que todas esas son formas de morir que de un modo u otro se pueden esquivar, pero no hay cómo sacarle el bulto a un bicho que ni se ve y que, si te encuentra en las condiciones adecuadas, simplemente te mata. Es por eso que me alegré de que no estuvieras allá Sandra, porque no habría tenido cómo protegerte de ese enemigo tan minúsculo y a la vez tan poderoso.

Sandra lo miró enternecida y le tomó la mano por encima de la mesa.

—Te habría cuidado como solo alguien que te quiere lo puede hacer, Alberto. Ahora, ¿me vas a empezar a hacer caso? —le preguntó y Prat asintió, como si fuera un niño.

—Perfecto. Vamos a buscar ese sitio entonces. Yo manejo —dijo ella, tomando las llaves del vehículo.

Veinte minutos más tarde entraban al pequeño caserío de Santa Rosa. Era una colección de casas de distintos tamaños (había algunas bastante grandes y bien construidas) que se ubicaban a ambos lados del camino que conducía a Lebu, aunque la mayoría de las viviendas se situaban en el margen izquierdo de la ruta. En algunos carteles había rayados con spray que pedían la libertad de los presos políticos mapuches y algunas consignas del mismo estilo, pero ambos sabían que el epicentro del movimiento mapuche no estaba allí, sino en las comunas de Tirúa y Arauco, más al sur.

No obstante, la sensibilidad por el tema estaba a flor de piel, por lo cual pensaron muy bien qué decir en caso de que se vieran en la necesidad de conversar con alguien, lo que era más que probable, dado que el lugar era un pequeño poblado, con almacenes, escuela pública, una posta, una iglesia católica y varias capillas protestantes.

Finalmente, decidieron que lo mejor era mentir lo menos posible. Si es que nadie los reconocía (Prat andaba con una barba de varios días,

gafas oscuras y jockey) dirían que él era un funcionario de la Iglesia católica y ella una periodista que cooperaba con él en una misión que les habían encomendado: buscar los antiguos restos de un fuerte español que tenía mucha importancia histórica. Todo eso era estrictamente cierto.

Así las cosas, entraron al pequeño pueblo y avanzaron hasta el final del mismo, a unas seis cuadras de la carretera, hasta un sitio baldío que marcaba el fin de la zona urbana y el inicio del campo propiamente tal.

Luego de eso comenzaban los bosques de pino, todos demarcados por cercos con alambres de púa, que evidenciaban que estaban al interior de fundos privados, seguramente de empresas forestales, pero en todo el trayecto no vieron a una sola persona. Los pinos de ese sector parecían menos altos que los que se apreciaban en otras partes, por lo cual seguramente aún no estaban listos para ser cosechados.

De pronto se encontraron con un claro y a continuación de este un pequeño bosque nativo, tras el cual se escuchaba el borbotar del agua. Sí, estaban a pocos metros del río Lebu, calcularon, dándose cuenta de que la caminata les había consumido casi una hora.

Y claro, una vez en la orilla del curso de agua se percataron de algo fundamental: no había cómo cruzar. No se apreciaban puentes por parte alguna. Sandra intentó buscar en Google Maps, pero no había señal.

Ante ello debieron regresar al auto y ahí revisar aquel oráculo cibernético, lo que les hizo darse cuenta de algo esencial: el único puente que cruzaba el río estaba en la ciudad de Lebu. Por ende, salvo que nadaran para atravesar allí mismo, lo que no parecía una buena idea dada la profundidad y volumen del caudal, lo único que les quedaba por hacer era regresar a Lebu, franquear el río y ver cómo diablos internarse por los montes que rodean la comuna, para finalmente llegar hasta donde querían.

Regresaron a Lebu, cruzaron a la otra orilla del río y comenzaron a buscar cómo subir al cerro en auto, hasta que dieron con la huella de un camino forestal que, aunque era bastante empinado y estaba lleno de hoyos, permitía subir.

Con mucha lentitud, demoraron casi una hora en llegar a lo alto del

cerro Las Lianas, donde se encuentra el parque del mismo nombre, un lugar lleno de vegetación muy densa y parecida a la valdiviana: lianas, quilas, helechos y nalcas. La superficie del camino era gredosa y muy resbaladiza, por lo cual el Subaru patinaba cada cierto trecho, pero Sandra logró dominarlo muy pronto. Nuevamente sin señal de GPS, fueron internándose por distintos caminos forestales en la dirección que ellos estimaban debían avanzar, sin tener mayor certeza de donde estaban. Por un lado, agradecían no haberse topado con ninguna cuadrilla de seguridad forestal, pero por otro lado no habría sido malo encontrarse con alguien a quien preguntarle si iban bien encaminados.

Ya eran cerca de las cuatro de la tarde cuando el cerro comenzó a descender y, al frente y abajo de ellos, vieron ese peculiar serpenteo del río que estaba en el dibujo que les había mostrado Artigas, y que ellos habían visto en persona y desde el frente unas horas antes, aunque obviamente al nivel del terreno no se apreciaba tan bien.

Tal como lo habían supuesto, toda la meseta del cerro eran plantaciones forestales, al igual que parte de los costados del mismo. Sin embargo, cuando llegaron por fin a la ladera suroeste, o donde estimaban que esta comenzaba, se dieron cuenta de que era solo vegetación nativa. Cuando comenzaron a descender, teniendo de telón de fondo una increíble vista del mar, comprendieron que plantar pinos en ese lugar seguramente no salía a cuenta, pues se trataba de un terreno muy irregular, lleno de pequeñas y grandes quebradas y, además, muy inclinado.

En realidad, era un lugar bastante traicionero. El terreno era gredoso también y estaba muy húmedo, por lo cual resbalar y desnucarse era algo muy sencillo.

Bajaron algunos metros, pero Prat comprendió de inmediato que era una mala idea y así se lo dijo a Sandra. Esta le insistió en que se podía, pero luego de que trastabillara y terminada sentada en el barro —por milagro, al lado de un árbol, el que evitó que cayera— accedió a dejar los juegos de alpinistas para otro día.

—¿Y ahora? —le preguntó a Prat, mientras encendía el automóvil, unos minutos más tarde.

—Llegando a la cabaña me comunicaré con Mazzini y deberé pedirle dinero para contratar personas con experiencia en montaña, que

puedan descolgarse por esa ladera sin que nada les suceda. No va a ser muy sencillo, sin embargo, pues necesitamos gente de confianza y encontrarla puede que tome unos días.

—¿Estamos hablando de tus amigos, Chánique y Mansilla, no? —preguntó ella, refiriéndose a los dos expertos senderistas de Osorno a quien Prat había conocido años antes, en una charla en un colegio jesuita de esa ciudad, y quienes lo habían ayudado posteriormente, durante los eventos que ocurrieron en el Lago Constancia.

—Así es, Jaime Mansilla y Roberto Chánique. Dos tipos leales y expertos. El problema es que no hablo con ellos hace un buen par de años. Ahora deberé ubicarlos y obviamente correr con los gastos de trasladarlos acá y todo eso —explicó.

—Bueno, mientras tanto podemos quedarnos esperando en esa cabañita, ¿no? —preguntó ella, juguetona.

—Por supuesto —respondió Prat, sin alcanzar a percatarse del primer encapuchado, que apareció justo al lado de su ventana.

En realidad no lo vio, porque pensó que era la sombra de un árbol, pero cuando la escopeta de cañón recortado que el sujeto tenía entre las manos apuntó hacia su ventana y entendió lo que iba a pasar trató de gritar, pero no pudo.

Capítulo 44

HUEY BELL

Tiempo presente

Lugar desconocido

Los encapuchados actuaron rápidamente. Eran cuatro, por lo que Prat alcanzó a ver. Iban vestidos con ropas mimetizadas, gorros pasamontañas y escopetas.

El primer disparo hizo trizas la ventana de Prat y destruyó parte del lado derecho del parabrisas. Si alguien hubiera estado mirando la escena, habría notado que el autor del disparo se preocupó de buscar un ángulo que no le pegara de lleno, quizá evitando intencionalmente matarlo pues, aunque los parabrisas de buena calidad son capaces de amortiguar un impacto de tal magnitud, la posibilidad de que hubiera resultado muerto si los perdigones le daban en el cráneo era enorme.

La detonación hizo que Sandra detuviera automáticamente el auto, que estaba avanzando lentamente en medio de una curva de ese camino forestal. El encapuchado que apareció al lado de ella quebró el vidrio del conductor con la cacha de una pistola. Luego de ello metió la mano al interior y destrabó las puertas, tras lo cual la obligó a soltarse el cinturón, apuntándola y obligando a que descendiera.

El que había disparado, en tanto, ayudado por otro, hacía lo mismo con Prat. Los lanzaron de cabeza al barro, a cada lado del auto, y les dijeron que se quedaran quietos. Esos sujetos son expertos, fue lo primero que pensó Prat, mientras sentía el peso de una bota tipo militar sobre su espalda.

Los desconocidos los tuvieron boca abajo durante varios minutos. El exreligioso, que no alcanzaba a ver a Sandra desde el otro lado del móvil, debido a que el camino estaba inclinado y era más alto a la izquierda, sintió el sonido de un *handy*, seguido de una conversación

imposible de comprender, por medio de la radio. Luego de eso, los encapuchados procedieron a ponerle un par de esposas de plástico en las muñecas, por detrás de la espalda, y luego lo pusieron de pie, lo que también hicieron con Sandra.

Al menos, al verla, constató que no parecía herida. Fue ese el preciso instante en que se escuchó el inconfundible y ruidoso golpeteo de las aspas de un Bell Huey, el típico aparato de la guerra de Vietnam, que tanto abundan en el sur de Chile, transportando brigadistas forestales o apagando incendios con un «bambi», como llaman a la bolsa desde la cual lanzan agua. Como casi todos los Bell que vuelan en esa zona, era de color azul y la verdad es que a nadie le llamaba la atención la presencia de uno de esos aparatos. Sin embargo, este no estaba en dichas faenas.

El helicóptero se posó a unos cien metros de donde se encontraban. En este instante, los encapuchados pusieron una especie de capuchas negras sobre sus presas y corrieron con ellas hacia el helicóptero. Los sentaron adentro, siempre apuntándoles, y les pusieron los cinturones, lo que Prat interpretó como una excelente noticia: si la idea era dejarlos caer «accidentalmente» al mar, que estaba cerquita de allí, no era necesario tomarse tantas molestias.

Una vez asegurados, el piloto comenzó a elevarse, pero intercambiaron algunas palabras. Por lo visto, algo se les había olvidado. Claro. Tocaron tierra de nuevo y dos de los atacantes bajaron a toda velocidad y se dirigieron hasta una camioneta Ford Explorer, que estaba a unos doscientos metros de donde habían emboscado a Prat y a Sandra.

La habían robado unas horas antes, en Los Álamos, y dentro de ella tenían dos bidones con bencina. La empaparon completamente con uno de ellos y le prendieron fuego. Luego hicieron lo mismo con el Subaru arrendado. Tras ello, regresaron a la nave y esta emprendió rumbo desconocido con ellos y sus secuestrados.

Prat perdió totalmente la noción del tiempo. Quizá fueron cuarenta o sesenta minutos, no lo sabía, pero sí tenía muy claro que cuando descendieron y los hicieron bajar del helicóptero había mucho viento, pero no era el viento de la playa de Lebu, de un aroma inconfundible y que dejaba la boca sabiendo a sal, sino que era un viento gélido,

arrachado, seco, que pegaba con una fuerza inusitada.

Para su sorpresa, cuando llegaron a ese lugar, los hicieron bajar y acto seguido les cortaron las esposas de plástico, luego de lo cual los comenzaron a guiar casi con amabilidad hacia su destino. A ambos los hicieron caminar unos quinientos metros, o quizá más, hasta que entraron a algún lugar techado o, más bien, a una estancia o algo semejante. En el trayecto, en medio del viento, Sandra y Prat escucharon relinchos de caballos, por lo cual ambos supusieron que estaban en un fundo o hacienda, quizá en algún lugar precordillerano. Dado lo corto del viaje, las opciones no eran muchas: o se trataba de la zona de Alto Bío Bío o algún lugar del valle de las Trancas o los Nevados de Chillán, un poco más al norte.

Dicha idea se vio reforzada cuando entraron al lugar. Había algunos peldaños que subir y los encapuchados así se lo dijeron a sus víctimas. Prat, tratando de equilibrarse, tropezó de pronto y al afirmarse, su mano derecha dio con la pared del lugar y reconoció de inmediato la textura del adobe. Seguramente estaba en alguna casa patronal, nuevamente.

Las sospechas se vieron confirmadas cuando los sentaron en un sofá bastante cómodo y les sacaron las capuchas. Estaban en un salón muy espacioso, decorado con puros muebles del siglo XIX, muy finos y caros. El lugar tenía varias ventanas que parecían haber sido tapiadas desde afuera y al frente de ellos había una bandeja que contenía un par de latas selladas de Coca Cola y algunos sándwiches de queso y jamón sellados, de los que venden en las estaciones de servicio.

—Coman. Ya van a venir a hablar con ustedes —dijo uno de los encapuchados, dejándolos allí y partiendo a pararse a la puerta, haciendo guardia junto a otro de los sujetos, que también estaba allí.

Sandra miró el tentempié como si se tratara de un manjar digno del palacio de Versalles en la época de María Antonieta, pero tenía muy claro que no podía comer ni beber algo, incluso si parecía ser comida sellada al vacío, como en el caso de los refrescos. No tenían cómo saber si les habían introducido algo o no.

—¿Dónde chucha crees que estemos? —susurró hacia Prat.

—En la cordillera o precordillera, pero no atino aún a saber en qué parte.

—¿Y qué crees que quieran?

—Presumo que no nos quieren muertos. No tendría sentido alimentarnos ni dejarnos aquí sentaditos. Imagino que lo que deben querer es lo mismo que han querido todo el rato: saber lo que estamos haciendo —dijo, cuando se escucharon varios pasos que se dirigían hacia ellos.

Instintivamente, ambos se pusieron de pie y se dieron vuelta, para ver de quien se trataba.

—Oh, por favor, no es necesario que se pongan de pie, queridos amigos. Siéntense, por favor, siéntense, y sean bienvenidos a mi pequeño y modesto refugio de la cordillera. Espero que mi equipo de seguridad los haya tratado bien, ah, porque debo confesarles que a veces se ponen un poco atarantados —les dijo Nepomuceno Bulnes, caminando hacia ellos con una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviera de vacaciones y sus mejores amigos en todo el mundo hubieran llegado recién de visita.

Capítulo 45

SOLO NEGOCIOS

Tiempo presente

Lugar desconocido

Bulnes hijo vestía como cualquier dandi de la zona oriente de Santiago en un día de campo: pantalones de gabardina, camisa de cuadros de una tela finísima, mocasines de gamuza y un chaleco cruzado sobre el pecho. En la mano llevaba una pipa apagada, como si fuera parte del atuendo.

—Tenía la impresión de que eras un sicópata, pero a confesión de parte, relevo de pruebas —se quejó Prat.

Bulnes lo miró extrañado, como si sinceramente no entendiera por qué le decía eso.

—Perdón, señor Prat. No sé qué he hecho para merecer tal tratamiento. Lo único que hice fue pedir a mis colaboradores que los ubicaran y los invitaran a conversar conmigo y por lo que me dijeron ustedes habían aceptado gustosos. No me diga que hubo algún problema, porque eso sería inconcebible —aseveró con tal nivel de convicción que, definitivamente, parecía de una total honestidad, al punto que Sandra llegó a pensar por un instante que quizá esos matones habían actuado por su cuenta, sin conocimiento de su jefe.

No obstante, lo descartó de inmediato. Había visto demasiado como para no saber que lo más probable es que todo ello no fuera más que una estrategia para poder alegar desconocimiento absoluto, en caso de que hubiera algún problema.

—Hablemos entonces, Nepomuceno. Lo escuchamos —le respondió Prat, siguiéndole el juego.

El dueño de casa encendió por fin la pipa y el aire se llenó de olor a tabaco achocolatado.

—Es muy simple, Alberto. Yo presumo que usted no lo sabe, pero el grupo familiar que mi padre dejó abandonado hace unos dos años está zozobrando. Hemos tenido enormes pérdidas y todo ello fue, lamento decirlo, por la irresponsabilidad de mi progenitor y su obsesión por los objetos antiguos y, particularmente, por todo lo que se detonó a partir de aquella compra que hizo en Londres, de esos manuscritos de Newton —explicó, dejándole claro a Prat y a Sandra que él sabía todo lo que había ocurrido.

El exreligioso supuso que fue debido a eso que Nepomuceno había insistido tanto en que su padre tuviera un equipo de seguridad que no lo dejara ni a sol ni a sombra y, al mismo tiempo, comenzó a confirmar la teoría que estaba desarrollando desde hacía un buen tiempo ya: que detrás de todo lo que estaba sucediendo había alguien con una gran capacidad económica y vínculos internacionales.

—No es verdad lo que dice, Nepomuceno, pero ya ha demostrado de sobra sus dotes de fabulador. Según lo que su padre me comentó más de alguna vez, las pérdidas que el grupo tuvo fueron consecuencia de la baja que afectó a toda la economía mundial en medio de la pandemia, pero se estaban recuperando de eso. Además, ¿cuánto perdieron? ¿Cinco, seis mil millones de dólares de un patrimonio de cincuenta o sesenta mil millones? ¿Eso es lo que según usted es zozobrar? —le espetó el exsacerdote.

—Siempre es fácil ser juez del dinero ajeno. Sepa que esos montos que tan livianamente señala significan miles y miles de empleos, pero claro, un antipatriota, un comunista, nunca lo entenderá —refunfuñó.

Aunque Prat se alegró por ello, pues lo que buscaba era sacarlo de sus casillas con el fin de conseguir que dijera cosas que de otro modo no pronunciaría, mantuvo el ceño adusto y usó la principal técnica de interrogación que le habían enseñado cuando hizo el curso de inteligencia: culpar al interrogado de cosas horribles.

—Ja, usted que nació en cuna de oro habla de lo que es fácil y lo que no. Yo quisiera saber qué tan fácil es mandar a matar al propio padre, porque fue usted, ¿cierto? Fue usted, Nepomuceno, quien por medio de esos exmilitares norteamericanos contrató a esa pandilla de asesinos rusos, ¿no?

—No tiene idea de lo que está hablando… —respondió el aludido,

tratando de mantener la calma.

—Claro que sí. Ustedes tenían intervenidas todas las telecomunicaciones de su padre y no me sorprendería que en su departamento hubieran tenido micrófonos direccionales para escucharnos, quizá también en el mío, en el de Barnacle, en el de Di Fabrio... Interesante eso. Creo que a cualquier fiscal federal de Estados Unidos, estos datos le resultarían muy interesantes, ¿no cree, Nepomuceno? —le dijo, tratando de asustarlo con la posibilidad de ser perseguido en Estados Unidos, pero el interpelado había recuperado la serenidad que casi se le había escapado poco antes.

—De nuevo no sé de qué me está hablando, señor Prat, pero le puedo asegurar que nuestros abogados en Nueva York están cooperando activamente con el FBI y con la Policía de Nueva York para esclarecer las trágicas circunstancias de la muerte de mi padre. Ejerceremos todas las acciones legales que sean del caso y quizá debería saber que incluso nos hemos querellado en contra de los mercenarios rusos que han sido detenidos en conexión con estos ataques, que al parecer trabajaban en conjunto con aquellos traidores que debían cuidar a mi padre —recitó en forma imperturbable.

Vaya, qué sujeto más astuto, pensó Prat. Como tenía todo el dinero del mundo podía hacer lo que quería: mandar a matar y luego querellarse en contra de los asesinos, al verse descubierto.

—Deje de perder el tiempo con tanta mierda, señor Bulnes. Sabemos perfectamente bien que los brutos que me secuestraron en su fundo y todos los extremistas que nos han agredido aquí y en Estados Unidos fueron reclutados por usted.

Nepomuceno Bulnes movió la cabeza negativamente, riéndose como lo hace alguien que es injustamente acusado.

—Quienes hicieron esto, mi estimado Alberto, son mentes siniestras, brillantes, definitivamente, a tal punto que han sido capaces de culparme a mí, al hijo de la víctima, y convencerlos a ustedes de ello. Es terrible, Alberto, terrible —se quejó.

Prat estuvo por perder la serenidad, pero decidió seguirle el juego por unos minutos más.

—Tremendo, ¿ah? Y claro, fue solo una terrible casualidad el hecho de que me mantuvieran secuestrado en un fundo suyo.

—Ya le expliqué eso, estimado Alberto. Creo que es parte de esta estrategia destinada a hacerme aparecer como un victimario. Lamento de verdad que ustedes crean eso, pero como parece que no podré hacerlos cambiar de parecer pasaré a otro tema, que es el de fondo aquí: como de algún modo debo recuperar las pérdidas que mi padre ocasionó al grupo y como todo el material en que se basa la búsqueda del baúl era de mi padre, les haré una oferta muy generosa: diez millones de dólares en una cuenta de las Islas Caimán —ofreció.

Sandra lo quedó mirando extrañada.

—¿Te entendí bien, pelotudo? ¿Estás tratando de sobornarnos? —preguntó ella, escandalizada, quizá mucho más molesta que cuando la secuestraron.

Bulnes hijo sonrió por lo bajo y encendió de nuevo su pipa, que se había apagado.

—Para nada. Les insisto: todo el material gracias al cual ustedes llegaron hoy a Lebu es parte del patrimonio de mi padre o quizá casi todo, pero convengamos que sin nada de eso ustedes no estarían pisándole los talones a un baúl cuya tasación, de acuerdo con mis especialistas, podría superar los mil millones de dólares en el mercado de las subastas privadas. Es por ello que creo que ofrecerles una compensación de ese orden, un uno por ciento, por los servicios que han desempeñado hasta ahora no es malo, teniendo en cuenta que la otra opción no es mucho mejor.

—¿Cuál otra opción? —preguntó Prat.

—No me malentienda, la otra opción es que no hagamos negocios. No sé en qué está pensando. Si me dicen que no, mis hombres los llevarán de vuelta en el helicóptero. Espero que nuevamente funcionen los cinturones de seguridad, que me han dicho no están muy bien —amenazó.

Prat comenzó a impacientarse. Esperaba ganar algo de tiempo, pero Bulnes hijo había ido directo al grano y eso limitaba las opciones, así es que decidió que era necesario conseguir algo más de tiempo.

—Ok, es una propuesta de negocios, lo entiendo. Como empresario que es, imagino que nos dará unos minutos para discutir las posibilidades de presentar una contrapropuesta. Por cierto, todos sabemos que ese cofre vale mucho más de lo que acaba de estimar —

respondió, generando una mirada de indignación de parte de Sandra quien, impactada por lo que acababa de escuchar, no pudo evitar pegarle un puntapié en la canilla derecha, golpe que sorprendentemente le resultó el más doloroso de la jornada.

—Ah, las mujeres… —se rio Bulnes—. Parece que va a tener problemas convenciendo a su socia, estimado Alberto. Los dejaré a solas por algunos minutos, pero lamento decirle que no estoy dispuesto a escuchar ninguna contrapropuesta. Lo único que deben hacer es tomar una decisión, como en el *Jappening con Ja*, ¿se acuerdan? La puerta «A» es un comprobante de depósito por diez millones de dólares, aunque es algo que ciertamente podemos fraccionar, si así lo estiman. La puerta «B» es un paseo en helicóptero, los dejo —se despidió, saliendo de la sala en que estaban prisioneros.

Apenas salió, Sandra las emprendió contra Prat. Le dijo que era una mierda, que podía esperar cualquier cosa de él, menos que se vendiera por dinero, que esos tipos eran lo peor, que estaban a manos de un sujeto que había mandado a matar a su padre por puro interés económico y que prefería morir lanzada sobre alguna montaña de Los Andes a tener que transar algo siquiera con ese mafioso vestido con tenida dominguera.

El exreligioso trató de calmarla varias veces, para explicarle por qué le había dicho aquello a ese sujeto, pero era imposible. Ella estaba muy, muy enojada, pero justo fue cuando comenzaron a escuchar el inconfundible sonido de un helicóptero y luego comenzaron los gritos, las ráfagas y las detonaciones.

Capítulo 46

PAR DE CABRONES

Tiempo presente

Alto Bío Bío-Concepción-Talcahuano

El tiroteo fue muy breve. Prat estimó que no había durado más de un minuto y medio, quizá dos a lo sumo. Sandra estaba muy agitada y le gritó que había que escapar de allí, pero él la conminó a permanecer en calma. Por supuesto, el exreligioso sabía algo que ella ignoraba y que quedó en evidencia cuando un fuerte golpe derribó la puerta de esa especie de living en que se encontraban. Tras ello, varios detectives enfundados en traje táctico azul oscuro, blandiendo fusiles automáticos, coparon el lugar, dirigiéndose a los secuestrados. Detrás de ellos venía Saavedra.

—¡Saavedra! —gritó Sandra al verlo.

—¡Positivo! —respondió el ahora agente del Vaticano, abrazándolos. El jefe del grupo, se adelantó hacia ellos, con el fin de constatar al menos visualmente cómo se encontraban.

—Están bien, no se preocupe —dijo Saavedra. El interpelado se levantó las antiparras y lo miró con indulgencia.

—Con todo respeto, señor, debo recordarle que soy yo quien está a cargo aquí —le dijo el oficial, recordándole en forma muy elegante que él ya no era funcionario de la policía y que, como tal, era él quien debía dar cuenta de la salud de los secuestrados.

—Nos encontramos bien, muchas gracias —respondió Prat, a lo que Sandra asintió con la cabeza.

—Perfecto. De todos modos debemos llevarlos a constatar lesiones —señaló el jefe del operativo, comenzando a escoltarlos hacia la salida.

Al otro lado de la puerta había dos cadáveres, correspondientes a los

guardias que habían quedado en la puerta, ambos aún blandiendo en sus manos las escopetas recortadas con las cuales habían intentado resistirse. A unos metros de ellos, dos oficiales practicaban primeros auxilios a uno de sus compañeros, quien había resultado con decenas de perdigones alojados en su brazo derecho. Varios más habían impactado en el chaleco antibalas de kevlar que llevaba.

—A la salida, a la salida —dijo el comisario, apurándolos.

—Falta Bulnes, no lo veo —se quejó Prat, pero Saavedra le dijo que estaba detenido.

Esa era una gran noticia.

Siguieron avanzando por el corredor y fue allí cuando Sandra y Prat vieron por primera vez el enorme tamaño de la mansión en que se encontraban. Era una casona de grandes dimensiones, en cuyas afueras se advertían una cancha de tenis y una piscina. Al salir de ella, vieron que había un helicóptero policial posado en el lugar, con sus aspas funcionando, y dos patrullas blindadas. Según les dijeron, estaban al interior de un fundo de la familia Bulnes en la zona de Alto Bío Bío.

En el suelo, boca abajo, había siete u ocho personas más. Por sus indumentarias, Sandra reconoció de inmediato a algunos de los sujetos que los habían secuestrado en Lebu. También allí, tendido en el suelo como cualquier delincuente, estaba Nepomuceno Bulnes. Al pasar al lado de este, rumbo al helicóptero, intentó pegarle un puntapié, lo que fue impedido por uno de los policías. Ya estaba comenzando a anochecer y apenas se acomodaron al interior del aparato y se pusieron los audífonos, Sandra preguntó a Saavedra cómo los habían encontrado.

Este y Prat se miraron con complicidad.

—Bueno, la verdad es que fue algo que acordamos previamente Sandra... debes saber que siempre, siempre, los estuvimos siguiendo, ya sea por medio de detectives de civil o con drones. Si algo les hubiera pasado habríamos intervenido de inmediato —explicó Saavedra, desatando la furia de Sandra.

—¡Si algo nos hubiera pasado! ¿Ustedes están locos acaso? ¡Nos dispararon y después nos secuestraron! ¿¡Qué chucha entiendes porque nos pasara algo!? —gritó, indignada.

Prat trató de suavizar el tema, pero fue imposible.

—Mira, cariño. Lo que pasa es que si Esteban hubiera venido con nosotros a Concepción y luego a Lebu ciertamente nos podría haber defendido, pero la idea era atraparlos a todos y era lógico suponer que si nos veían desprotegidos intentarían algo así. Sé que parece que estuvimos en peligro, pero nunca fue así. Yo, de hecho, vi varias veces a los detectives cuando nos brindaron cobertura en Concepción y en Lebu.

—Claro, ¡y para qué me ibas a decir! —reclamó.

Prat y Saavedra habían discutido largamente sobre si contarle o no. Desde la perspectiva táctica, argumentaba Saavedra, mientras menos gente sepa de un operativo, incluso si está involucrada, tanto mejor. Prat sabía que eso era así, pero también tenía plena conciencia de lo que sucedería cuando ella se enterara de que la habían usado de señuelo.

Ante ello, Prat propuso que no la incluyeran en la operación, pero sabía también que si aparecía solo en Concepción los atacantes se darían cuenta de que algo anómalo ocurría y probablemente no actuarían. De hecho, la sola desaparición de Saavedra del cuadro ya debería de haberles resultado sospechosa.

—El objetivo final era atrapar a todos esos tipos, Sandra. Bulnes hijo va a ser formalizado por el ataque que sufriste, por el baleo en la clínica, por el secuestro de Di Fabrio, el tuyo y el mío y mucho más. Le dimos muchas vueltas, pero no había cómo hacerlo sin afectar el resultado final. Sé que me vas a odiar por siempre, pero no había más opciones... —se defendió Prat.

Sin embargo, Sandra hizo como que no lo escuchó. Iba mirando las luces de la Ruta 5 Sur, debajo de ellos. El helicóptero viajaba con destino al helipuerto del Hospital Regional de Concepción, donde les harían el correspondiente chequeo de salud.

—Sabes bien que vivimos en un país bananero, Alberto. El 18 de octubre del 2019 eso quedó muy claro. El único que vive en un país desarrollado eres tú. Los demás vivimos en sudacalandia y por eso te doy firmado que todo esto fue una estupidez. Con el poder y los contactos que ese tipo posee te garantizo que no va a pasar un día preso —se lamentó, refiriéndose a Bulnes hijo.

—Es probable, Sandra, pero llegando a Concepción no solo vamos a

tener que prestar declaraciones en el caso que lleva la Fiscalía, sino también a un buen amigo que nos estará esperando en Investigaciones, el agregado legal de la embajada de Estados Unidos en Chile, el agente especial del FBI Donald Ward. Ellos ya tienen a Bulnes hijo como inculpado en numerosas causas, incluyendo el homicidio de un agente del mismo FBI, el parricidio de su padre, un diplomático, y la autoría intelectual del secuestro del profesor de Yale, que nunca más fue hallado, y del atentado sufrido por Alberto y la agente Mackay en Penn Station. Si algún día lo llegara a soltar la justicia chilena, te garantizo que le va a pasar lo mismo que a Michael Townley: lo van a mandar extraditado a Estados Unidos —explicó Saavedra.

En dicho sentido, señaló Alberto Prat, lo mejor que le podía pasar a Bulnes era efectivamente ser formalizado por numerosos delitos en Chile y ser enviado a algún penal local, pues al menos podría ver a sus hijos y seguramente gozaría de más beneficios de los que tendría en una penitenciaría de máxima seguridad localizada en algún desierto de Estados Unidos, donde le permitirían salir por media hora al patio cada día, para luego regresar a una celda de aislamiento en la cual viviría por el resto de lo que le quedara de existencia, pues en el Estado de Nueva York, donde debería ser juzgado, no existía la pena de muerte.

—Son un par de cabrones —los insultó Sandra, mientras observaba cómo hacia el occidente aparecían las luces nocturnas de Concepción.

Tal como estaba previsto, aterrizaron en una torre del hospital local. Luego de ello los llevaron a urgencias, donde constataron lo que ellos ya sabían: lesiones leves y algunas abrasiones en las muñecas, producto de las esposas de plástico que les habían colocado.

La salida, sin embargo, fue caótica. Los carabineros de servicio ya habían advertido a los detectives que la salida de urgencias estaba abarrotada de medios de comunicación, por lo que pensaron en que quizá podrían salir por la zona de la dirección del Hospital, que da hacia Avenida Roosevelt, pero a aquella hora toda esa ala administrativa estaba cerrada. Además de que Prat era renuente a seguir apareciendo en los medios, había un problema más de fondo: no sabían qué ramificaciones podía tener la organización de Bulnes y quizá, en medio del enjambre de periodistas, camarógrafos, fotógrafos

y curiosos, podía haber alguien con un cuchillo, una bomba, un arma de fuego o cualquier otra cosa.

Era demasiado riesgo, así es que optaron nuevamente por el helicóptero, en el cual los trasladaron hasta las inmediaciones del cuartel de Investigaciones en Talcahuano. Allí llegó también, minutos después, un fiscal del Ministerio Público, Norberto Cruz, un tipo energético y eficiente, que les tomó declaraciones hasta la medianoche, y luego fue el turno del oficial del FBI en Chile, quien estuvo con Prat hasta eso de las tres de la mañana. Al terminar la toma de declaración, le preguntó cuál creía que había sido la motivación real del hijo de Prat: ¿Era un fanático religioso? ¿Había detrás de sus acciones una idea freudiana en orden a querer matar al padre? ¿Era un terrorista?

—Creo que todo ello tiene algo de verdad, pero no es el fondo. Claro que es un fanático religioso, católico en este caso, pero eso no explica sus acciones ni uno podría presumir que se basó en la religión para ello. No es que tenga un interés particular en lo que puede que haya o no en esa caja, si es que aún existe —explicó en inglés al agente.

—Entiendo —dijo este.

—Tampoco es que quiera infundir el terror por el solo hecho de querer causar pánico en la sociedad, aunque utilizara métodos que son muy propios de cualquier terrorista, como el secuestro, el homicidio o la bomba. Para nada, agente. Creo que en el fondo es mucho más sencillo y, a la vez, más escalofriante: solo fue por negocios. Cuando Nepomuceno se enteró de lo que podría valer el tesoro, si es que es hallado, decidió que hacerse con él era la forma de resarcir las pérdidas que él achacaba a su padre dentro de la compañía familiar, compañía que él heredaría totalmente si Ladislao moría.

—En otras palabras, codicia.

—Así es: el motor de casi todos los asuntos humanos, señor Ward.

Capítulo 47

ALMENA

Tiempo presente

Lebu

Dos días más tarde, luego de que Nepomuceno Bulnes quedara en prisión preventiva, después de una audiencia que se extendió por casi treinta y seis horas y que fue seguida por todos los medios de Chile y Estados Unidos, Prat, Sandra, Saavedra y dos personas más se encontraban de regreso en Lebu.

Mientras desayunaban en la hostería, donde habían pedido que les dejaran un reservado, conversaron acerca de la curiosa estrategia legal que los abogados de Bulnes habían adoptado en la audiencia: negaron todo, culparon a otros de todo lo sucedido y pidieron que su cliente fuera enviado a Nueva York, a fin de enfrentar allá la justicia.

—Esos abogados son unos imbéciles —opinó Roberto Chánique, que junto a Jaime Mansilla había llegado la noche anterior desde Osorno, luego de que Mazzini, desde Estados Unidos, asegurara a Prat que reembolsaría cualquier gasto que fuera necesario, ya se tratara de arrendar vehículos, aviones, equipos de cualquier tipo, o de pagar honorarios. Sin embargo, cuando le propuso aquello a Chánique y Mansilla estos se negaron, ofendidos, pues lo que único que les interesaba, según le dijeron, era estar ahí, si es que llegaba a producirse un descubrimiento de importancia.

—Sin duda que los abogados de Bulnes son unos estúpidos, pero tiendo a pensar que son unos pillos desprovistos de cualquier tipo de vergüenza. Esas son las mismas sandeces que ese tipo nos dijo a nosotros. Seguro que se las repitió a los abogados, les insistió que debían alegar eso y después les debe haber instruido a pedir que lo mandaran a Estados Unidos. La labor de ellos, como abogados

defensores, debería haber incluido el decirle que todo eso no tenía sentido alguno, por más convencido que esté él de que así es —dijo Sandra, quien recibió varias miradas de escepticismo de parte de los demás contertulios.

Aseveró tener la certeza de que Bulnes efectivamente creía en lo que decía y recordó que cuando se produjo el caso de Rafael Garay, el supuesto economista que había liderado un sistema de estafas piramidales, ella había entrevistado a un neurobiólogo, quien tenía la teoría de que ese sujeto padecía una patología denominada «seudología fantástica», que básicamente consiste en creer como reales cosas que nunca han sucedido.

Eso, señaló ella, es lo que explicaba que, en el caso de Garay, por ejemplo, este relatara en televisión sus supuestas hazañas en la central atómica de Fukushima, en Japón, en circunstancias que lo que contaba era lo que a su vez le había relatado a él el periodista Iván Núñez.

—Espero que no tenga nada de eso —comentó Prat, mordiendo su pan centeno con huevos revueltos— porque si efectivamente presenta un trastorno siquiátrico, quizá aleguen demencia y ese delincuente pase el resto de sus días en un manicomio, en vez del lugar donde realmente debería estar, que es una cárcel.

Tras terminar el desayuno, salieron rumbo al lugar que pretendían explorar cuando fueron asaltados. La noche anterior habían podido conversar telefónicamente con Di Fabrio y con el profesor Artigas y todos estaban convencidos de que la tarea que iniciarían ese día seguramente daría resultados. Además, habían llegado buenas noticias desde Estados Unidos: la agente Mackay estaba comenzando a evidenciar señales de mejoría.

Los cinco abordaron la camioneta 4x4 que habían arrendado para la ocasión (en otra automotora, la primera no quiso pasarles otro vehículo) y detrás de ellos partió otro auto con tracción, tripulado por cuatro policías. Pese a que le pidieron que no lo hiciera, por el entorpecimiento que ello quizá significaría, el fiscal Cruz les dijo que no podía arriesgarse a que algo les sucediera y que sí o sí debía ponerles escolta permanente, por lo cual no les quedó otra opción que aceptar.

Era poco antes de mediodía cuando llegaron de nuevo a la suerte de

meseta donde los habían secuestrado días antes. Como mudos testigos de ese hecho estaban ahí los chasis calcinados del Subaru y del vehículo en el cual se movilizaban los secuestradores, todos los cuales habían resultado ser miembros de un grupo de ultraderecha formado en Puente Alto algunos años antes, los cuales —sabían ya a esas alturas— habían sido reclutados por el jefe de seguridad de Nepomuceno Bulnes en Chile, un exmilitar que había sido expulsado del Ejército por sus vínculos con un grupo neonazi, hacia el año 2006.

Él había sido quien había convencido a esos sujetos, entre los cuales se contaba el torturador de Prat, de que estaban en una especie de misión divina, que implicaba derrotar a una peligrosa conspiración comunista y que, para ello, existían fondos de libre disposición.

Eso era, más o menos, lo mismo que les habían vendido a los «boogaloo» estadounidenses, mientras que con los rusos las cosas habían sido mucho más francas: eran negocios, simples negocios, muy bien pagados.

De hecho, el fiscal chileno y la policía tenían casi todas las piezas del puzzle en su lugar. Habían encontrado las contabilidades secretas con las cuales se había financiado el «proyecto Manhattan», como se llamaba el archivo donde se manejaban esos datos; había identificado a todos los partícipes, al menos en Chile y Estados Unidos, y se habían incautado decenas de computadores, tablets y teléfonos celulares, pertenecientes tanto a los chilenos como a los estadounidenses.

La única pieza que no había sido puesta en su lugar aún era el jefe de seguridad, el excapitán Cristian Burnich, de cuyo paradero no se sabía nada, salvo que había dirigido en terreno el secuestro de Prat y Sandra y que luego había viajado por tierra a Alto Bío Bío. Sin embargo, al parecer estaba llegando al fundo en el momento preciso en que la PDI comenzó el allanamiento, ante lo cual habría retrocedido y seguramente cambiado de auto, pues el jeep que conducía había sido encontrado al día siguiente en una calle de Los Ángeles. Sin embargo, no había señal alguna de él o de nada extraño.

Mansilla y Chánique verificaron visualmente el sitio, desde las alturas, y luego de fijar varios puntos con GPS, decidieron descender con cuerdas. Chánique opinó que en realidad podrían haberlo hecho sin ellas, pero pensando en quienes venían a continuación (lo que

incluía a los detectives, que tenían instrucciones de no perderlos de vista en momento alguno) decidió que lo mejor era dejarlas allí.

Calcularon que el punto señalado en el mapa se encontraba unos doscientos metros cerro abajo, así es que decidieron que bajarían hasta allí y ahí comenzarían a revisar el lugar. Antes de viajar, Prat le había preguntado a Chánique si necesitaba algún equipo especial, un detector de metales o un ecosonar, por ejemplo, pero el experto senderista le replicó que no.

En los últimos años, Chánique había recorrido buena parte del continente. Conocía cada palmo de la Patagonia y sus catedrales de mármol, así como las ruinas más espectaculares de cada país, incluyendo Sacsayhuaman, Tiahuanaco, Caral y otros lugares. Además, conocía en detalle el desierto chileno, boliviano y peruano.

—No es necesario. Cualquier forma antinatural que haya en el paisaje es fácil de ser percibida a simple vista —se jactó, despertando algún grado de escepticismo de parte del exreligioso.

—Parece que te has convertido en una especie de sonar humano —se rio.

—Entiendo la broma, Alberto, pero es más simple: cuando uno aprende a conectarse con la naturaleza ve y siente cosas que no se perciben a simple vista. Es solo eso. Y sabes que soy ingeniero: no tengo problemas con las máquinas, al contrario, pero creo que no es necesario. Por supuesto, si fracaso, siéntete en toda libertad para usar toda la tecnología que quieras —le dijo, y convinieron en que así sería.

El descenso les tomó menos tiempo del que estimaban, quizá una media hora. El terreno era muy escarpado, pero no les resultó extremadamente complejo aunque, claro, para personas sin su experiencia, no habría sido posible siquiera mantenerse en pie. Ambos comenzaron a peinar el sector siguiendo una cuadrícula que definieron en función de los datos que tenían y a partir de ello comenzaron a mirar y tantear todo el terreno con mucho cuidado.

Cerca de una hora después Chánique gritó que había novedades, debido a lo cual los demás comenzaron a bajar, sujetos a las cuerdas. Cuando finalmente lo hicieron, acompañados de dos detectives, Mansilla les mostró una hendidura en el terreno, de muy difícil acceso, pues estaba en una ladera fracturada por una especie de quebrada y a

unos sesenta grados de inclinación.

Utilizando un largo colihue, les indicó donde mirar:

—Allí, fíjense en eso —precisó, moviendo un poco la vegetación, desde unos tres metros de distancia.

—No veo nada —se quejó Prat.

Mansilla se unió a la faena, con otro colihue. Finalmente, ambos fueron capaces de mover una cantidad de quilas suficiente como para que se viera con detalle una forma rectangular de cerca de un metro de extensión.

—Es una almena —musitó Saavedra, emocionado.

—Así es, ese debe ser el fuerte Santa Margarita de Austria —comentó Mansilla.

Tras ese hallazgo subieron algunos metros, con el fin de rodear la quebrada que mediaba entre ellos y ese bloque de piedras. Luego de que lo hicieran, Chánique y Mansilla comenzaron a limpiar, cuchillo en mano, lo que parecía ser el acceso a esa almena.

Luego de varios minutos de labor, finalmente quedó al descubierto la evidencia que demostraba que no estaban equivocados y que seguramente el fuerte había sido construido semi incrustado en la ladera del cerro. Sin embargo, al ver más de cerca la almena, se dieron cuenta de que solo sobrevivía la parte inferior de esta y que lo que haya sido que estaba detrás se encontraba completamente recubierto de material.

—Seguramente algún terremoto tiró al suelo las torres y llenó de tierra y lodo el interior del fuerte y, con el paso del tiempo, la selva fue escondiendo este lugar —razonó Prat.

—Sin duda, pero quizá no encontremos nada más que esto. Es algo que hay que tener presente —razonó Saavedra.

Luego de ello, decidieron inspeccionar de nuevo el terreno, en la parte superior. Estaban en ello cuando, finalmente, se dieron cuenta de que debajo de una enorme mata de vegetación, unos diez metros más arriba, había otra almena, la cual parecía estar despejada hacia el interior de la antigua construcción. De hecho, apenas Chánique asomó la punta de la nariz ahí se dio cuenta de inmediato de que había alguien dentro de ella.

Capítulo 48

EL SECRETO

Tiempo presente

Lebu

Ante la evidencia de que podía haber alguien allí dentro, que inmediatamente sospecharon que podía tratarse de Burnich y quizá más personas, los agentes ordenaron que los civiles —categoría que, a su pesar, incluía ahora a Saavedra, muy a su pesar— se movieran a bastante distancia del lugar. Luego de ello, pidieron refuerzos y se dispusieron a entrar, para lo cual debieron efectuar una compleja maniobra destinada a llegar al sitio en que estaba la almena.

Aunque cuando Chánique y Mansilla hicieron lo mismo todo parecía bastante sencillo, los policías comprobaron que era bastante más complejo. Sin embargo, lograron llegar hasta la almena y, tratando de ser lo más sigilosos posibles, armas en mano, comenzaron a deslizarse por el interior de ella.

Pasaron varios minutos sin que quienes estaban afuera escucharan algo, lo que comenzó a inquietar sobremanera a Saavedra, que de algún modo se sentía responsable por ellos.

—Tranquilo, no son tus subordinados —le representó Prat, pero el inspector de la ONU se ponía a cada rato más nervioso, hasta que finalmente sacó su pistola, pasó bala y decidió llegar hasta el lugar, pidiéndole a Mansilla que lo ayudara.

—No es una buena idea —dijo Sandra, pero justo en ese momento escucharon un silbido.

Era uno de los detectives, cuya cabeza sobresalía por la almena.

Saavedra le preguntó si estaban bien. El oficial le respondió que así era y que tenían un detenido, que se había entregado sin oponer resistencia: Burnich.

—¿Y la caja que estamos buscando? —preguntó Prat.

—Vengan a ver por ustedes mismos —respondió el policía.

Quince minutos después estaban todos dentro de la habitación que se ocultaba detrás de la almena. Era una especie de antecámara que estaba colonizada por hiedra y pasto en todos lados. En una esquina había una telaraña de gran tamaño, como si fuera una película de horror, y se sentía una enorme humedad por doquier. Además, resultaba evidente que el suelo, conformado por bloques de piedra de gran tamaño, estaba inclinado hacia la derecha.

—Por acá —les guio el detective, caminando hacia una recámara de mayor tamaño, que estaba vacía y presentaba menos vegetación, aunque en la esquina derecha se apreciaba un derrumbe de gran tamaño. Prat calculó que lo que para ellos era la derecha constituía la cara anterior del castillo. Tras esa sala se abría un pasillo muy deteriorado y luego de este aparecían varias puertas. En la segunda había linternas y voces.

—Allá están —explicó el detective, quien ya les había contado que cuando ellos ingresaron se encontraron con Burnich apuntándoles de frente. Los había escuchado desde adentro y decidió salir a enfrentarlos. Sin embargo, para cuando llegó a la sala contigua a la almena los policías ya estaban allí, apuntándole a su vez. Como sabía que no tenía muchas chances frente a la superioridad numérica de los policías el excapitán decidió rendirse, lanzando su pistola al suelo.

Al principio pensaron que podía ser un engaño, pero luego de que lo esposaran y revisaran el lugar, comprobaron que estaba solo.

Sin que siquiera se lo pidieran, Burnich relató que luego de seguir a Prat y a Sandra hasta ese lugar él solo efectuó un reconocimiento del sector, lo que no le costó nada, dado que había hecho el curso de alta montaña. Así fue como dio con la misma almena horas antes que ellos y se introdujo furtivamente en el lugar, con el objetivo —obvio— de recuperar el tesoro y llevárselo para venderlo en algún lugar.

Y fue allí cuando se produjo lo más sorpresivo.

—¿Quieren verlo? Síganme —les dijo, y los llevó hasta la sala donde ahora estaban.

Prat sabía que si llegaban al tesoro se produciría un lío judicial de proporciones, dadas las leyes chilenas. Estaba seguro de que fuera lo

que fuera que encontraran, implicaría una contienda judicial entre El Vaticano y Chile que seguramente se extendería por una gran cantidad de años, a fin de determinar la propiedad de ese tesoro.

Por supuesto, tenía claro que el estado pontificio alegaría su mejor derecho a la propiedad de aquel tesoro, diciendo que era parte fundamental de su historia, pero cualquier observador externo sabría también que muy probablemente Israel y la Autoridad Nacional Palestina alegarían también tener el mejor derecho a este.

En todo caso, a Prat le daba lo mismo. En ese momento había sido contratado para terminar la investigación que había iniciado con Bulnes y eso era lo que estaba haciendo.

Mientras transitaban por lo que quedaba de aquel fuerte, cuyo lado derecho completo estaba sepultado por algún terremoto, probablemente el de 1835, Sandra se sintió tentada a preguntarle al policía que iba adelante, acerca del baúl.

Sin embargo, decidió reservarse la sorpresa, y comenzó a grabar con su iPhone, pensando en que apenas tuviera señal podría subir aquello a las redes sociales de *La Vitrina*, donde la habían liberado de todas sus otras obligaciones para que se dedicara a ese trabajo.

—En este momento nos dirigimos hasta el interior del antiguo fuerte Santa Margarita de Austria, que acabamos de encontrar. Un detective nos guía hacia la sala donde acaban de detener al jefe de seguridad en Chile del asesinado millonario Ladislao Bulnes. Estamos a minutos, quizá segundos, de ver el que podría ser uno de los mayores secretos de la humanidad y... ¡conchatumadre! —gritó, al ver un esqueleto vestido con jirones, tirado a un costado del pasillo.

Tras algunos segundos ingresaron al salón donde los otros detectives estaban junto al detenido, a quien mantenían sentado en el suelo, con las piernas estiradas y las manos esposadas detrás de la espalda, en una posición que obviamente lo hacía verse menos feroz de lo que pensaban que podía ser.

—Señores, señorita —dijo el exmilitar, moviendo ceremoniosamente la cabeza, cuando los vio entrar.

—Cobarde de mierda —respondió Sandra, sin darse cuenta de que se seguía grabando.

—Yo no tengo nada personal en contra de ustedes. Era un trabajo,

nada más que eso —respondió el arrestado, como si quisiera excusarse.

El salón en que se encontraban era bastante grande y el piso estaba mucho más inclinado que antes, quizá en unos diez o quince grados, lo que dificultaba el caminar dentro de dicho lugar que posiblemente en algún momento albergó el polvorín o fue una sala de armas, lo que se podía adivinar por sus dimensiones, las cuales era imposible calcular en forma exacta, pues todo el sector de la derecha mostraba las huellas del derrumbe. Lo que antes había sido una pared era un amasijo de pasto, helechos, arañas y grandes bloques de piedra, amontonados, como si los hubieran lanzado desde el cielo.

En la zona más oscura, la luz de los celulares alcanzaba a iluminar pedazos de latones, escombros o algo semejante y lo que parecía ser un par de fémures y algunas falanges.

—Esto es todo lo que hay, señores: las recámaras que ustedes vieron y esta. Por lo que vimos, todo el resto del fuerte está sepultado debajo del cerro —dijo el policía a cargo de la patrulla.

—Los cerros en general resisten muy bien los terremotos —comentó Prat, con un dejo de escepticismo.

Sin embargo, el mismo oficial le relató que varios años antes le había tocado formar parte de la fuerza de tareas que había investigado las negligencias ocurridas tras el terremoto del 27 de febrero de 2010.

—Tiene razón en lo que dice respecto de los cerros, señor. En general, cuando son de roca sólida, son muy resistentes como tales, pero una cosa distinta es la calidad de la construcción y la forma en que fue edificado esto. Además, hay que tener en cuenta que esta zona es un epicentro frecuente de terremotos y por ende las ondas sísmicas impactan de un modo distinto que en otros lugares y sí, sé lo que me va a decir: que en Valdivia los fuertes están intactos, pese a que allí se originó el terremoto más grande que conoce la humanidad, grado 9.5...

—Vaya, qué buen adivino es usted —ironizó el exreligioso— pero no iba a alegar aquello. Este fuerte fue construido unos cien años antes que los del sistema de Valdivia. Es probable que existan diferencias constructivas importantes, sobre todo en lo relativo a los materiales y las fundaciones —razonó Prat.

—Muy interesante la conversación, pero quisiera saber acerca del

baúl, que es lo que a todos nos importa acá, ¿no? —se quejó Sandra.

Burnich la miró de un modo que cualquier observador externo solo podría haber entendido como burla.

—Ahí está —dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la esquina derecha, donde se observaba un montón de escombros que se confundían con la vegetación que asomaba por cada rincón que había en medio de esa zona.

—Ahí no hay nada —replicó Prat, seguro de que se trataba de un comentario sarcástico del sujeto.

—Convénzase usted mismo. Yo estaba revisando ese sector cuando estos señores irrumpieron aquí y me redujeron con gran amabilidad —dijo con sorna, mirando al comisario, que asintió con la cabeza.

Sandra, Prat y Saavedra caminaron hacia la esquina, alumbrando con sus celulares. Debajo del derrumbe se apreciaba cómo sobresalían las esquinas de unos pedazos de latón recubierto de algo gomoso y oscuro, reventado, como si fuera una caja de leche que alguien ha pisado.

Claro, era así porque justo encima de esos pedazos de metal había un enorme bloque de piedra, que parecía haber sido una columna o un pilar. Sobre ese trozo de piedra, que debe haber pesado unos quinientos kilos, por lo menos, estaban arrumbados decenas de otros bloques de gran tamaño y del mismo peso, o quizá mayores.

Prat miró varias veces hacia el techo y luego recorrió con la mirada las comisuras de esos pedazos de latón que sobresalían de esa especie de avalancha de piedra. De pronto, se fijó en algo, algo muy pequeño, que estaba atrapado entre uno de los trozos de latón y el suelo. Con mucho cuidado, utilizando un lápiz, comenzó a removerlo. Era una pequeñísima pieza de metal, también doblada.

—Creo que, efectivamente, eso que vemos allí abajo son los vestigios del baúl que Benavides encontró en Concepción y que transportó por diversos lugares. Quizá esas osamentas eran de personas que encontraron el lugar después, pero esos fémures evidencian que una o dos personas murieron atrapadas en medio de un derrumbe. Lo que es claro es que cuando se produjo el sismo que destruyó este lugar, en esa esquina había un pilar que cedió y eso provocó que esos bloques de piedra cayeran sobre la caja, aplastándola como un papel. Cualquier

cosa que haya habido adentro debe estar completamente pulverizada.

—Habría que remover esas piedras, entonces —opinó Saavedra.

—Por ningún motivo. Es probable que esa viga que se cayó haya sido una viga maestra. Es un milagro que esto no se haya derrumbado por completo. Si mueves todas esas piedras esto se viene debajo de inmediato y dudo que valga la pena. Si es que en ese baúl estaban efectivamente las Tablas de la Ley, te garantizo que no queda nada —respondió Prat.

—Puede que no sea el baúl que andamos buscando —comentó el inspector de la ONU.

—No tengo muchas dudas de que esa es la caja que andaba trayendo Benavides y todo coincide. Mira —le dijo, mostrándole el pequeño pedazo metálico que había recogido. Era una moneda de superficie irregular, que tenía solo nueve caracteres grabados en su interior:

BEN
AVI
DES

Capítulo 49

EL SECRETO

Seis meses más tarde

Nueva York

El escándalo fue mayúsculo. Luego de una batalla legal que terminó incluso en el Tribunal Constitucional, la justicia terminó decretando que Nepomuceno Bulnes padecía de una evidente enajenación mental y ordenó su internación en una exclusiva clínica de Las Condes.

Por supuesto, nadie creyó que el millonario sufriera de alucinaciones místicas, paranoia y delirios, como lo describió uno de sus abogados ante la sala penal de la Corte Suprema, y cuando Sandra Guzmán dio a conocer en *La Vitrina* que la extensa maraña de sociedades anónimas, SpAs y sociedades de responsabilidad limitada evidenciaban que el dueño era él mismo, el cuestionamiento hacia los jueces fue mayúsculo.

Ante ello, la Fiscalía pidió —con éxito— que el presunto enajenado mental cumpliera su internación en el famoso Hospital Psiquiátrico (cuyo nombre oficial es José Horwitz Barak) y cuando un fuerte operativo de Gendarmería lo trasladaba hacia dicho recinto, ubicado un par de cuadras antes del Cementerio General, en Avenida La Paz, comuna de Independencia, sucedió lo que quienes lo conocían bien, como Prat, Sandra y Saavedra presumían que podrían suceder. La caravana, que supuestamente había salido en medio del mayor sigilo, a fin de evitar a la prensa y posibles emboscadas, fue asaltada por un grupo de sujetos en motocicleta, los cuales lanzaron «miguelitos» a la vía, haciendo que pincharan los neumáticos de los móviles estatales, logrando detener la comitiva y rescatar al imputado.

Aunque el *modus operandi* parecía semejante al que habían utilizado en forma previa los grupos que el mismo Bulnes había contratado para

robar y asesinar a su padre, hubo algo distinto esta vez: no mataron a nadie. De hecho, los gendarmes fueron reducidos con pistolas taser, que descargan electricidad y, aunque hubo varios disparos con fusil, todos fueron al aire. Desde esa perspectiva fue una operación bastante limpia, que recordó la fuga en helicóptero de cuatro miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez autónomo en 1996, desde la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago, hecho en el cual se cuidaron mucho de no asesinar a nadie.

De ese modo, la última vez que alguien vio a Bulnes fue cuando los motoristas lo metían en la parte trasera de una Renault Trafic antigua, que al día siguiente fue hallada ardiendo en Renca. Sus tripulantes abordaron tres autos que salieron en direcciones distintas, los que a su vez fueron recambiados minutos después, como descubrió la policía.

Los abogados de Bulnes, sin embargo, dijeron que había sido un secuestro e incluso hablaron de manos «del Norte», insinuando que tal vez los autores habían sido servicios de seguridad estadounidenses, dadas las fuertes exigencias que dicho país había efectuado ante Chile, en orden a que Bulnes fuera extraditado a la brevedad, argumentando que si bien las motivaciones eran distintas, Bulnes era un sujeto solo comparable a Michael Townley, por la gravedad de los delitos que había cometido en Nueva York, en New Haven (el cuerpo de Barnacle nunca fue hallado, pues uno de los rusos confesó que lo habían lanzado en helicóptero a la bahía de Chesapeake) y por su conexión con los incidentes de Idaho. De hecho, el FBI lo había catalogado como un «terrorista doméstico». Sin embargo, el Departamento de Justicia reaccionó con indignación, negando tener cualquier participación en los hechos y diciendo derechamente que quien debía dar explicaciones era la coalición de gobierno que mandaba en Chile, así como la oposición.

No fue necesario que lo verbalizaran tal cual, pero lo que estaban sugiriendo era que había existido una suerte de pacto de impunidad transversal a favor de Bulnes hijo quien, en las investigaciones, se había descubierto que había continuado con las prácticas de su padre, financiando en forma ilegal a todos los partidos políticos del país.

Fue entonces cuando los ojos se posaron en el Mossad israelí. Dicha agencia ya había efectuado tareas de ese tipo antes y tenía razones

para secuestrarlo. Mal que mal, Israel había protestado al saberse de la posible ubicación de las supuestas Tablas de la Ley en Chile y muchos especulaban, además, con que estas habían sido encontradas y escondidas.

Todas las autoridades negaron aquello. La única posibilidad de encontrar algo era levantar los bloques de piedra y eso era imposible. Además de que ya había entrado a la pelea el Consejo de Monumentos Nacionales exigiendo que el fuerte fuera declarado sitio histórico (con lo cual no se podría efectuar ninguna intervención en el mismo), las prospecciones que se hicieron con los sonares y elementos de máxima tecnología que fue posible llevar al sitio revelaban que, en efecto, lo único que había debajo de esos enormes trozos de rocas eran granos de algo pulverizado. Nada.

Sin embargo, quienes efectivamente habían secuestrado a Nepomuceno Bulnes no creían nada de aquello.

—Repasemos los hechos, entonces. Vas bien, Nepomuceno, vas bien. Ya nos confesaste que en realidad Burnich llegó engañado al fuerte y que, en definitiva, hiciste coincidir su llegada con la de la policía chilena, todo para que tuvieran alguien interesante a quien imputar —le dijo en un perfecto español el hombre del Mossad que lo interrogaba.

Sin embargo, Bulnes hijo no abrió la boca, completamente deforme, de tantos golpes que le habían dado. Pese a ello, negó con la cabeza, lo que motivó un fuerte golpe de parte del interrogador.

—Mentir solo te va a causar dolor, mucho dolor. Sabemos que tenías conocimiento de la ubicación del fuerte desde antes de que los demás llegaran allá y sabemos también que aún cuando ya estabas detenido, un contenedor con frutas de tu empresa llegó a Baltimore y desde allí trasladaron algo en una van hasta Manhattan —agregó el interrogador, sin recibir retroalimentación alguna del detenido.

Bulnes estaba esposado a una silla metálica, al interior de un cuarto pintado de un blanco muy brillante, que solo tenía una mesa, dos sillas (la que ocupaba el prisionero y aquella en que estaba el interrogador, que escondía su cara detrás de una máscara de Guy Fawkes) y un pequeño punto negro en una de las esquinas superiores, detrás del cual se escondían una cámara y un micrófono.

A su vez, quien interrogaba tenía un AirPod en su oído derecho, por el cual escuchaba las preguntas que le sugerían varios otros sujetos que escuchaban y veían todo desde una habitación contigua, en aquel departamento ubicado casi al final de Manhattan, en Washington Heigths, al interior de la nutrida comunidad judía que reina en el sector.

—Que hables, te estoy diciendo —ordenó el fornido sujeto, pero Bulnes le hizo una mueca burlona. Ante ello, el hombre de la máscara le asestó un fuerte derechazo, que dejó inconsciente al prisionero.

—Médico —dijo desaprensivamente el que había dado el golpe, sobándose la mano. De inmediato se abrió la puerta y entró un hombre joven, maletín en mano, quien tomó los signos vitales al prisionero, constatando que estaba vivo. Luego de ello revisó la mano del agente y este decidió ir al otro cuarto.

Cuando entró, Alberto Prat se dirigió al que venía llegando, que se acababa de sacar la máscara. Era un individuo de nariz aguileña y unos 55 años, mayor que todos los que estaban allí.

—Eso no era necesario. Ya les dije que no aceptaré más violencia. Con todo lo que he visto y la forma brutal en que han torturado a ese hombre, tengo la total convicción de que no hay nada, y lo que hubiese sido aquello que estaba en esa caja fue demolido —reclamó.

El sujeto mayor lo quedó mirando en forma desaprensiva.

—Si no le gustan nuestros métodos, como ya le dije, señor Prat, allí está la puerta. Sin embargo, lo conocemos bien y no entendemos por qué ahora le molesta la violencia, en circunstancias que, si mal no lo recuerdo, hace algunos meses la encontraba tan válida que hasta usted mismo la ocupó. Ahora, hágase a un lado y déjeme seguir con mi trabajo, que no le creo absolutamente nada a ese tipejo. Y déjeme decirle algo más: si usted se tragó esa puesta en escena es que es un completo imbécil.

—No aceptaré que me siga insultando —se quejó el exsacerdote.

—No es un insulto, es la realidad. Su tesis de que todo esto fue por motivos económicos es francamente absurda, estimado amigo. ¿De verdad usted cree que un tipo como ese, un fanático religioso, va a hacer todo lo que hizo por unos cuantos millones de dólares? ¿Y de verdad usted cree que todos los fanáticos religiosos estadounidenses y

chilenos que se le unieron lo hicieron por lo mismo, por dinero?

—Al parecer, usted cree que estamos en una especie de cruzada —replicó Prat.

—No, yo no creo eso, pero sí lo creen sujetos como los del Ku Klux Klan, los Boogaloo o los salafistas de ISIS y Al Qaeda, entre otros. Me extraña que usted, habiendo sido cura, no entienda la verdadera dimensión de esas tablas y el poder que tienen, no porque sean mágicas, sino por la guerra que pueden llegar a desatar, un verdadero apocalipsis, pues creo que es innecesario que le explique todas las calamidades que la humanidad ha vivido en nombre de distintas religiones —agregó.

Fue recién entonces cuando Prat comprendió algo que no había captado del todo desde que los israelíes lo habían contactado, semanas antes. Ellos le habían expuesto su convicción respecto a que, quienes trabajaban con Bulnes, habían encontrado las Tablas de la Ley y las habían sacado de Chile. Y es que la misión de esos sujetos con los cuales estaba trabajando ahora no tenía como objetivo recuperarlas para llevarlas a algún museo, sino destruirlas, si es que seguían existiendo.

HECHOS REALES

Esta es una novela de ficción y debe ser entendida como tal. Sin embargo, tal como sucede siempre con este tipo de libros (thriller histórico) está basada en hechos reales.

En dicho sentido, reconstruí la historia del montonero Vicente Benavides en función de una serie de fuentes históricas disponibles, pero por supuesto hay hechos de ella que fueron ficcionados con el fin de responder al imperativo de la trama. Sin embargo, creo que es importante decir que la mayoría de los hechos relacionados con él se basan en antecedentes respecto de los cuales existe bastante consenso.

De todos ellos, quizá el más llamativo es el profundo amor que profesaba por su esposa, Teresa Ferrer, lo que por cierto contrasta de un modo muy evidente con la violencia que desplegaba en su día a día, con su propensión a la traición y con la pérdida del juicio de realidad. Esto fue totalmente evidente hacia el final de sus días, cuando efectivamente emprendió un viaje demencial, a bordo de un bote, en búsqueda del virrey de Perú, pese a que hacía meses que sabía que los patriotas chilenos y argentinos habían tomado el control de Lima y destituido al tirano de turno impuesto desde España.

También fue real la presencia de Benavides en la que hoy es la comuna de Lebu. De hecho, en ella (e incluso en el libro de Alejandro Pizarro) se asegura que el caudillo y sus tropas se ocultaron durante semanas en la que hasta hoy es conocida como «La caverna de Benavides». Por cierto, todo lo relativo a una supuesta relación entre él y la ballena conocida como «Mocha Dick» es pura ficción, aunque el cachalote conocido con ese nombre sí vivió entre las islas Mocha y Santa María en aquella época, historia que posteriormente daría lugar a Moby Dick.

Del mismo modo, es verídica la historia que se relata acerca del Templo de Salomón y también de la obsesión que sir Isaac Newton sentía por dicha construcción, así como su seudónimo esotérico de *Jeova Sanctus Unus*. También existieron personajes como Manuel

Lacunza y Athanasius Kircher.

Lo mismo sucede con todo lo relatado acerca de las boticas de los jesuitas en Santiago y Concepción, tanto en lo relativo a sus ubicaciones, a los libros que había y al hecho de que los jesuitas de Santiago viajaron hasta la segunda ciudad poco antes de que fueran expulsados del país.

También es real la descripción de los lugares citados en Estados Unidos, particularmente respecto de las ciudades de Nueva York y New Haven. Igualmente verídico es el movimiento Boogaloo y los detalles que se mencionan respecto de las agrupaciones de extrema derecha norteamericanas.

La idea final, respecto del secuestro de una persona en Chile y su traslado (clandestino, se entiende) a Estados Unidos podría parecer descabellada, pero se basa en dos hechos reales. El primero de ellos fue protagonizado por el mismo Mossad y dice relación con el secuestro del exoficial de las SS Adolf Eichmann, a quien encontraron en Buenos Aires, desde donde lo llevaron en forma subrepticia a Jerusalén, en 1960, donde posteriormente fue sometido a juicio y ejecutado. El otro caso en que se funda dicha idea dice relación con el caso del teniente coronel del Ejército chileno Carlos Carreño, quien fue secuestrado por el FPMR-A en 1987, desde la salida de su casa en La Reina, para ser liberado cerca de cuatro meses más tarde en Sao Paulo, Brasil.

Para finalizar, quiero extender mis agradecimientos a todos quienes me acompañaron en el viaje que siempre significa escribir un libro, especialmente a mis editores, Melanie Jösch y Daniel Olave, y a quienes me ayudaron con datos y consejos: Olguita Pizarro, Ana María Garay, Rodrigo y Florencia Venturelli y, por supuesto, a Claudia.